Comedias



PE SASSONE

Caricatura de TOVAR

4

BENAVENTE

La princesa Bebé.
El dragón de fuego.
Al natural.

úmero especial.

1 peseta.

NUM. XXXIX 13 DE NOVIEMBRE DE 1926 AÑO I

COMEDIAS

REVISTA SEMANAL

DIRECTOR: ANDRES GUILMAIN

GERENTE: BENJAMIN S. HERRERO

Oficinas: Rodríguez San Pedro, 57 © MADRID © Apartado 8.036

Precios de suscripción - *España y América:* Trimestre, 6 pesetas; semestre, 12; año, 24.—*Extranjero:* Semestre, 15 pesetas; año, 28.

Los suscriptores recibirán sin aumento de precio cuantos números extraordinarios se publiquen.

En el próximo número

Los autores de mis días

de

ANTONIO PASO y R. GONZALEZ DEL TORO

y

El abanico de Lady Windermore

de

Oscar Wilde

Talleres Poligráficos, S. A., Ferraz, 72.—Madrid.

JACINTO BENAVENTE

LA PRINCESA BEBÉ

ESCENAS DE LA VIDA MODERNA, DIVIDIDAS EN CUATRO ACTOS

PERSONAJES

EL EMPERADOR MIGUEL ALEJANDRO DE SUAVIA.
EL PRÍNCIPE ESTEBAN.
EL PRÍNCIPE MAURICIO (quince años).
EL PRÍNCIPE ALEX (ocho años).
EL GRAN CANCILLER.
EL PRECEPTOR, caballero Stirger.
EL CONDE DE TOURNERELLES.
EL CABALLERO ALBERTO ROSMER.
MR. DE CHANTEL.
EL MAESTRO WULF.
GODOFREDO WILF.
EL INGLÉS.
EL MARQUESITO.
COS-COSI.
UN POLICÍA.
LA PRINCESA ELENA.
LA PRINCESA MARGARITA (catorce años).
LA CONDESA DIANA DE LYS.
LA BARONESA ESTER DE ROSEMBERK.
LA REINA DE SABA.
LA DUQUESA DE ARCOLE.
LA CONDESA ADELAIDA DE ROSEMKRANK.
ELSA KENISBERG.
MME. CLEMENCIA WILF.
MARGOT.
BIONDINETTA.
LA DEGOLLADA.

ACTO PRIMERO

En un salón de confianza del Palacio de Suavia.—Jardín nevado al fondo.

ESCENA I

La Condesa de Rosemkrank, el Preceptor, la Princesa Margarita, el Príncipe Mauricio, el Príncipe Alex.

Precep. *(Explicando la lección de Historia.)* Pero no todos habían de ser días gloriosos para el reino de Suavia. Miguel VII era un rey prudente, modelo de virtudes públicas y domésticas; su esposa Edvigia era un modelo de reinas, como todas las reinas de Suavia a partir del siglo diez y siete, porque ya hemos visto que antes del diez y siete, y sobre todo entre el catorce y quince, hubo alguna de infausta memoria.

Condesa. Caballero Stirger, perdonad si os interrumpo; yo creo que la Reina Teodolinda, a quien os referís, vulgarmente llamada la Mesalina de Suavia, fué muy calumniada. ¿Habéis leído los últimos estudios publicados en la *Revista de Ciencias Históricas* por el caballero Tomberg? La memoria de Teodolinda parece completamente reivindicada. El caballero Tomberg demuestra que no toda la culpa de los escandalosos devaneos de la Reina fué suya, sino de su esposo que se los consentía.

Precep. Es posible, Condesa. ¿Permitís?

Condesa. Continuad, y vuelvo a pediros perdón por haberos interrumpido. ¡La figura de la Reina Teodolinda es tan interesante!...

Precep. Llegamos a la página triste del reinado, por otra parte tan glorioso, de Miguel VIII, injustamente llamado *el Simple* por sus detractores, que fueron muchos; la batalla de Kuntz, perdida, no por cobardía de nuestras tropas ni por impericia de sus generales, sino por la traición...

Condesa. Esta vez os interrumpo sin pediros perdón... Esa traición de que habláis no existió nunca; se trata de uno de mis antepasados, y su memoria está completamente vindicada de esa infame calumnia...

Precep. Perdonad, Condesa; yo ignoraba que el barón de Rosembrank, de la batalla de Kuntz, tuviera que ver con los condes de Rosemkrank.

Condesa. Por sucesión directa, salvo un cuartel de bastardía que ennoblece mucho más nuestro linaje por ser de sangre real, esa mancha... Ya sé que los historiadores hablan todos de esa infame traición a la patria. ¡Pero qué historiadores! Cuando queráis puedo mostraros, en el archivo de nuestra casa, más de seiscientas cartas de la propia mano del barón de Rosemkrank sin

ındose de tan viles acusaciones. No es posible leerlas sin que-
ar convencido. ¡Enseñáis Historia a los príncipes de Suavia, de
s que fueron siempre leales servidores los Rosemkrank! Yo,
última, la más indigna, en nombre de mis antepasados, debo
ecir a los príncipes de Suavia: ¡Entre los Rosemkrank no hubo
unca traidores a su rey ni a su patria!...

P. Maur. Condesa, nosotros no lo hubiéramos creído nunca.
l caballero Stirger no ha tenido la intención de ofenderos.

Precep. De ningún modo. Ya sabéis que en mis lecciones pro-
uro siempre que resalten los ejemplos de virtud y heroísmo, y
aso por alto, rodeando con discreción, los puntos escabrosos, que
unca faltan en la historia de las naciones ni en la historia de las
milias.

Condesa. Es el deseo de Su Majestad. La historia debe ser es-
ejo de virtudes, sobre todo para los que han de ser reyes algún
a.

P. Maur. Por fortuna los reyes de Suavia, sobre todo desde el
glo diez y siete...

Condesa. Cuando empieza a reinar vuestra gloriosa dinastía,
lteza.

P. Maur. Todos son espejo de virtudes.

P.ª Marg. Los reyes, sí; pero los príncipes..., sobre todo a par-
r del siglo veinte...

Condesa. ¡Alteza, no habléis así! Su Majestad ha prohibido
da alusión o referencia a los tristes y recientes sucesos, que en-
istecen su corazón y el de todos sus leales servidores. ¡Ay!

Precep. ¡Ay!

P. Maur. Ya sabes lo que nos dijo ayer el Emperador: «¡Vues-
o tío el príncipe Esteban y vuestra tía la princesa Elena han
uerto!»

P. Alex. *(Bajo a Margarita.)* Luego veréis lo que tengo guar-
ıdo.

P.ª Marg. *(Idem.)* ¿Qué?

P. Alex. *(Idem.)* Ya verás; cuando nos dejen solos.

P. Maur. *(Idem.)* ¿Qué dice Alex?

P.ª Mar. Tonterías. Ya te lo diré cuando estemos solos. *(Den-
o cornetas que tocan marcha.)*

Condesa. Su Majestad entra en Palacio.

P. Maur. Entonces... es la hora...

Precep. Sí, acabó la lección.

P.ª Marg. ¿Vendrá hoy el Emperador a vernos como otros
as, o debemos ir nosotros a saludarle?

Condesa. Aun no he recibido órdenes. Hoy es un día en que la
orte está perturbada; la llegada de... Olvidé que no debe hablar-
de esto.

P. Maur. ¡Bah! Entre nosotros; la llegada del príncipe Este-

ban. Ya se conoce en el humor del Emperador, y sobre todo de la Emperatriz.

P.ª Marg. ¡Ya!... ¡ya!... la Emperatriz no quiere vernos...

P. Alex. A mí sí..., a mí sí.

P.ª Marg. Eres el nieto preferido.

P. Maur. ¡El Emperador regaña por todo! Ayer quería yo haber paseado en trineo por el parque y no me dió permiso.

Condesa. Voy a recibir órdenes para el día. Espero que seréis juiciosos en mi ausencia. Caballero Stirger, permaneced un instante en su compañía.

Precep. Aun no he almorzado; pero...

Condesa. Poco tardo. *(Sale la Condesa.)*

ESCENA II

Dichos menos la Condesa.

P. Maur. ¡Alex! Alex! Ya estamos solos. El caballero Stirger es muy bueno, y como si no estuviera... Además, tiene mucha rabia a la Condesa, como nosotros.

P.ª Marg. ¡Lo que me he divertido cuando hablasteis de la traición de su antepasado!

P. Maur. Quedamos ayer en que lo diría. Sabíamos que a la Condesa le enfadaba mucho.

P.ª Marg. ¿Os habéis fijado cómo tiene hoy el pelo?

P. Maur. ¡Una vidriera gótica; A ver, Alex, ¿qué tienes guardado? Pronto...

P.ª Marg. ¡Antes de que vuelva la Condesa!

P. Alex. ¡Mirad! ¡Mirad!... Una «Ilustración» francesa. ¿Y sabéis lo que dice? ¡Mirad!

P. Maur. ¡A ver! ¡A ver!... Caballero, tened cuidado; si viene alguien, nos avisáis.

Precep. Sí, sí; pero permitidme, debo enterarme... ¡Oh! ¡Alteza! ¿Dónde habéis encontrado esto?

P. Alex. ¡En el cuarto de la Emperatriz; lo tenían escondido pero di con ello!

Precep. ¡Si lo sabe!...

P.ª Marg. Es el niño mimado, no le reñirán, no le reñirán; ¡si fuera a nosotros!... Vamos a ver. «Los últimos escándalos de la corte de Suavia...»

P. Maur. ¡Los retratos del príncipe Esteban y de la Keniberg, su esposa!...

Precep. ¡Morganática!...

P. Alex. ¡Su querida!...

Precep. ¡Alteza!...

P.ª Marg. ¡Su favorita se dice, Alex!...

P. MAUR. Bueno: *une cocotte.* ¡No hay como el francés para estas cosas; por algo es la lengua diplomática!

PRECEP. ¡Percibo en Vuestra Alteza unas disposiciones para la observación picante verdaderamente impropias de un príncipe! El espíritu de los príncipes debe ser benévolo y optimista... Se trata de una artista, no es una *cocotte,* como habéis dicho.

P. MAUR. ¡Qué más da! Es muy guapa, ¿verdad? ¡Cuidado! ¿Viene alguien?

PRECEP. ¡No, no! Nadie... ¡Oh! ¡Muy guapa!

P. ALEX. ¡Guapa, guapa!...

P.ª MARG. ¿Oís? Su Alteza el príncipe Alex opina que es muy guapa. ¡Es una opinión considerable! ¡Vaya el mono!

P. ALEX. ¡Vaya la tonta! Más guapa que todas las mujeres de la familia. Este periódico lo dice: en la familia reinante de Suavia las mujeres son insignificantes; en cambio, los príncipes..., escucha..., *ils sont le type accompli de la beauté virile...*

P.ª MARG. ¡A que te doy un bofetón todavía...

P. ALEX. ¡Anda, anda!...

PRECEP. ¡Alteza, es vuestra hermana!

P. ALEX. Es muy tonta.

P. MAUR. No seás fastidioso. Mirad sus retratos... La princesa Elena de Suavia, llamada la princesa Bebé...

P.ª MARG. ¿No es más guapa que la Kenisberg? ¡Y distinguida!...

P. MAUR. El caballero Alberto Rosmer, con quien la Princesa...

PRECEP. ¡No leáis más, Alteza! Basta con ver esos retratos en la misma página para leer una historia dolorosa. Traed ese periódico, que no debe estar un momento más en vuestras manos. ¡Si Sus Majestades lo supieran! Esta Prensa francesa acoge con fruición cuanto redunda en menoscabo de los prestigios dinásticos. Esa Francia sin religión y sin fe es una mancha con su República en el corazón de Europa; como en los tiempos de Napoleón, reyes y príncipes debieran coaligarse contra ella... ¡Qué vergüenza leer estos comentarios!... Estos... *(Leyendo a pesar suyo.)* Luego cuentan estas cosas con una gracia que desarma la indignación!... ¡Son el demonio!

P. MAUR. ¿Qué dice? ¿Qué dice?

PRECEP. ¡Nada, nada! ¡Calumnias, infamias!...

P. MAUR. ¡El Emperador!

P.ª MARG. ¡Buena la hemos hecho!

P. ALEX. ¡Encierro para ocho días!

PRECEP. ¡Siempre descargará sobre mí la tormenta!

ESCENA III

DICHOS, el EMPERADOR y la CONDESA ADELAIDA.

EMPER. ¿Acabó la lección?

P. Alex. ¡Abuelito, abuelo!...

Emper. ¿Qué es eso, Alex? ¡Saludo militar! ¿Sabe Su Alteza que desde hoy forma parte de mi guardia? Ha sido nombrado sargento.

P. Alex. ¿Y llevaré uniforme con coraza y todo? ¿Y el año que viene seré teniente como Mauricio?

P. Maur. ¡Al año que viene! Cuando debas ascender.

P.ª Marg. ¡Ascenderás como él, por méritos de guerra!

P. Maur. ¡Ojalá hubiera guerra!

Emper. ¡Poco a poco!... La guerra no debe desearse nunca. Sobre todo en estos tiempos, en que las guerras son muy caras. Y decidme, caballero Stirger: ¿aprovechan vuestros discípulos? Ya sabéis cuánto os encarecí la mayor severidad con ellos. No os acordéis para nada de que son príncipes; es decir, sí, acordaos para considerar que deben ser los primeros en cumplir sus deberes... ¡Permitid!... ¿Qué periódico es ése que no sabéis cómo ocultar? Creo conocerle... Permitid... ¡Me parece francés!, ¡Por vida...! ¿Quién ha traído aquí estos papeles? Caballero Stirger, ¿son éstas las lecciones de Historia y de Literatura?... Condesa Adelaida, ¿es éste el cuidado que tenéis de los Príncipes? ¡Estos papeles en su cuarto de estudio!... ¿Cómo han llegado aquí estos papeles? ¡Puede uno vivir tranquilo en palacio! Sin saber cómo, llegan proclamas anarquistas, llegan libelos, llegan estos papeles y estos retratos y estas historias...

Condesa. ¡Perdonad, señor! ¡Yo no comprendo cómo puede haber llegado aquí ese periódico!

Precep. Su Alteza el príncipe Alex es quien puede explicar a Su Majestad...

Emper. ¡Tú! ¡Habráse visto! ¡Tú!

P. Maur. Buena entrada en la milicia; hoy te fusilan.

P. Alex. *(Llorando.)* ¡Abuelito!

Emper. ¿Cómo es eso? Habláis con vuestro jefe. ¡Saludo militar! Explicadme cómo ha caído este periódico en vuestras manos.

P. Alex. Estaba en el cuarto de la Emperatriz, y yo no sabía que decía nada de...

Emper. ¡Silencio! No dice nada. ¡En el cuarto de la Emperatriz! La curiosidad de las mujeres. Condesa, devolvedlo al cuarto de la Emperatriz.

Condesa. Me atrevería a indicar a Su Majestad cuánto mejor sería que la Emperatriz no se enterara de lo ocurrido.

Emper. No os preocupéis. Así tendrá más cuidado otra vez sabiendo que su nieto se entera de todo. *(Bajo a la Condesa.)* Y la hará mucha gracia. *(Sale la Condesa.)* Ahora, señor sargento, por esta primera falta hoy no patinaréis en el *skating* y durante tres días comeréis separado de vuestros hermanos.

P.ª Marg. ¡Me alegro!...

P. ALEX. ¡Envidiosa!

P.ª MARG. ¡Por atrevido!

P. ALEX. También yo le diré al abuelo otras cosas de ti y de Mauricio.

P. MAUR. ¡Vaya un militar, delator y cobarde!

P. ALEX. ¿Yo?

EMPER. ¡Silencio! Caballero Stirger, continuad vuestras lecciones en la biblioteca. Yo debo tener aquí una conferencia reservada, y como estas habitaciones tienen entrada aparte...

PRECEP. Las lecciones de hoy habían terminado.

EMPER. ¡Perfectamente! Entonces, la Condesa acompañará a los Príncipes a saludar a la Emperatriz. Margarita, un beso... Mauricio, un apretón de manos... Alex...

P. ALEX. ¿Me perdona Su Majestad?

P. MAUR. ¡Cobarde! No se pide nunca perdón.

EMPER. Por una sola vez, perdonado...; pero a una segunda falta... Que te lea Mauricio la Ordenanza.

P. ALEX. ¿Puedo patinar con Mauricio y con Margarita?

EMPER. ¡Sí!

P. ALEX. Lo de comer solo no me importa, porque Mauricio y Margarita me hacen rabiar siempre.

P.ª MARG. ¡Qué gracioso! ¡Él sí que es insoportable!

P. MAUR. ¡Y glotón! Come con los dedos en cuanto la Condesa no le mira.

P. ALEX. ¡Y tú mojas pan en las salsas!

P.ª MARG. ¡Y tú te guardas el postre en los bolsillos!

P. ALEX. Es para Mogol.

EMPER. ¡Silencio!

PRECEP. Vamos, Altezas; no incomodéis a Su Majestad.

EMPER. Podéis retiraros. *(Salen el Preceptor y los tres Príncipes.)*

ESCENA IV

El EMPERADOR, un UJIER y después el PRÍNCIPE ESTEBAN.

P. EST. ¿Cómo debo saludaros? Señor..., padre... Porque sois mi padre siempre. No conocí el mío, a vuestro hermano; sois el jefe de la familia; sois el Emperador; os he querido y os he respetado siempre.

EMPER. ¿Siempre? Siéntate... Más cerca. Aunque mi decisión irrevocable era no volver a verte, que no volvieras a poner los pies en palacio, como de continuo llegan a mí tus quejas y has tenido el atrevimiento de llevar tus agravios a las columnas de la Prensa revolucionaria, prestando así armas contra mí y contra la dinastía a nuestros enemigos...

P. EST. Permitid...

EMPER. Aun no he terminado. Como por cartas y emisarios no nos entenderíamos nunca, he preferido que hablemos. Quise que vinieras reservadamente, porque deseo que de nuestra conferencia nadie tenga noticia; esto es, si tú, encantado con tu nueva profesión de periodista, y por tener la *pose* de príncipe a la moderna, no te encargas de publicarla como una de esas ingeniosas *interwiews* que son gala diaria de la Prensa moderna. Si la Emperatriz supiera que he consentido en escucharte, el disgusto la causaría una enfermedad, y su salud está bastante quebrantada, como la mía, gracias a nuestros amados sobrinos, que sólo procuran endulzar los últimos días de nuestro reinado y de nuestra vida. Por si no bastaba contigo, Elena, por su parte, hace todo lo posible para que la atención del mundo entero no se aparte de nuestra casa y de nuestra familia.

P. EST. No es culpa mía si mi prima no ha esperado a mejor ocasión para dar el escándalo de su divorcio y de su fuga con el secretario de su marido.

EMPER. Tú has empezado. Sin tu ejemplo, ¡quién sabe si ella se hubiera atrevido!

P. EST. No admito el parangón. Mi prima está en un caso muy diferente al mío.

EMPER. Sea como sea. Dos escándalos en tres meses es demasiado en cualquier familia; en una familia reinante es intolerable. En estos tiempos de perturbación todo es arma contra nosotros. La institución monárquica no vive ya de prestigios divinos ni heredados, sino del prestigio personal, del respeto y de la consideración que logremos imponer con nuestra conducta. Y no es el mejor modo de conseguirlo dar que reír a los que no creen ya en nosotros y dar que sentir a los que creen todavía... .

P. EST. No creo haber dado ocasión a ninguno de esos dos extremos. Y todavía comprendo que entre los cortesanos y entre los tradicionalistas sea censurada mi conducta... ¿Pero entre los que se llaman liberales? ¡Reírse de mí o indignarse porque me caso por amor con la mujer elegida por mi corazón, francamente no lo concibo!

EMPER. Pues habrás observado que la Prensa liberal y revolucionaria es la que más se divierte a costa tuya, nuestra, mejor dicho. Ya ves lo que agradecen tu liberalismo, tu modernismo y lo que respetan ese amor, que debía parecerles admirable.

P. EST. Sí, es verdad. Es que nunca luchan las ideas, sino los intereses, y porque soy príncipe su interés es que yo sea ridículo, yo y mi amor y mi matrimonio. No me respetan como príncipe y me censuran porque amo como un hombre cualquiera..

EMPER. Ahí está la razón de esa universal censura que lamentas de amigos y de enemigos. Gozaste las prerrogativas de príncipe mientras te convenían, y quieres gozar las de un particular

ualquiera cuando te conviene. Eso es lo que no puede ser, lo ue la gente, con su buen instinto, condena... Cada estado imone los deberes correspondientes a sus derechos.

P. Est. ¿Qué derechos eran los míos? Vivir de la vida oficial, in una iniciativa ni un pensamiento propio. Me disteis el mando e un regimiento, y apenas intenté algo beneficioso para mis ubordinados, vuestros ministros, recelosos, procuraron sujetarme la Ordenanza más inflexible. Emprendí viajes a nuestras coloias, quise publicar mis observaciones, y mi libro quedó reducido or la censura oficial a unas cuantas páginas vulgares que yo unca hubiera publicado... Hasta para ejercer la caridad debo ontener los impulsos de mi corazón para que mis liberalidades o superen a las vuestras ni a las de personas más cercanas al rono. Adorador del arte, ni puedo expresar mi admiración hacia n artista o hacia una obra si no está de acuerdo con el arte oficial y sus cánones ortodoxos... Y en todo así... Estos son mis erechos. Mi actividad, mi inteligencia, mi corazón no pueden asar nunca del límite marcado por vuestra autoridad, límite tan nviolable como las fronteras de nuestro territorio. ¿Qué me hubieais permitido a cambio de una vida sin amor?... Decidme.

Emper. ¿Sin amor? ¿No había más amor que el de esa mujer?

P. Est. Para mí no. Nunca hay mas que un amor en la ida: el de la mujer que se ama. Sin duda hay muchos amores osibles en el mundo, porque hay muchas mujeres, como hay nuchas tierras y muchas madres... Pero el único amor es el nuesro; por eso nos parece mejor, porque es nuestro; como nuesra patria, como nuestra madre, nadie las elige, y siempre nos arece que la mejor, que la única posible es la nuestra.

Emper. Mal podías elegir cuando siempre te has alejado de a corte, cuando evitabas la intimidad con mujeres de tu rango de tu condición para frecuentar de continuo los bastidores de n teatro y la sociedad de una cantante de opereta.

P. Est. De una mujer adorable, inteligente. A su lado, en sa sociedad de bastidores que tanto os asusta, entre artistas bohemios, entre gente que vive de su vida y de sus méritos proios, he aprendido yo a conocerme, a sentirme vivir por mi cuena, he desechado preocupaciones y he fortalecido mi voluntad mi conciencia.

Emper. ¡Muy bonitas frases! A lo Ibsen, a lo Tolstoi, a lo Nietzsche, esos perturbadores de espíritus débiles, que debieran aber nacido en Suavia, para haber hecho con ellos un escarniento. ¡Vivir la propia vida! Gran disculpa para todas las faltas todos los errores. ¡Ser uno mismo! ¡Uno! Como si la vida de no solo fuera posible sin el concurso de todos, sin disciplina social. Pero ya que esas son tus ideas y tus sentimientos, sé lógico asta el fin. ¡Tu vida es esa, la que lograste por tu propio es-

fuerzo desechando preocupaciones de clase!... Pues vive de ella, sin procurar todas las ventajas de tu posición anterior...

P. Est. Es que no debo consentir la injusticia que me obliga a perderlas. Es que, perdiéndolas, me hallo en condición inferior al que nunca las tuvo para luchar en la vida. Me habéis perseguido implacable; el último súbdito vuestro que hubiera cometido un horrible delito sería juzgado en justicia, no como yo, castigado contra las leyes de vuestro Imperio, que aseguran al más miserable el derecho a disponer de su corazón y a elegir la compañera de su vida.

Emper. Esos miserables, a quien tanto envidia tu imaginación de poeta, cambiarían muy gustosos ese derecho por las rentas y privilegios que disfrutabas como Príncipe, sólo con haberte tomado el trabajo de nacer...

P. Est. De modo que nada puedo esperar...

Emper. Esperas ser dichoso, ¿qué más deseas? Dejarías de tener razón contra todos si no lo fueras. Se trata de saber qué vale más: si el amor o las riquezas y las dignidades de Príncipe. ¿Y qué mejor garantía de tu acierto que poder convencerte de que la elegida de tu corazón te ama por ti mismo, al hombre en sí como dijo Shakespeare?

P. Est. Sea. Nada volveré a pediros, pero nada me exijáis tampoco. Desde ahora nada debo a mi dignidad de Príncipe; no tratéis de impedir cuanto haga contra ella.

Emper. Siempre que sea lejos de Suavia.

P. Est. Ya lo veis, la lucha es más penosa para mí. Ya no soy Príncipe, soy un hombre cualquiera, y las leyes de todos no existen para mí. Me desterráis de mi patria.

Emper. Por favorecerte. Como aseguras que tendrás que ganarte la vida, en Suavia te sería difícil hallar colocación. Aquí no pueden olvidar quién eres, y nadie se atrevería a ofrecerte un empleo modesto; y si alguien te ofreciera una brillante posición, créelo, ya no sería como a un cualquiera, sino como a Príncipe de Suavia, sobrino del Emperador, y estoy seguro de que esa consideración te ofendería... *(Voces dentro.)* ¿Eh?... ¡Qué alboroto! ¿Qué significa?... *(Toca un timbre.)*

ESCENA V

Dichos y el Canciller.

Canc. Con vuestro permiso, señor; perdonad...

Emper. ¿Qué ocurre? ¿Qué voces son esas?

Canc. Lo que no podéis imaginaros, señor. No sé cómo decíroslo. Nadie podía suponer tanto atrevimiento.

Emper. ¿Qué?... Decid...

CANC. La princesa Elena ha llegado a la capital, y desde el tren, antes de que nadie pudiera prevenirle, a todo escape, en un trineo, atravesando por el centro de la capital, se ha atrevido a presentarse en Palacio, y aquí la tenéis.

EMPER. *(Al Príncipe.)* ¿Lo ves? ¿Puede tolerarse? Sabrá que estás aquí, y ella también se atreve... ¡Siempre tiene uno que arrepentirse de su debilidad! ¿Y esas voces?...

CANC. Gente que se ha reunido por curiosidad, y entre ella, estudiantes que aclaman a la Princesa, y aprovechan la ocasión para manifestar contra el Gobierno.

EMPER. Que debía estar mejor enterado... ¿Cómo ha podido llegar la Princesa sin que nadie tenga noticia de su viaje? No hay duda de que nuestro Ministerio de Estado está muy bien servido. ¿Y tendremos manifestación callejera por mucho tiempo?

CANC. La guardia despeja los alrededores de Palacio; pero los estudiantes, ya sabéis... La princesa Elena es muy popular entre la juventud. Sus amores interesan... Luego, un poeta joven, muy admirado entre la bohemia literaria, ha compuesto una poesía que los jóvenes recitan y cantan en todas partes: una especie de canto al amor y una sátira contra...

EMPER. Contra mí. ¿No es eso?

CANC. Contra el Gobierno, señor.

EMPER. ¡Oh, no! Si fuera contra el Gobierno ya estaría preso el autor y prohibida la poesía. ¿Y decís que la princesa Elena está en Palacio?

CANC. Nadie se atrevió a detenerla; solicitó ver a la Emperatriz.

EMPER. Que no la recibirá, seguramente. Voy yo mismo...

ESCENA VI

DICHOS y la CONDESA ADELAIDA.

CONDESA. Señor, señor, ¿sabéis ya?... La princesa Elena...

EMPER. Sí, ya lo sé. ¿Dónde está?

CONDESA. La Emperatriz se muere. Se ha negado a recibir a Su Alteza, y ha sido presa de un violento ataque de nervios. Toda la corte está trastornada; ya sabéis cuánto queríamos todos a Su Alteza.

EMPER. Bien, bien. ¿Dónde está?

CONDESA. Perdonad, señor. Su Alteza, al saber que la Emperatriz se negaba a recibirla, corrió en busca de los Príncipes. Nadie se atrevió a oponerse a su paso, y con ellos está.

EMPER. ¿Con los Príncipes? ¡Pronto! ¡Decid que venga aquí, que yo lo mando! ¿Oís?, ¡que yo lo mando! ¿Quién acompaña a Su Alteza?

CONDESA. La baronesa de Rosemberk.

EMPER. ¡Ah! ¿La Baronesa ha tenido el valor de acompañarla? Me alegro. Tenía ganas de avistarme con la Baronesa. *(Sale la Condesa.)* ¡Y aun os atrevéis a presentaros delante de mí, a pedirme que perdone y apruebe vuestra conducta! ¡Y nos quejamos de los progresos revolucionarios, de socialistas y de anarquistas! Sus bombas son preferibles; por natural reacción, robustecen y afirman el principio de autoridad; pero este anarquismo de arriba, este quebrantamiento de todo respeto y de toda moral, es peor mil veces. Más vale caer de un solo golpe que desmoronarse pulverizado.

CANC. Exacto, señor.

EMPER. El escarmiento será digno de la falta, yo os lo aseguro.

P. EST. Señor, permitidme que me retire. En este momento sería inútil oponer razón alguna a vuestro enojo. Además, no quiero hallarme con mi prima, ya que por culpa suya castigáis con igual pena faltas muy distintas. Yo no he faltado a ningún deber; mi amor es noble, legítimo. Señor, permitidme besar vuestra mano; mi cariño y mi respeto no os faltarán nunca. Sólo os pido, como único favor, que al desterrarme de Suavia no me persiga todavía vuestro enojo; comprenderéis que, con mi fortuna personal, la vida me será difícil; ignoro a qué medios tendré que acudir; desde luego no serán indignos de un caballero, aunque ya no sea príncipe... ¡Adiós, señor! Que algún día me juzguéis en justicia es mi único deseo. *(Sale el Príncipe.)*

CANC. ¡Pobre Príncipe!

EMPER. ¿Por qué? Si ha sido fuerte para cumplir su voluntad, debe serlo para oponerse a la mía. ¡Un príncipe de Suavia casado con una cómica!

CANC. ¡Señor! El amor...

EMPER. ¡El amor, el amor! ¿Qué necesidad tenía de casarse?

CANC. Aseguran que ella es virtuosa.

EMPER. Desconfiad de esas virtudes que se hacen pagar con el matrimonio. Decid que es una mujer que sabe mucho, y mi sobrino un tonto que no conoce el mundo ni a las mujeres. Si se tratara siquiera de una artista seria, de una artista dramática de uno de los teatros subvencionados... Pero una artista de opereta, que no hace un mes cantaba *La bella Elena* y *La hija de madame Angot*, ¿creéis que una mujer así puede presentarse en la corte? Los mismos ujieres, al anunciarla, no podrían por menos de tararear algún *couplet* que la hubieran oído en el teatro. ¡La Princesa! Dejadnos un momento, pero esperad cerca. *(Sale el Canciller.)*

ESCENA VII

El Emperador, la Princesa Elena, el Príncipe Mauricio, la Princesa Margarita, el Príncipe Alex, la Condesa de Rosemkrank y la Baronesa de Rosemberk.

P.ª Elena. ¡Querido tío!... ¡Señor!...

Emper. No me abraces. *(A los Príncipes.)* ¿Quién os ha mandado venir?

P.ª Elena. Dejadlos. ¡Me quieren tanto!... Como yo a ellos. Ya veis, todos me quieren todavía; me aclaman en las calles; nadie ha olvidado a Elena, a la princesa Bebé, como me llamaban todos, porque era un tiempo en que yo era la alegría de este Palacio; aquí se quedó toda, con todos mis cariños. ¿Verdad que me queréis mucho? Tú, Margarita, pobre niña a quien deseo toda la felicidad que yo no hallé en la vida, que no dispongan de tu corazón como dispusieron del mío. Sé inflexible si tratan de unirte a un hombre a quien no amas ni puedas amar nunca.

P.ª Marg. Elena, Elena, yo no quiero que llores; yo no quiero que te vayas de aquí.

Emper. Basta; Condesa, llevaos a los Príncipes...

Condesa. Ya oís, Altezas...

Emper. Elena y yo tenemos que hablar por última vez.

P.ª Elena. ¿Por última vez? Sois inflexible.

P. Maur. El abuelito está muy enfadado.

P. Alex. ¿Y llegarán hoy los juguetes que me has traído?

P.ª Elena. Sí, si, ya veréis. Un automóvil, un campamento, con soldados que andan y cañones que disparan.

P. Alex. Te quiero mucho.

Condesa. Vamos.

P.ª Marg. ¡Abuelito!...

Emper. ¿Qué es esto? Hoy no saldréis en todo el día de vuestras habitaciones. Basta de llantos. *(Salen los Príncipes y la condesa Adelaida.)*

ESCENA VIII

El Emperador, la Princesa Elena y la Baronesa de Rosemberk.

P.ª Elena. ¡Señor!

Emper. ¿A qué has venido? Me supones tan débil, que todas esas lágrimas, aunque fueran de arrepentimiento, pueden hacerme olvidar lo que debo al honor de nuestro nombre. Aunque no te juzgara como Emperador, sólo como jefe de nuestra familia, tendría que decirle lo que ya sabes...: ¡has muerto para mí!

P.ª Elena. Sois muy cruel. Os he pedido consejo, protección, os habéis negado a escucharme. ¿Por qué os opusisteis a mi divorcio?

EMPER. ¡Un divorcio en nuestra familia!

P.ª ELENA. ¿No son iguales para todos las leyes de vuestro Imperio? Con más razón debo yo invocarlas, ya que me casasteis contra mi voluntad.

EMPER. Con un Príncipe digno de amor.

P.ª ELENA. Baronesa, habéis sido testigo de mis sufrimientos.

BARONESA. ¡Pobrecita señora! ¡Pobrecita!

P.ª ELENA. Sabíais bien que el Príncipe era un hombre brutal; conocíais mi corazón, sabíais que no podía ser dichosa a su lado.

EMPER. El cumplimiento del deber es una dicha que nunca puede faltarnos, y sólo depende de nosotros. Quizá sea la más difícil de lograr; por eso mismo es la más digna de los que por mala o por buena suerte nacimos en elevada cuna.

P.ª ELENA. Sois hombre y soberano, y podéis hallar en nobles, ambiciosas y altas empresas compensación a todo. Para un corazón de mujer nada tiene sentido en la vida: ni el deber, ni la ambición, ni el sacrificio, ni preceptos de moral, ni la misma fe religiosa, si no es el amor..., que sin hablarnos nunca de deberes, ni de obligaciones, ni de sacrificios, ni ordena, ni castiga, y todo lo consigue sólo por ser amor. ¿Y queréis condenarme a vivir sin amor toda mi vida? Aún es posible que una mujer pueda resignarse a vivir sin ser nunca amada; ¡pero sin amar! ¿Cómo puede vivir? Yo hubiera cumplido mis deberes de esposa con el Príncipe si su única falta hubiera sido no amarme; pero bien lo sabéis, es un hombre grosero, indigno, que no podía inspirarme ni compasión siquiera, ni lástima, el último refugio del corazón para cumplir deberes de amor cuando todo amor falta.

BARONESA. Es la verdad, señor, es la verdad. ¡Pobrecita señora!

EMPER. Después hablaremos, Baronesa. Fué un gran acierto destinaros al lado de la princesa Elena. Habéis sabido velar por su decoro.

BARONESA. ¡Señor!

EMPER. Debí informarme mejor de vuestra vida pasada.

BARONESA. ¡Señor! ¡Alteza! ¡No puedo, no puedo oírlo! ¡Insultada, ultrajada! No puedo contestaros; sois el Emperador... Pero es indigno, insultáis a la baronesa de Rosemberk.

P.ª ELENA. Tranquilizaos. ¡Señor, sois injusto con la pobre Baronesa!

BARONESA. ¡Es horrible, horrible! ¡Así se pagan mis leales servicios! ¡Yo, que he sacrificado todo por servir a Vuestra Majestad! Su Alteza os dirá cómo la aconsejaba yo siempre. No diré que Su Alteza no haya cometido errores y locuras que yo sólo puedo lamentar, pero no sabéis las que hubiera cometido si yo no hubiera estado a su lado para contenerla. Sin mí, se hubiera escapado dos meses antes.

EMPER. Si crees que con ese retraso hemos ganado algo...

BARONESA. Y Vuestra Alteza puede deciros que, así como en el sunto de su divorcio me ha tenido siempre de su parte, respecto los amores con el caballero Rosmer, siempre halló en mí la maor oposición.

EMPER. Por eso era en vuestra casa donde se veían.

BARONESA. Cuando ya no tenía remedio, señor; por evitar maores escándalos.

EMPER. Y la fuga, digno remate de la aventura, ¿quién la failitó?

BARONESA. La Princesa amenazaba con suicidarse; estaba oca. ¿Y qué deciros, señor? Yo adoro a la Princesa.

P.ª ELENA. ¡Mi buena amiga! Y mi gratitud será eterna.

BARONESA. Ya lo veis, se me insulta, pierdo la gracia del Emperador... El honor de una Rosemberk puesto en duda. El Emperador habla con reticencia de vida pasada, una vida de virtud ejemplar. Sólo me queda el cariño de Vuestra Alteza. ¡Princesa de mi corazón!

P.ª ELENA. ¡No os faltará nunca, Baronesa de mi alma!

EMPER. ¡Por vida! No hay paciencia. Sois insoportable, Baronesa. No volváis a presentaros en la corte bajo ningún pretexto. Concluyamos de una vez. Tus pretensiones serán, sin duda, como las de tu primo, otro héroe de una novela de amor; pero por lo visto confiáis poco en el amor para asegurar vuestra felicidad, y pretendéis seguir disfrutando de vuestra asignación como Príncipes, ¿no es eso?

P.ª ELENA. Me ofendéis. Mi única pretensión es que se admita mi demanda de divorcio, que pueda yo disponer libremente de mi corazón.

EMPER. ¿Después del escándalo de la fuga? ¿No sabes que nada conseguirás? El caballero Rosmer es tu cómplice, la misma ley se opondría a tu matrimonio con él.

P.ª ELENA. No es cierto. El caballero Rosmer era el secretario del Príncipe, y como tal me acompañó en mi viaje. Yo no le amaba entonces... La Baronesa puede asegurarlo.

BARONESA. Lo juro por todos mis antepasados.

EMPER. Y yo no lo creo, Baronesa. Terminemos: el escándalo producido en el mundo entero por vuestras locuras, el borrón indeleble que habéis arrojado sobre nuestra dinastía, sin contar con las perturbaciones morales y políticas que padece el Imperio por culpa vuestra, imponen la mayor severidad en el castigo. Princesa Elena: para merecer el perdón sólo os queda un medio. Seréis declarada falta de juicio y recluída durante algún tiempo, según vuestro comportamiento, en alguno de los sitios reales.

P.ª ELENA. Gracias. Si soy culpable quiero ser responsable de mis culpas. ¿No tenéis otro medio para enmendarlas? Francamente, no comprendo vuestro modo de velar por el buen nombre

de la familia. Yo creo que siempre será mejor garantía para el Imperio saber que somos capaces de enamorarnos en nuestro cabal juicio, que no incapaces de todo por imbéciles o por locos. Si empezáis a declarar locos en la familia tenéis para rato, y no es seguridad para los pueblos la de estar gobernados por una familia en que haya tanta gente sin juicio.

EMPER. ¿Aun te burlas?

P.ª ELENA. No, no me burlo. Comprendo que hice mal en acudir al corazón de quien nunca lo tuvo.

EMPER. ¡Insolente! ¡Lejos de mí! ¡Lejos de Suavia!

P.ª ELENA. Sí, lejos de aquí los que buscamos la verdad de nuestra vida en la verdad de nuestro corazón, los que no supimos aprender a vuestro lado y al de los Príncipes que seguirán cerca de vuestro trono, y dignos de vuestro afecto, a guardar hipócritas las apariencias del amor y del respeto por lo que ya no se ama ni se respeta. Queden aquí con todos sus honores el príncipe Miguel, que no se casará con una actriz como el príncipe Esteban, pero está en relaciones con tres o cuatro; la princesa Leonor, que no pretenderá divorciarse, porque nada mejor que un marido para disimular el horror al matrimonio; la princesa Clotilde, a quien para nada le estorba el suyo... Esas son las virtudes oficiales, las que no escandalizan ni ponen en peligro la tranquilidad del Imperio. Yo no soy así; y tenéis razón, hice mal en acudir a vuestras leyes cuando puedo invocar la ley de mi propia conciencia. ¡Qué locura! ¡Pedir a los demás lo que está en nosotros mismos!... ¿Para qué intentar revolucionar el mundo? Basta con revolucionar nuestro espíritu. Oídlo: en este momento, yo, la princesa Elena, acabo de sentirme feroz anarquista. El mundo, vuestro Imperio, la sociedad entera con sus leyes, con su moral, con sus mentiras..., quede todo conforme estaba, que nadie intente destruirlo... Hay gentes que no sabrían vivir de otra manera... Pero dentro de mí, en mi vida, acaba de estallar una bomba que ha hecho saltar en mil pedazos todo ese mundo con todas sus leyes y todas sus mentiras... Salgamos de aquí, Baronesa. *(Salen la princesa Elena y la Baronesa.)*

ESCENA IX

El EMPERADOR, después el CANCILLER.

EMPER. ¡Todo se desquicia...; me ahogo!...

CANC. ¡Señor!

EMPER. El príncipe Esteban y la princesa Elena saldrán hoy mismo de Suavia sin pretexto para dilatar una hora su permanencia en la corte. Suspended el Consejo citado para hoy. ¿Había algún asunto urgente que resolver?

CANC. La ley de reformas sociales.

EMPER. ¡Buena ocasión para promulgarla! ¡Para dar que reír! ¡Pretender reformar la sociedad cuando mi casa y mi familia anda como ve todo el mundo!... ¿Y qué más?

CANC. Nada más de importante. Vuestra firma al decreto concediendo una pensión a nuestro gran poeta.

EMPER. ¿Poeta? Poetas, filósofos, escritores, esos tienen la culpa de todo. Esos son los que trastornan las ideas y perturban las inteligencias; locos, indisciplinados; no me habléis de poetas. ¡Ah! Y esa canción estudiantil que celebra los amores de la Princesa, que no vuelva a oírse... ¿La sabéis por casualidad? ¿Qué dice?

CANC. No la recuerdo... No tiene mérito alguno... Aconseja a la Princesa que desprecie a la corte y a los cortesanos; que entre los estudiantes y los enamorados hallará su verdadera corte..., el reino del amor...; desatinos...

EMPER. Ya veo... ¿Y dice algo de mí?

CANC. Nada de particular. El estribillo: Deja al viejo Emperador; ¿qué sabe él lo que es amor?...

EMPER. ¿Qué sabe él lo que es amor?... Bien está; retiraos... Necesito descanso... ¡Ah! ¡Cuidad de la Prensa! La hemos dejado demasiada libertad en estos tiempos.

CANC. Ya hemos acordado lo que debe hacerse. Descansad, señor...

EMPER. Buenas noches. *(Sale el Canciller.)* El viejo Emperador... ¿Qué sabe él lo que es amor?

TELÓN

ACTO SEGUNDO

En una estación de invierno, entre Italia y Francia.—Gran salón en el Casino.

ESCENA I

DIANA DE LYS, la REINA DE SABA. Acompañamiento.

C.ª DIANA. Es casualidad; dos años seguidos me sucede lo mismo. En el momento de verte, acierto un pleno. Es el primero que acierto en toda la temporada. ¿Vienes de París?

REINA. Dando un rodeo.

C.ª DIANA. ¿Cuándo has llegado? Leo todos los días las listas de viajeros.

REINA. Es que ahora han dado por llamarme con otro nombre. Desde que representé el invierno pasado en Olimpia la pantomima *La reina de Saba*... Tú viajabas entonces por Italia. ¡Un éxito loco! Tanto como tú cuando hiciste *El baño de la parisienne,*

pero yo me desnudaba más veces; la última, sobre todo, delante de Salomón: ese canalla de Fló-fló inventó una combinación de luces...

C.ª DIANA. Si lo hubiera sabido, vuelvo de Italia... ¿Y tuviste buena prensa?

REINA. Admirable. *Lorrain* dos columnas de insultos, que nunca le agradeceré bastante. Desde entonces nadie me conoce mas que por la reina de Saba.

C.ª DIANA. Ahora recuerdo, leí el nombre y pensé: ¿quién será esta nueva?...

REINA. Pues era yo, salvo la novedad...

C.ª DIANA. ¿Vienes sola?

REINA. Completamente. Es viaje de recreo. ¿Y tú? ¿Acompañas siempre al Condesito? ¿En qué millón está? En París aseguran que en los últimos.

C.ª DIANA. Al paso que lleva... Todavía si los gastara en él...; pero se divierte en verlos gastar.

REINA. ¿Sigue tan aburrido como siempre?

C.ª DIANA. Ha llegado a lo supremo. Ya no se conmueve ni se molesta por nada; los que le rodean viven por él; su secretario, sobre todo, Chantel.

REINA. Le conozco. Sabrá aprovecharse.

C.ª DIANA. ¡Ya lo creo! Y todo el mundo. El Conde compra coches y automóviles y él ni los ve siquiera; sus amigos y los amigos de sus amigos los pasean y lucen. Entrega a manos llenas los billetes de a mil para que los otros jueguen y pierdan, naturalmente, y él ni siquiera asoma por la sala de juego. Se habla de un espectáculo cualquiera, envía a sus amigos y prohibe que le cuenten después lo que han visto. Hasta las extravagancias en el vestir, a que era antes tan aficionado, ahora se las impone el secretario.

REINA. Y tú, ¿has quedado también para el secretario?

C.ª DIANA. A mí me quiere todavía. Soy la única persona que tiene influencia sobre él. Tanta, que de seguro al regresar a París este año seré la condesa de Tournerelles. No te ofendas si aquí no me reuno mucho contigo; aquí tengo un círculo muy selecto y no me conviene comprometerme.

REINA. ¿Qué círculo es ese?

C.ª DIANA. Ya sabes que el Arte y la devoción son dos pretextos que han servido siempre para mejorar de clase. Los artistas y los devotos, con tal de que se guarden las apariencias, admiten encantados a todo el que llega a su grupo.

REINA. ¿Te has hecho devota?

C.ª DIANA. No. Eso lo guardo para la vejez. Por ahora basta con el arte. Frecuento un círculo de artistas amantes de la música. Pero ¡qué música! La música de Wilf. ¿Tú no sabes quién

es Wilf? Ni te importa. Fué un genio que murió desesperado en un manicomio porque nadie entendía su música; pero después de su muerte, su viuda madame Clemencia Wilf y su hijo Godofredo...

REINA. ¡Qué nombre!

C.ª DIANA. Se llama así porque es el nombre de un poema sinfónico de su padre. Su viuda y el hijo y unos cuantos admiradores y devotos de la música divina de Wilf se propusieron que fuera admirada y conocida por todo el mundo; fundaron una sociedad por acciones, dieron conciertos, dirigidos unas veces por Wulf. ¿Tú no conoces a Wulf? Otros por Godofredo Wilf; y si al principio nadie les hacía caso, y unas veces les silbaban y otras les insultaban y hasta les arrojaban patatas, poco a poco la mujer de Wilf se impone, los fanáticos aumentaban, la gente se volvía loca.

REINA. ¿Y a ti te cogió la locura? No sigas...

C.ª DIANA. No lo creas, ni a mí ni a nadie, fuera de algunos engañados de buena fe, que son indispensables para el buen éxito de todo negocio. La viuda, el hijo, el maestro y los músicos que los acompañan explotan muy lindamente el snobismo de mucha gente que a su vez se da por bien explotada, pareciendo superior a los demás mortales con entender y admirar la música de Wilf. Como entre esta gente figuran personas muy distinguidas, yo hago valer mi influencia con el conde de Tournerelles para inscribirle como accionista de la Sociedad de conciertos de Wilf, Wulf y Compañía. Los socios me acogen con entusiasmo; se me perdona mucho porque amo mucho... la música del maestro, del ídolo; me codeo con gente *chic:* princesas, grandes damas, grandes artistas, y preparo mi entrada en la mejor sociedad de París del brazo del conde de Tournerelles y en alas de la música de Wilf... ¡Y viva el Arte, mi querida amiga!

REINA. Tienes un talento que asusta. Si hubieras sido hombre, hubieras sido lo que hubieras querido.

C.ª DIANA. Es que eso es lo primero que no hubiera querido ser: hombre. Ahora... perdona. Llega mi gente. Ya nos veremos.

REINA. ¡Qué fastidio! No me has dicho quién hay por aquí.

C.ª DIANA. Está muy aburrido. Ya nadie viene a distraerse; todos vienen con algún interés. Nunca ha estado esto tan triste en vísperas de Carnaval. La única que se divierte es la Zaragoza, la española... Como todo le coge de nuevas...

REINA. ¿Está aquí ese animal salvaje? Si lo sé no vengo. ¿No sabes que el verano pasado, en Trouville, dimos un escándalo? Nos pegamos en pleno Casino; se cruzaron apuestas, hubo empate...

C.ª DIANA. Ya me lo contarás. Bien venida y buena suerte.

REINA. Hasta la vista, Condesa. *(Sale.)*

ESCENA II

DIANA, MME. WILF, WULF, MR. WILF, ELSA KENISBERG y la DUQUESA DE ARCOLE.

C.ª DIANA. Señores, ¿ha terminado ya la ópera?

M. WILF. No hemos podido tolerar mas que dos actos, y eso por galantería hacia los artistas. ¡Qué ópera! ¡Llamar ópera a eso!

WULF. ¡Y pensar que la Humanidad ha vivido en esa creencia!

WILF. ¡Y que aun hay quien oye esa música como si fuera música!

ELSA. La Condesa ha tenido el buen gusto de no acompañarnos.

C.ª DIANA. Salvo la música, hubiera tenido mucho gusto; pero cuando me dirigía al teatro me encontré con una amiga de colegio... Y el Príncipe, ¿no vendrá esta noche?

ELSA. El Príncipe tiene el mal gusto de escuchar la ópera hasta el final.

C.ª DIANA. ¿Y qué hay, señores? ¿Se ha combinado ya nuestro concierto? La Sociedad del Casino, ¿acepta las condiciones?

WULF. Todo está convenido. Sólo faltan detalles. Será un acontecimiento.

ELSA. ¡Qué programa!

WILF. Aquí nos atrevemos a todo. Contamos con un público inteligente.

WULF. Convencido.

M. WILF. Aquí no se trata de iniciar a una multitud de neófitos, sino de oficiar ante una *élite* de creyentes.

WILF. Aquí oiréis lo que no habéis oído nunca. Los tres grandes poemas: el poema del Sueño, el poema de la Idea y el poema del Silencio.

M. WILF. La obra capital de Wilf.

WULF. La que todavía no ha entendido nadie.

WILF. La que dejaría de ser lo que es el día que se entendiera.

M. WILF. La única vez que se ejecutó en Londres se desmayaron cinco señoras, y a los pocos días se suicidaban los dos primeros violines que habían tomado parte en el concierto.

WULF. Yo no puedo dirigir esa obra sin una preparación estoy por decir religiosa. Ocho días antes no salgo de mi habitación, no hablo con nadie; sólo leo las pocas y sublimes páginas que nos legó el maestro; sólo me alimento lo preciso para sostener mis fuerzas; llego a producirme una exaltación mística, único modo de aspirar a la interpretación de la sublime obra. Cuando termina el concierto, madame Wil os dirá cuál es mi estado.

M. WILF. ¡Lastimoso! Sólo a fuerza de friegas y de ponches de ron conseguimos que reaccione. Por eso es una obra que sólo

puede ejecutarse de tarde en tarde. Mi hijo no puede dirigirla todavía.

WILF. La estudio desde hace seis años, y mi interpretación se aparta en todo de la del maestro Wulf.

WULF. Pero no explicáis las razones; por ejemplo: ¿a qué obedece vuestra opinión de que debé ser lento el segundo tiempo del poema de la Idea y vivo el del Silencio? Cuando lo ideal sería que el Silencio no llegara a escucharse, y, en cambio, la Idea pasara rápida como el pensamiento. ¡Ah, si yo encontrara ejecutantes que me siguieran!

M. WILF. La discusión es muy interesante. ¿Qué opináis, Condesa, y Vuestra Alteza y la Duquesa?

DUQUESA. *(Despertando.)* ¡Ah! Perdonad...

C.ª DIANA. La Duquesa no ha pasado de la música italiana.

DUQUESA. ¿Qué queréis? A mi edad no se cambia el gusto. Para mí no se ha hecho nada mejor que *La Sonámbula,* y como pieza de concierto, *La Mandolinata.*

C.ª DIANA. Pero Duquesa...

DUQUESA. *(Bajo a Diana.)* ¡Cállate! Estoy de música y de sociedad...

C.ª DIANA. Disimula.

DUQUESA. Si yo sé esto, cualquier día te sirvo de dama de compañía.

C.ª DIANA. Calla, que se fijan en todo.

DUQUESA. ¿Por qué he de callar? Si aquí todos estamos lo mismo... Representando lo que no somos. Ni la Princesa es princesa, ni tú Condesa, ni yo Duquesa, ni esta viuda del músico será viuda, si fuéramos a ver, ni la música de su difunto es música, si vamos a oír... Dí que todos estamos a lo nuestro, y a todos nos conviene pasar por todo.

C.ª DIANA. ¡Duquesa!

DUQUESA. ¡Cállate! ¡Lo que nos divertíamos aquí otros años!...

C.ª DIANA. Entonces era la juventud, la irreflexión. Hay que pensar seriamente.

DUQUESA. Pero ¿quién puede aguantar a esta Princesa, que no hace dos meses cantaba operetas y música de organillo, dándoselas ahora de gran señora y de artista sublime?

C.ª DIANA. No me comprometas, que acabarás por hacerme reír. *(Alto.)* La Duquesa confiesa que ella, en el fondo, comprende la superioridad de la nueva música, de la única música.

DUQUESA. Sí, sí..., yo comprendo, yo siento. Pero no me neguéis que aquello de... *(Tarareando.)* siempre hará llorar.

ELSA. ¡Duquesa!

DUQUESA. Cuando poseamos nuestro templo, nuestro Bayreuth...

WULF. ¡Oh, nuestro Bayreuth! Una leyenda llamada a desaparecer.

M. WILF. Sí; Wagner fué algo, un precursor tímido.

WULF. Acertó algunas veces. Pero cuando poseamos nuestro templo, nuestra gran sala de conciertos sobre una montaña a orillas del mar, en una isla si fuera posible...

WILF. Donde una vez al año se congregaran todos los creyentes...

WULF. Esperemos, que muy pronto será realidad nuestro sueño.

M. WILF. Contamos para ello con grandes capitales.

WILF. No sólo para el templo, sino para la construcción de hoteles, restaurants y cuanto sea necesario.

WULF. Puede ser un gran negocio.

M. WILF. Puede serlo; pero no pensemos en ello: pensemos en él nada más.

WULF. Cierto. Más que en él, en ella, en su idea; más que en lo que hizo, en lo que pudo hacer.

M. WILF. En el ideal...

DUQUESA. *(Bajo a Diana.)* Si esta gente no sacara dinero de todo esto, diría que no la había visto más loca en mi vida.

ESCENA III

DICHOS, el CONDE DE TOURNERELLES y MR. DE CHANTEL.

CONDE. ¡Muy gracioso ese lance, muy gracioso! ¿Y si se hubiera presentado algún caballero y te hubiera desafiado? ¡Más gracioso todavía!

CHANTEL. Perdonad; esta vez hubierais tenido que desafiaros en persona. Yo hablé a Su Alteza en vuestro nombre, por encargo vuestro.

CONDE. Porque de lejos me pareció una *cocotte;* pero tú debiste informarte.

CHANTEL. ¿Qué queréis? Me acerqué, y de cerca me siguió pareciendo lo mismo. Estaba sentada en una de las mesas del treinta y cuarente; a su lado una señora de edad, pero nada respetable; las dos jugaban y reían como locas; figuraos que una jugaba a encarnado y la otra a negro, y luego apostaban entre ellas...

CONDE. Es gracioso. ¿Y tú?

CHANTEL. Yo me atreví a proponerles una combinación, que ellas aceptaron encantadas. Ya sabéis, la infalible. Pusieron su dinero a mi disposición...

CONDE. ¿Te quedaste con algo?

CHANTEL. Os aseguro que no; se perdió todo. La Princesa, la que resultó luego ser princesa, pasaba de continuo su brazo esco-

tado por mi espalda. Yo soy muy nervioso; bajo el tapete verde, mi pie oprimía el suyo con fuerza...

CONDE. ¿Y ella?...

CHANTEL. No era ella; era la venerable dama de compañía; de ahí la equivocación. Cuando quise atreverme a lanzar mis proposiciones..., vuestras proposiciones, la Baronesa de... (no recuerdo el título) me abrumó con los dicterios más injuriosos, y entonces supe quién era la gran señora a quien habíamos juzgado tan ligeramente.

CONDE. ¿Y ella?

CHANTEL. Ella no parecía muy ofendida; al contrario, se levantó riéndose a carcajadas.

CONDE. Entonces debemos continuar la aventura. Esa Princesa, ¿no es la princesa Elena de Suavia, la que se fugó con el secretario de su marido?

CHANTEL. Y con él está aquí, esperando a que el Emperador le permita divorciarse.

CONDE. ¿Divorciarse? ¿Para qué? ¿Para casarse con el secretario? Sería un final indigno. Esa Princesa me divierte. Estoy por emprender yo mismo la aventura; una Princesa vale la pena de que uno se moleste.

CHANTEL. Si supierais que, según me han asegurado, la enamorada pareja anda muy mal de fondos y trata de negociar un empréstito a toda costa... El Emperador los sitia por hambre. El Príncipe consorte ha hecho publicar en todos los periódicos del mundo que él no reconoce las deudas de su esposa. Los demás parientes, por no malquistarse con el Emperador, también la niegan su protección; el treinta y cuarenta no les ha sido muy propicio, y...

CONDE. Admirable. Entérate de todo. Para acercarme a la Princesa tengo el pretexto de ofrecerle mis excusas por la torpeza de mi secretario.

CHANTEL. Gracias...

CONDE. La música de Wilf puede dar ocasión a un concierto en mi «villa», al que puedo invitar a Su Alteza...

CHANTEL. ¿Y si Diana sospecha?

CONDE. Diana tiene mucho talento para molestarse... Sabe que estoy decidido a casarme con ella, a pesar de todo. A ella y a mí nos conviene rodearnos de la mejor sociedad, cueste lo que cueste.

CHANTEL. Y cuesta bastante. A propósito. ¿Por cuánto os suscribís por fin en la Sociedad Wilf para la construcción del gran teatro? Esta gente no me deja vivir; no ve la hora de coger el dinero.

CONDE. Cinco mil francos más que el mayor accionista.

CHANTEL. Es que hay algunos figurados por cantidades fantásticas...

CONDE. Entonces... cincuenta mil francos. Ya lo dije.

CHANTEL. ¡Ah!... Esta cartita... La Zaragoza, la bailarina española, me escribe, os escribe... El carnaval se aproxima, necesita deslumbrar en la batalla de flores, en los bailes del Casino.

CONDE. Diez mil francos...

CHANTEL. *El Eco de la Costa Azul* os ha dedicado una brillante crónica de su más brillante cronista. Escribe también...

CONDE. Tres mil francos.

CHANTEL. Y el *Monitor del Gran Mundo* publica vuestro retrato... y el mío.

CONDE. Tres mil quinientos...

CHANTEL. Y en estos días había perdido...

CONDE. Te empeñas en jugar combinaciones ridículas.

CHANTEL. ¿A qué hora podríais firmar mañana los cheques?

CONDE. ¿A qué hora? ¿A qué hora podré yo firmar mañana? ¡Qué fastidio! No sé; a cualquier hora. Procura enterarte de cuanto se refiera a la Princesa; es lo único que puede distraerme... Voy a saludar un instante.

CHANTEL. Me enteraré de todo. *(Sale.)*

CONDE. *(Acercándose al grupo.)* Señores... Alteza... Madame...

M. WILF. Creo que mi hijo os ha expresado ya mi agradecimiento por vuestra generosidad, en apoyo de nuestra obra...

CONDE. No vale nada...

WULF. Sois un alma de artista, digno de comprender la obra.

WILF. Vuestro nombre figurará en el Templo.

C.ª DIANA. Asistiremos todos los años.

CONDE. *(Bajo.)* Eso sí que no; sería demasiado...

C.ª DIANA. Calla.

CONDE. Y antes que el concierto público anunciado, ¿no podía prepararse algo más íntimo en mi «villa»? Yo creo que la música de vuestro esposo necesita, para ser bien comprendida, un auditorio selecto, una atmósfera de intimidad, de...

C.ª DIANA. Sí; puede organizarse un pequeño concierto.

WILF. No hay inconveniente.

M. WILF. *(Bajo.)* Cincuenta mil francos merece la molestia.

WULF. Yo me encargaré de todo. El señor Conde no tiene mas que designar el día...

ELSA. Yo me ofrezco a cantar aquella lamentación muy..., aquella página admirable...

M. WILF. ¿Qué decís, Alteza? Será la primera vez que una verdadera artista haya interpretado esa página.

ELSA. Pondré en ella todo mi sentimiento del Arte.

WULF. El espíritu del maestro se estremecerá en aquel instante.

M. WILF. El os oirá. Estoy segura.

CONDE. *(Bajo a Diana.)* Tendrá que oír Su Alteza.

C.ª DIANA. Sí; desde *La Bella Elena* a la música de Wilf, es demasiado salto.

CONDE. No tanto como desde princesa de teatro a princesa de veras.

C.ª DIANA. Sí; pero el terreno del Arte no se presta tanto como el terreno social a esos saltos mortales. Con grandes y con reyes se codea cualquier advenedizo; con Shakespeare y con Beethoven no es tan fácil... Yo no me tengo por tonta.

CONDE. No, ciertamente.

C.ª DIANA. Intenté ser artista y no pude lograrlo...; intenté ser Condesa... y no hago tan mala figura...

M. WILF. Es muy tarde; nos retiramos. Godofredo consagra la noche al estudio...

WULF. Yo necesito también recoger mi espíritu en vísperas de un gran concierto.

ELSA. Por lo visto, el Príncipe soporta la ópera hasta el final. Yo también me retiraría.

CONDE. El Príncipe no está en el teatro. Entraba en la sala de juego hace poco.

ELSA. ¿En la sala de juego? Me disgusta.

CONDE. A estas horas está muy animada.

ELSA. ¿Me acompañáis a buscarle?

CONDE. Con mucho gusto.

M. WILF. Señores... *(Al Conde.)* ¿Cuándo os dignáis señalar el día para esa audición particular?...

CONDE. ¡Ah, sí!; descuidad... Tengo mucho interés... *(Salen todos.)*

ESCENA IV

La PRINCESA ELENA y la BARONESA DE ROSEMBERG.

BARONESA. Conmigo no volvéis al Casino; ¡no quiero ser responsable de lo que suceda! Bastantes responsabilidades..., ¡ay!, y bastantes remordimientos pesan sobre mí. No sabéis qué noches paso; sólo a fuerza de morfina logro aletargarme, pero el sueño, ese sueño benéfico que sólo una conciencia tranquila proporciona, huyó de mis ojos para siempre.

P.ª ELENA. Sí; creéis que vengo por mi gusto al Casino. Me divertía las primeras noches, por la novedad. Yo no había asistido mas que a las fiestas aburridísimas de la corte; sólo había visto algún Casino de nuestros aburridísimos balnearios, y, ya sabéis, cuando asistíamos alguno de la familia imperial, todavía

estaban más aburridos. Pero, ya satisfecha la curiosidad, no vendría aquí nunca.

BARONESA. ¿Pues dónde iríais?

P.ª ELENA. A otros sitios más divertidos..., o peores, que es lo mismo. He notado que los sitios que da en decir la gente que son malos son los más divertidos; de donde deduzco que el infierno, que es el de peor fama, debe ser divertidísimo.

BARONESA. Alteza... Afligís mi corazón como no tenéis idea. No es posible que sintáis nada de lo que decís desde hace algún tiempo.

P.ª ELENA. Desde que me he propuesto decir todo lo que pienso y hacer todo lo que sienta. ¿No es eso?

BARONESA. Ya veis a lo que habéis dado lugar esta noche. A que un insolente deslizara en mi oído frases que yo no pensé escuchar nunca. Y en mis manos un billete de cien francos, diciéndome al mismo tiempo: «Facilitadme una entrevista con vuestra amiguita...» ¡Creí morirme al escucharlo!

P.ª ELENA. ¿Y no es gracioso? Yo, en vuestro caso, hubiera aceptado los cien francos y los hubiera jugado a pleno... Estoy segura de que hubiera ganado.

BARONESA. Alteza... No sé cómo deciros que todo esto me costará la vida. Pensad que el mundo entero está pendiente de vuestros pasos; que desde Suavia nos siguen y nos observan...

P.ª ELENA. Por eso mismo, no quiero que vean que estoy triste ni aburrida un solo momento.

BARONESA. Y lo estáis, sin embargo, a pesar vuestro; sólo la paz de la conciencia...

P.ª ELENA. Dejad la conciencia; la mía está en paz con todo el mundo. No tenía hijos a quien perjudicar con mi conducta, lo único que la hubiera hecho indisculpable; a mi marido no hago mas que pagarle, sin grandes réditos, todas las groserías y brutalidades que le debía; a la corte de Suavia una vida mortal de aburrimiento y una continua abdicación de mi voluntad. He saldado la cuenta con todos ellos; conmigo es con quien no estoy satisfecha.

BARONESA. ¿Y por qué?

P.ª ELENA. Porque es inútil renovar nuestro espíritu cuando todo continúa lo mismo a nuestro alrededor. No es el porvenir, es lo pasado lo que gobierna al mundo. La historia, la maldecida historia, es el gran tirano de las naciones y de los hombres. Si fuera posible nacer a la vida el día en que con plena conciencia, con plena libertad, podemos afirmar «esta es nuestra vida», pero ni siquiera desde el primer día de nuestra vida podemos decir que nacemos, vivíamos desde mucho antes, desde muy antiguo, desde muy lejos. La vida es una selva mil veces centenaria, y, como sus árboles seculares, nuestras almas tienen raíces muy hondas.

Las ramas que mueve el aire nos parecen alas que en vano agitamos ansiosos de aire, de luz, de libertad...

BARONESA. Lo que significa...

P.ª ELENA. Significa que yo hubiera renunciado sin pena a toda mi vida pasada, pero a toda en absoluto. Pero ¿de qué me sirve olvidar lo que fuí, si nadie lo olvida a mi alrededor? Si todos me imponen las mismas obligaciones y las mismas ceremonias de la corte de Suavia... Todos, el primero él, quien menos debía acordarse de lo que fuí. Y así, desde el hombre que me ama, por quien renuncié a mi posición y a mi rango sin tristeza, hasta los últimos criados y el comerciante que me vende cualquier baratija, y el mendigo que me acosa en la calle, todos me recuerdan que soy la princesa de Suavia, que ni en mi trato, ni en mi ostentación, ni en mis gastos, puedo dejar de serlo; los honores que me niega el Gobierno de Suavia oficialmente me los conceden todos por su conveniencia, y en vano es que yo quiera decir: «Soy una mujer enamorada, una mujer que sólo desea vivir dichosa y olvidada sin dar a nadie cuenta de sus acciones.» Todos protestan: «No, Alteza, no es posible, sois siempre la princesa, la princesa Elena de Suavia...» Y aseguraba el Emperador que con mis locuras había perdido el derecho a la consideración de las gentes; nunca me he visto tan respetada, tan considerada y tan princeseada... Por eso, cuando ese atrevido me confundió con una mujer cualquiera, no pude ocultar mi alegría; es la primera vez que he estado a punto de saber lo que valgo por mí misma.

BARONESA. Tened compasión de mis pobres nervios. Decís cosas inauditas. Pero ¿creísteis alguna vez que nadie podía olvidar lo que erais? Ni en el fondo os agradaría que lo olvidásemos. Lo que os mortifica no es veros considerada como princesa, sino los apuros que ahora empezáis a padecer para sostener una posición difícil.

P.ª ELENA. Puede que tengáis razón. Es imposible vivir como vivimos.

BARONESA. La crisis será pasajera. El Emperador no puede consentir que una sobrina suya...

P.ª ELENA. Cuando se trata de dar dinero, el Emperador lo consiente todo.

BARONESA. Entonces...

P.ª ELENA. He inventado varios recursos; pero al caballero Alberto Rosmer le parecen todos muy incorrectos, indignos de una princesa.

BARONESA. Sí, es así; pero como la incorrección sólo sería en la forma, digo yo, porque al fin el Emperador pagará, estoy segura.

P.ª ELENA. Supongo que sí. Ante un escándalo. Pero Alberto

no quiere escándalos. Espera todavía que el Emperador consienta mi divorcio y podamos volver a Suavia como príncipes.

BARONESA. No lo creo. El Emperador no consentirá nunca el divorcio de una princesa de sangre imperial.

P.ª ELENA. Y hace bien. El divorcio es ridículo. Además, suprime la única seguridad del matrimonio, la de no poder volver a casarse. Yo, por mi parte, ya no pienso en él, ni creo que conduce a nada. Mi matrimonio ahora con el caballero Rosmer, después del escándalo, sería como la fe de erratas al final de un libro cuando ya se ha leído el libro; no enmienda ninguna y las recuerda todas.

ESCENA V

DICHOS y CHANTEL.

BARONESA. Vamos de aquí. ¿No veis? ¡El atrevido de antes, y sería capaz...!

P.ª ELENA. Veamos de lo que es capaz. No me asusta ningún atrevimiento.

CHANTEL. Señora Baronesa de... ¡Perdonad si olvidé vuestro título!

BARONESA. De Rosemberk.

CHANTEL. El aturdimiento que me produjo la incorrección cometida me impidió cumplir como caballero presentando todas mis excusas y pidiendo perdón a la señora Baronesa y a Su Alteza.

BARONESA. Su Alteza viaja de incógnito, decid Duquesa...

CHANTEL. ¡Perdonad! Para mí, Su Alteza siempre será Su Alteza.

P.ª ELENA. Y para todos; es igual.

CHANTEL. Ante todo debo advertir, en disculpa mía, que si me dirigí a Su Alteza fué por encargo del conde de Tournerelles, de quien soy secretario particular. El Conde no ve muy bien desde lejos y creyó...

P.ª ELENA. No tiene nada de particular. En esta Cosmópolis, donde todos aparentan lo que no son, bien puede tomarse a una princesa por una *cocotte*, cuando hay tantas *cocottes* que parecen princesas...

BARONESA. El conde de Tournerelles, ¿es el que ha dado tanto que hablar con sus extravagancias? Al que llaman... ¡perdonad, olvidaba que sois su secretario!

CHANTEL. Pero eso no es un secreto. En París le llama todo el mundo el Chocolaterito, porque el origen de su fortuna fué una fábrica de chocolates, fundada por su abuelo, el cual llegó a París sin un cuarto.

P.ª ELENA. ¡Y sin zapatos!; es la leyenda de todas las grandes fortunas.

CHANTEL. Lo cierto es que a los veinte años de llegar a París y establecer la primitiva y modesta fábrica empezó a comprar terrenos, a edificar casas...

BARONESA. ¿Aprovechando los chocolates?

CHANTEL. Aprovechándolo todo. El caso es que hoy su nieto es archimillonario, Conde; París, entre burlas y veras, le dispensa una atención que sólo han sostenido tanto tiempo Sarah Bernardht y la Otero... Lanza las modas...

P.ª ELENA. Y a las mujeres más hermosas de París, según mis noticias. La famosa Diana de Lys, ¿no fué invención suya?

CHANTEL. ¿La condesa Diana de Lys?

P.ª ELENA. ¡Ah! ¿Se llama Condesa también?

CHANTEL. ¡Es una mujer muy inteligente! Ha logrado dominar al Conde a fuerza de talento, y logrará cuanto se proponga, hasta casarse con él, que es lo que se ha propuesto.

P.ª ELENA. ¡No sabéis cuánto me divierten esas historias!... Gente que lucha, gente que vive...

CHANTEL. Pues aquí no faltan. Su Alteza lleva, sin duda, una vida muy retirada, por gusto de Su Alteza, sin duda, porque este medio facilita, sin comprometerse, toda clase de relaciones. ¿No habéis oído hablar de la Sociedad Wilf, Wulf y Compañía?

P.ª ELENA. ¿Qué Sociedad es ésa?

CHANTEL. El mejor pretexto que ha podido encontrarse para hallar un terreno neutral en que todo el mundo se codea y se comunica, cada uno con su interés particular, y en apariencia todos con un ideal artístico... La música de Wilf..., la Sociedad para la construcción de un gran teatro..., no se habla de otra cosa. Si Su Alteza quiere asistir a un concierto en la «villa» del Conde, el Conde será muy dichoso si aceptáis su invitación.

P.ª ELENA. Desde luego. ¿Decís que asiste gente de todas clases?

BARONESA. ¡Alteza!

CHANTEL. ¡Gente muy distinguida! Su Alteza el príncipe Esteban entre otros.

P.ª ELENA. Eso me desagrada. No estoy en las mejores relaciones con mi primo... Es un carácter serio.

BARONESA. ¡No, Alteza; donde asiste el príncipe Esteban no podéis asistir! ¡Os veríais obligada a admitir la presentación de su esposa... la Kenisberg, una cantante de opereta!...

P.ª ELENA. Es verdad; estoy en el caso de ser intransigente. Sois muy ridícula, Baronesa.

BARONESA. ¡Alteza! Me veré al fin en el triste caso de tener que abandonaros... Trastornáis por completo todas mis convicciones.

P.ª ELENA. Vuestras convicciones y las mías quedaron en Sua-

via. Decid al Conde que tendré mucho gusto en aceptar su invitación y de asistir al concierto.

BARONESA. ¡Oh!

CHANTEL. Para el Conde será una verdadera felicidad. ¡Alteza..., a vuestros pies!... Baronesa, permitid un momento... ¿Dónde podría hablaros un instante a solas?

BARONESA. ¡Caballero! ¡No iréis a ofrecerme otro billete de cien francos!

CHANTEL. ¿Quién se acuerda? No; ahora debo ofreceros algo más...

BARONESA. ¡Caballero!

CHANTEL. ¡Tranquilizaos! Yo sé que Su Alteza negocia un empréstito de importancia y halla dificultades...

P.ª ELENA. ¡Baronesa!

BARONESA. ¡Permitid! El caballero me dice algo muy interesante. ¡Sabéis...!

CHANTEL. El Conde está dispuesto a facilitar las negociaciones y a servir a Su Alteza en cuanto se la ofrezca.

BARONESA. ¡Ah, vamos! El Conde negocia...

CHANTEL. No se trata de una especulación. Al Conde le basta con el solo nombre de Su Alteza como garantía. Podéis decírselo así, y espero la contestación de Su Alteza. *(Sale Chantel.)*

ESCENA VI

La PRINCESA ELENA y la BARONESA.

P.ª ELENA. ¿Qué secreteabais con el secretario?

BARONESA. Algo muy serio. No sé qué pensar. Figuraos que en el nombre del Conde me ha dicho que os ofrezca cuanto necesitéis, sin más garantía que vuestro nombre.

P.ª ELENA. ¿De veras? ¡Estamos salvados!

BARONESA. ¡Alteza! Vuestra impresión me aterroriza. Pensad que el dinero ofrecido así... por una persona desconocida...

P.ª ELENA. Una persona que, tarde o temprano, sabe que ha de pagársele; que tiene bastante práctica en los negocios y bastante habilidad para comprender que la confianza dispensada y el desinterés aparente son un motivo más para obligarme...

BARONESA. Es posible. Pero con estos *parvenus* es menester estar prevenidos. ¿Quién sabe si en el fondo lo que desea es comprometeros, valerse de vuestro nombre para algún negocio dudoso?

P.ª ELENA. ¡Bah! Hoy día mi influencia personal nada significa, yo no puedo vender secretos políticos ni financieros... Yo sólo creo que el Conde paga con su ofrecimiento el lujo de presentar una Alteza más en su casa y en sus fiestas, entre esa sociedad algo mezclada que le rodea... Estoy segura de que mi primo se habrá

hecho pagar también del mismo modo su amistad con el Conde. El príncipe Esteban debe estar más apurado que yo... Nadie mejor que él puede informarme...

BARONESA. Temo que vais a comprometeros en alguna aventura peligrosa. Este conde, esa condesa, ese secretario..., esa Sociedad de músicos, y, sobre todo, la aproximación al príncipe Esteban, y, por consiguiente, a su esposa... Ya sabéis que, en el fondo de todo, en la corte de Suavia perdonan mejor la separación de vuestro marido que el matrimonio del príncipe Esteban.

P.ª ELENA. Eso prueba cómo anda de sentido moral la corte de Suavia. Sobre todo, comprenderéis que el extremo a que hemos llegado no es ocasión de guardar distancias. Para los que amanecen todos los días con la renta fija que necesitan para todos los gastos de su posición social, sientan muy bien esos lujos de selección en sus relaciones. La moralidad es como la Ordenanza para el soldado: no es la misma en tiempo de paz que de guerra. Yo lucho ahora por la vida; sólo cuento conmigo, y lucho con desventaja. ¡Ah! Subir, subir desde muy abajo, como esa condesa de quien nos hablaba el secretario, con voluntad, con energía, es muy fácil; a nada ni a nadie se deben respetos ni miramientos. Se dice: «Allí quiero llegar», y se llega. Descender desde muy alto, pretender ocultarse, desaparecer, si es posible, para vivir de otra vida más íntima, más nuestra, eso sí que es difícil, porque el interés de cuantos nos rodean está en que no descendamos, porque su posición social depende de la nuestra, porque son muchos los que vivían de nuestra vida, que por eso era tan poco nuestra. Pero pensáis mal si pensáis que ahora van a detenerme consideraciones ridículas.

BARONESA. ¡Sí, ya veo que no os detiene nada! Si todos hicieran lo mismo, ¿qué sería el mundo? Una lucha de fieras. Si nuestro egoísmo no hallara un límite cuando quisiéramos ser dichosos...

P.ª ELENA. Sí, hay un límite al buscar nuestra felicidad: el dolor ajeno.

BARONESA. ¿Y creéis que no habéis traspasado ya ese límite? Pensad cuánta tristeza habéis causado a Sus Majestades, a vuestro esposo, a mí...

P.ª ELENA. ¡Bah! Esas no son tristezas, no es ese el verdadero dolor. Vanidad, amor propio, preocupaciones de clase, etiquetas de corte: eso es todo lo que yo he herido...; pero ningún corazón lloró por mí con tristeza verdadera. Fué indignación, no fué dolor lo que por mí sintieron. Y si una sola lágrima verdadera de quien nos ama con toda su alma bien merece que sacrifiquemos toda la felicidad de nuestra vida, a los chillidos y aspavientos de esa otra indignación, que ni es tristeza, ni es amor, ni es indignación siquiera, mal haríamos en sacrificar ni un solo capricho, y mucho menos nuestra felicidad.

ESCENA VII

DICHOS, el PRÍNCIPE ESTEBAN y el CONDE DE TOURNERELLES.

P. EST. Os aseguro, querido amigo, que si acudí a la caja del Casino fué porque la cosa no tiene importancia. Jugué esta noche con una suerte deplorable. Tuve la corazonada de que la suerte cambiaría...

CONDE. Si sólo se trata de esta noche, os perdono; pero no os perdonaré nunca que dudéis de mi amistad en ningún caso.

P. EST. Querido Conde, ya sabéis que sólo espero la ocasión de corresponder a vuestro afecto y a vuestra generosidad.

CONDE. ¿Seréis tan amable que me presentéis a vuestra prima la princesa Elena? Le debo una explicación y una disculpa.

P. EST. Con mucho gusto, si estuviera seguro de ser bien acogido yo mismo. Debo confesaros que mis relaciones con la princesa Elena nunca fueron muy cordiales. La casualidad hizo que, por motivos muy distintos, pero por los mismos días, nuestra conducta produjera grandes digustos en la corte. Uno y otro creímos que la coincidencia agravaba el enojo del Emperador, y si nunca nos fuimos muy simpáticos, desde entonces aumentó nuestra antipatía.

CONDE. En ese caso, perdonad; yo ignoraba...

P.ª ELENA. *(A la Baronesa.)* No discutamos, es inútil; estoy resuelta; haced lo que os digo.

BARONESA. En este instante quisiera poseer el almo heroica de alguno de mis antepasados para oponerme a vuestra voluntad. Por última vez, pensadlo bien.

P.ª ELENA. Le hablaré yo misma...

BARONESA. No, no; esperad... *(Al Príncipe.)* Señor...

P. EST. ¿Eh? ¡Ah! ¡Mi querida Baronesa... Tengo mucho gusto en saludaros, tanto gusto como sorpresa. La verdad, no me hubiera atrevido a esperar..., y mucho menos cuando acompañáis a la Princesa.

BARONESA. Es Su Alteza quien me envía...

P. EST. ¡Ella! Eso sí que es inaudito. Explicadme... Permitid, querido Conde...

CONDE. Yo me retiro, puesto que Su Alteza desea hablaros.

P. EST. Esperad cerca; ahora ya es posible la presentación que solicitabais. *(Sale el Conde.)* ¿Decís que es ella quien...? Yo creía que huía de mí.

BARONESA. Eso creía mi señora por parte de Vuestra Alteza.

P. EST. ¿De mí? ¿Por qué? Al contrario, ahora veréis... ¡Querida prima!...

P.ª ELENA. Queridísimo primo, ¿es cierto que no me guardas rencor?

P. EST. Yo era el que creía que tú evitabas mi presencia.

P.ª ELENA. Ha podido existir esa mala inteligencia entre nosotros. Ahora, ya lo ves, la desgracia nos une. Desterrados los dos por una misma culpa, por haber proclamado la independencia de nuestro corazón.

P. EST. El mío era libre...

P.ª ELENA. ¿Es un reproche? El mío padecía un tirano, impuesto por otro tirano; por lo mismo me considero más heroica que tú. Tú eres Príncipe, como yo, pero eres hombre, y soltero. Yo he tenido que vencer tres tiranías: la de ser Princesa, la de ser casada y la de ser mujer. Figúrate si he necesitado ser valiente.

P. EST. Sí, es verdad; fué un desacierto tu casamiento, un capricho inexplicable del Emperador. Has debido sufrir mucho. Pero ahora, ahora, serás feliz como yo.

P.ª ELENA. Sí, soy muy feliz, tan feliz como tú. Ahora es la vida, la libertad, el amor verdadero. Todo esto bien vale algunas privaciones que debemos imponernos, y que yo, por mi parte, no sentiría, puedes creerlo.

P. EEST. Ni yo por mí tampoco, te lo aseguro. Pero es injusto que participen de ellas los que nos aman.

P.ª ELENA. No somos ricos. Del Emperador no debemos esperar nada..., y yo menos que tú. Y mis deudas son muchas y el crédito se agota.

P. EST. Dímelo a mí.

P.ª ELENA. Yo creí que el conde de Tournerelles... ¿No es gran amigo tuyo?

P. EST. Sí; pero yo no me atrevería a solicitar de él favores de esa clase, a pesar de sus ofrecimientos.

P.ª ELENA. Pues haces mal, porque todo el mundo lo cree. Nadie se explica de otro modo tu amistad con él.

P. EST. La explicación es muy sencilla. Sería yo un tirano insoportable si pretendiera aislar a mi pobre Elsa de toda relación en el mundo... ¿Y qué relaciones son ahora posibles para nosotros? Entre toda esta gente aquí reunida en completa democracia del dinero y del vicio, los dos grandes niveladores sociales, la única selección posible es entre los contados que se hacen perdonar su dinero y sus vicios por algo de arte y de fantasía. El Conde es uno de ellos. Además es una excelente persona, de gran corazón, incapaz de una indelicadeza...

P.ª ELENA. ¿De modo que tú crees que es persona de quien puede una fiarse?

P. EST. Sin temor alguno.

P.ª ELENA. Acepto por inmejorables tus informes; y como sé que el Conde desea serme presentado, te ruego que no tardes en complacerle.

P. Est. En efecto, será una alegría para él. Me dijo que d
seaba darte una explicación.

P.ª Elena. Es innecesaria. Tendré mucho gusto en saludarl

P. Est. Al momento, no debe estar muy lejos. *(Sale el pri
cipe Esteban.)*

Baronesa. ¡Alteza, Alteza!... Rodamos por una pendiente i
calculable. Me causáis el mismo terror que si os viera lanzaros
ejecutar el *looping the loop*. No sé si mi razón podrá sobreponer
a estas sacudidas. Ved... Esto nos faltaba; el caballero Rosme
no puede llegar en peor ocasión. Cuando sepa que habéis habla
n vuestro primo..., que va a seros presentado el conde de Tou
relles...

P.ª Elena. Es lo mejor que puede hacer, escandalizarse. Av
dme cuando lleguen mi primo y el Conde. *(Sale la Baronesa*

ESCENA VIII

La Princesa Elena y el Caballero Alberto Rosmer.

P.ª Elena. ¡Oh, Alberto! ¿Qué ha sido de ti? Has jugado
has perdido. No quieres convencerte. No se puede ser afortuna
en todo. Bueno, bueno; cambia de cara, o ¿prefieres que camb
la suerte?

Alberto. Esta noche no he jugado. Ya sabes que por mí
jugaría nunca, ni vendríamos al Casino, ni estaríamos aquí.

P.ª Elena. Sí, sí; conozco el idilio. Tu corazón y una cabañ
¡Pobre de quien se fíe!... Recuerdo todavía los ocho días que p
samos en el campo, sin ver a nadie, sin hablar con nadie, sol
con nuestro inmenso amor. ¿Quién se aburrió primero?

Alberto. Yo me aburrí de verte a ti aburrida.

P.ª Elena. Yo me aburrí sin duda de verte a ti muy divertid
¿Para qué engañarnos? Nos aburríamos los dos. El cariño
muy hermoso, ¡quien lo duda!, lo más hermoso del mundo; pe
es como el sol, no está su hermosura en la luz propia, sino en q
su luz ilumine cosas alegres y risueñas que a su luz parecen m
hermosas. Por eso quisiera yo rodear nuestro cariño de todas l
cosas alegres y risueñas de este mundo.

Alberto. Sí, ya lo veo. Quieres estar alegre, siempre alegr
eso es el cariño para ti, no pensar nunca en nada serio.

P.ª Elena. Si yo hubiera pensado seriamente como tú quie
no hubiéramos sido nunca felices con nuestro cariño, no estar
mos ahora juntos. Porque amo la alegría sobre todas las cos
no quiero entristecer mi vida ni con la resignación, renuncian
a tu cariño para siempre, ni ahora con el remordimiento porq
te seguí con toda mi alma. ¿Es que debía aceptar sumisa el des
no de toda mi vida impuesto por un Emperador y una corte to
tradición y veneraciones, donde la voz de los muertos significa m

e la voluntad de los que viven? No; yo tenía mi corazón, mi
na, mi vida, que no podía ser aquélla, y debí luchar... La vida
sólo esto: o aceptar el medio y el ambiente que nos rodean,
rebelión, sin protesta, vivir en quietud, en calma, resignados,
go parecido a la muerte, y entonces sientan bien a nuestro al-
dedor todas las virtudes como estatuas de monumento funera-
, o rebelarse protestar, luchar contra todo, y para luchar sólo
y una virtud: el valor; las demás, por muy respetables que
an sus nombres, no son sino fantasmas del miedo..., miedo, lo
ico que nos impide correr hacia la felicidad con el corazón ale-
e, cuando la felicidad nos llama en la vida con un solo nombre:
nor.

ALBERTO. ¿Y si algún día el amor volviera a llamarte a la fe-
idad y su voz no fuera la mía? ¿Tampoco te detendría nada?

P.ª ELENA. ¿Por qué dices eso? No puedes dudar de mi
ío.

ALBERTO. Crees tú que no puedo dudar, porque te parece q
s sacrificado mucho por él.

P.ª ELENA. No es sacrificio renunciar sin pena y sin esfuerzo
edio odioso en que vivía.

ALBERTO. Si no fué sacrificio, si era tan odioso para ti ese
edio, ¿no puedo temer entonces que el deseo de abandonarle
gnificara para ti más que mi cariño..., que sin darte cuenta yo
lo representara para ti esta nueva vida, este nuevo ambiente...,
a libertad en que ahora te complaces, olvidada de quien eres
de lo que te debes a ti misma?

P.ª ELENA. ¡Ah, vamos! Era todo para terminar censurándo-
e como de costumbre. Yo sí que puedo dudar de tu cariño al
te, porque no ahora, antes debiste advertir que me había ol-
lado de quién era y de lo que me debo a mí misma, si es que
lo quisiste en mí a la princesa Elena de Suavia.

ALBERTO. No hables así; es que no me comprendes. Es que
quiero verte respetada siempre, digna de tu posición y de tu
ngo; es que yo no quiero que nadie juzgue que no fué el amor,
no el deseo de una vida aventurera y fácil lo que nos hizo olvi-
rlo todo. Es que temo también que tú misma despiertes cuando
viertas las privaciones, para ti intolerables, a que nos obligará
uy pronto la realidad... Y entonces, quiero que no hayas des-
ndido tanto que te sea imposible recobrar el puesto a que re-
nciaste por mi cariño, por mi cariño, sí, quiero creerlo, por mi
riño sólo. ¿No es verdad? Mi princesa Bebé, nacida donde me-
s debió nacer, para ser el espanto de la corte de Suavia, como
icuelo travieso en tertulia de anticuarios, para burlarse de ellos
revolver sus pergaminos y sus diplomas y derribar sus cachi-
ches empolvados.

P.ª ELENA. ¡La rebeldía es tan hermosa! ¡Fué en el cielo, fué

junto a Dios, y hubo un ángel rebelde que por serlo cambió e
cielo por el infierno!

ALBERTO. Tú lo has dicho, el infierno. ¿Y si algún día lloraras
por tu cielo perdido?

P.ª ELENA. Será porque no habré encontrado el que buscaba
¿De quién sería la culpa? Yo sé decirte que, suceda lo que su
ceda, no retrocederé nunca.

ALBERTO. ¿Me querrás siempre?

P.ª ELENA. Si tu cariño responde a lo que de él espero...

ALBERTO. ¿Qué quieres decir?

P.ª ELENA. Ya lo oíste; que no retrocederé nunca.

ALBERTO. ¿Conoces la verdad de nuestra situación? Lee esta
cartas.

P.ª ELENA. Sí, acreedores, banqueros que nos cierran sus ca
jas, amigos que aconsejan... Lo sé; lo esperaba.

ALBERTO. Es que hasta ahora sólo renunciaste a lo enojoso d
tu posición. ¿Sabrás renunciar lo mismo a las ventajas?

P.ª ELENA. No, no renuncio. Lucharé por nuestro cariño..
Necesitamos dinero, lo tendremos. Dentro de un instante mi pri
mo Esteban me presentará al conde de Tournerelles.

ALBERTO. ¿Has hablado con tu primo? ¿Piensas que te pre
sente al conde de Tournerelles? ¿Tú sabes de qué gente se ro
dean? Tendrás que admitir en tu compañía a la mujer del Prín
cipe; a la querida del Conde..., y a todo su círculo; esa socieda
de advenedizos y de trapisondistas... No, no es posible; piens
que nos observan desde la corte de Suavia; que el Emperado
puede llegar a perdonarnos si nuestra conducta es digna y corres
ponde a nuestra situación; pero de este modo...

P.ª ELENA. Dí de una vez que toda tu esperanza y toda tu ilu
sión es que el Emperador consienta en mi divorcio, en que y
vuelva a ser princesa de Suavia y tú príncipe a mi lado. ¿No e
eso? ¿Y crees que a fuerza de ser juiciosos, de pasar mil priva
ciones, vamos a obtener la gracia del Emperador? ¡Qué locura
Sé a qué atenerme; el Emperador sólo cederá por miedo al es
cándalo, cuando mis acreedores le pongan en ridículo.

ALBERTO. Pero ¿piensas aceptar del conde de Tournerelles..
¿Has pensado? ¿Estás loca? ¿Sabes a lo que te obligas, lo qu
él puede creer, lo que puede atreverse a esperar de ti?...

P.ª ELENA. No cree nada; no espera nada. Cree sencillament
que paga muy barato el lujo de recibir a una princesa en su casa

ALBERTO. Pero ¿tú sabes a quién tendrás que tratar en s
casa?

P.ª ELENA. Sí, ya lo sé, ya lo supongo. A hombres y mujere
con pasiones, con vicios, con necesidades, con nervios, con san
gre; a gente que vive, que lucha por la vida, que ama, que odia
que intriga; a gente como toda, como tú, como yo. ¡Qué afá

de separarnos, de clasificarnos, de creernos distintos los unos de los otros; si todos somos iguales, de la misma raza, la pobre raza humana, que se empeña en dividirse, en odiarse, en separarse en castas, en clases, en personas, cuando toda la simpatía y todo el amor que puedan estrecharnos aún es poco para sobrellevar entre todos la pena de vivir nuestra vida!...

ESCENA IX

Dichos, la Baronesa y después el Príncipe Esteban, el Conde, Elsa y Diana.

Baronesa. ¡Señora!... ¡Su Alteza..., el Conde!... Caballero... ¿Sabéis? No tendréis influencia bastante para impedir... ¡Si supierais! Hoy mismo he recibido cartas de Suavia...; todo se sabe, todo se aumenta. Suponen que vivimos en la mayor depravación; entregados al juego, en perpetua orgía... ¿Queréis creerlo? Hasta suponen que yo tengo un amante... Notaréis que sólo me sostengo a fuerza de nervios...

Alberto. Es inútil. Su Alteza no atiende a ninguna consideración razonable...

P. Est. Querida prima. *(Presentando.)* El conde de Tournerelles.

Conde. ¡Alteza!... No sé cómo presentaros mis excusas por el desagradable incidente.

Elsa. ¡Esteban!... *(Deteniéndose, a Diana.)* ¿Qué es esto? La princesa Elena. ¿Es posible? Y os juraba que no la saludaría nunca... ¡Cuando lo sepa el Emperador!

P.ª Elena. Voy a presentarte al caballero Alberto Rosmer. ¿No tendréis inconveniente?

P. Est. ¿Por qué? Sería ridículo suponer que no le conozco.

P.ª Elena. Alberto. El príncipe Esteban desea saludarte.

Alberto. ¡Alteza!

P. Est. Ya tenía el gusto de haberle saludado muchas veces en Suavia...

P.ª Elena. Preséntame ahora a tu esposa... ¿Lo piensas? ¿Es por ti?

P. Est. No; puedes creerlo...

P.ª Elena. ¡Ah, vamos..., es por ella!... ¿Será tan celosa como el caballero Rosmer de guardar distancias y respetos? Es gracioso; por ellos renunciamos a nuestro rango; y son ellos los que procuran conservarle...

P. Est. Es gracioso, en efecto, Elsa...

Elsa. ¿Cómo ha sido hablar con la princesa Elena? Supongo que no me obligarás a que yo la salude.

Alberto. *(A Elena.)* ¿Por qué me has obligado a saludar al Príncipe?

P. Est. Comprende que es ridículo; es mi prima; estamos los dos en tierra extranjera...

Elsa. Está con su amante, es una mujer casada.

Alberto. Si estuviera solo... Pero está con su mujer, ¡una cantante de opereta!...

P.ª Elena. ¡Oh, basta ya! Es insoportable. Veréis como se aclara la situación. Conde, presentadme a vuestra prometida, a la condesa Diana de Lys...

Conde. ¡Oh! Encantado... Diana...

C.ª Diana. ¡Tanto honor! Alteza..., la mayor felicidad para mí...

Alberto. ¿Qué decís de esto, Baronesa?

Baronesa. El bromuro ya no me hace efecto; necesito emborracharme, lo que se llama emborracharme de morfina.

P.ª Elena. Tendré mucho gusto en asistir a su concierto.

C.ª Diana. ¿De veras asistiréis? ¡Oh, Alteza! ¡Tanta bondad!

Conde. Será un honor incomparable para nosotros.

P.ª Elena. Ahora, como nuevo favor, presentadme a la mujer de mi primo. Veo que él no se atreve, y discuten muy acalorados.

Conde. ¡Oh, no! Ahora veréis... Querida amiga. La princesa Elena desea saludaros.

P. Est. ¿Lo ves? Con ella no hay medio.

Elsa. ¡Alteza!

P.ª Elena. Alteza, no; por mi nombre, Elena... ¿Por qué no queríais saludarme?

Elsa. No, ¿quién os ha dicho...?

P.ª Elena. ¡Bah! No me ofende. Estoy segura de que llegaréis a quererme mucho.

Elsa. Es posible. Permitid; la Condesa me hablaba...

P.ª Elena. Esteban, ¿no lo ves? ¿No observas a tu mujer y al caballero Rosmer?... Están disgustados, les contraría nuestra amistad, les molesta que no guardemos distancias, respetos y etiquetas.

P. Est. Es verdad.

P.ª Elena. Merecían..., sí, lo merecían.

P. Est. ¿Qué piensas?

P.ª Elena. ¡Nada! ¡Vale la pena de hacer revoluciones en el corazón y en el mundo para esto! Merecían que volviéramos a acordarnos de lo que somos, ya que ellos no saben olvidarlo.

TELÓN

ACTO TERCERO

Una sala en la «villa» del conde de Tournerelles

ESCENA I

La PRINCESA ELENA y el CONDE DE TOURNERELLES.

CONDE. La verdad, querida amiga... ¡Perdonad, Alteza!...

P.ª ELENA. Amiga me agrada más.

CONDE. No extrañéis la familiaridad; sois de esas personas que cuando las habla uno por primera vez le parece que las conocía de toda la vida. Yo, que, podéis creerlo, no peco de franco ni de confiado, siento que no podría ocultaros ningún secreto de mi vida. Sois como un hada bienhechora; tenéis el don de alegrarlo y de embellecerlo todo. ¡Si os dijera que hasta ahora no he comprendido por qué vivía!

P.ª ELENA. ¿Hasta ahora? Pues contad que desde ahora empezaréis a ser muy desgraciado.

CONDE. ¿Por qué?

P.ª ELENA. Porque el único modo de vivir dichoso es vivir sin comprender por qué se vive. Pero ¿qué íbais a decirme antes?...

CONDE. ¡No recuerdo!... Sí, recuerdo que era un rodeo para deciros otra cosa...

P.ª ELENA. Pues empezad por el rodeo...

CONDE. Antes de ser vuestro amigo, cuando sólo os admiraba de lejos, me figuraba yo al caballero Rosmer como... ¿Cómo lo diré sin ofenderos?

P.ª ELENA. Como un sér ideal, un caballero del cisne, un héroe de leyenda... Y ahora os parece un hombre vulgar, un hombre cualquiera... Se explica, no tenéis término de comparación: no habéis conocido a mi marido.

CONDE. ¡Sois encantadora!

P.ª ELENA. Pero quedamos en que el hablarme del caballero era sólo un rodeo.

CONDE. ¡Para terminar diciendo que os adoro!

P.ª ELENA. Tenéis motivos para creeros mi Lohengrin, puesto que me habéis salvado de una situación difícil; por eso mismo yo, en vuestro caso, retrasaría esa declaración de amor.

CONDE. ¿Por qué?

P.ª ELENA. Porque de ningún modo debe complaceros mi contestación, que, favorable, puede pareceros agradecimiento; desfavorable. ingratitud.

CONDE. Me bastará con que sea sincera.

P.ª ELENA. ¿Sincera? Lo soy estimando vuestras palabras como una galantería obligada, aunque en este caso un poco atrevida.

CONDE. ¿Atrevida? ¿Recordáis distancias?

P.ª ELENA. Al contrario, recuerdo aproximaciones: la de nuestra amistad. De la amistad puede aceptarse todo.

CONDE. ¿Y del amor no, cuando une con mayor fuerza que la amistad? ¡Extraña teoría!

P.ª ELENA. Del amor, no; cuando no puede ser correspondido. A la amistad puede corresponderse siempre.

CONDE. ¿Y si hubiera ocasiones en que sólo con amor se puede corresponder a la amistad?

P.ª ELENA. Si entraba en vuestros cálculos que mi amistad sólo pudiera pagaros con mi amor, desde ahora os lo digo: mi corazón se declara insolvente, y aceptad la palabra insolvente en toda su amplitud, mi querido amigo.

ESCENA II

DICHOS y la BARONESA.

BARONESA. ¡Alteza!

P.ª ELENA. ¿Terminó ya el concierto? ¿Duermen ya todos los oyentes o bostezan en éxtasis?

BARONESA. Lo que sucede es que todo el mundo comenta vuestra desaparición.

P.ª ELENA. La música de Wilf me entristece. ¡Es demasiado evocadora! Creo que ausentarme ha sido el mayor elogio que he podido hacer de ella.

BARONESA. Pero habéis obligado al Conde a que os acompañe.

P.ª ELENA. Nada de eso. El Conde había huído antes que yo.

BARONESA. Pero todo el mundo ha notado la coincidencia de vuestra desaparición. ¡Si hubierais oído lo que decían!

P.ª ELENA. ¡Qué imprudentes! ¡Decirlo cuando estabais cerca y podían suponer que yo no tardaría en saberlo!

BARONESA. Yo fingía dormir, Alteza.

P.ª ELENA. ¿No dormiríais de verdad y habréis soñado? Esa música es propicia.

BARONESA. Ya sé que mis advertencias no significan nada. Desde ahora permaneceré muda oiga lo que oiga; muda como vuestro sentido moral, Alteza.

P.ª ELENA. Ya lo oís, Conde; volved al concierto, tranquilizad a los que murmuran.

CONDE. Volvamos juntos. Ya debe terminar; reforzaremos los aplausos.

P.ª ELENA. Si volvemos juntos seguirán notando coincidencias.

No; dejadme aquí. ¡Necesito recoger mi espíritu, mirar al cielo, la noche está hermosa!

Conde. No os asoméis al balcón. ¡La noche está muy fría!

P.ª Elena. Para estas regiones en que florece el naranjo, como canta Mignon; para mí, después de las noches de hielo de Suavia, es una hermosa noche de verano. Dejadme... ¿Oís? ¿Qué música es esa? No es la del concierto; viene de fuera, viene de lejos. Es un vals, un delicioso vals.

Conde. Una de las muchas orquestas de tziganes que infestan el país. Muy cerca, a espaldas de mi «villa», hay un restaurant nocturno al que acude muy mala gente. Como se aproxima el carnaval, habrán empezado los bailes de máscaras; unos bailes muy originales. Todo el almanaque de Gotha del crimen se da cita en ellos.

Baronesa. ¡Qué espanto! ¿Y eso se consiente?

P.ª Elena. ¿No podríamos asistir a uno de ellos?

Baronesa. ¡Alteza!... ¿Qué digo? Debí presumir que se os ocurriría en cuanto el Conde lo dijo.

Conde. No os lo aconsejo. Ir solos es muy peligroso; ir acompañados de la policía es muy aburrido, porque el baile pierde todo su carácter.

P.ª Elena. ¡Silencio!

Conde. ¿Qué habéis oído?

P.ª Elena. ¿No veis?

Conde. Sí; en el jardín... Es mi secretario Chantel.

P.ª Elena. ¿Y ella, y ella? Alguna de vuestras invitadas.

Conde. No lo creo... Esperad... Desde aquí no distingo.

P.ª Elena. Baronesa, dejadme vuestros lentes... No; es una muchacha de la servidumbre... ¡Ja, ja! Es muy gracioso... ¿Habéis oído?

Conde. ¡Ah, sí! Es indudable, ha sido un beso.

Baronesa. ¡Un beso! ¡Señora, retiraos!

P.ª Elena. ¿Lo veis? El único que se divierte aquí esta noche es vuestro secretario. Y lo mismo sucede en todas las fiestas, y lo mismo sucede en la vida. Los salones son el escenario donde se representa la diversión oficial, que es el aburrimiento íntimo; la verdadera diversión está siempre entre bastidores.

Conde. ¿Y queréis que los deje por el escenario? Permitidme que permanezca a vuestro lado. ¡Soy tan dichoso! No os diré nada; miraremos juntos al cielo; oiremos esa música y esos besos, y nuestras almas sabrán armonizarlo todo con nuestro silencio, y callaremos hasta que las lágrimas asomen a nuestros ojos, porque habrán pasado por nuestras almas, unidas en un solo pensamiento, las dos únicas verdades de la tierra: el amor y la muerte...

P.ª ELENA. ¡Qué poético! ¿Qué veo? ¡Es verdad! Hay lágrimas en vuestros ojos... ¿Estáis emocionado?

CONDE. ¿Lo dudabais?

P.ª ELENA. ¡No, no! ¡Cerremos el balcón; volvamos al concierto: me habéis asustado!

CONDE. ¿Yo? ¿Por qué?

P.ª ELENA. Porque me siento también emocionada, a pesar mío, y lloraría también sin saber por qué..., y eso es lo que no quiero, que dependa mi voluntad de una noche azul, de una musiquilla que se oye a lo lejos y de unas palabras que, a la luz, en medio de mucha gente, me hubieran hecho reír como me río ahora...

CONDE. ¡Alteza! ¡Elena! *(Le besa la mano.)*

BARONESA. ¡Caballero!

P.ª ELENA. No os alarméis, Baronesa... Al contrario; el Conde es un cumplido caballero y me besa la mano como... princesa de Suavia... El Conde es uno de mis mejores amigos...

ESCENA III

DICHOS y MR. DE CHANTEL.

P.ª ELENA. ¡Ah, monsieur de Chantel! ¿Falta mucho para que termine el concierto? ¿Vendréis del salón seguramente?

CHANTEL. Sí, del salón; de allí vengo. Aun falta, aun falta.

P.ª ELENA. Vendréis entusiasmado... ¡Esa música es algo divino! Espero impaciente vuestra opinión, monsieur de Chantel.

CHANTEL. ¿Mi opinión? Después de oír la de Vuestra Alteza... Yo creí, al hallaros aquí, que era porque os habíais aburrido como el señor Conde.

P.ª ELENA. Nada de eso. ¡Aburrirme! Al contrario, me emocionaba demasiado, temí un ataque de nervios. ¡Oh, qué música!

CHANTEL. Sí, en efecto; es sublime.

P.ª ELENA. Es algo así como una esencia de cosas inefables...; oyéndola se experimentan las sensaciones más extrañas; hubo un momento en que me parecía estar a la luz de la luna, en un hermoso jardín saturado de violetas; la música era como susurro de besos de enamorados que paseaban por el jardín, en parejas tan unidas, que la sombra de sus cuerpos sobre la arena era sólo una, como sus almas en aquel instante.

CHANTEL. Sí, en efecto; es una música sugestiva sobremanera.

CONDE. *(Bajo a Chantel.)* ¿No advertís que la Princesa se está divirtiendo? Lo ha visto todo.

CHANTEL. ¿Cómo todo?

CONDE. Todo lo que hemos podido ver desde aquí...

CHANTEL. ¡Oh! Alteza...

P.ª Elena. Os felicito, monsieur de Chantel; un jardín obscuro es siempre preferible a un salón iluminado; una camarista joven, bonita, sin preocupaciones, debe ser también preferible a una gran dama; y en cuanto a mi preferencia por los besos sobre todas las músicas del mundo, nada os digo, por no espantar una vez más a la Baronesa. Creedme, sólo los espíritus vulgares aceptan el arte de segunda mano, confeccionado a fuerza de recetas por artistas de profesión; los espíritus superiores viven de su Arte propio, el arte libre... Sois un espíritu superior, monsieur de Chantel; ¡os felicito, os felicito! Vamos, querido Conde; volvamos al concierto; veréis cómo esa música sublime no nos emociona tan hondamente como la música natural que escuchamos hace un instante desde esa ventana.

Conde. A vuestro lado todo emociona, y todo es arte y todo es bello.

P.ª Elena. Porque es todo alegría... Vamos, vamos.

ESCENA IV

La Baronesa y Mr. De Chantel.

Baronesa. Monsieur de Chantel, compadecedme. ¿Habéis conocido nada más horrible que mi situación?

Chantel. ¡Oh, querida Baronesa! Yo no he nacido ni me he educado en una corte entre príncipes y grandes señores; nací muy bajo; he visto de todo, he pasado por todo: días de hambre, no sólo para mí, sino para seres muy queridos, para mi madre, para mis hermanos; de esto no sabéis nada, señora Baronesa, ni quiero yo que lo sepáis nunca. De humillaciones, no hablo; de traiciones a mi conciencia y a mis sentimientos, tampoco... Y aparte de lo que yo he padecido y he luchado, ¡he visto tanto!... La miseria humana no tiene secretos para mí... Sé que hay fábricas, talleres, minas en que seres humanos trabajan como bestias para ganar... su muerte, porque sería una burla decir que ganan la vida; sé que hay cárceles para encerrar a los que, faltos de resignación, se revuelven un día contra la fatalidad y la injusticia de su destino; sé que hay asilos y hospitales para recoger, sin amor ni piedad, a los que se resignan, y sé... que hay más, mucho más, que desde la corte de Suavia no podíais imaginar siquiera... Y cuando yo conozco y he visto todo esto muy de cerca..., no extrañaréis que guarde toda mi compasión para estas situaciones, un poco más horribles que la vuestra, que bien podéis sobrellevar no careciendo de nada en esta vida y esperando, como esperáis sin duda, hallar después recompensa en la otra. ¡Señora Baronesa!...

Baronesa. ¿Os burláis de mí? Todo está desquiciado. Es aire de destrucción lo que se respira en todas partes.

CHANTEL. Gracias a ese aire se puede respirar, querida Baronesa, porque la atmósfera está muy cargada.

ESCENA V

DICHOS, DIANA DE LYS y la DUQUESA DE ARCOLE

C.ª DIANA. Es intolerable; dejo el salón por no dar un escándalo.

DUQUESA. Es que no se han separado un momento en toda la noche.

C.ª DIANA. Lo molesto para mí es que todo el mundo se cree en el caso de compadecerme. Si el Conde fuese ya mi marido, no me importaría: mi situación sería más airosa; pero eso de que mis buenas amigas crean que la Princesa pueda desbaratar mi boda... Y la verdad es que no estoy tranquila... Los hombres son muy vanidosos. Una Princesa no es una conquista vulgar... Yo sé que ha aceptado dinero del Conde...

DUQUESA. Mucho dinero; tenedlo por seguro.

C.ª DIANA. Eso es lo que necesito saber. Llama a Chantel y llévate a la Baronesa con cualquier pretexto.

DUQUESA. Querido Chantel, la Condesa desea hablaros... Con vuestro permiso, Baronesa.

BARONESA. Concedido.

DUQUESA. ¿No habéis oído el concierto?

BARONESA. No. Su Alteza se sintió indispuesta y salí con ella del salón.

DUQUESA. Con ella... y con el Conde. Todo el mundo lo ha notado.

BARONESA. El Conde es muy amable...

DUQUESA. La Condesa está muy disgustada.

BARONESA. ¿La Condesa? No sabía yo que el Conde estuviera casado.

DUQUESA. Se casará muy pronto. La Princesa ha coqueteado esta noche de un modo escandaloso con el Conde... y la Condesa...

BARONESA. ¿Esa Condesa es una que fué bailarina?..., ¡o qué sé yo!... No estoy muy bien enterada... En esta sociedad estoy cómo sobre ascuas. Oigo decir a unos y a otros: Condesa..., Duquesa... Pero yo, que sé de memoria todo el Anuario de la nobleza europea, no he oído en mi vida semejantes títulos. Sin ir más lejos... Hay aquí una Duquesa de Arcole...

DUQUESA. Un título del primer Imperio, de lo más ilustre de Francia.

BARONESA. No está en mis libros. Además, el primer Imperio, en cuanto a la nobleza, como si no hubiera existido. Es un borrón en la historia de Europa.

DUQUESA. ¡Baronesa! Mi primer duque de Arcole fué mi bis-buelo, y no cambio mi título por todos los vuestros...

BARONESA. Deploro mis indiscreciones y deploro mucho más ıs circunstancias que me han traído a un sitio donde es inevita-le cometerlas a cada paso. Muy señora mía... *(Sale.)*

DUQUESA. ¡Habrá grulla! Tú serás más noble que yo; pero, espués de todo, las dos hacemos el mismo papel en el mundo.

C.ª DIANA. ¿Qué te ocurre?

DUQUESA. Nada. ¡Esa Baronesa!... Lo que siento es que se ha do sin escucharme... ¿Qué te dice Chantel?

C.ª DIANA. Que, en efecto, la Princesa ha realizado un emprés-ito con el Conde... Un empréstito sin garantías.

CHANTEL. Su nombre...

C.ª DIANA. Y su amor. No cabe descuidarse. El Conde, tan burrido y desengañado de todo, por snobismo y por vanidad se-ía capaz por concluir de arruinarse por la Princesa, y no he de onsentirlo después de haber estado tanto tiempo sacrificada a sus arezas y a una vida de aburrimiento.

DUQUESA. ¡No faltaba más! Si no se casara contigo... Por él lejaste tu carrera artística, un porvenir brillante; por él abando-aste a tu pobre padre, que desde entonces se entregó a la be-ida.

C.ª DIANA. ¡Eso no! Ya bebía antes mucho.

DUQUESA. Sí; pero desde entonces, como le mandas más dinero, uede beber más...

C.ª DIANA. Querido Chantel, siempre hemos sido fieles aliados, qué me aconsejáis? Por primera vez creo hallarme enfrente de ın peligro serio.

CHANTEL. ¿Preferís la ofensiva o la defensiva? La defensiva es nás digna, porque os permite no daros por entendida. Esperar, se es todo el secreto. Contamos para el triunfo definitivo, en pri-ner lugar, con el cariño que el Conde os profesa, ese cariño que s ya algo más fuerte que la pasión y que todos los caprichos; en egundo lugar, con que la Princesa no está enamorada del Con-le, y esta aventura no puede significar para ella mas que un me-lio fácil de salvar apuros del momento...

C.ª DIANA. Sí, sí... La defensiva me parece muy bien.

CHANTEL. Sólo veo un peligro en ella.

C.ª DIANA. ¿Cuál?

CHANTEL. Consiste en esperar, y no sabemos cuánto tiempo. Puede haber tiempo para que el Conde se arruine por completo. Ese es el peligro...

C.ª DIANA. Entonces estudiemos la ofensiva.

CHANTEL. Me parece mejor...

C.ª DIANA. ¿Creéis que los celos del amante de la Princesa pue-lan servirnos?

CHANTEL. Desconfío de la sinceridad de esos celos. El caball
Rosmer debe estar enterado de las combinaciones financieras
la Princesa. Además, el hombre que ama o se presta a ser ama
por una mujer de condición superior a la suya demuestra, de
luego, que no es celoso. El que nada ofrece y todo lo acepta, o
porque ama mucho y prescinde de su dignidad, del amor prop
de todo..., o es que no ama en absoluto y sólo piensa en su con
niencia; en cualquiera de los dos casos, o por amor o por cálcu
es seguro que, vea lo que vea, no se entere de nada... El amor
ego, y el interés cierra los ojos... Para el caso es lo mismo.

C.ª DIANA. ¿Entonces?...

CHANTEL. Os queda el escándalo, que todo el mundo se en
... Os mostráis celosa, increpáis al Conde y a la Princesa...,
rojáis de esta casa..., la obligáis a no presentarse nunca en do
estéis... De este modo el caballero Rosmer tiene que darse por
terado, y como aspira a casarse con la Princesa una vez div
ciada...

C.ª DIANA. Pero una escena violenta pudiera dar lugar a
lance.

CHANTEL. ¿Entre quién? Entre el Conde y el caballero R
mer... ¡Imposible! ¿A título de qué? A título de amante de
Princesa. En ese caso antes de batirse con el Conde tendría q
empezar por pagarle lo que le debe... Y por lo pronto eso iríais g
nando.

C.ª DIANA. Eso sí.

CHANTEL. Son quinientos mil francos, Condesa, sin contar fa
turas de comerciantes; sin contar...

DUQUESA. ¡Qué escándalo! ¡Una Princesa quinientos mil fra
cos!

CHANTEL. De modo...

C.ª DIANA. No hay duda; la ofensiva. El todo por el todo.
len; ha terminado el concierto y vuelven aquí; observemos.

ESCENA VI

ICHOS, la PRINCESA ELENA, ELSA, MME. WILF, la BARONESA,
RÍNCIPE ESTEBAN, el CABALLERO ROSMER, el CONDE WULF
GODOFREDO WILF.

CONDE. ¡Ha sido admirable, admirable! Una velada de es
que no se olvidan nunca...

VARIOS. ¡Admirable! ¡Admirable! *(Un silencio.)*

CONDE. ¡Qué silencio! Parece que están todos tristes...

M. WILF. Es la caricia de lo sublime que estremece toda
nuestras almas.

WULF. Es el efecto de siempre... Anonada.

WILF. ¿Y habéis observado cómo el maestro se transfigura ante
ıs músicos?

WULF. En ese momento no soy yo; es él, es su espíritu... Po-
edme la mano sobre el corazón..., aplicad el oído...

ELSA. Sí..., sí...; es extraordinario.

WULF. Permitid... Señora...

CHANTEL. Baronesa, ¿no os acercáis a escuchar?

BARONESA. ¿Yo? ¡Aplicar mi oído sobre el pecho de un hom-
re!...

CHANTEL. Es sobre la pechera...

WULF. Los médicos han estudiado en mí fenómenos muy cu-
iosos al terminar de dirigir un concierto... Figuraos, señores, (
proximándome al cerebro una aguja imantada....

CONDE. ¡Oh, oh! Es demasiado..., concierto y conferencia...

WILF. Y hoy ha sido la primera vez que las trompas no l
esafinado.

WULF. Las suprimí por precaución.

WILF. Ya decía yo... Supongo que cenaremos.

WULF. Al dirigir la orquesta, por detrás de la tribuna he visto
asar un magnífico salmón rodeado de langostinos.

WILF. Es un detalle.

WULF. Eso creo, que sea un detalle. El Conde tiene fama de
spléndido.

C.ª DIANA. *(A la Duquesa.)* ¿Lo veis? No se separan... Y el
Conde habla con un calor..., como no lo he visto nunca... Sería la
casión de dar el escándalo.

DUQUESA. No te lo aconsejo. El Conde tiene el deber de no de-
ar insultar a la Princesa en su casa, y puedes quedar en situación
nuy desairada.

M. WILF. *(A Elsa.)* ¡Cuánto siento que Vuestra Alteza no
aya decidido a cantar como nos prometió! Hubiera sido una
icia oiros cantar la balada de los «Gatos monteses», que sólo
lma de artista como la vuestra es capaz de comprender y de i
erpretar...

ELSA. Si hubiéramos estado en confianza, hubiera cantado con
nucho gusto; pero la princesa Elena ha destruído el encanto de
uestra intimidad.

M. WILF. Si apenas ha permanecido un momento en el con-
ierto.

ELSA. Su actitud ha sido bastante incorrecta.

M. WILF. Yo no me atrevía a decirlo.

BARONESA. *(Al príncipe Esteban.)* Sí, Alteza; puesto que sois
quí el único representante de la familia, y ya veis que la Princesa
os distingue con su simpatía, ejerced una influencia saludable,
hacedle comprender que de este modo sólo consigue agravar su
situación... Esta noche..., ya lo habéis visto, todo el mundo mur-

mura... Ahora mismo, ya veis..., todos tan serios, y la única que ríe como una loca es Su Alteza.

P. Est. Y mi prima dirá con razón que si en casa del conde de Tournerelles se escandalizan por tan poco no valía la pena de asistir a ella.

Baronesa. ¿Si creéis que Su Alteza hace bien?

P. Est. No, no lo creo; hace mal, muy mal..., pero creo que no es esta sociedad la que puede escandalizarse.

Baronesa. La Condesa está celosa...; temo que dé un escándalo.

P. Est. No temáis. La Condesa es mujer de mundo, ni el Conde consentiría un escándalo en su casa. Por parte del caballero Rosmer no hay que temer nada, está muy tranquilo... ¡Pobre Elena!

Baronesa. ¿La compadecéis?

P. Est. Con toda mi alma. Temo que ha equivocado su camino. Ella amó en el caballero Rosmer una vida distinta de la suya; el caballero, en cambio, sólo amó en ella a la princesa de Suavia. Ni uno ni otro han hallado en su amor lo que soñaban. ¿Y cómo rectificar de nuevo? El mundo perdona todo lo más una equivocación y una rectificación en la vida. La mujer que deja a su marido por un amante desmerece menos que la que deja después al amante por otro, aunque sea por volver con su marido; la única disculpa de ciertas culpas es perseverar en ellas.

Baronesa. ¡Otro amante decís! ¡Oh, sería horrible!...

P. Est. Sería muy natural. ¿Por qué ha de resignarse Elena a la segunda equivocación si no se resignó a la primera?

Baronesa. ¡No quiero pensarlo! ¡Qué se dirá en Suavia!... Que no os oiga Su Alteza.

P. Est. Sin hablarnos, estoy seguro de que pensamos lo mismo. Acaso la aventura de nuestro corazón haya sido idéntica.

Baronesa. ¿También habéis equivocado vuestro camino?

P. Est. No lo sé; por no saberlo, digo lo mismo que decís, Baronesa, cuando os obstináis en no ver algo que salta a los ojos: no quiero pensarlo, y eso hayo yo, no pienso en ello, no quiero pensarlo.

M. Wilf. Llevo media hora conteniéndome..., pero mis nervios saltan, estallan... No puedo más... ¡Ay!... ¡Ay!...

Todos. ¿Qué es eso? ¿Qué le ocurre a madame Wilf?... ¿Qué pasa?

Wulf. Nada, nada; el efecto de siempre.

Wilf. Mamá, mamá... Ya se sabe... Siempre le sucede lo mismo después de oír la música de papá...

Conde. ¡Oh, es insoportable!... No, no perdonan nada.

M. Wilf. ¡Ay! ¡Ay!

WILF. Traedme un violín; oyendo el principio del poema de la ida, es como se recobra más pronto...

CONDE. Sí, sí..., pero en otra habitación, a solas... Allí podéis car el violín, y allí puede llorar y gritar a sus anchas...

WULF. Sí sí, no se molesten, señor Conde. Vamos, Madame, aceos superior...

M. WILF. Es su espíritu, es él... Me habla, me parece verle.

CONDE. Chantel... Acompañad a estos señores... Disponed que s sirvan la cena, y después despedidlos en seguida, que no vuelan a molestarnos; es demasiado *pose* para imponernos su músi- a. *(Salen Mme. Wilf, Wulf, Godofredo y Chantel.)*

ESCENA VII

a PRINCESA ELENA, ELSA, DIANA, la DUQUESA, la BARONESA, el PRÍNCIPE, el CONDE y el CABALLERO ALBERTO ROSMER.

CONDE. Supongo que será el último concierto...

P.ª ELENA. Yo confieso que me he aburrido mucho... Sólo sien- no haber oído cantar a mi querida prima...

ELSA. ¿A mí? No he cantado...

P.ª ELENA. Pero ahora que estamos en familia...

C.ª DIANA. ¿En familia?

P.ª ELENA. Como en familia. En una intimidad deliciosa, don- e todo puede decirse y todo podemos oírlo... ¿De qué vamos a ustarnos? Por eso, querida Elsa, voy a pedirte un favor.

ELSA. ¿A mí?

P.ª ELENA. Quiero oírte cantar; pero tus canciones, tu reper- rio, el del teatro. ¡Había oído hablar tanto de ti, tenía tantas anas de oírte!; pero figúrate, en la corte, ni se podía hablar de to.

ELSA. ¡Esteban! ¿Su Alteza se ha vuelto loca?

P. EST. ¡Elsa!

ELSA. Debes decirle que merezco más respeto, que no debe, que o puede ofenderme así.

P.ª ELENA. ¿Qué sucede? ¿Por qué llora?

P. EST. ¡Calla!... ¡Calla!... Cree que has tratado de ofenderla.

P.ª ELENA. ¿Yo? ¿Ofenderla? ¿Por qué? ¡Qué locura!

ELSA. Dejadme, dejadme; no merezco ser tratada así. La cul- a es tuya.

P. EST. ¡Oh! Vamos, vamos...

P.ª ELENA. ¡Pero Esteban!...

P. EST. Ya lo dije. Son ellos los que no saben olvidar. *(Sale on Elsa.)*

P.ª ELENA. Pero ¿puede creer que yo he querido ofenderla? Tiene razón? Decírmelo, seré yo la primera en pedirla que me erdone... ¿No pensaba cantar esta noche en el concierto? ¿Es

una ofensa rogarla que cante aquí para nosotros? Todos saben que ha cantado en el teatro, a eso debe su personalidad, su posición... Y reniega de su pasado y la ofende el recuerdo... Y supone la ofensa en mí, que admiré siempre a todo el que lucha por su vida en cualquier esfera, y todo se lo debe a sí propio. *(A Diana.)* Es como si dudarais de que por eso mismo os admiro y os envidio. El Conde me refería ahora mismo vuestra vida, cómo os conoció, cómo a fuerza de voluntad y de genio, de verdadero genio, llegasteis a imponeros a la admiración de París, de sus literatos, de sus artistas.

C.ª Diana. ¿Y pretendéis también que yo os ofrezca en representación particular alguna de las pantomimas que me han hecho célebre? Ya veis que yo no reniego de mi pasado como la Kenisberg... A mí no me ofenden vuestras impertinencias.

Conde. ¡Diana!

P.ª Elena. ¿Qué dice también esta mujer?

C.ª Diana. Seguramente que si alguno de nosotros hubiéramos sido presentados en la corte de Suavia, y hubiéramos procedido con la misma falta de tacto de Su Alteza entre nosotros, no hubieran tardado mucho en ponernos a la puerta.

Conde. ¡Diana!

P.ª Elena. ¡Me insulta!

Baronesa. ¡Tenía que suceder! ¡El escándalo! Habrá quien telegrafíe a Suavia.

Duquesa. Ya has dicho bastante. Has quedado en tu puesto... *(Salen Diana y la Duquesa.)*

P.ª Elena. ¡Ah, son celos! ¿De vuestro Conde? ¿Qué habéis creído? Porque me he dignado oír por bondad sus tonterías...

Conde. ¡Alteza!

P.ª Elena. Porque le he dispensado el honor de permitirle que sea mi acreedor...

Alberto. ¡Elena!

Baronesa. ¡Señor!

Conde. Alteza, vuestros nervios están muy alterados... Sois una dama... No os acompaña ningún caballero de vuestra familia...

Alberto. ¡Señor Conde!... Tenéis razón... Os suplico que perdonéis... Cuestión de nervios... *(Salen el Conde y Diana.)*

ESCENA VIII

La Princesa Elena, la Baronesa y el Caballero Alberto Rosmer.

P.ª Elena. ¿Celos? ¿Celos de mí? ¿Ha creído que por tan poco precio se compra a una princesa de Suavia? Ni la molestia de visitar su casa pagaría con todo su dinero de advenedizo vanidoso. Vine por mi gusto, por un capricho, por mi diversión, ¿y

valía la pena para hallar más hipocrecía, más ceremonias y menos libertad que en mis palacios reales? Mi corazón rebosaba alegría y sinceridad; creí hallarme entre gente franca sin temor a la verdad de la vida, y todo es una ofensa, en todo hallan mala intención. Me sentía yo orgullosa de haber descendido, porque descendí por amor, y ellos reniegan de su pasado y del amor que les elevó adonde nunca debieron subir. ¡Almas bajas, corazones mezquinos! ¡Ahora lo veo, ahora comprendo! ¿Cómo es posible la igualdad en el mundo, si los pequeños con sus ruindades, sin quererlo nosotros, nos obligan a recordar que somos grandes?

BARONESA. Nunca debisteis olvidarlo. Ya sabía yo que el orgullo de raza despertaría.

P.ª ELENA. El de mi raza, no; el de mi corazón.

ALBERTO. Y ahora, ¿comprendes por qué debía yo oponerme a que vinieras a esta casa, entre esta gente? ¿Estás satisfecha con esta humillación? La querida del Conde te insulta, y no puedo aceptar ni pedir una explicación, porque antes sería preciso no serles deudores en nada. Entretanto, esa mujer tiene razón para estar celosa, y tu conducta de esta noche lo justifica todo.

P.ª ELENA. Basta. No más cargos; nada de recriminaciones, ni de ti ni de nadie. Sé cómo recobrar mi libertad y la tuya... Baronesa, telegrafiad hoy mismo a Suavia, y en mi nombre, ese dinero a cualquier precio; haré lo que disponga el Emperador.

ALBERTO. ¡Elena! Eso no, no será...

P.ª ELENA. ¿No te pesa tanto la humillación de esta vida? ¿Es así como sabes agradecer que yo las acepte por defender nuestro cariño? En cuanto a pedir explicaciones al Conde, si hubiera llegado el caso, no hubieras sido tú, sino mi primo Esteban el que las habría exigido... Ni él ni yo hemos olvidado todavía lo que debemos a nuestro nombre... *(Viendo a Esteban que ha entrado un momento antes.)* ¿No es verdad, Esteban?

ESCENA IX

DICHOS y el PRÍNCIPE ESTEBAN.

P. EST. ¡Querida prima! Es tarde para acordarnos de quién somos. Mi situación es tan difícil como la tuya; tus palabras me decidieron. Yo también soy deudor del conde de Tournerelles; para exigirle una satisfacción tendría, como tú, que ponerme a merced del Emperador..., y el Emperador es implacable.

BARONESA. Sólo impondría una condición.

ALBERTO. Que volvieses con tu marido.

P. EST. Que yo me divorciara de mi mujer.

BARONESA. Seguramente; sólo así perdonaría.

P.ª ELENA. ¿Sólo así? Lo pensaremos.

ALBERTO. ¿Qué dices?

P.ª ELENA. Lo pensaremos. ¿No es verdad, Esteban?... No, yo no volveré a Suavia; sería retroceder, y te dije en una ocasión que yo no retrocedía nunca. Ahora déjame; debo salir de esta casa acompañada del Príncipe, de su brazo, como princesa de Suavia...

P. EST. Estoy a tu disposición.

P.ª ELENA. El caballero Rosmer os acompañará... Yo deseo hablar con el Príncipe...; quizás de esta entrevista dependa toda nuestra vida.

ALBERTO. Baronesa, evitad una nueva locura de Su Alteza.

BARONESA. ¡Ay! La primera es la que debí evitar. *(Salen la Baronesa y el caballero Rosmer.)*

ESCENA X

La PRINCESA ELENA y el PRÍNCIPE ESTEBAN.

P.ª ELENA. ¿Qué te ha dicho Elsa?

P. EST. ¡Es ridículo, es odioso!... Supone que yo tengo la culpa porque no he sabido rodearla de bastante respeto.

P.ª ELENA. ¿Habla también de humillaciones? ¡Si nosotros contáramos las nuestras!

P. EST. Que ellos no agradecen...

P.ª ELENA. Ya lo sé, ya lo he visto... ¡Nos hemos engañado! ¿Y ahora?

P. EST. ¿Confesar nuestro engaño?

P.ª ELENA. Sí.

P. EST. ¿Aceptarle resignados?

P.ª ELENA. No.

P. EST. ¿Qué hacer entonces?

P.ª ELENA. Vivir.

P. EST. ¿Cómo?

P.ª ELENA. Aceptando cuanto ofrezca la vida a nuestro paso: tristeza, cuando es tristeza; alegría, cuando es alegría. En este momento, ya lo ves, nos ofrece... nuestra amistad; nos ofrece las confidencias de nuestro corazón, y nos ofrece... esa música que obsesiona y atrae hacia ella. Es una fiesta popular, un baile con leyenda de horrores misteriosos. Yo propuse antes que hubiéramos ido todos, pero, es natural, se asustaron. Tú no te asustas, ¿verdad?

P. EST. Me divierte. Iremos... La corrección me ahoga como a ti.

P.ª ELENA. Sobre todo, cuando se encuentra donde menos pensaba uno encontrarla... ¿Lo ves? Ya estoy contenta, ya lo olvidé todo. Esta escapada me indemnizará del mal rato que he pasado esta noche... ¡Yo que pensaba divertirme tanto!... ¡Qué hermoso es escaparse y volar, huir siempre de algo o de alguien!

P. EST. Cuando cree uno que va hacia la felicidad...

P.ª ELENA. ¡La felicidad, no! ¡La felicidad no existe en la
a!... Sólo existen momentos felices.
P. EST. ¡Es verdad..., momentos felices!
P.ª ELENA. ¿Por qué no ha de ser éste uno de ellos?

TELÓN

ACTO CUARTO

Un restaurant al aire libre. Es de noche.

ESCENA I

INGLÉS, sentado a una mesa, bebe cerveza; MARGOT y BIONDINETTA.

BIONDIN. ¿Lo ves? No está aquí. Tampoco viene esta noche.
dice que vendrá, porque no le busque donde yo sé que puedo
ontrarle, donde iré una noche a partirle el corazón como siga
añándome.

MARGOT. ¡Estás loca! ¡Matar a un hombre! Ni matarlos, ni
rirse por ellos. ¿Tú crees que no volverá a buscarte antes de
que quisieras?

BIONDIN. No, no vuelve. Ahora tiene dinero. ¿No le has visto?
sabes de dónde saca ese dinero?

MARGOT. Claro está que no lo sé. ¡Si yo fuera a matar al mío
eso! Cuando me apura es cuando no tiene dinero; cuando lo
ie, nunca le pregunto de dónde lo saca. ¿Nos preguntan ellos
osotras?

BIONDIN. Pero yo no quiero a nadie, a nadie mas que a él,
l lo sabe.

MARGOT. Y él te quiere. Pero hay que vivir. Después de todo,
es agradecerlo; no vas a ser tú sola la que trabaje. Ea, vamos
ailar. Si le dicen que no te acuerdas de él y se figura que pue-
querer a otro, verás como vuelve más pronto. Ya se desenga-
á como todos. Cien francos, quinientos, mil, hay quien los da
un día por un capricho; pero los cinco y los diez francos dia-
y lo que se puede y lo que no se tiene y se busca debajo de
tierra para que nada les falte, eso, como no se quiera de co-
ón, como tú le quieres, no lo encontrarás nunca... Conque
nos...

BIONDIN. No, no voy; vine porque esperaba encontrarle; pero
voy, no; iré a buscarle; aunque me mate iré a buscarle.

MARGOT. Eso sí que no. ¡Ir allí! Ya sabes que está con gente

muy encopetada, que no quiere ni consiente escándalos, y s
guardarse cuando se divierte.

BIONDIN. Ya lo sé. Una gran señora y gente muy de arrib
podridos de vicios, peores que nosotros, pero muy respetables.

MARGOT. A eso se está expuesta cuando se tiene un buen m
¿Por qué no quise yo a ése?

BIONDIN. ¿A Fred, al inglés? Hiciste bien. Es un borra
Por un *bock* marcha con cualquiera que se presente. Yo lo
visto. Tú eres feliz, el tuyo te quiere de corazón.

MARGOT. Eso sí, tiene delicadezas. Porque no me faltara n
cuando estuve tan enferma en París, le costó verse en un
asunto... Seis meses de correccional, y eso que nadie declaró
contra suya, ni el mismo herido, porque le convenía calla
Otra *quadrille;* vamos, yo no puedo faltar; luego se enfada
nosotras monsieur Boniface; dice que si no bailamos y no h
mos gasto en el *restaurant* no vale la pena de darnos billete
favor. Acompáñame; esta noche hay unos marineros italia
Tú que hablas su lengua puedes servirme. Traen dinero de la
los ahorros de la travesía. Conque vamos.

BIONDIN. Les diré lo que tú quieras; pero por mi cuenta
una palabra.

INGLÉS. *My darling,* ¿pagáis un *bock?*

MARGOT. Ya sabes tú quién los paga, y brillantes también

INGLÉS. ¿Brillantes? No hay brillantes ya...

MARGOT. Te los habrás bebido, como todo.

INGLÉS. *(Señalando a la cerveza.)* Esto no engaña como
otras. Estoy siempre triste..., muy enfermo... Préstame cinco f
cos, Margot; sé buena con el pobre Fred...

MARGOT. ¡Cinco francos! ¡Si sabes tú encontrarlos mejor
nosotras!

INGLÉS. ¿No quieres prestármelos? Yo me veré con tu h
bre; le mataré. Yo soy más fuerte.

MARGOT. ¡Anda de ahí! ¡Suelta!... ¡No seas bruto!

INGLÉS. ¡Dame cinco francos!

MARGOT. ¡Suelta!...

BIONDIN. ¡Verás si grito!

MARGOT. No grites. Viene la policía, y luego son histo
Me basto yo. ¡Si no puede tenerse! ¡Anda de ahí!...

INGLÉS. Por cinco francos... No eres buena conmigo. ¡Te
darás de mí, te acordarás de mí!...

MARGOT. Vamos.

ESCENA II

DICHOS, el MARQUESITO y COSI-COSI.

MARQ. ¿Qué sucede?

Biondin. ¡Ah! ¿Eres tú? Ya no te esperaba.

Marq. ¿Por qué? Te dije que venía, y he venido. ¿Es que yo tengo palabra?

Biondin. ¿Palabra?... ¿Y ahora de dónde vienes?

Marq. Eso es. Primero se pregunta de dónde viene uno; des-s por la salud, que importa menos. ¡Podía uno haber estado riéndose!...

Biondin. ¿Muriéndote? Voy a creerlo.

Marq. ¿No lo crees? Díselo tú.

Cosi-Cosi. Pues sí, ha estado muriéndose.

Biondin. ¿De veras?

Marq. Tú crees que uno es de piedra, que uno no siente los dis-tos... Desde la otra noche... Díselo tú; ¿cómo he estado yo?

Cosi-Cosi. Muy malo. Con unos ahogos y unos...

Margot. No hagas caso. Se habrán puesto de acuerdo los com-res, como siempre. ¿No lo ves? Enseña esa mano. ¡Otra sor-!

Biondin. ¿Quién te ha dado esa sortija?

Marq. No es mía. Es para venderla.

Biondin. ¿Quién te ha dado esa sortija?

Marq. La he comprado yo, ¡ea! Y no hay más explicaciones. onviene así? Pues se acabó. ¿No conviene? Se acabó también.

Cosi-Cosi. ¿Qué os ocurría con el inglés cuando llegamos?

Margot. Nada; que está borracho.

Cosi-Cosi. A ése hay que escarmentarle, y va a ser ahora mo.

Margot. Déjale.

Marq. No, si voy a ser yo. Ahora verás...

Margot. Dejadle.

Marq. Eso quisiera. Yo te aseguro que no vuelve a parecer aquí. ¿*What es the matter?*

Inglés. ¿Quieres reñir? Yo no riño por mujeres. Siéntate. ozo!... ¡Un *bock*, dos *bocks!*... Llama a tu amigo...

Cosi-Cosi. Yo no me siento.

Inglés. Siéntate, digo. Los hombres hablan primero, beben mero; luego se matan, pero no se matan por las mujeres. nbéciles! Somos amigos. Vamos a tratar de negocios, nego-s serios.

Margot. ¿Pero vais a tener la paciencia de oírle?

Marq. ¿Por qué no? El hombre se pone en razón.

Inglés. Díles que nos dejen. No es para mujeres nuestro asun-Son cosas serias.

Biondin. Pero...

Marq. Ahora vamos; dejadnos solos. ¿No habéis oído?

Biondin. ¡Oye, tú!..., ¿de qué asuntos tienes tú que hablar éstos? Porque yo conozco bien tus asuntos.

INGLÉS. Díles que callen. No sois hombres para hacer callar a las mujeres.

MARQ. He dicho que te calles y que esperes allí.

MARGOT. Déjalos. Siempre es lo mismo. Van a pegarse por defendernos, y acaban por hacerse ellos amigos y por pegarnos a nosotras. Vamos al baile. *(Salen Margot y Biondinetta.)*

INGLÉS. ¡Mozo!... ¡Tres *bocks!*

ESCENA III

DICHOS, la PRINCESA ELENA y el PRÍNCIPE ESTEBAN.

P.ª ELENA. El baile tiene el mejor tono. Y todo el mundo ha estado muy respetuoso con nosotros. Es posible que, si hubiéramos permanecido un momento más, los incorrectos hubiéramos sido nosotros, como en casa del Conde.

P. EST. No creas que hemos guardado el incógnito. Al pasar oí yo murmurar nuestros nombres.

P.ª ELENA. Sí, muy gracioso. Unos te conocían a ti, y decían: «El príncipe Esteban de Suavia, que acompaña a una *cocotte.*» Otros me conocían a mí, y murmuraban: «La princesa Elena con su amante..., o con un amante.»

P. EST. Muchos nos conocían a los dos. ¿Y ésos, qué habrán pensado?

P.ª ELENA. Que nos trajo la curiosidad o el deseo de aventuras escabrosas.

P. EST. Pero ya no debemos volver.

P.ª ELENA. ¿Tan pronto te arrepientes de haberme acompañado?

P. EST. No es por mí, es por ti. Mañana todo el mundo comentará nuestra aventura.

P.ª ELENA. Eres más cobarde que yo. Comprendes que te has equivocado, y en vez de proseguir, retrocedes. Eres como esos pueblos que destruyen una monarquía tiránica, proclaman la república, y porque la república no les hace felices vuelven a restaurar la monarquía. Yo no soy así; si me fuera mal con la república, proclamaría la anarquía; retroceder, ¡nunca! Estoy encantada de hallarme aquí. Esta es la vida; no cerrar los ojos a nada; comprenderlo todo, simpatizar con todo.

P. EST. ¿Lo ves? Eso fué lo que te enamoró del caballero Rosmer. No fué su persona, fué un nuevo aspecto de la vida...

P.ª ELENA. Es verdad. Era el único que en nuestro palacio vivía fuera de su ambiente, el único por quien yo tenía noticia de otra vida, de otras verdades... No hubo elección en mi cariño hacia él, como no puede haberla en el prisionero, que sólo desea su libertad y huye por el primer camino que encuentra abierto al aire libre.

P. Est. Y al huir sólo conseguiste cambiar de prisión.
P.ª Elena. Con desventaja. Porque nunca tuve a mi lado más eloso guardador de etiquetas y ceremonias que el caballero Rosner. Y si eres franco conmigo y contigo mismo, confiesa que tu ventura ha sido idéntica, y, como yo, te equivocaste al haber reído que un amor desigual era el mejor medio de vivir una vida istinta. Debimos empezar por vivir esa vida; ya hubiera llegado l amor a su tiempo.
P. Est. Nuestra historia me recuerda un lance que me refería n oficial de mi regimiento, un joven de la más linajuda nobleza e Suavia. Se enamoró de una muchacha del pueblo, de una brerilla, y para él todo el encanto de aquellas relaciones era asear por los barrios de obreros del brazo de su amada; recorrer os cafetines y teatrillos populares; sentirse otro, en fin; alejarse uanto podía de su sociedad, de sus relaciones, de su vida oficial. ero advirtió que la muchacha, en cambio, se aburría siempre a u lado y se hallaba a disgusto en aquellos lugares demasiado onocidos para ella. Su deseo era conocer los paseos bien frecuenados, los restaurants a la moda, los teatros aristocráticos..., la tra vida, en fin; y es natural, lo que divertía a uno le aburría l otro, y entonces mi amigo se enamoró de una gran señora, y ué cuando a sus anchas pudo recorrer los barrios bajos, los caetines y los teatros populares, porque a la gran señora también divertía mucho aquello, y los dos estaban siempre de acuerdo. No es esta nuestra historia?
P.ª Elena. Esa es.
P. Est. No vivimos en el mundo como abstracciones, como eres ideales; algo somos nosotros, pero es mucho más el amiente que nos rodea: el paisaje de nuestras figuras. La decoraión es la mitad de la comedia, en la vida como en el teatro...
P.ª Elena. Sí; hay momentos y hay sitios en que amaríamos cualquiera que se presentara, sin haberle visto antes nunca, sin reguntarle siquiera su nombre... ¿En qué piensas?
P. Est. Escuchaba ese vals, es un recuerdo de mi vida. Elsa cantaba en el teatro.
P.ª Elena. Cuando era para ti la artista celebrada del público, o la respetable dama que se ofende si alguien le recuerda sus riunfos de artista... También hay un vals en mis recuerdos. Los alses armonizan muy bien con los recuerdos. ¿No te has fijado unca? En todo vals hay una parte alegre, viva, triunfal; y luego *ritornello* apagado, lento, lloroso como el recuerdo de toda aquea alegría pasada. Por eso, de las fiestas mundanas como de las estas del alma, queda siempre el recuerdo de un vals, un vals ue llora.
P. Est. ¿Cuál es tu músico preferido?
P.ª Elena. No quieras examinar mis gustos musicales; son

de una deplorable vulgaridad. La música me agrada por la le
que yo le pongo; así me es igual toda. ¿Qué lleva en el al
quien no lleve letra para todas las músicas? Con poetas soy m
exigente; como son ellos los que me hablan, no les tolero vul
ridades.

P. Est. ¿Cuál es tu poeta preferido?

P.ª Elena. A las mujeres nos sucede con los poetas como c
los hombres: no amamos al que todo el mundo admira. Para
cariño y para la admiración preferimos a veces por una cualid
única entre muchos defectos, o quizás por los mismos defect
para que la elección sea más nuestra, más nuestra.

P. Est. ¿Admiras a Shelley, al divino Shelley?

P.ª Elena. Le admiro y le amo como él lo amaba todo.

P. Est. ¿Conoces su vida?

P.ª Elena. Es admirable, aún más admirable que su poes
¡Conseguir que su misma esposa le ayudase a raptar a su am
Emilia Viviani! ¿Qué poder de sugestión no habría en su es
ritu para unir a dos mujeres en un mismo amor?

P. Est. ¿Recuerdas aquellos versos suyos? *El amor no
como el oro ni como la arcilla, no disminuye repartido. Es co
la inteligencia, que más brilla cuando más verdades compren*
y luego añade: *¡Mezquinos el corazón que ama, el cerebro
piensa, la vida que abarca, el espíritu que crea un solo obj
una sola forma, y en ellos pretende enterrar la inmortalidad
espíritu!*

P.ª Elena. ¿Y el canto a la vida de Gabriel D'Annunzio?
*versidad, sirena del mundo; nunca elegí, porque pensaba que
gir era excluirte, diversidad, sirena del mundo. Que la rosa bla
y la bermeja sean iguales para mi deseo, y todos los sabores p
mi gusto, y todos los amores puros e impuros, para mis amo
porque yo soy el que te ama, diversidad, sirena del mundo,
soy el que te ama. (Pausa.)* ¿En qué piensas?

P. Est. Pienso... cuál era nuestra vida en la corte de Suav
qué muralla de severidad, de preocupaciones y de recelos se
vantó siempre entre nosotros, que vivimos allí muy cerca uno
otro sin conocernos... Yo te juzgué siempre una criatura insu
tancial; alocada, tu misma aventura de amor me pareció rid
la, porque pensé que si tu carácter era tan independiente,
enérgico, como aseguraban, antes debías oponerte a que te ca
ran contra tu voluntad.

P.ª Elena. El matrimonio me pareció entonces un princ
de libertad..., y lo acepté sin pena..., debes comprenderlo. T
bién yo había oído decir de ti que eras un espíritu seco, at
rrado de lecturas, que por eso mismo ignorabas la vida por c
pleto, y una mujer cualquiera había podido engañarte.

P. Est. Y ahora, ¿qué piensas de mí?

P.ª Elena. Ahora pienso que hubiéramos podido ser muy fe-
.
P. Est. Como en este momento, ¿verdad? ¡Qué extraña es la
! Pensar que de todas nuestras luchas, de todos nuestros
es por conseguir la felicidad, acaso al llegar el día inevitable
que pidamos cuenta al corazón de las tristezas y alegrías de
tra vida, el único recuerdo que no entristezca nuestra alma
el de algún instante como éste, deparado por la casualidad.
alto en la vida, algo que recordaremos como un sueño di-
o.

P.ª Elena. Y ya ves de qué poco se compone esta felicidad.
una noche hermosa, muy azul, muy profunda, el ruido del
a lo lejos, un baile canallesco a nuestro alrededor, una mú-
callejera, y entre todo esto, las confidencias de nuestro cora-
la dulce simpatía de dos almas que buscan palabras de ver-
para confiarse por entero.

P. Est. Y versos de poetas preferidos que hablan por nos-
s, y silencios profundos como la noche, pero tan claros como
noche de este cielo con todas sus estrellas, porque como las
ellas en la noche las miradas son la luz del silencio.

P.ª Elena. Acaso nunca seremos más dichosos. ¿Es que será
il todo esfuerzo de nuestra voluntad para conseguir algo de
ue deseamos en la vida? ¿Es que la vida no consiente violen-
y sólo cuando no se busca, cuando no se espera, cuando no
amos deja caer como al descuido sobre nosotros un poco de
nucha alegría que atesora? Si es así no pensemos en nada,
duerma nuestra voluntad, que la vida nos traiga alegrías o
ezas a su grado. ¿Quién sabe si cuando creemos imponer nues-
voluntad con más fuerza es cuando más ciegamente se impo-
a nosotros la fatalidad?

ESCENA IV

Dichos, la Degollada y un Policía.

P.ª Elena. *(La Degollada se acerca rápidamente a los Prínci-
Asustada.* ¡Ah!

Degoll. ¡Ah! Perdón, señores... No se asuste, señora... Creí
ocer... Pero no, no es, me engañé... Son extranjeros, ¿verdad?
me conocen... Perdón, señores... Siento haber asustado a la se-
a... Es muy hermosa...

Marq. *(Llamándola desde dentro.)* Ven aquí; convida esta no-
...

Degoll. ¡Dejadme, dejadme! *(Sale.)*

Policía. *(Acercándose más respetuoso a los Príncipes.)* ¿Les
molestado en algo esa mujer?

P.ª Elena. No, ¡pobrecilla!; es un tipo extraño. Se acercó c
yendo conocernos sin duda.

Policía. Perdonad, Alteza...

P. Est. ¡Ah! ¿Sabéis?

Policía. No he dejado de vigilar desde que Sus Altezas lleg
ron. Sus Altezas han sido muy imprudentes en venir aquí solos

P.ª Elena. ¿Por qué? La actitud de toda esta gente no pue
ser más correcta... Sobre todo viniendo de casa del conde de To
nerelles... ¿No es verdad, Esteban?

Policía. En la superficie; pero es rara la noche que no termi
con algún incidente desagradable. Toda es gente de cuidado... C
ca de aquí, y sin quitar la vista de nosotros, están tres de los m
temibles... El Marquesito, el Inglés..., un antiguo jockey desca
ficado por sus trampas, y una buena pieza de italiano llama
Cosi-Cosi...; todos han tenido cuentas largas con la Justic
y alguno ha estado a dos pasos de la guillotina.

P.ª Elena. Admirable gente, que por astucia o por valor vi
en lucha continua contra la sociedad, burlando su moral y s
leyes... Y vive...

P. Est. Son profesores de energía, como ahora se dice.

P.ª Elena. ¿Y esa extraña mujer que se acercó?

Policía. Está loca. La llaman la Degollada.

P.ª Elena. ¡Qué horrible nombre!

Policía. Ahora veréis; voy a llamarla. Acércate; no teng
miedo. Estos señores desean saber tu historia.

Degoll. No, no; dejadme. Mi historia..., no es verdad esa hi
toria.

Policía. Ven, más cerca; quita esa cinta de tu cuello.

Degoll. No, no; dejadme...

P.ª Elena. Por fuerza no... ¡Pobrecilla!

Degoll. Gracias, señora. Lo veréis..., ved.

P.ª Elena. ¡Oh! ¡Qué horrible!

P. Est. ¿Qué es?

P.ª Elena. Mira, una cicatriz honda que rodea su cuello con
un collar. ¿Cómo fué eso?

Degoll. No fué nada; fuí yo...

Policía. No hagáis caso: una noche, hará de esto dos añ
conoció a un extranjero en el Casino; salieron juntos, una de ta
tas aventuras; el extranjero era un jugador de oficio de los q
acuden aquí todos los años; lo había perdido todo al juego y tu
un mal pensamiento; robar a cualquiera de estas infelices qu
por necesidad, no pueden informarse mucho de la gente que tr
tan... Creyéndola dormida, descerrajó el mueblecillo en que pe
só hallar lo que buscaba; ella despertó, y antes de que pudie
gritar, el hombre se arrojó sobre ella para matarla; creyó que
había matado. Ya lo veis, la herida fué horrible. Huyó...

P. Est. ¿Y no consiguieron detenerle?

Policía. Sí, a la mañana siguiente; aunque ella no pudo declarar todavía; todo el mundo los había visto salir juntos del Casino..., entrar en la casa...; no tardó en encontrarse al hombre.

P. Est. ¿Y pagaría cara su hazaña?

Policía. Ahora veréis: llevado a presencia de esta mujer, negó rotundamente que aquél fuera el hombre con quien había pasado la noche y que había intentado matarla.

P.ª Elena. Acaso no lo fuera... ¿Es verdad eso?

Policía. No había duda. Era él; se le hallaron las alhajas, el dinero...

P. Est. Entonces...

Policía. No hubo medio; contra la afirmación categórica de la víctima, ¿qué podía intentarse?

Degoll. No es verdad, no fué él..., no era él...

Policía. ¡Bah! Sabemos la historia; sabemos por qué fué todo. A cualquiera que se le diga...

P.ª Elena. No..., lo comprendo; comprendo aquel silencio sublime; aquel hombre había sabido hacerse amar en una noche. ¿No es eso?

Degoll. ¡Señora!

P.ª Elena. ¿Y qué fué de él? ¿No supo agradecer su silencio?

Policía. Se embarcó para América, y desde entonces ella sólo piensa en ir a buscarle. Todo lo que gana lo va ahorrando para emprender el viaje. Vive miserablemente. Llega a pedir limosna cuando no gana lo bastante.

P.ª Elena. ¿Es cierto? ¿Toda tu ilusión es ir a reunirte con él? Háblame con franqueza, mujer.

Degoll. ¡Es verdad!

P.ª Elena. *(A Esteban.)* ¿Oyes? Aun puede ser más feliz el recuerdo de este instante. Está en nuestra mano la felicidad de esta criatura.

Degoll. ¿Qué decís?

P.ª Elena. Nada, nada. Irás a encontrarle. *(Al Policía.)* No dejéis de llevarme mañana sus señas...

Degoll. ¿Pero qué dice? Es mentira, es una burla...

Policía. No, mujer; no sabes con quien hablas... Saluda y ya puedes marcharte.

Degoll. ¡Ah, señora, señora mía! Dejadme que bese vuestra mano... ¡Mi viaje, mi viaje! No llegaré, no lo creo, es mucha alegría..., me moriré antes...

Policía. No; le verás, te matará, y esta vez será la buena...

Degoll. ¡Verle! Después, que me mate si quiere; puede hacerlo.

Policía. Es que si te mata y le cogen como la otra vez ya no podrás tú salvarle.

DEGOLL. ¡Siempre! Llevo una carta. Sería un suicidio. Le salvaré siempre. Lo he pensado todo. *(Sale.)*

P. EST. ¡Qué extraña mujer!

POLICÍA. ¿Habéis visto locura igual?

P.ª ELENA. ¡Oh! Si la pasión, si la locura no pasaran alguna vez por las almas..., ¿qué valdría la vida?

POLICÍA. ¿Sus Altezas desean que les acompañe?

P. EST. No, no es preciso..., tomad...

POLICÍA. De ningún modo.

P.ª ELENA. No dejéis de enviarme las señas de esa mujer.

POLICÍA. A vuestras órdenes. *(Sale.)*

ESCENA V

PRINCESA ELENA y PRÍNCIPE ESTEBAN.

P. EST. Ya lo ves, nuestra presencia aquí no es un secreto.

P.ª ELENA. ¿Adónde iremos que dejemos de ser quien somos? En esta sociedad, aparte de la sociedad, nos creíamos olvidados; pero la Policía llega a recordarnos que está de nuestra parte, que nos protege..., y que nos vigila...

P. EST. ¡Qué remedio! Ya lo oíste. Estamos entre tan mala gente...

P.ª ELENA. Como toda; todo el mundo es como esto; nuestro mismo espíritu lo es. La eterna lucha humana; fuerza contra fuerza; la que lucha por la vida propia en nombre del instinto humano; la que lucha por la vida de todos en nombre del orden social. Criminales de un lado, Policía del otro. Y en el mundo entero, como en este reducido mundo, todo lo que es Policía, con su moral, sus leyes y todos sus atributos sacrosantos, sólo consigue al luchar contra todo lo que llamamos criminal, lo mismo que consigue aquí: dar apariencias de baile alegre, ordenado, a una reunión de gente que, mientras parece divertirse bajo la mirada paternal de la Policía, sólo proyecta y combina el modo de burlarla. Y como esta gente no podría vivir sin burlar a la Policía, ¿qué vida humana sería posible si no pudiéramos burlar las leyes sociales?

P. EST. Te escucho espantado. ¿Cómo es que en la corte de Suavia te permitían lecturas tan peligrosas, tan demoledoras?

P.ª ELENA. ¿Crees que son lecturas? No, son pensamientos míos. Pienso así porque nunca me asustó ninguna verdad, y nunca tampoco me enamoré de ninguna para temer al verla convertirse en mentira. Si cada día hallara una nueva verdad en mi espíritu y al hallarla tuviera que destruir cada día mi vida por completo, sin dudar la destruiría, para vivir cada día una nueva vida con una nueva verdad. ¿Y tú?

P. EST. ¡Es tan doloroso destruir! Cuando un amor es ya men-

tira en nuestro corazón, acaso es todavía la verdad de otro corazón que no tenemos derecho a destrozar.

P.ª Elena. ¿Crees que Elsa y el caballero Rosmer se morirían de pena?

P. Est. Creo que no es tan fácil en la vida suprimir el remordimiento y la responsabilidad. Acaso las miras de la que es hoy mi mujer, del que es tu amante, fueron interesadas al aceptar nuestro cariño; pero nosotros les hicimos creer que podían fundar en él toda su vida; si nosotros faltásemos ahora, ¿qué vida sería posible para ellos? ¿Qué falsa situación la suya, a qué represalias expuestos? Y nosotros también, piensa que ya no seríamos los enamorados que al amor lo sacrifican todo; una nueva aventura sería perder algo más que la dignidad de príncipes: la estimación personal.

P.ª Elena. Entonces..., siempre habrá un pasado que influirá sobre nuestra vida; no habrá un instante nuestro para lo que de verdad se siente y se quiere en aquel instante... Siempre arrastraremos el cadáver de algo... No, yo no sé rezar sin fe ante ningún altar. Acabó la creencia, acabaron las oraciones. Quiero amar cuando amo, olvidar cuando olvido... Para retroceder iría más lejos, volvería a la corte de Suavia, a ser la princesa; respetos por respetos, deberes por deberes, aceptaría los nuestros, los de mi raza, los de mi nombre. Nuestros plebeyos, ya lo hemos visto, sólo aspiran, por nuestro amor, a ser príncipes como nosotros.

P. Est. Es a lo que aspiran siempre los plebeyos cuando hacen revoluciones.

P.ª Elena. Por eso, la verdadera revolución del mundo, la única fecunda, sólo podremos hacerla los grandes, los iguales. Será una revolución desinteresada; no pediremos riquezas ni libertades, ni siquiera justicia; sólo pediremos la verdad. Y nuestra verdad es que podemos ser felices, que debemos unir nuestra vida y nuestro destino, y que tan lejos debe estar para nuestro corazón la corte de Suavia como el hogar burgués que soñamos en nombre de nuestra felicidad. No, no era la felicidad todavía, no era nuestra vida; nuestra vida es amarnos, amarte...

P. Est. ¿Siempre?

P.ª Elena. Ahora, mañana, unos días... Esta noche sólo. ¿Quién sabe? ¿Qué importa? Hay sueños que valen toda una vida. No sé si dentro de un instante pensaré como tú, que hay deberes, y responsabilidades, y remordimientos, que debemos volver..., que volveremos..., sí. Acaso..., es justo..., debe ser, pero aún no; hablemos como antes, de nosotros, de todo..., versos..., la música allí, el cielo azul sobre nosotros, el mar a lo lejos y silencios profundos como la noche...

P. Est. ¡Mi princesa Bebé! Todo lo alegras, todo lo embelleces.

Cerca de ti la vida es más intensa, y se siente que el alma es i
finita...

P.ª Elena. Como la vida. Comprenderlo todo, amarlo todo.
vivir en todo, vivir toda la vida.

P. Est. Vivir no; vivir es doloroso, es triste, es hacer mal
padecerlo... Soñar, soñar como ahora...

P.ª Elena. ¡Vivir..., soñar!... Las dos cosas... ¡Amar..., am
es todo..., es sueño y es vida!

TELÓN

JACINTO BENAVENTE

EL DRAGON DE FUEGO

DRAMA EN TRES ACTOS Y UN EPÍLOGO, DIVIDIDOS EN NUEVE CUADROS

Estrenado en el teatro Español el 16 de marzo de 1903

REPARTO

PERSONAJES		ACTORES
DANI-SAR, rey del Nirván........	Sr.	Díaz de Mendoza (F.).
MAMNI, su esposa....................	Sra.	Guerrero.
SITA	Srta.	Colorado.
KORA	Sra.	Socías.
NADI	Srta.	Villar (C.).
MAD. MORIS		Cancio.
MAD. FRANCIS		Villar (D.).
MAD. ESTEVENS		Sánchez.
EL PRÍNCIPE DURANÍ...........	Sr.	Calvo.
HANSI		Juste.
NAGPUR		Palanca.
DAULA		Rivero.
EL GENERAL duque de Ford...		Medrano.
EL CORONEL ESTEVENS......		Soriano Biosca.
EL CAPITÁN LAKE	Sr.	Díaz de Mendoza (M.).
EL CAPITÁN FRANCIS..........		Mata.
MR. MORIS		Cirera.
MR. COTTON		Urquijo.
EL PASTOR EVANGÉLICO.....		Carsi.
KIRKI		Díaz.
DHULIP		Villalonga.
MAITRE D'HOTEL		Guerrero.
UN REPORTER		Cayuela.
SOLDADO 1.º		Miquel.
SOLDADO 2.º		Guerrero.
SOLDADO 3.º		Cayuela.
SOLDADO 4.º		Sanz.
NIRVANÉS 1.º		Ariño.
NIRVANÉS 2.º		Gil.
NIRVANÉS 3.º		Fernández.

Soldados del Nirván y de Silandia, esclavos, gente del pueblo, sacerdotes, músicos, etc.

ACTO PRIMERO

CUADRO PRIMERO

Una calle en el Nirván.

ESCENA I

SOLDADOS y gente del pueblo.

Antes de levantarse el telón suenan tambores y cornetas que
can retreta. Gente del pueblo, de aspecto miserable, tendida
montones. De vez en cuando pasa una dama europea en traje
baile, llevada en un palanquín por cuatro criados nirvaneses.
de noche.

SOLD. 1.° *(A otros soldados.)* ¿Qué hacéis ahí? Es la
treta.

SOLD. 2.° Tenemos permiso hasta media noche.

SOLD. 1.° Eso creéis. Suerte que os coge presentables toda
¿No habéis oído el bando? A tambor y corneta se ha proclam
por todos los sitios donde se reunen militares. Acuartelados t
la noche. Los permisos, por no concedidos.

SOLD. 3.° ¿Qué dices?

SOLD. 1.° ¿Pues no lo sabíais?

SOLD. 2.° ¡Si todo está tranquilo! Ved. Las damas acude
baile de palacio; asiste toda la oficialidad. ¡Si se temiera algo

SOLD. 1.° Asisten porque han de aparentar que nada se te
El rey celebra la proclamación del protectorado de Silandia y
salida del ejército aliado.

SOLD. 2.° Y todos debemos celebrarla. Cuando esperába
una guerra que no sabemos cuándo hubiera terminado...

SOLD. 3.° La diplomacia lo ha arreglado todo, según di
pero nadie cree que esto dure.

SOLD. 2.° Nuestra Silandia ha triunfado una vez más.

SOLD. 3.° ¡Silandia por siempre!

SOLD. 1.° Ha triunfado. Pero no del todo, como quisiéran
El protectorado no es nada.

SOLD. 2.° Es el principio. Pronto será la posesión.

SOLD. 1.° Franconia no desiste. Es nuestra eterna enemi
está pendiente de nosotros y toda Europa con ella. Al m
pretexto volverán a intervenir.

SOLD. 2.º ¡Lo veremos! Ya habéis visto cómo han tenido que ›andonar el campo. El rey es amigo de Silandia.

SOLD. 1.º En apariencia. A Franconia debe ser rey, y cual- iera fía en esta gente.

SOLD. 2.º Los grandes son esclavos del rey. Y esos se mueren hambre y la peste los diezma. Además, son cobardes.

SOLD. 1.º Son astutos y falsos y vengativos.

SOLD. 2.º Uno solo de nuestros cañones basta para barrerlos todos. Y a todo el Nirván, si intentara levantarse contra nos- ros.

SOLD. 1.º ¡Sí, sí; eso creéis! Hubiera preferido combatir con- a el ejército aliado. *(Entran más soldados.)*

UNOS. ¿Qué esperáis? ¡Al cuartel pronto! ¿No habéis oído el ındo?

OTROS. ¡Sí, sí! ¡Ya vamos!... ¡Vamos todos! *(Salen los ldados.)*

NIRV. 1.º *(Incorporándose perezosamente.)* ¡Malditos sean!

NIRV. 2.º ¡Que nuestros mares y nuestros ríos se desborden ıra anegarlos!

NIRV. 3.º ¡Que la tierra les falte!

NIRV. 2.º ¡Que el fuego del cielo y de la tierra los confunda!

NIRV. 1.º ¡Malditos sean los hombres blancos! ¡Los tigres ojos azules, color de maldición!

NIRV. 2.º ¡Llegará el día!

NIRV 3.º ¡No estará lejos! *(Vuelven a tenderse.)*

ESCLAVOS. *(Que pasan conduciendo un palanquín.)* ¡Paso, so!

NIRV. 1.º Sus mujeres van al palacio de nuestro rey.

NIRV. 2.º El rey celebra fiestas en su honor, mancillándose al ntacto del extranjero.

NIRV. 3.º ¡Insultan a nuestros dioses! ¡Los dioses castiga- n el insulto!

NIRV. 1.º ¡Nadie se burló de los dioses sin ser castigado! *'asan varios oficiales.)*

NIRV. 2.º ¡Son los vencedores! ¡Ay de nuestra tierra y de ıestras mujeres y de nuestros hijos!

NIRV. 1.º ¡Nuestra tierra está maldita, estéril; como debie- n serlo nuestras mujeres mientras el extranjero insulte a nues- ›s dioses! *(Entra Dhulip.)*

DHULIP. ¡Nosotros lo quisimos! ¿Por qué encendisteis la erra entre hermanos? ¿Por qué dejasteis que Dani-Sar, dé- amigo de los hombres blancos, venciera a su hermano, a ıni-Sar el hijo de los dioses, el tigre del Nirván? El extranje- intervino en nuestras discordias y vencieron los que no de- ›ron vencer.

NIRV. 1.º Es verdad, es verdad. Es nuestro castigo.

DHULIP. Dani-Sar nos venderá al extranjero. Es su amigo su aliado. Ellos reinan por él. El príncipe Duraní, nuestra esperanza, semejante en todo a su hermano mayor, ha sido entregad a los extranjeros y hoy nos le devuelven impuro: extranjero e el traje, extranjero en el habla, extranjero en su corazón. El prín cipe Duraní; el sol de nuestra esperanza.

NIRV. 1.º No hay esperanza para nosotros.

DHULIP. ¡Siempre hay esperanza en los dioses! ¿No miras teis al cielo este anochecer? Vosotros nada visteis; los sacerdote del rey tampoco vieron nada. Pero yo, Dhulip, el sacerdote de lo parias, paria como vosotros, sí lo he visto. En el cielo ha brillad esta noche el Dragón de fuego.

NIRV. 1.º ¡El Dragón de fuego!

DHULIP. ¡Los dioses están con nosotros! El Dragón de fu go, signo de destrucción de nuestros enemigos. Es la señal; pod mos atrevernos a todo; a exterminar al extranjero.

TODOS. ¡Sí, sí!

DHULIP. El Nirván es tierra sagrada.

TODOS. ¡Sí, sí!

DHULIP. ¡Muerte a los hombres blancos de ojos azules!

TODOS. ¡La muerte!

DHULIP. ¡Por nuestros dioses en el cielo! ¡En la tierra, p nuestros padres y por nuestros hijos; por cuantos murieron por cuantos han de nacer!

NIRV. 1.º ¡Muerte al extranjero!

NIRV. 2.º ¡Silencio! ¡Silencio! *(Pasan oficiales.)*

NIRV. 1.º ¡Ni siquiera nos miraron!

NIRV. 2.º Nos desprecian y nada temen.

DHULIP. ¡Que duerman confiados! Ellos no verán brillar Dragón de fuego. El rey Dani-Sar no lo verá tampoco. ¡Só brillará para los creyentes!

NIRV. 1.º ¡Como nosotros!

DHULIP. Invocad el fuego sagrado. Encended antorchas vuestras viviendas y hogueras en vuestros campos. Es la señ Los dioses están con nosotros.

NIRV. 1.º Sí, sí. Celebraremos la adoración del fuego.

NIRV. 2.º ¡El fuego que ha de purificarnos!

NIRV. 1.º ¡El fuego que ha de destruir a nuestros enemigo

(Salen todos menos Dhulip. Entra Nagpur.)

NAGPUR. ¡Dhulip!

DHULIP. ¿Quién eres?

NAGPUR. ¿No me conoces?

DHULIP. Sí; eres Nagpur, sacerdote del rey. ¿No temes co taminarte al contacto del sacerdote de los parias?

NAGPUR. En otro tiempo, sí. Hoy debemos olvidar los p ceptos de los dioses. Cielo y tierra están trastornados. ¡Dhuli

Hablabas a los tuyos contra el extranjero y estás vendido a Silandia.

DHULIP. ¿Qué dices?

NAGPUR. Estás vendido para levantar en rebelión a esos miserables. Silandia desea que el Nirván pretenda rebelarse contra ella, para tener pretexto de apoderarse de él por completo y para siempre.

DHULIP. Es falso.

NAGPUR. No lo niegues, es inútil. Soy tu amigo y tu aliado. ¿Conoces la señal? Yo, como tú, he visto brillar el Dragón de fuego. El rey Dani-Sar será el primer rebelde contra Silandia. Silandia proclamará al príncipe Duraní, dócil hechura suya; imagen de rey, sin poder alguno, sólo en el nombre, para evitar la intervención de nuevo. A tu cargo corre sublevar a esas turbas hambrientas y fanáticas. ¡Bien empezaste! Mañana volveremos a vernos. Soy tu amigo, sacerdote de los parias; tu amigo y tu aliado.

DHULIP. ¡Tu amigo y tu aliado, sacerdote del rey! Mira. La adoración del fuego comienza. Por cada llama un creyente y un soldado.

NAGPUR. Pocos bastan. Poco fuego y poca sangre. Silandia no quiere ser cruel. *(Sale. Entran los nirvandeses con antorchas y cazoletas con luces de colores.)*

TODOS. ¡Dios del fuego! ¡Dios del fuego!

DHULIP. ¡Invocadle! ¡Adoradle! ¡Eres el Sol, eres la Luz, eres el Rayo! ¡Eres el Odio y el Amor; la Vida y la Muerte!

TODOS. ¡Dios del fuego! ¡Dios del fuego!

DHULIP. ¡Adoradle, adoradle!

CUADRO SEGUNDO

Gran salón en el Palacio Real.

ESCENA I

MAD. MORIS, MR. MORIS, MR. COTTON y el PASTOR EVANGÉLICO.

Se oye a lo lejos una banda militar. La Guardia Real nirvanesa y los soldados de Silandia, en traje de gala, dan guardia de honor. Esclavos nirvaneses circulan, ofreciendo confituras y refrescos. Invitados europeos y dignatarios nirvaneses pasean o conversan sentados.

MORIS. Hoy podemos considerarnos como en nuestra Silandia.

COTTON. La diplomacia nos ha salvado por esta vez.

MAD. MORIS. Enviando a tiempo una poderosa escuadra y un poderoso ejército.

COTTON. Sí, la fuerza. Es verdad. En último caso hubiera sido nuestra razón contra el mundo entero. Pero en esta ocasión, reconozcamos que mucho se nos debe a nosotros; a los que, antes que con las armas, supimos hacer nuestra, mejor dicho, de nuestra Silandia, esta hermosa región digna de ser civilizada por nosotros. Nuestro comercio, nuestras factorías, las mil empresas en que hemos logrado interesar a los grandes capitales de Europa han pesado más en esta ocasión que los acorazados y los ejércitos de todas las potencias aliadas.

PASTOR. ¿Olvidáis el auxilio de la Providencia, que está con nosotros? Porque no somos al conquistar, el fuego que abrasa sino la luz que ilumina. Tenedlo presente: sólo por el espíritu se triunfa. Nada será nuestro mientras nuestro espíritu no esté en todo. Es preciso evangelizar a estas gentes para merecer el favor divino.

MORIS. ¿Quién lo duda? Evangelizar en interés de todos.

COTTON. Nunca por medios violentos, que pudieran comprometer nuestra obra. Ante todo es preciso fomentar los intereses materiales, civilizar. Una vez civilizados, aceptarán nuestras creencias sin esfuerzo, como un producto más que se les ofrece en buenas condiciones.

PASTOR. Os expresáis en lenguaje demasiado mundano; pero tenéis razón en el fondo.

COTTON. Por fortuna, nuestros pastores son buenos patriotas y saben lo que conviene a los intereses de Silandia.

PASTOR. Los intereses de Silandia son los intereses de la religión.

MORIS. Lo importante es que el elemento militar no quiera imponer su influencia, como es de temer.

COTTON. ¡Creen que sin ellos no es posible colonizar!

MORIS. Todo lo supeditan a sus intereses.

COTTON. Y hay que hacerles entender que ellos sólo representan la fuerza, y la fuerza es sólo un medio para fines más altos. La guerra es transitorio. Un medio de conseguir la paz.

MORIS. Y la paz somos nosotros: el comercio, los intereses, la civilización.

PASTOR. El espíritu.

COTTON. Eso es. El espíritu. *(Bajo a Mr. Moris.)* ¿No teméis que los pastores nos comprometan por exceso de celo?

MORIS. No lo temáis. Todos ellos son accionistas de nuestra Compañía. Están en su papel, y hay que aceptarlo sin alarmarse.

MAD. MORIS. Reina el mejor tono en la fiesta. Más que el palacio de un rey algo salvaje, lo diremos bajito, parece que nos hallamos en una corte europea.

MORIS. Hoy los invitados son ellos; los señores nosotros.

COTTON. El rey Dani-Sar admira y acepta la superioridad de nuestra civilización. La luz eléctrica, el teléfono, el fonógrafo están admitidos en su palacio. Hasta la música de Wagner.

MAD. MORIS. Que según mis noticias está desterrada de algunos países europeos.

PASTOR. El general duque de Ford llega.

MORIS. Es un hombre impenetrable; nunca se sabe cómo hablar con él.

COTTON. Demasiado militar.

PASTOR. Le falta el espíritu.

MORIS. Se opone a la explotación de las minas por nuestra Compañía.

COTTON. Y su fortuna personal es considerable. Será difícil convencerle.

PASTOR. Por el interés material, seguramente no. Pero por el interés patriótico, espiritual, ¡quién sabe!

ESCENA II

DICHOS, el GENERAL DUQUE DE FORD, MAD. ESTEVENS, MAD. FRANCIS, el CORONEL ESTEVENS y el CAPITÁN FRANCIS.

GEN. ¡Señores!...

MORIS. ¡General!

GEN. Permitid. Un abrazo que debe unirnos hoy a todos los que hemos compartido en los días pasados zozobras y peligros, con el pensamiento puesto en nuestra Silandia. Hoy es la paz, el triunfo, si no tan completo como deseábamos, suficiente para nuestras esperanzas.

MORIS. Si en los días de prueba nos habéis tenido de vuestra parte, dispuestos a todos los sacrificios, mejor podéis contar con nosotros para la obra de paz y de civilización que desde ahora hemos de emprender.

GEN. Sabrá nuestro rey, sabrá Silandia entera con orgullo, cómo se ha portado el elemento civil en estas críticas circunstancias. Por mi parte, os debo a todos eterna gratitud. Permitid que salude a vuestra esposa; es la primera vez que tengo el placer de verla, después de tantas inquietudes.

MAD. MORIS. ¡General! Os felicito con todo mi corazón.

GEN. Habréis pasado días horribles...

MAD. MORIS. Todo era de temer. Más que de estas gentes, que en medio de su ignorancia y de su fanatismo saben estimar a los que ningún mal les hicimos, de las tropas aliadas, unidas por el deseo de humillar a Silandia, más que de pacificar el Nirván.

GEN. Así era, en efecto. Vuestra casa ¿ha padecido algún estrago?

MAD. MORIS. Ninguno, señor. Nuestros criados son un m
delo de lealtad y no han cometido el menor exceso, como en otr
partes. Al contrario, fueron los primeros en defendernos cont
unos soldados de Franconia que una noche intentaron asalt
nuestra casa. Ya sabéis. Las tropas de Franconia han sido la ve
güenza de Europa en esta ocasión.

GEN. En Franconia aseguran que lo han sido las nuestras.

COR. Y en Suavia que lo han sido todas menos las suyas.

FRANCIS. Si no hubiéramos dado ejemplo... Nosotros imp
dimos que se entregaran al pillaje en el Palacio Real.

COR. Que destruyeran los templos.

FRANCIS. Que asesinaran a mujeres y niños.

GEN. Europa sabrá la verdad, aunque nuestros enemigos qu
ran falsearla.

MAD. MORIS. General... ¿Me hacéis el favor de presentarn
a estas señoras? Compatriotas y tan lejos de nuestra patria,
una falta imperdonable que no seamos amigas.

GEN. Cierto... Mad. Estevens... Mad. Francis... Permitidn
que os presente... Mad. Moris, esposa del digno director de
Real Compañía de Comercio y Navegación... Mad. Esteve
Mad. Francis, esposas del coronel y del capitán a quien ya co
céis, dignas compañeras de soldados tan valerosos que no h
vacilado en seguirlos.

MAD. MORIS. ¡Es admirable!

MAD. EST. También acompañáis a vuestro marido, tamb
os habéis sacrificado.

MORIS. Mi mujer ha nacido aquí. Aquí nos conocimos y a
nos casamos. Soy yo el sacrificado. Yo deseo volver a Silan
apenas los asuntos de la Compañía me lo permitan, y ella
consiente de ningún modo.

MAD. MORIS. ¿No comprendéis mi cariño a esta tierra?

MAD. FRAN. Es un país delicioso.

MAD. EST. No comparto vuestra admiración. A mí me par
horrible. ¡Estas gentes salvajes; tanta suciedad, tanta ignoranc

COR. Mi mujer sólo conoce los salones y los teatros de nu
tra capital. Sólo ha paseado en coche por sus calles más prin
pales y nunca por los barrios extremos.

COTTON. La miseria y la ignorancia de nuestras gran
capitales es algo peor.

PASTOR. Aquí no me han apedreado todavía; no puedo d
lo mismo de mis expediciones a los suburbios de nuestra
trópoli.

GEN. Entonces ¿por qué no continuasteis allí vuestra obra
evangelización? Hubiera sido más meritoria, si os ofrecía un m
tirio glorioso.

PASTOR. General... Allí son muchos los que atienden al ser-
icio de Dios; aquí son pocos.
GEN. Y mejor retribuídos.
PASTOR. Tengo tres hijas casaderas, general.
GEN. ¿Las tenéis aquí?
PASTOR. No quise exponerlas a los riesgos del viaje. Si den-
o de un año no se han casado allí las haré venir con su madre.
GEN. ¿No tenéis aquí a vuestra esposa? Daréis lugar a mur-
iuraciones.
PASTOR. General, podéis visitar mi humilde vivienda. No
eréis más criadas que dos negras horribles. He enviado los re-
átos a mi esposa y me ha contestado que está tranquila. Sé
uánto debo a los intereses que represento.
GEN. Ya lo sé, mi querido pastor. Perdonad mis bromas.
MAD. MORIS. Ahora que ya podremos normalizar nuestra
ida, ¿tendré el gusto de que me acompañéis a tomar el té de las
inco algún jueves? Es mi día.
MAD. EST. ¿Los jueves? ¡Qué lástima! Es nuestro día de
wn tennis. Pero el general proyecta la fundación de un Gran
asino, al que asistiremos las señoras, y que ha de ser un agra-
able punto de reunión para la colonia.
MAD. FRAN. Debemos contribuir por todos los medios a la
eunión de los compatriotas.
MAD. EST. Cuanto estreche nuestras relaciones es importan-
e para la obra de todos.
MORIS. ¡Silandia por siempre!
TODOS. ¡Viva Silandia!
GEN. ¡Viva el Nirván, señores! No despertemos recelos entre
is naturales.
MAD. EST. ¡Es encantadora Mad. Moris! Creo que hemos
e ser muy amigas.
MAD. FRAN. Sí. Pero habrá que informarse escrupulosamen-
e. No conviene intimar con gente desconocida, y menos si perte-
ece al elemento civil.
MAD. MORIS. Son muy amables estas señoras. Siento no
aberlas conocido antes.
MORIS. Sí. Pero no conviene mucha intimidad con ellas. Es-
osas de militares, se creen superiores a nosotros... Acaso más
delante haya que ponerse enfrente... Mejor es vivir distanciados
esde luego.
COTTON. La cuestión de las minas ha de complicarse... El
eneral opina que deben continuar en poder del rey Dani-Sar...
Una riqueza perdida en sus manos!
MORIS. Cree que la explotación de las minas por nuestra Com-
añía sería el pretexto de una conflagración europea.

COTTON. Si le hiciéramos caso... Pero sabiendo llevar las negociaciones...

MORIS. Con el rey Dani-Sar son imposibles... Franconia la sostiene.

COTTON. ¿Y no hay más rey posible que Dani-Sar? Su hermano el príncipe Duraní...

MORIS. El general no nos pierde de vista... ¿No dije? Ya se acerca.

GEN. Señores... Puedo mandar y suplico. En nombre de nuestra patria, reprimid vuestras impaciencias. Europa está fija en nosotros... Creed que nuestras esperanzas y nuestros deseos son unos, y no tardarán en verse realizados; pero es preciso que marchemos unidos y que no comprometáis la realización de nuestro triunfo por querer anticiparlo. Confiad en mi patriotismo. ¿Estamos de acuerdo?

MORIS. Siempre, general.

COTTON. En todo.

GEN. Ved... El príncipe Duraní vestido a la europea. Regresa de Silandia, y su corazón es nuestro. Pensáis como yo, ¿no es así? Sepamos esperar. Los débiles son los impacientes.

ESCENA III

DICHOS, el PRÍNCIPE DURANÍ y el CAPITÁN LAKE.

GEN. Alteza... Hermosa fiesta, ¿no es verdad? En nuestra corte habéis asistido a muchas parecidas; pero en ésta será mayor vuestra alegría al hallaros de nuevo en vuestra patria y entre los vuestros.

PRÍN. En la corte de Silandia no pude considerarme nunca como extranjero. Sus reyes y sus príncipes me trataron siempre como a un hijo, como a un hermano. El capitán Lake, que allí me acompañó y de quien nunca quisiera separarme, os dirá cuánta fué mi tristeza al dejar vuestra hermosa tierra y a vuestros amados príncipes.

LAKE. Es cierto. Y no fué menor su pena tampoco. ¡Coronel!... Os ruego que me presentéis a vuestra esposa. Y a la vuestra también, amigo mío.

COR. Con mucho gusto. Nuestro buen amigo el capitán Lake, que llega de Silandia a las órdenes del príncipe Duraní.

MAD. EST. Caballero...

MAD. FRAN. ¿Habéis venido por vuestro gusto?

LAKE. Completamente. Soy militar por verdadera vocación, por espíritu bélico, y en Silandia, sin salir nunca de la capital desde que terminé mis estudios, la carrera que yo emprendí muy ilusionado sólo me ofrecía la sujeción de la disciplina en la m

notonía insoportable de una existencia ordenada, sin los encantos del peligro, de las aventuras. Por fortuna, a la llegada del príncipe Duraní me destinaron como uno de sus ayudantes; simpatizó conmigo de un modo extraordinario, y él mismo pidió a Su Majestad que me permitiera venir con él.

COR. ¿No ha contribuído a vuestra determinación algún desengaño amoroso? El capitán es tan enamorado como buen militar.

FRANCIS. El amor es lo más parecido a la guerra.

LAKE. Y una guerra en que es indiferente vencer o ser vencido, porque siempre se gana.

MAD. EST. ¿Es verdad lo que nos dicen, capitán?

LAKE. Os aseguro que mi reputación en ese punto es inmerecida. Una sola aventura ruidosa, por tratarse de cierta persona...

MAD. FRAN. ¡Ah! ¡Ya recuerdo! Sois el capitán Lake..., del que, según dijeron, estuvo tan enamorada la...

COR. No hay para qué nombrarla.

MAD. FRAN. *(Bajo a Mad. Estevens.)* ¿No os acordáis? Es el capitán Lake, el que...

MAD. EST. El que... Sí, es muy simpático.

MAD. FRAN. Ya os acordáis de lo que hablaron los periódicos. Todas las *Ilustraciones* trajeron su retrato.

MAD. EST. Y no lo desterraron desde el primer momento, porque pertenece a una de las familias más ilustres.

MAD. FRAN. Pero, sin duda, por eso le han enviado aquí a la primera ocasión. ¡Es muy interesante! Hay que hacer que nos cuente toda la historia.

MAD. EST. Seguramente la princesa sería la primera en declararse. ¡Tratándose de una persona tan elevada, un hombre no es capaz de atreverse el primero!... Quisiera saber cómo se atrevió ella.

MAD. FRAN. Nos lo contará todo.

PRÍN. *(Al General.)* Tenéis razón, es triste. En Silandia, y a pesar de los halagos de todos, me acordaba con pena de mi patria y de los míos. Por el recuerdo y la distancia todo me parecía más hermoso. Pero al volver, ¡qué triste todo y qué miserable! No es posible vivir así más tiempo.

GEN. No es posible, Alteza. El Nirván, tierra de promisión, bendecida por Dios, por los dioses, no puede vivir por más tiempo apartada de nuestra civilización.

PRÍN. Sin duda.

GEN. Vuestra tierra es hermosa como debió serlo el mundo recién creado. La naturaleza es en ella como sonrisa de niño. Pero, como niño, necesita cuidados y protección. Silandia será madre solícita, y como madre llega. Somos los elegidos; pero no

queremos serlo ni por la casualidad, ni por la violencia, sino p
vuestro amor.

PRÍN. Todos debieran amaros como yo os amo. Silandia
grande, poderosa; sus hombres son como dioses: más que h
manos son los prodigios que en ella admiré. Aun creo que he s
ñado. Es hermosa Silandia, muy hermosa.

GEN. Y allí el cielo y la tierra son inclementes para el ho
bre. Pensad lo que puede ser el Nirván, donde la tierra es fér
sin trabajo, donde el cielo es claridad y alegría, donde las min
no están sepultadas, sino a la luz del sol, entre arenas de o
que son oro y diamantes.

PRÍN. Si los dioses nos permiten soñar con un mundo mej
y hay poder en nosotros para realizar nuestro sueño, ¿por q
hemos de esperar de los dioses mayores prodigios que el hab
permitido que nosotros seamos como ellos, creadores y fuerte
Yo sueño para mi patria lo que sueño me pareció al llegar a
vuestra. Como yo he despertado, despertará el Nirván, o nun
hubiera yo nacido.

GEN. Así quiero oíros, mi querido Príncipe. Por algo os e
vié a Silandia contra la voluntad de todos.

PRÍN. Sí, de todos, que ahora me consideran impuro, co
taminado por el extranjero, indigno de reinar si llegara el cas
Al volver no escuché una sola palabra de bienvenida. En las m
radas de todos, desprecios, amenazas. En los que mejor me qu
sieron en otro tiempo, tristeza acusadora. Yo, que desde el d
en que nací no pasé una vez entre los míos sin oír bendicion
a mi nombre, deseos a la esperanza de una vida gloriosa, canta
que predecían felicidad... A mi paso caían deshojadas todas l
flores de los jardines; los sacerdotes se postraban como ante s
dioses; las bayaderas de sus templos tejían a mi alrededor l
danzas sagradas de los misterios; las vírgenes enrojecían amor
sas como ante el prometido; las madres alzaban en brazos a s
hijos y les enseñaban a pronunciar mi nombre, y los soldados n
ofrecían las armas entre gritos de triunfo y saludaban en mí
caudillo esperado, que había de llevarles siempre a guerras vict
riosas... Mi corazón es fuerte; nadie me vió llorar, y ahora
llorado... Nadie me ama en mi patria; el Nirván me maldice.

GEN. El Nirván os ama; por temor oculta su afecto. Si ll
gara el día de probarlo...

PRÍN. ¿La guerra otra vez entre hermanos? No, gener
Por mí, nunca.

GEN. Por vuestra patria, por su felicidad, por su gloria.

PRÍN. No quisiera que necesitara de mí... Amo a mi herma
y me ama. Es el único que volvió a verme con alegría, el úni
que se interesa por cuanto vi en mi viaje, que no se burla de r

cuando hablo de la grandeza de Silandia. Creedlo: Dani-Sar no se opondría a vuestra obra.

GEN. El no, Franconia. Le sentó en el trono como condición precisa para no declararnos la guerra; le obligó a unirse sin amor a la hija de Jhansi, el fanático feroz y ambicioso que sublevó al Nirván contra vuestro hermano mayor, por odio a los extranjeros. ¿Qué podemos esperar de vuestro hermano aunque él quisiera? Cuantos le rodean nos odian. No tardarán en probarnos su odio.

PRÍN. No lo creo; lo habéis dicho. Dani-Sar se unió sin amor a la hija de Jhansi. Su influencia no pesa nada en el corazón de mi hermano; ni siquiera le ha dado un hijo. Y ya se asegura que, según lo prescrito, el rey debe tomar una segunda esposa.

GEN. Antes sería capaz el viejo Jhansi de sublevar el Nirván entero contra Dani-Sar y de daros a todos muerte. Estad prevenidos. Yo lo estoy por mi parte, y siempre me tendréis a vuestro lado.

PRÍN. Gracias general. Pero quieran los dioses que no vuelva la guerra; que yo no tenga que luchar contra mi hermano, como él luchó contra el nuestro. Todas las aguas del río sagrado no bastan a lavar las manos manchadas con sangre de un hermano. Yo no ambiciono el trono; no envidio a Dani-Sar. Quiero la gloria y la felicidad de mi patria sobre todo; pero tanto la gloria y felicidad de mi hermano. Le quiero con todo mi corazón, y con todo su corazón me quiere, estoy seguro. *(Música.)*

GEN. ¡Los Reyes!

PRÍN. Es la señal de que termina la fiesta. ¡Capitán!

LAKE. ¡Perdonad!... ¡Alteza!

PRÍN. Hemos sacado pocas fotografías. Ya veréis, general. Soy un admirable fotógrafo. Aprendí en Silandia. Veréis los retratos de vuestros soberanos, hechos por mí. Fueron tan amables... Vuestro príncipe heredero también es muy aficionado a la fotografía. ¡Tiene una colección!... Hay mujeres muy hermosas en vuestra tierra.

GEN. Seguramente habréis simpatizado mucho con Su Alteza.

PRÍN. Mucho. Me presentó a la famosa Diana de Lis, una bailarina encantadora. Se reía mucho oyéndome contar que aquí las bailarinas tienen carácter sacerdotal.

GEN. ¿De modo que os han encantado nuestras mujeres?

PRÍN. Son hermosas; pero mi corazón es sólo de una, mi único amor, el amor de toda mi vida; la que será mi esposa muy pronto, si mi hermano consiente.

GEN. ¿Y es...?

PRÍN. La hermosa Sita. Vive en palacio, y en él se ha criado con mi madre y con mis hermanas. Desde niños nos amamos.

GEN. ¿Y no os olvidó en vuestra ausencia?

PRÍN. Su corazón es mío.

GEN. ¿Y decíais que nadie os amaba en el Nirván?

PRÍN. Sí, ella y mi hermano, los dos. Porque su amor grande y verdadero, y así el amor está sobre todo: sobre patria, sobre la religión, sobre la voluntad de los hombres y poder de los dioses.

GEN. Me asusta oíros tan apasionado. Yo pensé que o sentimiento más grande que el amor llenaba vuestra alma.

PRÍN. ¿Más que el amor? No existe.

GEN. La ambición, la gloria.

PRÍN. Nada. Cuando el corazón ama, todo otro sentimien se pierde por insignificante en la inmensidad del amor, como la inmensidad del mar se perderían, si en él se arrojaran, tod los tesoros del mundo.

SOLD. ¡Paso! ¡Paso!

LAKE. Los Reyes se despiden.

ESCENA IV

DICHOS, DANI-SAR, MAMNI, SITA, KORA, NADÍ, JHANSI y NAGPU

Los nirvaneses se prosternan, los europeos saludan con una i clinación.

DANI. Hemos gozado unas horas felices después de mucho días de tristeza. ¡Gloria al dios de los dioses! ¡Gloria a la S landia, que ha devuelto la paz a mi reino y la alegría a nuestr corazón!

GEN. ¡Gloria al rey Dani-Sar y a los suyos! Gloria al Nir ván!

DANI. ¡Y ahora la tristeza de separarnos! No hay alegría si pena en el mundo. Una hora de alegría es algo que robamos a dolor y a la muerte, y el cielo nos recuerda pronto nuestro desti no. ¡Felicidad a todos!... General, os veré muy pronto... ¡Amigo del Nirván y amigos de su rey, felicidad a todos!

GEN. ¡Viva el rey Dani-Sar!

TODOS. ¡Viva!

DANI. ¡Viva Silandia!

TODOS. ¡Viva! *(Salen los invitados.)*

ESCENA V

DANI-SAR, MAMNI, SITA, KORA, NADÍ, el PRÍNCIPE DURANÍ, JHANSI, NAGPUR.

MAMNI. ¡Viva Silandia! ¡Y eres tú quien lo dice! Harto es oírlo de su boca, soportar su presencia y su contacto, respirar el aire que ellos respiran...

DANI. ¡Silencio!

MAMNI. ¡Silencio! ¡Como esclavos, esclavos todos! No te ames rey. El último paria de tu reino es menos esclavo que tú... adie le obliga a mostrar amor al extranjero, a desearle gloria y licidad como a un hermano, a pronunciar ¡viva Silandia! Su dio calla, pero no miente. Es más rey en su corazón que tú en el irván.

DANI. ¡Silencio, Mamni! ¡Dios lo ha querido!

NAGPUR. No insultes a los dioses. Están contigo y con nostros. Tu brazo es fuerte, tu voluntad suprema. ¿Es que necesitas ambién que los dioses combatan a tu lado? Bastante es protegeros con sus favores. El Dragón de fuego ha brillado esta noche.

DANI. Conozco tus prodigios.

NAGPUR. Tu corazón es del extranjero.

JHANSI. Les entregó lo mejor de su corazón: su mismo hermano. Más piadoso fuiste al dar muerte al primero.

DANI. ¡Calla! ¡Callad todos! ¿Quién llamó al extranjero? ¿Quién dió muerte a mi hermano? Vosotros, porque le juzgasteis como ahora a mí, vendido al extranjero. ¡Y era tu ambición, Jhansi, que no consiguió el amor de mi hermano para tu hija y el trono para ella con su amor! ¡Y era tu codicia, Nagpur, que veías alejarse a los mejores de tus templos y burlarse de sus misterios! Era que el Nirván despertaba y temías su despertar..., y dijisteis: son los extranjeros... ¡Extranjeros! Para mí, no. Menos extranjeros que vosotros; porque traen fuerza y vida, y yo quiero vivir. ¿Qué era el Nirván antes de que llegaran? Vosotros, dueños de todo, más poderosos que el rey, y los demás, muertos y sombras, consumidos por la peste y por el hambre. La fuerza, para contener a los rebeldes; la mentira, para consolar a los cobardes. Yo no quiero reinar por la fuerza ni por el engaño, sino por el amor y la justicia. Y antes que a vosotros entregaré el Nirván al extranjero.

NAGPUR. ¡No le escuchéis!

JHANSI. Recuerda cómo murió tu hermano.

PRÍN. ¡Hermano mío, no temas! Silandia nos protege. ¡No es extranjero quien nos ama!

MAMNI. ¿Lo oyes, padre mío? No es mi esposo; mi vida no puede ser suya. Bien hicieron los dioses en no darme hijos que él hubiera entregado al extranjero. ¡Nunca madre de esclavos como él! ¡Antes, yo misma esclava! Dani-Sar, no tardes en elegir nueva esposa, es ley y es mi deseo.

JHANSI. ¡Mamni!

MAMNI. ¿Qué me importa? Yo le hubiera adorado como a un dios si no tuviera alma de esclavo. Yo le hubiera seguido al combate y mi corazón hubiera sido su escudo. Si era la muerte su destino, el golpe que había de matarle primero me diera a mí muerte. Si con mi muerte podría evitarlo, él viviría.

ESCENA VI

DICHOS y DAULÁ.

DAULÁ. Dani-Sar...

DANI. Habla.

DAULÁ. Un tropel de miserables, conducido por uno de su sacerdotes, celebra la adoración del fuego.

DANI. ¿Por qué en este día?

DAULÁ. Aseguran que ha brillado el Dragón al anochecer *(Rumores.)*

DANI. ¡Silencio!

DAULÁ. Recorren las calles y los templos, prendiendo luces fogatas, y van gritando: ¡Muera Silandia!

DANI. ¡Miserables!... ¿Son muchos?

DAULÁ. Crece el número por momentos. Esperan la salida de sol, porque esperan ver brillar de nuevo el Dragón de fuego.

DANI. No lo verán..., ni la luz del sol tampoco. ¿Bastarán cien soldados?

DAULÁ. Bastará con su presencia para dispersarlos.

JHANSI. ¿Tus soldados? Mejor las tropas de Silandia... ¿No deben protegerte? ¿No deben salvarnos a todos?

DANI. Las tropas de Silandia no intervendrán hasta el último extremo.

JHANSI. ¿Para que recaiga el odio sobre ti? ¡Insensato Dani-Sar, eras su juguete!

DANI. Pero no seré el vuestro. ¡Duraní, Daulá, seguidme! *(Salen Dani-Sar, Duraní y Daulá.)*

ESCENA VII

MAMNI, SITA, KORA, NADÍ, JHANSI y NAGPUR.

JHANSI. Ya lo ves, para nada cuenta conmigo. ¡Para esto combatí a su lado faltando a mis juramentos! ¡Para esto sacrifiqué el corazón de mi hija adorada y se la entregué por esposa como ofrenda de paz entre las dos facciones que destrozaban su reino! Mi hija en el trono, yo a su lado, aseguraba a los creyentes que nuestros dioses y nuestras leyes serían siempre respetados; que el extranjero no dominaría nunca en el Nirván. ¡Ya lo veis, ya lo ves!... Nuestro Rey es el primero en vendernos; es su enemigo el que grita ¡Muera Silandia!, y envía sus soldados contra los creyentes y los leales.

NAGPUR. Los soldados de su guardia no le obedecerán por esta vez.

JHANSI. Son tropas instruídas por oficiales de Silandia. Hay en ellas nirvaneses y musulmanes; gente perdida, sin patria y sin fe.

NAGPUR. ¡No importa! Se resistirán a obedecerle. Las nuevas armas que les han entregado los oficiales de Silandia no son de su agrado. Entre esa gente despreciable hay algunos creyentes. Las armas necesitan, para su cuidado, ser muy bien engrasadas. Las tropas de Silandia se sirven, sin reparo, de la grasa de vacas y carneros. Para los creyentes cuanto procede de un sér viviente es sagrado, y sólo en sacrificio a los dioses puede ser ofrecido. La guardia de Dani-Sar se negará a servirse de esas armas que ofenden a los dioses.

JHANSI. Aun hay creyentes, aun hay esperanza.

NAGPUR. Dani-Sar con su guardia nada podrá contra los rebeldes. Las tropas de Silandia tendrán que defenderle contra su mismo pueblo, y entonces, unidos los creyentes, podremos decirle: «Rey Dani-Sar, elige: rey del Nirván o esclavo del extranjero, con los tuyos o contra ellos.»

MAMNI. Silandia no le protegerá. Silandia le odia y le desprecia y le abandonará a su suerte. Su rey es el príncipe Duraní, que renegó de su religión y de su patria.

JHANSI. Duraní ama a su hermano, no combatirá contra él. Los dos se unirán con el extranjero para exterminar a los creyentes.

MAMNI. Unidos, no; se odiarán.

JHANSI. ¿Qué puede separarlos? Los dos aman al extranjero; los dos esperan de él la felicidad del Nirván.

MAMNI. Los dos aman a una mujer; los dos esperan de ella su felicidad. Te digo que han de odiarse hasta la muerte, o mi corazón es traidor como el suyo. Sita... ¿No eres mi hermana por el afecto? ¿No eres igual a mí en el palacio de Dani-Sar? ¿No fuí yo la primera en revelarte su amor y en decirte que en sueños le oí mil veces pronunciar tu nombre?

SITA. ¡Calla! Te dije que mi padre me llevaría lejos de aquí.

MAMNI. ¿Por qué? no temas. ¿No sabes que Dani-Sar debe elegir una segunda esposa, porque sus hijos han de heredar el trono?

SITA. No me atormentes... Sabes cuánto te amo... No tu hermana, tu esclava seré siempre; pero no digas que yo sola puedo ser la esposa de Dani-Sar.

MAMNI. ¿Porque amas al príncipe Duraní?

SITA. Con todo mi corazón.

MAMNI. ¿No sabes que la hija de un creyente no puede ser la esposa de quien abandonó su patria y ya es impuro y no podrá entrar en el paraíso de los dioses?

SITA. El príncipe Duraní expiará con larga penitencia su pecado y volverá a purificarse. ¡Ten compasión! No me pidas que deje de amarle; es lo único en que no sabré obedecerte.

MAMNI. Porque le amas obedecerás. Oyelo bien; si no con-

sientes en ser esposa de Dani-Sar; si al preguntarte si le am como él te ama. no respondes que es suyo por entero tu corazó si no niegas que amas al príncipe Duraní, la muerte para él para los tuyos.

SITA ¡Por piedad!

MAMNI. El príncipe Duraní está maldito, y cualquier creye te rescatará todas sus culpas ante los dioses sólo con darle muer

SITA. Eres cruel.

MAMNI. ¿Cruel y quiero salvarle?

SITA. ¡Yo no podré vivir sin su amor! Si él vive sin el m creeré que no me amó nunca.

MAMNI. ¡Padre, Nagpur! Decidle que los dioses y la pat exigen el sacrificio; que sólo a ese precio vivirá el príncipe D raní.

JHANSI. Sólo así respetaremos su vida los leales.

NAGPUR. Sólo así le perdonaremos los creyentes.

MAMNI. *(Bajo a Jhansi y a Nagpur.)* Sólo así se odiarán l hermanos.

SITA. ¡Mamni! Por el amor que nos unió siempre, no quier convertirlo en odio uniéndome a Dani-Sar. Reina tú sola en corazón; no destroces el mío.

MAMNI. ¿Qué me importa tu corazón ni el de Dani-Sa ¿Contó alguien con el mío al unirme a él? ¡Contaron, sí! Pe no para el amor, sino para el odio. Mi odio y el de todos los mí al extranjero. Mientras seamos esclavos, ¿quién habla de am entre nosotros? ¡El odio sólo, sólo el odio debe unirnos! El od que dé muerte al extranjero, no el amor que dé vida a hijos de e clavos.

ESCENA VIII

DICHOS, DANI-SAR y DURANÍ.

DANI. ¡Jhansi, Nagpur, pronto! Mi guardia se resiste a ob decerme. Arrojaron las armas. Y esa turba de insensatos grit ¡Muera Silandia! Reducidlos a la obediencia. Tú que fuiste caudillo; tú en nombre de los dioses.

JHANSI. Si no obedecen a su rey, ¿cómo nos obedecerán nosotros?

DANI. ¡Su rey! ¡Miserables! Lo conozco; es obra vuest todo esto. Otra vez queréis arrojarme a la guerra; no soy yo, s vosotros los que entregáis el Nirván al extranjero. ¡Pront Reducid a la obediencia a esos soldados, o las tropas de Siland acudirán a mí para castigarlos.

NAGPUR. ¿Tanto crees que es nuestro poder? ¿Podrá s mayor que el tuyo?

DANI. ¡Basta, Nagpur! Esa turba que espera la luz del sol no verá brillar al amanecer el Dragón de fuego, ¿entiendes?, no lo verá. Tú, sacerdote, intérprete de los prodigios celestiales, les dirás que cesaron los prodigios.

MAMNI. *(Bajo a Nagpur.)* ¡Obedece! ¡No es tiempo todavía!

NAGPUR. Obedezco, Dani-Sar. Una sola palabra mía bastará para reducir a esos creyentes. Pero asómate a la terraza más alta de tu palacio al amanecer, mira al cielo, y acaso porque no eres creyente no verás brillar el Dragón; pero mira a la tierra y verás las viviendas y los campos como abrasados por terrible incendio. ¡Por cada llama un creyente y un soldado! ¡Los que esperan en ti para libertar al Nirván del extranjero! ¡Ay de ti si no quieres ser el caudillo libertador! Ese fuego, que es la luz de nuestra esperanza, será el remedio de nuestra desesperación; y las llamas de su incendio subirán hasta la terraza más alta de tu palacio, tan cerca del cielo que no sepas entonces de quién es la venganza, si de los hombres o de los dioses. *(Salen Jhansi y Nagpur.)*

DANI. ¡Hermano, hermano, ven a mí! Dejadme todos; todos menos él. ¡Dejadnos!

MAMNI. *(A Sita.)* Ya lo ves. Dani-Sar ama al príncipe Duraní. ¡Si supiera que tú le amabas, su amor se convertiría en odio!

SITA. El corazón de Dani-Sar es noble, es generoso.

MAMNI. Te ama. Es el rey, y por serlo dió muerte a su otro hermano. *(Salen Mamni, Sita, Kora y Nadi.)*

ESCENA IX

DANI-SAR y DURANÍ.

DANI. ¡Hermano! ¡No te apartes de mí! ¡Junto a mi corazón! ¡Los dos uno solo! ¡Tengo miedo! ¡Tengo miedo!

PRÍN. ¿Miedo a qué?

DANI. A la maldad de los hombres. Quieren la guerra, el odio. ¡El odio siempre! ¡Enemigo! ¡Extranjero! ¿Por qué esos nombres? ¿Qué significan esas palabras? ¿Por qué han de odiarnos? ¡Porque su color es pálido, dorados sus cabellos y sus ojos azules! ¿Por qué han de mirar al Nirván como tierra enemiga? El cielo de su patria es negro; su tierra, estéril. Si aman la luz de nuestro cielo, más clara en nuestras noches que en sus días; si aman nuestra tierra, estéril para nosotros, por ellos fertilizada, ¿por qué no han de amarnos también si con amor los acogemos? ¿Qué era el Nirván antes de que ellos vinieran? ¡Quieren que los odie respondiendo a palabras que ningún sentimiento de odio despiertan en mi corazón! Y no a ellos solos; quieren que te odie a ti también. También te llaman extranjero, enemigo. Quieren ponernos frente a frente, que tus manos o las mías otra vez

viertan sangre de hermano. ¡Y no será! ¡No será! ¿Verdad no, Duraní? La maldad y el odio de los hombres no será fuerte que nuestro amor.

PRÍN. ¡No, hermano mío! ¡Yo nada ambiciono!

DANI. Y si ambicionaras ser rey, no tendrías que comb contra mí para serlo. No mis enemigos, yo mismo te sentaría el trono. ¡Habla con verdad, Duraní! Eres el preferido de Sil dia; yo inspiro recelos porque Franconia me ayudó a comb a nuestro hermano. A ti, Silandia te defendería siempre co los rebeldes; a mí nadie me seguiría. Para el Nirván soy de siado amigo de Silandia; para Silandia aun no lo soy basta

PRÍN. ¿Por qué hablas así? Mientras Silandia nos prot la paz está asegurada.

DANI. ¡No; tengo miedo! ¡Tengo miedo, hermano! Mi a los míos y miedo al extranjero. ¡Miedo a la muerte, sí! S a ti lo diría. Dani-Sar es cobarde. Pensar en la muerte me e quece. Cuando pienso parece que mi alma se llena de todas cosas que viven en el mundo; que el cielo, la luz, los cam los mares y muchas vidas, muchas, y todos los amores y to los deseos del mundo están en mí, y que yo soy toda la v y todo se estremece con espanto dentro de mí al pensar que t ha de morir si yo muero. La vida es muy hermosa.

PRÍN. Muy hermosa, ¿verdad?

DANI. Yo pudiera ser el último paria de mi reino; un lepr abandonado de todos, sin recuerdo y sin esperanza de goce al no, y aun quisiera vivir... Me bastaría con cerrar los ojos a miseria y soñar la hermosura de la vida... ¡Soñar! Ahora soy y no puedo dormir siquiera. El sueño es un peligro. ¡El odio amenaza, siempre el odio! ¡Cuando mi corazón sólo sabe ele a los dioses esta sola plegaria de amor infinito, la más herm de nuestra religión: «Dios de los dioses, evitad el dolor a cua existe.»

PRÍN. Hermano mío, vive tranquilo; duerme tranquilo; s ña felicidad mientras esté yo a tu lado. Mi corazón, como tuyo, sólo sabe amar. Todo el odio de la tierra, toda la mal de los hombres no podrá obscurecer con la sombra de un re nuestro cariño. Descansa sobre mi corazón; nadie será capaz separarnos.

DANI. ¡Nadie! ¡Ni el amor de una mujer! ¡Vas a saberlo! amaba a Sita, y porque tú la amabas callé siempre y arran su amor de mi corazón.

PRÍN. ¡Hermano!

DANI. ¡Será tuya! Y más que mi reino, tanto como la v te doy al entregarte su cariño. ¡Como amé a esa mujer no am nunca!

PRÍN. Me ofreciste tu reino y me pedías que hablara

verdad. Con toda la verdad de mi corazón te respondí que nada ambicicnaba. Ahora, con toda la verdad de mi corazón, no podría decirte lo mismo. Al amor de Sita no podría renunciar sin mentirte, y una mentira entre los dos ya sería el principio de una traición.

DANI. Nada te sacrifico. Verte feliz es hacer mayor mi felicidad. *(Llamando.)* ¡Daulá! *(Entra Daulá.)* Llama a la reina, a Sita, que vengan aquí al punto. *(Sale Daulá. Voces fuera.)*

PRÍN. *(Escuchando.)* ¡Espera! ¿No oyes?

DANI. Sí. Cuando llamo al amor ruge el odio más desesperado. Acudirán las tropas de Silandia, y otra vez la guerra.

PRÍN. ¿Oyes?... ¡Muera Silandia!... ¡Muerte al extranjero!... ¿Muerte?... ¡Oh, piden mi muerte!...

DANI. ¡Tu muerte cuando te doy mi vida!

ESCENA X

DICHOS, MAMNI y SITA.

MAMNI. ¿Nos llamaste?

DANI. Sí.

MAMNI. Oímos gritar muy cerca de palacio, al pie de la muralla. ¿Nos amenaza algún peligro?

DANI. De allá fuera no sé. Ya nada espero de mi guardia rebelde; vendrán soldados de Silandia.

MAMNI. ¡A defendernos contra los tuyos o quizás a considerarte como enemigo porque no sabes hacerte obedecer! Si no puedes ser rey del Nirván, menos podrás serlo de Silandia. Para ella cuenta con otro rey, que ella misma ha criado como madre previsora: el príncipe Duraní, que en mala hora abandonó a los suyos.

PRÍN. ¡Mamni!

DANI. ¡Es nuestro hermano!

MAMNI. Ningún creyente puede llamar hermano al que abandonó su patria y renegó de los dioses. ¡Sus hermanos son los extranjeros! Entre sus mujeres puede elegir esposa. No habrá en todo el Nirván mujer de limpia estirpe que pueda aceptar su amor.

PRÍN. ¡Mientes!

DANI. Sita, tú eres quien debe responder. Duraní te ama; yo consiento en que seas su esposa. Responde con el corazón.

MAMNI. Responde.

SITA. Mamni dice bien.

PRÍN. ¿Mamni dice bien?... Pero Mamni me odia; ¿tú qué dices?

DANI. Responde con el corazón.

SITA. Ya lo oíste. No puedo amarle; no le amo.

MAMNI. ¡Estaba segura!
SITA. No puedo ser su esposa.
PRÍN. ¿Qué dice, hermano? ¡Tú lo sabías! Quisiste hun llarme. ¡Ella sabe que tú...!
DANI. ¿Dudas de mí, que callé siempre?
MAMNI. Dani-Sar, es a ti solo a quien ella ama. Me reve su amor al saber que debías elegir nueva esposa. Nunca an a Duraní.
PRÍN. ¿Nunca? Entonces no puedo perdonarte. Tu olvi y tu desprecio de ahora, sí. Puede olvidarse, puede odiarse a qui más se amó, con razón o sin ella; pero mentir amor cuando se ha amado, ¿por qué?, ¿por qué?
DANI. ¿Es cierto? ¿Tú me amas?
SITA. Es cierto. Seré tu esclava, tu esposa.
DANI. ¡No! Ya lo oyes; no es mi voluntad. No es la vi lencia, es su corazón quien la trae a mí, y la rechazo si su am nos separa. ¡Duraní, hermano mío, ni por ella!

ESCENA XI

DICHOS, DAULÁ, CORONEL ESTEVENS, CAPITÁN FRANCIS Y SOLDAD de Silandia.

DAULA. ¡Dani-Sar! Enviados del general duque de Ford.
DANI. Llegad.
COR. Perdónanos, Majestad, que entremos aquí de es modo; el general nos envía a ti. Los soldados nirvaneses se r sisten a obedecer a nuestros oficiales contra esa turba amotinac y nuestras tropas deben reprimir la sedición. Pero es preciso qu sea por orden vuestra. Silandia no puede aceptar la respons bilidad de lo que suceda. ¡Seguidnos! Es preciso que los nirv neses os vean desde la muralla y sepan que es su rey quien d mandó nuestro auxilio.
MAMNI. ¡No tardes! Sé tú quien ordene al extranjero muerte de los tuyos.
COR. Las órdenes del general no admiten dilación.
MAMNI. ¡Así, como a un esclavo! ¡Obedece, rey del Nirvá esclavo de Silandia!
DANI. ¡Salgamos! *(A Duraní.)* Ven conmigo.
COR. Perdonad. Vuestro hermano no puede acompañaro Los nirvaneses no deben verle a vuestro lado en esta ocasión.
DANI. ¿Por qué? Es mi hermano, es el príncipe Duraní.
MAMNI. Le quieren limpio de nuestra sangre, para que odio sólo recaiga sobre ti. ¿No lo comprendes?
DANI. No, saldremos juntos, nos verán siempre unidos.
COR. ¡Príncipe Duraní, cumplimos las órdenes de nuestr general! No saldréis.

DANI. ¿Es vuestro prisionero?
COR. Es nuestro protegido, el protegido de Silandia.
DANI. ¡Ven conmigo, hermano mío! ¡Soy tu hermano, tu rey! ¡Ven conmigo!
PRÍN. ¿Qué me importa el Nirván? ¿Qué me importa Silandia? Cuanto era amor en mi corazón ha muerto... ¡Vé tú solo!

TELÓN

ACTO SEGUNDO

CUADRO TERCERO

Habitación en el Palacio Real.

ESCENA I

NAGPUR y JHANSI.

JHANSI. No esperemos en Dani-Sar. Nada le mporta de su pueblo, nada de nosotros. Desde que su hermano salió de palacio, Dani-Sar evita mi presencia, la de mi hija. Se niega a ver a sus amigos, y si alguno llega a pedirle favor o justicia le halla entre músicos y bailarines, bufones y juglares; ésa es toda su corte. Entretanto, Silandia impone sus leyes y se apodera palmo a palmo de nuestra tierra.
NAGPUR. ¿Nada intentas para libertarnos? Dani-Sar es débil; por amor o por miedo es fácil dominarle. Si el amor de tu hija nada consigue, tus amenazas...
JHANSI. Si nosotros nos rebeláramos contra él, Silandia le defendería, y aun son muchos en el Nirván los que aman y respetan a Dani-Sar, y se unirían a Silandia para defenderle. Dani-Sar con nosotros, y nuestro triunfo es seguro.
NAGPUR. Escucha, Jhansi, ¿puedo contar contigo?
JHANSI. Siempre.
NAGPUR. De nada adviertas a Dani-Sar; cuanto más desprevenido le hallemos nos será más favorable. Esa misma indiferencia que muestra por todo le hace menos sospechoso a Silandia, que de él nada recela. Los creyentes son muchos y confían en nosotros y en los dioses. Dani-Sar ha dispuesto para mañana, en obsequio al general de Silandia y a sus jefes principales, una regia cacería de tigres en la selva de Sindra. Todos acudirán sin temor alguno; en la ciudad quedarán las tropas de Silandia sin

sus jefes. En estos días, por sendas distintas, ignoradas del extranjero, disfrazando el objeto de su viaje, han salido de la ciudad creyentes en gran número que habrán ido a reunirse en la selva de Sindra.

JHANSI. ¿Y crees que no habrán sospechado?

NAGPUR. Nada. El general y los suyos, acompañados de Dani-Sar, acudirán sin reparo, y entonces la cacería no será de tigres. ¿Comprendes? De la selva de Sindra no volverá un extranjero. Y mientras, aquí en la ciudad, también cazaremos nosotros. Las tropas de Silandia, sin jefes y desprevenidas, no podrán defenderse. Dani-Sar volverá contigo y con los tuyos victorioso a ser rey del Nirván, que entonces podremos llamar nuestro.

JHANSI. Si así fuera...

NAGPUR. ¿Dudas de mí? ¿Dudas de los dioses? ¡No, no brilló una vez el Dragón de fuego que no fuera para gloria del Nirván! Dani-Sar llega... Silencio.

ESCENA II

DICHOS, DANI-SAR, KIRKI, músicos y juglares.

DANI. No cantéis más. Todas las canciones hablan de amor y son tristes, porque es triste todo lo que nos habla de amor cuando nadie nos ama. ¿No ha vuelto el príncipe Duraní? El que era mi hermano. ¿No ha vuelto todavía? ¡Dejadme, dejadme! ¿No sabéis que no quiero acordarme de nada? Silandia es generosa; aparta de mí todos los cuidados; nunca fuí más dichoso. Cuida de mi reino, cuida de mi hermano... ¡Es otra vida, otra vida!

KIRKI. ¡Otra vida! Sin más cuidado que vivir, y hasta de ese cuidado te quitará muy pronto Silandia.

DANI. ¿Tú también amenazas? ¡A tu oficio, bufón! Yo haré que no puedas hablar nunca si cada palabra tuya no ahuyenta una tristeza.

KIRKI. Aprenderé palabras extranjeras; son las únicas que tienen esa virtud contigo.

NAGPUR. El bufón es sentencioso.

KIRKI. Cuando no quiero ser bufón para los demás, sino para mí.

JHANSI. El rey te mantiene para que le diviertas, no para divertirte tú.

KIRKI. Señal de que estoy bien mantenido si estoy alegre. En el contento del servidor se conoce la bondad del amo. Ved, Dani-Sar está contento: señal de que Silandia es bonndadosa.

DANI. Yo no sirvo a Silandia; Silandia es quien me sirve. A ella debo la paz de mi reino.

KIRKI. Si tu reino estuviera en paz cuando lo estás tú. Pero si tu reino y tú estuvierais lo mismo padecerías el hambre y la peste, que no llegaron a tu palacio como no llegó la paz a tu reino.

DANI. ¿Y es culpa de Silandia la peste y el hambre que siempre padecimos?

KIRKI. ¿Qué bien nos trajo quien no se llevó nuestros males?

DANI. ¿No sabes otras burlas?

KIRKI. ¿Para qué eres rey sino para reírte de las verdades?

DANI. ¡Calla, o...!

KIRKI. ¡Perdona, Dani-Sar! Te diré siempre que todos son dichosos en tu reino, que todos te bendicen y nadie odia a Silandia; y si lo crees, trocaremos oficios, porque entonces seré yo quien me ría de ti y vendrás a ser mi bufón.

DANI. Jhansi, ¿está todo dispuesto para la cacería?

JHANSI. Todo. Será digna de tu grandeza. Hace más de un año que nadie ha dado caza a los tigres.

DANI. El general desea enviar algunos vivos a Silandia para ofrecérselos a su rey. ¿Asistirá mi hermano? ¿Qué sabéis de él?

NAGPUR. Que desde el día en que salió de tu palacio habita con el general y los jefes de Silandia, y con ellos se concierta para quitarte la vida y el trono.

DANI. ¡No es verdad, no es verdad! ¡Sí, puede serlo! ¿Por qué no responde a los mensajes que le he enviado? ¿Por qué huyó de aquí? ¿Por qué me odia? ¿No sacrifiqué mi amor por el suyo? Sita no es mi esposa, y pudiera serlo... Sé que me ama, y desde aquel día mis ojos no han vuelto a verla. ¡No la verán nunca! ¡Y si yo pudiera mandar en su corazón, su corazón sería del príncipe Duraní!

NAGPUR. Mal haces en sacrificar tu felicidad a quien sólo responde con su ingratitud a tu sacrificio. Eres como niño, Dani-Sar: huyes de quien te castiga con la verdad porque te ama, y confías sin malicia al halago de tu enemigo. Tu hermano te odió siempre; desde que volvió de Silandia, su pensamiento es uno solo: reinar en el Nirván. El amor de Sita fué sólo un pretexto para separarse de ti y maquinar tu ruina concertado con el extranjero. ¡Si tanto amaba a esa mujer, nunca se hubiera separado de ella, nunca hubiera abadonado su patria! ¿Quieres probar hasta dónde llega la maldad de su corazón y cómo el amor y hasta la vida de esa mujer nada le importan? Envíale un nuevo mensaje; hazle saber que si el amor de Sita es la causa de su alejamiento y no le basta con saber que nunca será tu esposa, ni tus ojos volverán a mirarla; que si, a pesar de todo, aun se resiste a volver a ti como hermano leal, para que nunca

pueda dudar de ti harás dar muerte a esa mujer que es sepa
en mal hora.

DANI. Su muerte, no. ¿Qué intentas con esa amenaza?

NAGPUR. Si tanto es su amor, acudirá a salvarla de
muerte. Pero no volverá. Y entonces, ¿dudarás todavía de q
te odia?

DANI. Dices bien. Por salvar a esa mujer, si es verdad q
la ama... ¡Sí, sí! Enviaré el mensaje. ¿Y si no vuelve? ¿Si
verdad que me odia?...

JHANSI. ¿Le entregarás tu vida y tu reino, como quisis
entregarle a la mujer que amas?

DANI. ¡No, no! ¡Entonces, no! ¡Si es verdad que me od
y se unió al extranjero en contra mía, y paga de este modo cua
to le amé, entonces Sita será mi esposa; defenderé su am
y mi vida y mi reino contra Duraní, contra el Nirván entero
y contra Silandia si juntos vinieran! ¡También yo sé odi
cuando amo! ¡Y a él si fuera verdad! ¡Sí, sí! ¡Le envia
el mensaje! ¡Si mi hermano me odia!... Espera, bufón. Ahor
burlas, no; la verdad como antes. ¿Crees tú que mi herma
me odia?

KIRKI. Tenías dos hermanos, y sólo desconfías de uno p
que al otro le diste muerte; ya sabes cómo puedes estar tranquil

DANI. ¡No! ¡Calla, calla! ¡Sangre de hermano, no! ¡Ve
drá, vendrá! ¡Le enviaré el mensaje! *(Sale Dani-Sar, segui
de Kirki y demás juglares.)*

ESCENA III

NAGPUR y JHANSI.

JHANSI. ¿Y si vuelve su hermano? ¿Si unidos otra vez...?

NAGPUR. Ese mensaje no llegará al príncipe Duraní. Da
Sar no dudará entonces del odio de su hermano, y por miedo
decidirá a luchar contra él. Sólo el miedo es capaz de infun
valor a un cobarde. Ese mensaje en nuestro poder puede s
algún día la vida del príncipe Duraní en nuestras manos. El pe
gro de muerte que amenaza a su amada le hará acudir a n
otros cuando le necesitemos, y si nuestra vida peligra alg
día, la suya puede responder de la nuestra. Vamos, Jhansi; a
hay que disponer algo para la cacería regia. Ya lo oíste,
extranjeros desean cazar vivos a los tigres del Nirván para
viarlos a su rey enjaulados. Los tigres no son tan piadosos,
saben enjaular; cuando hacen presa destrozan. De la selva
Sindra no volverá un extranjero. Cuando volváis a la ciud
tampoco hallaréis uno para preguntaros por los que allá fuer
(Salen.)

CUADRO CUARTO

Salón en el palacio del general duque de Ford.

ESCENA I

MAD. MORIS, MAD. ESTEVENS, MAD. FRANCIS, MR. MORIS, MR. COTTON, PASTOR y el CAPITÁN LAKE.

COTTON. El alza de nuestras acciones ha sido considerable.

MORIS. Tan pronto como se supo la ruptura de relaciones ntre el rey Dani-Sar y su hermano. Los acontecimientos se pre-pitan, y esta vez cuando Europa quiera intervenir será tarde.

COTTON. Europa respetará los hechos consumados. Es la rmula.

MORIS. De Suavia nada hay que temer. Siempre ha de pre-rir que el libre paso por el estrecho del Nirván esté garantizado or nosotros mejor que por Franconia, su eterna enemiga. En uanto a Franconia, comprenderéis ahora que ha sido un golpe uy hábil poner en manos de sus banqueros acciones de nuestra ompañía. El patriotismo y las demás razones sentimentales aben pronto ponerse de acuerdo con el dinero. El alza y baja e los valores marca la pulsación del patriotismo en las nacio-es. Decidme ahora si yo no tenía razón al proponer a la Com-añía la venta de acciones a la banca más poderosa de Fran-onia.

PASTOR. Sobre todo cuando esa banca, más que los intere-es de su patria, sirve sus propios intereses.

MORIS. ¿Queréis decir por ser judía? No es ésa la explica-ión, amigo mío. Si los que defienden hoy su dinero son, digá-noslo así, cosmopolitas, y pueden parecer traidores a su patria n ocasiones, es porque el dinero es el gran ideal de los tiempos nodernos, como en otros el ideal religioso; y como siempre, el deal científico o artístico está por encima de la patria y se ex-iende a toda la humanidad. Los ideales, por serlo, no reconocen ronteras. El pastor sabe que en tiempos de persecuciones reli-iosas los mejores patriotas no dudaban en combatir contra su ey ni contra su patria, ni en aliarse con el extranjero para de-ender su religión. La nuestra es el dinero, y estamos en el mis-no caso.

PASTOR. ¡Mr. Moris, hay verdades que no deben decirse!

MORIS. Ni yo las publico sino cuando hablo con personas nteligentes. Creí que ahora podía decirlas.

COTTON. Seguramente. Sois un hombre extraordinario.

PASTOR. ¡El alma de nuestra empresa!

MAD. EST. Sois muy reservado, capitán. Creíamos haber m
recido vuestra confianza.

LAKE. La perdería en cuanto cometiera una indiscreción.
revelara el secreto de esa aventura amorosa, aunque por lo pron
lo agradeciera vuestra curiosidad, sé bien que luego perdería
vuestra estimación.

MAD. FRAN. ¿Por qué? Nada de eso.

LAKE. Quiero probar que soy capaz de guardar un secre
que no me pertenece a mí solo. Y como éste, soy capaz de gua
dar cuantos se me confíen.

MAD. EST. ¿Nos hacéis la ofensa de suponer que necesit
mos esa garantía? Sois muy presumido, capitán.

MAD. MORIS. Vuestros amores con la princesa pertenec
a la historia; más aún, a la poesía. Los historiadores y los poet
nunca son bastante indiscretos.

MAD. FRAN. La chismografía de hoy es la historia de m
ñana.

LAKE. Por eso debéis permitirme que el tiempo me eleve
la categoría de historiador. Hoy no sería mas que indiscreto.

MAD. MORIS. Esa delicadeza os honra, capitán. Y dec
bien; como curiosas, lamentamos vuestra reserva; como m
jeres, os la agradecemos.

MAD. EST. *(A Mad. Francis.)* ¿Qué opináis del *flirteo*
Mad. Moris con el capitán?

MAD. FRAN. Es escandaloso.

MAD. EST. Estoy segura de que a ella le ha contado toda
historia; por eso no tiene interés en saberla.

MAD. FRAN. Es el único oficial que asiste a los jueves
Mad. Moris.

MAD. EST. Así está enterada de los asuntos militares. Y
sospecho que, más que de una intriga amorosa, se trata de u
espionaje. Ya veis cómo el marido no se da por enterado; le te
drá cuenta.

MAD. FRAN. De cualquier modo, debemos advertir al gen
ral. Un escándalo en nuestra colonia sería desmoralizador. Aq
debemos guardar más respetos.

MAD. EST. Entre el elemento civil y el militar no deben exi
tir más relaciones que las puramente amistosas.

MAD. FRAN. No tratándose mas que de un *flirteo,* el capitá
podía haber elegido mejor.

LAKE. *(A Mad. Moris.)* Sois la única mujer distinguida
la colonia; la única con quien puede hablarse de todo.

MAD. MORIS. Menos de amor.

LAKE. Por eso digo que sois la única mujer distinguida. Co
las demás sucede lo contrario.

MAD. MORIS. Mad. Estevens y Mad. Francis...

LAKE. No se sabe cómo hablar con ellas; siempre están a la
fensiva. La conversación más inocente les parece una decla-
ción.

MAD. MORIS. Consecuencias del estado de guerra... Están,
mo este país, bajo el protectorado de Silandia. Para ellas el
atrimonio es el protectorado. Pero sueñan con la independencia.
n cambio, murmuran de las demás.

LAKE. No se murmura de lo que se sabe, se murmura de
que se piensa. Cuando alguien, sólo por suposiciones, afirma
go malo de nosotros, es porque tiene la conciencia de que, pues-
en el mismo caso, en él sería verdad lo que en nosotros es
parente.

MORIS. El general no revela a nadie sus proyectos; pero no
difícil traslucirlos. El príncipe Duraní está en su poder y es
cil instrumento en sus manos. El rey Dani-Sar es un pobre loco
deado de una corte bárbara y fanática, entre la que vive en
ntinuo sobresalto de ser asesinado. Sólo tiene partidarios entre
hez de su pueblo. Salvajes y miserables, fanatizados por sus
cerdotes, que les hacen creer en milagros ridículos. Sólo es pre-
so buscar un pretexto para destronarle. Y si no bastara, supri-
irle. El general no tardará en hallar el pretexto.

COTTON. Pero destronar a Dani-Sar sería tanto como decir
Europa que éramos por completo los dueños del Nirván.

MORIS. Si el rey Dani-Sar se sublevara contra Silandia, Si-
ndia tendría que defenderse, hacer respetar su protectorado.
uropa nada podría decir.

COTTON. Sí, en ese caso...

PASTOR. Lo importante es proceder con rapidez.

MORIS. Por eso el general no dará un paso sin estar seguro
el triunfo.

ESCENA II

Dichos, el General Duque de Ford, el Coronel Estevens
y el Capitán Francis.

FRANCIS. ¡El general, señores!

GEN. Perdonad mi desatención; pero estáis en vuestra casa.
stas señoras habrán sabido hacer los honores de ella en mi
usencia. Asuntos urgentes me detuvieron. ¿Qué se cuenta, se-
ores? ¿Qué novedades en la colonia?

MORIS. El alza de nuestras acciones..., ya sabéis.

GEN. Sí. Además, hoy llegó correo de Silandia.

COTTON. ¿Qué se dice de la actitud del príncipe Duraní
specto a su hermano?

GEN. Nada ventajoso significa. Una nueva responsabilidad
ara Silandia. Pero en el palacio del rey peligraba su vida; los

adictos a Dani-Sar odian al Príncipe. Mi deber era protegerle
toda costa. Por eso no dudé en ofrecerle alojamiento en mi cas

MAD. MORIS. ¿Una taza de té, general?

GEN. Muy amable, señora.

MAD. MORIS. ¿Y está contento el Príncipe en su nuev
vida?

GEN. Su carácter es melancólico, como en toda la gente
su raza. Incapaces de un esfuerzo enérgico, a no ser por una s
cudida violenta. Y entonces, como niños o como locos, pasan
un instante del abatimiento a la exasperación.

MORIS. ¿De modo que el viaje a Silandia y el trato con l
europeos no han modificado su carácter?

GEN. Algo. Pero es una raza inferior llamada a desaparece
Es cuestión de tiempo.

COR. Del rey, su hermano, aseguran que ha caído en co
pleta imbecilidad, que vive rodeado de bufones.

MORIS. Los bufones son una institución en este país. Des
los tiempos más remotos asisten a los consejos de los reyes
amenizan con sus chanzas la resolución de los asuntos más serio

PASTOR. En la Cámara de nuestro país tampoco faltan e
cargados de ese papel. Hay cosas que nos parecen extrañas p
el nombre y por el traje, y que, si bien se mira, son iguales
todos los países.

LAKE. ¿Ha preguntado por mí Su Alteza?

GEN. Se encerró en su habitación y no quiere ver a nadi
Es su hora de llanto, como yo digo.

MAD. FRAN. ¿Tiene hora fija para llorar? ¡Qué rareza!

GEN. ¡Se acuerda de su amada!

MAD. EST. ¡Pobrecillo! ¿Y llora mucho?

GEN. Y de un modo especial. Como el quejido de un anim
lillo enfermo. ¡Qué gente! ¡Raza despreciable! Capitán, sois
amigo. Ved si conseguís traerle aquí para que se distraiga c
la compañía de estas señoras.

LAKE. Haré lo posible. *(Sale.)*

GEN. Al anochecer debo unirme a la comitiva regia. El r
nos obsequia con una cacería en la selva de Sindra.

MORIS. Lo sabemos. ¡Es un magnífico espectáculo! Yo asis
a una en tiempos del rey anterior; se cazaron veinte tigres.

MAD. FRAN. Debe ser peligroso.

MORIS. No. Desde los elefantes no hay peligro. ¡No arrie
gándose a echar pie a tierra!... Sólo los ojeadores y los guí
están expuestos. ¡Cinco fueron destrozados por los tigres en es
cacería!

MAD. EST. ¡Qué horror! ¡Pobre gente!...

MORIS. Está acostumbrada.

PASTOR. Estáis preocupado, general.

GEN. Sí, no puedo negarlo. Espero noticias importantes con npaciencia.

MORIS. En ese caso, os dejamos.

GEN. No, os lo suplico. Acaso tenga que comunicaros algo nteresante. Me podéis esperar paseando por el jardín: a la caída e la tarde está delicioso. Acompañad a estas señoras... Coronel, apitán, quedaos... Hasta muy pronto.

MORIS. ¿Habéis observado al general? No hay duda. Los contecimientos se precipitan. *(Salen todos menos el General, el Coronel y el Capitán Francis.)*

ESCENA III

GENERAL, CORONEL ESTEVENS y el CAPITÁN FRANCIS.

GEN. ¿Están cumplidas todas las órdenes?

COR. Todas, mi general.

GEN. ¿Con el mayor sigilo?

COR. Y sin la menor sospecha de cuanto se prepara.

GEN. Ya sabéis. Acompañaremos al rey hasta la selva de Sindra, y a media noche, cuando crean que dormimos en las tienlas dispuestas al efecto, volveremos a escape hacia la ciudad, donde hemos de llegar al amanecer. Antes de la hora señalada para la sublevación estaremos al frente de nuestras tropas, que narcharán a impedir a Dani-Sar y a los suyos la salida de la selva de Sindra. Entretanto, el príncipe Duraní será proclamado por las tropas reales rey del Nirván, bajo el protectorado de Silandia. Pero es preciso que todos cumplan con su deber, cueste o que cueste. Antes de que en Europa se sepa que combatimos na de saberse que hemos triunfado.

COR. Dani-Sar no podrá defenderse impidiéndole la vuelta a a ciudad.

FRANCIS. No le quedará más refugio que su ciudad santa le Sindra, en el palacio que le sirve de residencia de verano. Allí podrá contar con algunos leales; pero no podrá resistir mucho tiempo.

GEN. Así lo espero. No creo que intente volver sobre la capital.

COR. Sería una locura por su parte; una ventaja para nosotros. Aquí, sólo el populacho estará a su favor. Pero las mismas tropas regulares nirvanesas bastarán para sujetarlo.

GEN. Nuestra intervención debe limitarse a pacificar. Los naturales son los llamados a dirimir sus contiendas y proclamar al nuevo rey. Europa sabrá que el rey Dani-Sar, faltando a lo pactado, intentó sublevarse contra Silandia, y Silandia tuvo que defenderse. Con la proclamación del príncipe Duraní como rey del Nirván, nuestro protectorado dejará de ser una fórmula diplomá-

tica, y podremos emprender libremente la obra de civilización q
tanto nos cuesta y que Europa debe agradecernos. *(Entra un s
dado.)*

SOLD. ¡General! Un mensajero del rey Dani-Sar desea h
blaros en su nombre.

GEN. Pase al punto. *(Sale el soldado.)* Es Nagpur, el sac
dote del rey; nuestro aliado y buen amigo. Pero ya sabéis, c
pitán, de esta gente no puede uno fiarse. Ese hombre queda
aquí encerrado hasta que todo haya concluído. Esperad cer
(Salen el Coronel y el Capitán.)

ESCENA IV

El General y Nagpur.

GEN. Temía que faltaras a tu palabra.

NAGPUR. No quise venir hasta estar asegurado de todo.

GEN. ¿Nada se sospecha en el palacio de Dani-Sar?

NAGPUR. Nada. Dani-Sar envió un nuevo mensaje de paz
su hermano.

GEN. ¿Que habrá quedado en tu poder?

NAGPUR. Como todos. Pero esta vez Dani-Sar, que ofre
a su hermano la muerte de la mujer que los dos aman como pr
da segura de sus paces, loco de furor al no recibir respuesta,
dispone a servirnos mejor de lo que pensábamos.

GEN. ¿Qué hizo?

NAGPUR. Ordenar que anunciaran por toda la ciudad
elección de nueva esposa. Pronto oirás los trompeteros y vocea
res de palacio proclamar sus bodas con Sita. Al saberlo el prín
pe sentirá aumentar el odio hacia su hermano, y cuando yo
diga...

GEN. ¿Qué?

NAGPUR. Díme tú antes que no hallaste mejor amigo de
landia.

GEN. Es cierto. Y Silandia sabrá recompensarte como me
ces.

NAGPUR. Así debe ser. ¡Silandia es grande y poderos
Venís enviados por los dioses para hacer nuestra felicidad.

GEN. Te digo que serás bien recompesado. ¿Y mañana?

NAGPUR. Mañana todos los creyentes proclamarán por
rey al príncipe Duraní, al hijo de los dioses, al protegido de
landia, de los hijos del cielo.

GEN. ¿Y en la selva de Sindra?

NAGPUR. Los jefes son nuestros y abandonarán a Dani-S
a su suerte. Los demás nada importa, parias y miserables d
esperados.

GEN. ¿No hubiera sido mejor que todos estuvieran de nu
tra parte?

NAGPUR. Es difícil guardar un secreto entre muchos; con los efes basta. Los demás necesitan ir engañados; de otro modo no ían o costaría mucho llevarlos.

GEN. Es que a toda costa quisiera ahorrar sangre; Silandia o es cruel.

NAGPUR. ¡Señor! Es gente que nada importa; se muere de ambre. *(Trompetas y aclamaciones fuera.)* ¿Oyes?

GEN. Sí.

NAGPUR. ¡Lo oirá el Príncipe!... ¡Lo oirá el Príncipe! Su nada Sita esposa de su hermano. Llámale a tu presencia; he de ecirle algo. Silandia no tiene mejor amigo que yo, porque Silndia es grande y generosa. *(Entra el capitán Francis.)* Decid su alteza el príncipe Duraní que necesito hablarle y le ruego ue venga.

FRANCIS. No es preciso. Habrá oído y se apresurará a busarte.

ESCENA V

ICHOS, el PRÍNCIPE DURANÍ, CAPITÁN LAKE y el CAPITÁN FRANCIS.

LAKE. Soy vuestro amigo, Príncipe. Oídme, calmaos.

PRÍN. ¡Déjame, amigo mío; ya lo veis; ya no lloro, porque ya amo! ¡Traición, traición y mentira en mi hermano, en ella, en dos!... Juró que sus ojos no volverían a mirarla; juró que ni su mor nos separaría, y será su esposa. ¡Su esposa la mujer que yo no! ¡No había en el Nirván otra mujer que la que yo amaba! Era verdad! Mi hermano me odia; temía que yo volviera a venar en él la muerte de nuestra hermano. Porque no tiene hijos, mía que yo pudiera heredarle, y los hijos que han de heredarle an de ser engendrados en la mujer que amé.

COR. El tigre despierta.

LAKE. Para caer después en mayor abatimiento.

NAGPUR. ¡Príncipe Duraní, aun no sabes cuánta es la malad de tu hermano!

PRÍN. No hay mayor maldad que faltar a su juramento. Yo a feliz todavía con saber que si el amor de esa mujer fué mentino lo era el de mi hermano.

NAGPUR. Mentira, no. Sita te ama como siempre. Negó su mor. y dijo que amaba a Dani-Sar porque la amenazaron con rte muerte si no consentía en ser su esposa. ¡Te lo juro por los oses! Tu hermano y cuantos le rodean te odian. y han jurado tu uerte. Pero nada podrán contra ti; Silandia te protege.

GEN. Sí, Alteza.

PRÍN. ¿Qué dices, Nagpur? ¡Júrame otra vez por tus dioses! Por el más poderoso de todos! ¡Por el Dios que nos hace vivir

eternamente vida más miserable en cada vida si faltamos nuestros juramentos! ¿Es verdad? ¿Sita me ama??

NAGPUR. ¡Por el dios de la eterna vida, te lo juro!

PRÍN. General, soy vuestro.. Dadme el amor de esa mujer soy vuestro. ¡Ser rey un día antes de que Dani-Sar pueda llamar suya! ¡Y después, mi reino, el Nirván entero con todos sus t soros, mi vida, todo es vuestro! ¡Todo por su amor!

NAGPUR. Entonces, cuando mañana los nirvaneses te acl men por su rey...

PRÍN. ¡Mañana!

NAGPUR. ¿Sabrás combatir contra tu hermano?

PRÍN. El dió muerte al nuestro sólo por ser rey.

NAGPUR. ¿Estarás con nosotros, príncipe Duraní?

GEN. ¡Quién lo duda!

PRÍN. ¡Mañana!...

GEN. Sí, mañana. Ahora retiraos. *(A Nagpur.)* Acompañ al príncipe. *(Al Capitán.)* Ya sabéis. Que nadie salga.

PRÍN. ¡Mañana, mañana!...

NAGPUR. Rey del Nirván.

PRÍN. ¿Qué me importa el Nirván? ¡Rey de su amor!

ESCENA VI

El GENERAL, MAD. MORIS, MAD. FRANCIS, MAD. ESTEVENS, MR. M RIS, MR. COTTON, el PASTOR y el CORONEL ESTEVENS. Hablan todos a un tiempo con gran confusión.

MAD. MORIS. General, ¿es verdad lo que nos ha dicho Coronel?

MAD. EST. Estamos asustadas.

PASTOR. Explicadnos.

MAD. MORIS. ¿No podemos saber?...

GEN. Lo que puedo deciros es que, para vuestra seguridad, consiento que salgáis de aquí. Graves sucesos se aproximan. vuestras casas sería mayor el peligro. Sin llamar la atención no posible enviar fuerza bastante para protegeros. Debo acompañ al rey a la cacería. Hasta mi vuelta tendréis aquí alojamie seguro. Todo está preparado.

MAD. MORIS. ¡Pero, General, es horrible!

COTTON. Decidnos... ¿Qué se teme?

MAD. FRAN. ¿Qué ocurrirá?

PASTOR. ¿Y nos dejáis solos?

GEN. Calma, señores, calma. Sois mis prisioneros. Mañana sabréis todo, y acaso pueda compensar vuestra zozobra de ah con el anuncio de algo que nos colmará a todos de alegría. P

onad entretanto, mis queridas señoras, estos rigores militares de ue todos participamos con el corazón y la esperanza puestos en uestra patria. ¡Silandia por siempre, señores!

MAD. MORIS. General, su honor y su gloria están en vues- ras manos. No hay sacrificio que no aceptemos por ella. ¡Viva ilandia!

CUADRO QUINTO

Una cabaña.

ESCENA ÚNICA

Mamni, Sita, Kora, Nadí.

MAMNI. ¿No llegan todavía?

KORA. Nada se oye.

NADÍ. Llegamos por la senda más corta, y los esclavos al raernos corrieron más que la comitiva del rey.

SITA. ¿Vendrá el príncipe Duraní con los de Silandia?

MAMNI. ¿Qué te importa del príncipe Duraní? No vendrá, por esdicha. Silandia le tiene bien guardado. Escuchad.

KORA. Los esclavos nos darán aviso apenas entre el rey en la elva de Sindra; no te impacientes.

SITA. ¡Tengo miedo, Mamni! ¿Por qué hemos venido sin que Dani-Sar lo supiera? ¿No temes su enojo? No es fiesta para muje- es una cacería de tigres.

MAMNI. En la selva de Sindra debemos estar hoy reunidos odos los que amamos a Dani-Sar.

SITA. ¡Si tú no le amas! Si le amaras no me entregarías a él abiendo que no puedo amarle.

MAMNI. ¡Qué sabes tú de amor! Llevas sangre de esclavos en us venas. Naciste y te criaste en la blandura de los palacios rea- es; entre sus mujeres y sus sacerdotes, sus músicos, poetas y ju- lares. En su lenguaje de mentiras que adula y acaricia siempre. l aire de sus jardines fué el único aire que respiraste y aun era udo para tu pecho, más acostumbrado a respirar en estancias per- umadas Para ti el amor, débil criatura, es sumisión y abandono e tu vida. El amado es para ti como vencedor; de él imploras y os te refugias como paloma herida, como niño doliente... En mis enas sólo hay sangre de reyes y caudillos gloriosos, estirpe de os dioses. Cuando nací, dos reyes combatían por ser rey uno solo. Ii padre combatía contra los dos, porque los dos, unidos al ex- ranjero, eran traidores al Nirván y a los dioses. ¡Un escudo de uerra fué mi cuna! El aire de selvas y montañas dió vigor a nte él aterras la frente como palma tronchada, y entre sus bra- ni pecho, y antes que llantos y suspiros mujeriles salieron de él

gritos de guerra. Mi padre nunca me estrechó en sus brazos. U
día cayó herido junto a mí y los míos le estrecharon por vez p
mera para sostenerle. Y así aprendí a abrazar y así amé siemp
¡ Para sostener, para combatir junto al hombre que amo ! Y
amo a Dani-Sar, con toda la fiereza de mi corazón. Y él, que
oyó nunca una palabra de amor de mis labios, que no me ha
nunca como esclava sumisa ni como esposa enamorada, me hal
rá hoy como reina, que sólo lleva en su sangre sangre de reyes
aliento de los dioses, y viene a morir o a triunfar con él en la s
va de Sindra.

SITA. ¿A morir o a triunfar? ¿Qué dices? ¡ Me da miedo o
te ! ¿Por qué has conseguido que te tenga miedo yo, que te a
tanto? ¿Qué mal te hice para que destroces mi corazón?

MAMNI. ¡ Ninguno, Sita ! ¿Qué mal puedes tú hacer? S
sabes amar. En otro tiempo, favorecer tu amor hubiera sido
mayor alegría. Yo también entonces hubiera amado como
sin otro pensamiento. ¡ El Nirván glorioso sería paraíso de an
res !... ¡ Pero ahora no ! El amor es un crimen si roba un solo la
do del corazón al odio. ¡ Maldita la mujer que con palabras de an
haga olvidar su esclavitud a los hombres del Nirván ! ¡ Maldita
mujer que entre sus brazos los detenga, dejándoles soñar que s
felices cuando son miserables esclavos !

KORA. La comitiva del rey. ¿No oís? ¡ Como el oleaje
mar suena en la selva !

NADÍ. Con aparato de guerra llega el rey Dani-Sar a dar ca
a los tigres.

KORA. Llega como triunfador al frente de un ejército vic
rioso.

NADÍ. Los extranjeros parecen sus prisioneros de guer

KORA. Los caballos se ufanan con sus arneses y gualdra
recamadas de pedrería, como mujeres engalanadas para sus bod

NADÍ. Los elefantes tronchan a su paso las ramas más fu
tes y resoplan gozosos al olor de la selva bravía que les recue
su libertad.

KORA. Sobre ellos van los arqueros cazadores, tan diest
en sus tiros que con el aire de sus flechas disparadas acaricia
por juego nuestra frente sin temor de herirnos.

NADÍ. Al pie, los esclavos de Nubia, los que esperan al ti
frente a frente sin escudo, y si no aciertan a herirle con sus pi
saben ahogarle entre sus brazos.

KORA. ¿Oís? Ahora suena más cerca, como mar embra
cido.

NADÍ. Como pasan los dioses en la tempestad con sus ca
de guerra : hermosos y terribles.

MAMNI. ¡ Hermosas y terribles son siempre las fiestas de
muerte !

SITA. ¿Vendrán aquí? Si Dani-Sar nos halla... ¿No tiemblas como yo?

MAMNI. Nadie sabe de esta cabaña, albergue de un santo solitario en otro tiempo... Ya pasaron... Se alejan... Llegará la noche, el descanso, el sueño para todos... ¡Muchos no volverán a despertar! ¡Son fiestas de la muerte! Mañana... mañana ya veréis. Antes que el sol brillará en el cielo el Dragón de fuego. Y ahora dejadme. Quedad aquí, dormid si podéis; no tengáis miedo. ¡Yo voy sola!

SITA. ¡No, Mamni! ¿Dónde vas?

KORA. Mamni, no saldrás sola, en la noche...

MAMNI. ¡Dejadme digo! Conozco el camino. Dani-Sar me espera, mi esposo, nuestro rey! No, no me espera. ¡Es mía la esperanza!... ¡Dejadme, dejadme! Nunca le busqué con todo el amor de mi corazón hasta ahora. *(Sale.)*

CUADRO SEXTO

La selva de Sindra.

ESCENA I

DANI-SAR, JHANSI, KIRKI y DAULÁ.

DANI. Estoy en tierra de mi reino; como todo el Nirván, es mía esta selva de Sindra y me hallo en ella como tirano usurpador. Una voz misteriosa de alguien más poderoso que los reyes me dice que soy injusto y cruel al venir aquí. ¿No son bastante mis ciudades para ostentar en ellas mi grandeza? Hay lugares poblados en mi reino que no recorrí nunca. Toda mi vida no sería bastante para visitar cada uno una vez siquiera. Mis palacios atesoran riquezas cuyo valor cien hombres en cien vidas no podrían estimar justamente. ¡Jardines encantados por los que no paseé nunca! Y a más de todo, para soñar cosas mejores, libros de poesía, que al abrirlos son como puertas de oro que se abren al mundo de los sueños... ¡Y no los leí nunca! Y he de venir aquí a esta selva sagrada, donde con toda mi grandeza no podría subsistir yo solo muchos días. ¡Lugar despiadado para un rey, para las fieras un paraíso! ¡Qué injustas son las conquistas del hombre! ¡No soy tan dueño del Nirván, con todos sus pobladores, como de esta selva lo son los suyos! ¡Hay en la selva amores en nidos y cubiles, madres que habrán temblado con espanto por sus hijuelos, sintiendo estremecerse la selva al llegar de mi regia comitiva! ¡Llegamos como a una fiesta y volveremos gozosos, con trofeos de pieles y plumajes, mientras la selva resonará con rugidos de llanto en sus sus cubiles y piar de avecillas

hambrientas en sus nidos! Aves y fieras comprenderán que ha
pasado los hombres, porque han pasado el dolor y la muerte.

KIRKI. No des un paso, Dani-Sar, si has de compadecert
de la hierba que pisas. Por mirar a tus pies no miras sobre t
frente. El Nirván era para nosotros como esta selva para su
tigres. Silandia es nuestro cazador y no se compadece de nosotro
como tú de las fieras.

JHANSI. ¿Compadecerse? Nos desprecia. Los tigres son má
noble caza para Silandia, porque los tigres saben defenderse.

KIRKI. ¡Mal hacen en ello! Si no se defendieran, no ten
dríamos por qué darles caza. Si al vernos llegar se presentara
a nosotros humildes como perros, lamieran nuestras manos y s
tendieran a nuestros pies, ¿quién intentaría matarlos? En el pa
lacio de Dani-Sar, con preciosos collares de oro, vivirían bie
regalados y sin riesgo alguno. ¿No es cierto, Dani-Sar? Es pr
ferible ser perro en un palacio que tigre en una selva. El extra
jero puso la corona sobre tu cabeza, pero la corona era grand
resbaló por tu frente y es collar en tu cuello. ¡Qué importa! V
virás largos años en tu palacio, todo porque te ofreciste sumi
al extranjero, sin intentar defenderte, como las fieras. Jhansi n
sabe lo que se dice; son los animales los que han de aprender d
hombre, no el hombre de los animales.

JHANSI. Como se endulza a los niños amarga bebida que h
de devolverles la salud, así, entre burlas, hay que endulzar
verdad a los poderosos. ¡Triste condición de los reyes, que só
llega a ellos la luz de la verdad como la luz del rayo, cuando
a un tiempo resplandor y muerte!

DANI. ¿Nada falta en las tiendas dispuestas para los de S
landia? ¿Atendiste a todo, Daulá?

DAULÁ. A todo, señor, como tú lo ordenaste.

DANI. Mi fiel Daulá, tú solo eres mi amigo. Obedeces y c
llas siempre. Mis mandatos no necesitan para ti más razon
que tu amor y tu lealtad. ¿Qué ama en nosotros el que nos qu
siera distintos de lo que somos? El amigo que sabe llegar
fondo de nuestro corazón, ése, como tú, ni aconseja ni recrin
na; ama y calla. Porque cuando nos ve reír más locamen
sabe adivinar triste llanto en nuestro corazón.

JHANSI. ¿Sólo es amigo para ti el que obedece y call
Verás muy pronto cómo es más amigo el que te obliga a obedec

DANI. ¿A qué puedes obligarme contra mi voluntad?

JHANSI. A defender tu vida si no supiste defender tu rei

DANI. ¿Mi vida? ¿Contra quién?

JHANSI. Contra el Nirván entero, que pide su libertad.

DANI. ¡Su libertad! Una turba de parias que pide su mi
ria, el hambre, la peste, los males que padeció siempre... ¡A
llama su libertad!

JHANSI. ¿No quieres ser nuestro caudillo?

DANI. ¡Juré fidelidad a Silandia!

JHANSI. Juramento contra los dioses nada vale.

DANI. ¡Basta, Jhansi! Esta selva es hoy mi morada, y en ella es mi huésped el extranjero. Nadie me hable en su daño, o por ley de hospitalidad le daré muerte.

JHANSI. ¿Cómo respetas leyes y juramentos si son contra los uyos? Ya volverás en ti. Anochece... ¿No vuelves a tu tienda?

DANI. No; más tarde. Id vosotros. Yo quedo aquí con Daulá y el silencio de la noche... Los dos callados, amigos los dos... *(Salen Jhansi y Kirki.)*

ESCENA II

DANI-SAR, DAULÁ, después MAMNI.

DAULÁ. ¡No, Dani-Sar! ¡Yo soy tu amigo! Pero la noche, no; la noche es traidora. Piensa que estás muy lejos de tu ciudad y de tu palacio; que están allí las tropas de Silandia y estoy yo solo aquí para defenderte.

DANI. ¡Tú solo! ¿Qué quieres decirme?

DAULÁ. Que por algo una voz misteriosa te advertía que no debiste entrar en la selva de Sindra, como entraron los de Silandia en el Nirván. Aquí no eres el rey; las selvas y los mares no tienen más rey que a Dios.

DANI. ¿Qué quieres decirme? Habla.

MAMNI. *(Saliendo.)* No; yo hablaré.

DANI. ¡Mamni!

MAMNI. ¡Tu esposa!

DANI. ¡No quisiera saber a qué viniste! Nunca te trajo el amor a mí.

MAMNI. ¡Nunca! ¡Es verdad! Porque mi corazón sólo podía unirse al tuyo en un día de muerte o de triunfo como éste. Todas las tristezas del Nirván eran mías; todo su odio al extranjero era mío. Míos todos sus sueños de libertad. ¡Hoy es mío todo su amor y toda su esperanza! No es tu esposa quien viene a ti; es el alma del Nirván que busca en ti a su libertador. Hoy será el día primero de nuestro amor, la fiesta de nuestras bodas... ¡Por templo, la selva sagrada de Sindra; por sacrificio a los dioses, la sangre del extranjero!... ¡Selva de Sindra, despierta! ¡Creyentes del Nirván, muerte al extranjero! *(Salen por varias partes Jhansi, Dulip, soldados nirvaneses y gente del pueblo gritando: ¡Muerte, muerte al extranjero! ¡Gloria a Dani-Sar! ¡Gloria a los dioses!)*

DANI. ¿Qué es esto? ¿Qué traición? ¿Qué intentan? ¿Dónde corren? ¡Soy vuestro rey! ¡Oídme! ¡Deteneos!

JHANSI. ¡Es tarde! De la selva de Sindra no saldrá u extranjero. En la ciudad serán también exterminados.

DANI. ¡Maldición para mí y para todos! ¡Faltamos a nue tro juramento, violamos la ley sagrada de la hospitalidad! ¡S landia entera vendrá contra nosotros a vengar nuestra traición ¡Dejadme, dejadme!

MAMNI. ¡Es tarde! La muerte habrá sido su despertar. ¡I tuyo, mi amor y el de tu pueblo! Sí, esposo mío, ahora so tuya, ahora te amo como nadie te amó. ¡Toda mi vida pa amarte!

DANI. ¡Déjame, Mamni, déjame! Debo salvarlos. ¡Y allí n hermano! ¡Mi hermano! También le darán muerte... ¡Por s amor, por su vida!...

MAMNI. ¡No irás, no irás! Mi amor te basta. Tendrás e mí todos los amores y todos los goces de la tierra. No buscar un amor que no halles en mí a cada instante: madre, espos hermanos, amigos... En mí hallarás todos los amores leales fuertes de la tierra, y por ti seré esclava y cortesana, juglar q te divierta, y tus placeres no hallarán nunca hastío! Todas l caricias en mis caricias, todos los besos en mis besos, en mi am todos los amores.

DANI. ¡Amor que llega con la muerte! Yo te hubiera ama con todo el amor de mi alma y de mi corazón allí, en nuest palacio, en sus jardines floridos siempre. ¿Qué importaba a S landia nuestro amor? Dichoso nuestro reino, nosotros sin cu dados... ¡Toda la vida para amarnos! Y ahora... la guerra, muerte... Silandia entera contra nosotros, ¿qué podremos cont ella? ¡No hables de amor! *(Vuelven soldados y gente del puebl gritando: «¡Traición, traición! ¡Nagpur nos ha vendido! ¡H yeron!»)*

MAMNI. ¿Quién huyó?

UNO. Los extranjeros.

TODOS. ¡Nos han vendido! ¡Venganza! ¡La muerte a l traidores, muerte!

OTRO. ¡Corren en su persecución! ¡Les darán alcance! ¡ en la ciudad...!

MAMNI. ¡Nos habrán hecho traición como aquí! *(Vuel Jhansi.)*

JHANSI. Dani-Sar, los creyentes que perseguían a los je de Silandia vuelven a refugiarse en la selva; nos han hecho tr ción. Las tropas de Silandia estaban prevenidas y nos cierran paso. En la ciudad, los creyentes han sido vencidos, y la gu dia de tu palacio y las tropas de Silandia han proclamado al pr cipe Duraní como rey del Nirván.

DANI. ¿Vive mi hermano? ¡Su traición no me import ¡Vive!

JHANSI. ¡Sí, vencieron los traidores, pero no triunfarán! En la ciudad de Sindra te esperan leales y creyentes dispuestos a morir por su rey. Para vencernos allí tendrían que atravesar la selva, y en la selva sagrada somos invencibles. ¡Rey Dani-Sar, el Nirván está contigo!

MAMNI. ¡Sí, mientras mi corazón aliente! ¡A la ciudad de Sindra los leales! *(Suenan disparos lejanos.)*

TODOS. ¡El extranjero! ¡Las tropas de Silandia! ¡Traición, traición! ¡Venganza!

MAMNI. ¡No, no entrarán en la selva! ¡Los dioses están con nosotros! Ved... ¡El Dragón de fuego!... ¡Aun es la noche y su resplandor ilumina el cielo!... ¡Dani-Sar, mira!

DANI. Es el incendio de mi ciudad que vosotros entregasteis al extranjero. ¡Es la muerte, la muerte!

MAMNI. ¡Dani-Sar cobarde!, para ti la vida es todo; ¿no defenderás tu vida?

DANI. ¡La vida, sí; la vida, sí! ¡Pero aun puedo salvarla! ¡No es mía la traición!... ¡Silandia es generosa!

MAMNI. ¿Qué piensas? ¿Qué intentas? ¿Huir? ¿Implorar su perdón? ¿Lo pensaste? ¡No, ya eres nuestro, del Nirván! ¡Su vida es la tuya! ¡Silandia puede perdonar la traición que les entrega tu reino; el Nirván no perdona! ¡Morirás como traidor a nuestras manos si con tu vida no defiendes tu reino!

DANI. ¡Mi reino con mi vida!...

MAMNI. ¡Creyentes del Nirván, seguidle, es vuestro rey!

DANI. ¿Vuestro rey? ¡Vuestro esclavo!

TODOS. ¡Gloria al rey Dani-Sar! ¡Venganza, muerte!

TELÓN

ACTO TERCERO

CUADRO SEPTIMO

La tienda del rey Dani-Sar.

ESCENA I

DANI-SAR, MAMNI, DAULÁ y KIRKI.

DANI. ¿Cuántos murieron hoy? ¿Cuántos desertaron? ¡Así aumenta cada día el número de mis leales!... ¿No era todo el Nirván el que pedía su libertad? ¿Dónde están los creyentes que no acudieron a su rey?

DAULÁ. ¡Otro día! ¡Otro día eterno sin combatir!

KIRKI. ¡Necios serían en dar caza a los que ya tienen enja
lados!

DAULA. Con esperar saben que han de vencernos.

DANI. ¡Esperemos la muerte! ¿Qué dices, Mamni? ¡La f
bre te abrasa! ¡También tú me abandonas! ¡Tú, por quien
odio me parecía hermoso como el amor! ¡Mi diosa de la guer
también me abandonas!

MAMNI. ¡No, la muerte no! ¡Triunfaremos! ¡Llegaron c
yentes de Sindra!

DAULA. Dí mejor hambrientos que acuden al campo, porq
perecen en la ciudad y piensan que aquí estamos abastecidos.

DANI. ¿Resistiremos todavía? Intentar el combate es busc
muerte desesperada. ¡No vendrán a nosotros, no entrarán en
selva! ¿Qué esperamos aún? Ya lo ves, Mamni; si no hay c
yentes ni leales en el Nirván para defender a su rey, ¿por q
sacrificar nuestra vida, nuestra vida que aun puede ser dichos
Silandia puede perdonarnos. Más traidores conmigo que con e
fueron los que me obligaron a ser traidor contra Silandia.

MAMNI. ¡Sin los traidores hubiéramos vencido! ¡Si la tr
ción pudiera vengarnos!... ¡No hay traición ni venganza, por h
rrible que las imagine, bastante a satisfacerme!... Pero los e
migos están lejos, y la traición los quiere cerca para acariciarlo
Y entre caricias asegurar mejor la venganza. Ya digo que tie
razón, que Silandia puede perdonarnos, que debemos implorar
perdón y el de tu hermano... ¡Sí, pueden perdonarnos; poden
volver allí, cerca, cerca otra vez!

DANI. ¿Qué traición pensaste para tu venganza?

MAMNI. Ninguna, Dani-Sar. Pensaba como tú que aun p
demos ser dichosos con nuestro amor si tu hermano y Silan
nos perdonan. ¿Qué importa la esclavitud del Nirván? ¿Qué i
porta el extranjero? ¡Nuestro amor sólo importa! ¡Sí, todo am
en nuestro corazón! No tardes, envía un mensaje de paz a
hermano; díle que estás pronto a someterte si las condiciones
Silandia son generosas... Volveremos a tu reino, a tu palaci
¡El amor nos espera! ¡Para todos amor!... Díle a tu herma
que Sita le amó siempre, que fuí yo quien la obligó a negar c
le amaba, amenazándola con darle muerte si no consentía en
tu esposa.

DANI. ¿Es verdad? ¿Eso hiciste? ¡Traición en todos!

MAMNI. ¡No contra nuestra patria! Separándote de tu h
mano te obligamos a combatir por la libertad del Nirván. ¿Q
importaban todos los odios por este solo amor? ¡Pero nos v
dieron traidores!... ¿Y qué podemos contra ellos? ¡Es inútil
char! Ríndete a Silandia, ofrece a tu hermano tu amor y el
razón de Sita y su felicidad a cambio de nuestra vida, de la
de tu reino... ¡Vida, paz, amor! No parece tu Mamni la que

bla, ¿verdad? Es que mi corazón desfallece como el Nirván asolado. La fiebre me abrasa. Libres o esclavos, ¿qué importa? ¡La vida, el amor en nuestro reino, en nuestro palacio!... ¡Aquí sólo la muerte, que no me asustó nunca y ahora me espanta como a ti! ¡Morir por culpa de traidores, sin defensa posible, sin venganza!... ¡Ah, no, no! ¡La vida, la vida a cualquier precio! ¡Al de la esclavitud, al de la cobardía!... ¡Ríndete a Silandia, Dani-Sar; no esperemos la muerte! ¡Ahora quiero vivir!

DANI. ¡Pero suenan a muerte las palabras de amor en tus labios!... ¡Mamni, no sabe de ellas tu corazón!

ESCENA II

DICHOS y JHANSI.

JHANSI. ¡Dani-Sar, aun hay esperanza para ti! Mensajeros de Silandia y de quien se llama rey del Nirván, de tu hermano, llegan a ofrecerte la paz.

DANI. ¿De mi hermano? ¿Quién viene de su parte?

JHANSI. Oficiales de Silandia y Nagpur con ellos; el que nos vendió a todos. Silandia no quiere nuestras vidas; le basta con nuestra sumisión. ¿Qué debo responder en tu nombre? Ya respondí en el mío.

MAMNI. ¿Qué respondiste?

JHANSI. Que sólo muerto me rendiré a Silandia.

MAMNI. ¡Desesperada locura! Tiempo hay para morir, padre mío. Hazlos llegar a nuestra presencia; oigamos el mensaje de paz.

JHANSI. ¿Qué dices, Mamni? ¿Tú consientes en tratar paces con ellos? ¿No eres mi hija? ¿No eres la reina del Nirván?

MAMNI. El Nirván ya no existe, es sólo una palabra, tierra sin hombres...

DANI. Obedece, Jhansi. Oigamos el mensaje de paz.

JHANSI. Esperaba tu respuesta, y, como siempre, me arrojé a prevenir tu cobardía.

DANI. ¿Qué hiciste?

JHANSI. Los mensajeros de paz son sagrados, ¿no es así? ¡Maldito de los hombres y de los dioses el que atente contra uno de ellos! ¡Pues maldición eterna para mí, porque de los mensajeros de Silandia sólo uno vive, porque debe vivir!

DANI. ¿Qué dices? ¡Maldición para todos! ¿No respetáis las leyes más sagradas y os llamáis creyentes? ¿Cómo hemos de salvarnos? ¡Disteis muerte a los mensajeros!

MAMNI. ¡Bien hicisteis! ¿Qué respeto merecen los traidores? Y ese que vive...

JHANSI. Es Nagpur. Y aun vive, porque a cambio de su vida nos ofrece otra vida más valiosa: la del príncipe Duraní.

DANI. ¿La vida de mi hermano?

MAMNI. ¿La vida del príncipe Duraní? ¿Es verdad, padre mío? Por el triunfo no cambiaría ahora nuestra venganza.

DANI. No, no será. Antes mi vida, antes la vuestra.

JHANSI. ¡Antes nuestra venganza! ¡Llegad, mis leales, los últimos creyentes del Nirván! *(Salen soldados nirvaneses, que desarman a Dani-Sar.)*

DANI. ¡Traidor! ¿Contra tu rey?

JHANSI. Ya no eres nuestro rey. Ya nadie te debe obediencia. ¡Venganza y muerte sólo!

MAMNI. ¡La vida del príncipe Duraní en nuestras manos! ¿Vendrá a nosotros?

DANI. ¡No, no vendrá! Silandia le defiende... ¿Quién puede traerle?

MAMNI. ¡Sí! Tu amor y el de Sita. Vendrá llamado por ti, que le ofreces la paz y el corazón de la mujer que ama, en cambio de tu vida y de tu reino. ¿No se llama rey del Nirván? No será tan esclavo que no pueda burlar la guardia de Silandia para acudir adonde el amor le llama.

DANI. ¡No, no vendrá! Porque todas vuestras traiciones, todos vuestros odios, todos los tormentos con que destrocéis mi cuerpo, como destrozáis mi corazón, no me obligarán a enviarle ese mensaje traicionero, a entregarle a vuestra venganza... ¡No, no vendrá si soy yo quien ha de llamarle!...

JHANSI. ¿Es que no recuerdas haberle llamado nunca?

MAMNI. Tu mensaje no llegó entonces a sus manos. Hoy sí llegará.

JHANSI. Por salvar su vida, Nagpur, diestro en traiciones, nos dió el medio de que ese mensaje llegara al príncipe Duraní sin que los de Silandia lo descubrieran.

MAMNI. Y si el mensaje llega a sus manos... vendrá; vendrá por tu amor y por el de esa mujer.

DANI. ¿Y seréis capaces de vengar en su vida traición que fué vuestra? ¡Vuestra, sí, que nos pusisteis frente a frente, despertando el odio en nuestro corazón! ¡Traidores unos, otros insensatos, creísteis libertar al Nirván y servíais al extranjero, que hoy gozará del triunfo que nada le cuesta, que ni siquiera le manchó con nuestra sangre, porque fuimos nosotros los que la vertimos... ¡Oh, mi hermano, mi hermano! ¡Más hermano que nunca! ¡Engañado, como yo, por vuestras traiciones! ¡No, no vendrá! ¡Silandia sabrá guardarle, le guardarán los dioses!... ¡Tomad antes mi vida, yo también fuí traidor al Nirván! ¡Más traidor que todos! ¡Lo seré todavía, y me uniré a Silandia para vengar la muerte de mi hermano, si me dejáis con vida!

MAMNI. ¡No tiembles por él! No queremos su vida. Volverá a tus brazos. Pero no a ser rey del Nirván. Tu reino por el amor

e Sita, ¿no era su única ambición? ¡No temas! La fiesta de sus odas será la fiesta de nuestras paces. *(Voces dentro: ¡El príncipe urani! ¡El príncipe Duraní!)* ¿Oyes?... ¡Es él! Tu hermano ega... *(Voces: ¡El príncipe Duraní! ¡El príncipe Duraní! Ena Daulá.)*

DAULÁ. Como el vendaval desencadenado por la selva, vimos egar sobre su caballo al príncipe Duraní. Pocos del Nirván le siuen muy de lejos, ninguno de Silandia. No llega a ti como rey encedor.

DANI. ¡No! Es el hermano que llega al hermano. Olvidad ue fué vuestra traición y vuestro odio los que le traen a mí... ¡Es l amor, el amor sólo! ¡Maldito sea el que se interponga entre u corazón y el mío! *(Vase.)*

MAMNI. ¡Sí, Dani-Sar, corre a su encuentro; ahogad en uestro abrazo la última esperanza del Nirván!

JHANSI. ¿Sabrás perdonar? ¿Olvidaste nuestra venganza?

MAMNI. ¡La quiero más cruel todavía! ¡Cuando sueñe amor felicidad, como soñábamos nosotros cuando nos despertó la traiión! ¡Cuando sueñe, sí, cuando sueñe!... Un sueño muy hermoo y el despertar... algo más horrible que la muerte. *(Salen.)*

CUADRO OCTAVO

La terraza del palacio de Sindra.

ESCENA I

SITA, KORA y NADÍ.

KORA. ... ¡Y al saber los tres hermanos que los tres morían le amor por la misma mujer, para que nada turbara su fraternal amor, decidieron olvidarla y partir cada uno por distinto camino!

NADÍ. El uno emprendió viajes sin descanso y sin término. Y era como una vida distinta en cada día de su vida! ¡Porque nunca le amaneció el sol en el mismo cielo y cada primavera eran listintas las flores que vió florecer, y cada vez que oyó palabras le amor fueron distintos los labios que las pronunciaron!

SITA. Y no pudo olvidar. El alma es como espejo; distinto le nuestra cada imagen que en su cristal se mira; pero él siempre es el mismo.

KORA. Y el otro hermano consagró su existencia a la sabiduría. Y eran tantos los libros sabios que leyó, que eran cada día listintos sus pensamientos. Porque la verdad aprendida hoy, mentira era mañana.

SITA. Y no pudo olvidar. Es nuestra alma como el cauce del

río; la misma gota de agua no corre dos veces en sus ondas, y cauce es siempre el mismo.

NADÍ. Y el otro hermano se hizo santo solitario y era su p samiento sólo uno: el amor a los dioses y a todas las criaturas.

SITA. Y no pudo olvidar. Que el amor es uno con nues alma, y allí donde está el alma está nuestro amor. ¡D jad, dejad vuestro cuento, que bien sé el triste fin! Los gen del mal persiguieron a los tres hermanos, y los tres co batieron en guerra y murieron los tres... ¿No oís? allá abajo, de la ciudad, llega ruido de gentes... El combate, guerra. ¡Escuchad!

KORA. No es ruido de armas, ni las voces suenan airadas

NADÍ. No, no... Son aclamaciones alegres, como de paz o victoria.

SITA. Si son de paz serán alegres para todos. Si fueran de v toria, de cualquiera que sea, serán siempre tristes para mí.

KORA. ¡Son de paz, son de paz! Porque unos gritan: ¡V el rey Dani-Sar!, y otros: ¡Viva el príncipe Duraní! Y si el u hubiera vencido, no viviría el otro.

SITA. ¿El príncipe Duraní dices? ¿Si no escuchaste bien?

NADÍ. ¡Viva Dani-Sar!, dicen.

SITA. ¿Dani-Sar?... ¿Y ahora?...

KORA. Y también el príncipe Duraní... Escucha, escucha...

SITA. ¡Ah, sí! Ahora, sí..., el príncipe Duraní.

KORA. Si él vive, ya no te importa que los gritos sean de v toria, si la victoria es suya.

SITA. ¡No, no! ¡Son de paz, son de paz entre los dos herm nos! Silandia pudo triunfar del Nirván, pero no de su amo Escuchad, escuchad... Los dos nombres unidos... Por esta aleg me arrancaría el corazón si mi corazón volviera a separarlos.

ESCENA II

DICHOS, MAMNI y esclavas.

MAMNI. ¿Oíste, hermana mía, oíste?... Nadie primero q yo en saludarte con palabras de amor. ¡Toda la luz del cielo i mina esta noche de felicidad!

SITA. ¡Mamni! ¿Es cierto? ¿No era la guerra? ¿No es muerte?

MAMNI. No. Es la paz, el amor. Por tu amor vuelve el c por tu amor huyó de su hermano y se declaró en guerra con él y le usurpó su reino... Allá queda Silandia, señora del Nirván ¿Pero qué importa? En la ciudad sagrada se abrazan los herm nos y celebran sus paces al celebrar la fiesta de sus bodas... no hay reyes en el Nirván, sólo hay hermanos... Ya no hay odi Todo es amor. ¿Qué le importa a Silandia de esta ciudad de S

ra? Todo el Nirván es suyo... Para nuestros dioses sin creyentes, n templo es bastante... Para reyes sin reino, bastante este palao... ¡No defenderá un solo soldado su recinto! Silandia nada teerá de nosotros si hasta aquí nos persigue, porque nos hallará e fiesta, y por armas sólo verá haces de flores, y por soldados múcos y juglares, y canciones de amor en todos los labios, y sólo un eseo en nuestro corazón: gozar dichosos los goces todos de la ida... ¿Qué le importa a Silandia que seamos dichosos? ¿Qué puee temer de nuestra alegría? Silandia cuidará de nosotros como de uestros tigres enjaulados; será su orgullo mostrarnos alegres. La aula estará bien cerrada. Pero nosotros cubriremos sus barrotes de ores y ellos podrán acariciar sin miedo a sus tigres, y dirán al que egue a contemplarnos: «¿No los veis? Son felices, viven en un ardín siempre florecido, que es como paraíso de amores. A nostros nos deben su alegría; el Nirván es nuestro; pero no es que osotros los arrojamos de él, fué que ellos lo cambiaron por esta elicidad.

SITA. ¡Cómo eres, Mamni! Me traes nuevas que alegran el orazón, y haces que mi alegría parezca remordimiento.

ESCENA III

DICHOS, DANI-SAR, NAGPUR, DAULÁ y soldados nirvaneses.

DANI. Juré que mis ojos no volverían a mirarte, y si querranté mi juramento es porque tu amor me devuelve cuanto por u amor vi perdido: el amor de mi hermano, la paz de mi reino. Volvió mi hermano y Silandia nos verá unidos, no contra ella, que sólo insensatos y traidores pueden considerarla como enemiga, sino a su lado, para que el Nirván sea dichoso. Acabaron las guerras y los odios. ¡No, Dani-Sar, no, Duraní! La paz y el amor reinan en el Nirván.

MAMNI. ¿Y Silandia consiente en vuestras paces, que sin ella acordasteis?

DANI. Mi hermano llegó aquí como fugitivo, por la única senda que conduce a Sindra ignorada de los de Silandia. Nunca le hubieran dejado venir. Los traidores le hicieron creer en su odio y le hicieron creer en el mío. Mis mensajes de paz no llegaron a sus manos hasta que la traición los llevó.

NAGPUR. ¡No me llames traidor, Dani-Sar! No lo es el que todos sus pasos los encamina al bien, cualquiera que sea el camino que emprenda.

DANI. Sí. Creíste hacer bien. ¡Lo que era bien para ti! Así, buscando nuestro bien cada uno, entre todos desatamos el mal sobre la tierra.

SITA. ¿Dónde quedó tu hermano?

DANI. En el templo, donde debe purificarse antes de llegar a ti como esposo. Mañana será la fiesta de vuestras bodas. Esta no-

che será consagrada a engalanarte. Los tres velos de la despos
cubrirán tu cuerpo. De oro el primero, porque serás esposa de qu
lleva sangre de reyes, y sólo yo, tu rey, podré desceñirlo antes
entregarte a un príncipe de mi linaje. Rosa el segundo, color d
aurora. Y de él te despojarán, antes de entregarte al esposo,
vírgenes que fueron tus compañeras en la niñez. Blanco el te
ro. Y de él nadie podrá despojarte, ni tu mismo esposo, porque
el velo sagrado de la castidad, que ha de vestir siempre el cue
de la esposa.

MAMNI. ¡Ven!... Yo misma he de atender a todo. Que
falte ceremonia alguna, para que todos los presagios sean ven
rosos.

SITA. ¡Dani-Sar, mi señor y mi rey! ¡Hermano de mi es
so, nombre el más grato para mi corazón! ¿Permites que yo ta
bién te llame hermano?

DANI. ¡Nunca te amé tanto! Por ti es ahora todo amor en
corazón. *(Sale Mamni, Kora, Sita, Nadí y Esclavas.)*

ESCENA IV

DANI-SAR, NAGPUR, DAULÁ y soldados.

NAGPUR. ¿Por qué te separaste de tu hermano? Descon
de cuantos le rodean.

DANI. ¡No, no! ¡En el templo no!... ¿Quién osaría?... Ac
sí, aquí no estaré tranquilo hasta que lleguen las tropas de Sila
dia. Ellas sólo pueden protegernos a mi hermano y a mí. ¿Cre
que no tarden en llegar?

NAGPUR. Apenas hayan advertido la huída del príncipe D
raní. Silandia no puede abandonarle. Y a tu lado no le juz
seguro.

DANI. ¡A mi lado, sí! ¡Pero no estoy yo solo! ¡Pronto, Da
lá, con tus soldados, los únicos leales!... Apostaos a la entra
de la ciudad, y apenas vean llegar a las tropas de Silandia c
rred a darme aviso. *(Salen Daulá y soldados.)* Esta noche no s
drá mi hermano del templo. Si llegaran antes del amanecer...

NAGPUR. ¿Y crees que aun allí esté seguro?

DANI. Los sacerdotes del templo de Sindra son fieles a s
dioses. Sólo temo de Jhansi y de los suyos. Pero no se atrever
a tanto. ¡Oh, las tropas de Silandia no llegarán nunca! ¡El e
tranjero ha de defenderme a mí y a los que amo contra l
míos!... ¡Nagpur, muestra ahora los prodigios de tus dioses fa
sos o verdaderos! ¿No podrán llegar antes? ¿Será eterna es
noche? ¿No brillará el Dragón de fuego? *(Se oye cantar dentr*

«Llora, llora mi amada
cuando es dichoso tu corazón.
Llora, llora mi amada,
es dulce llanto, llanto de amor.»)

as doncellas, amigas de Sita, cantan la canción de las odas, mientras visten su cuerpo con los velos sagrados. Cantad hasta el día. De allá abajo nada se oye... ¡Duerme hasta el manecer, ciudad de Sindra!... ¿No pudieran llegar de improviso as tropas de Silandia?... ¡Cantad, cantad! Me da miedo el silenio... ¡Oigo el golpear de mi corazón, que tiembla! *(Vuelven a antar. Fuera, rumores que se van acercando.)* ¡Espera!... ¡Escucha!... ¡Ahora, sí..., más cerca!... ¡Las tropas de Silandia!... Entran en la ciudad!...

NAGPUR. No. Son los nuestros.

DANI. Son mis leales. Vieron llegar a los de Silandia y vienen acia aquí. ¡Daulá, mis amigos!...

ESCENA V

DICHOS, JHANSI, soldados nirvaneses, después el PRÍNCIPE DURANÍ entre soldados nirvaneses y gente del pueblo.

DANI. ¡Ah, tú!... ¿Qué buscas?..

JHANSI. Tu hermano llega a ti purificado de todas sus culpas, a celebrar la fiesta de sus bodas. ¡No amaneció para el Nirván día más glorioso que este día de vuestras paces! ¿Está todo dispuesto?

DANI. Si aun no amanece, ¿cómo salió del templo mi hermano?

JHANSI. Nunca amanecerá para él. *(El príncipe Duraní, empujado por los soldados nirvaneses, viene a caer a tierra delante de Dani-Sar.)*

PRÍN. ¡Hermano, hermano!

DANI. ¡Duraní!... ¿Qué hicisteis?...

PRÍN. ¡No fuiste tú!... ¡No lo creo! ¡Tu amor me llamó!... ¡No fuiste tú!... ¡Mi hermano!...

DANI. *(Levantando a su hermano y palpando su cuerpo con ansiedad.)* ¡Sangre... no! ¡No es la muerte!... ¿Qué fué entonces? ¡Ah! ¡Sus ojos sin luz!... ¡Duraní, hermano mío! ¿Y has creído que yo...? ¡Traidores! ¡Fieras, sin amor ni piedad! ¡Por la luz del sol que apagasteis para siempre en sus ojos, que la piedad a todo se extinguió para siempre en mi corazón! ¡Venganza como la vuestra! ¡Venganza y muerte! ¡Si todos los dioses juntos, si el más grande de todos viniera a decirme: «No fueron los hombres, fuí yo, tu dios, quien lo hizo; fué mi castigo, mi justicia, yo la ordené, y los hombres la ejecutaron», no dejaría de vengarme! ¡Si mi padre, que nos engendró a los dos; si mi madre, la que a los dos nos unió en sus entrañas y con el mismo amor nos dió la vida al mismo pecho, salieran de sus tumbas a decirme: «No era tu hermano, no era la nuestra, no es la tuya su sangre», no impedirían mi venganza! ¡Si él mismo me dijera:

«¡Perdona, hermano mío, por mi amor, por nuestro padre, p
nuestra madre, por el dios de la eterna vida, por cuanto am
y cuanto crees y cuanto esperas», no os perdonaría, no escap
ríais a mi venganza! ¡Aun cuento con leales, aun soy rey d
Nirván para los míos, aun sois pocos para defenderos contra m
y contra Silandia, que se unirá a mí para vengar vuestras tr
ciones!

JHANSI. ¡Sí, era su protegido, el rey que quiso darno
¡Pero mientras alentara un creyente no podría ser rey del Nirv
el traidor a la patria y a los dioses! No atentamos contra su vid
quisimos sólo que no reinara nunca. Y nuestra ley lo dice: «
que fuese mutilado en su cuerpo no podrá ser rey del Nirv
mientras viva...»

DANI. «¡Ni entrará en el paraíso de los dioses cuando mu
ra!...» ¡Más allá de la vida llegó vuestra venganza!

PRÍN. ¡Hermano! ¡Hermano! ¡Ven a mí! ¿Es tu amor
es tu traición la que habla? ¡Ya no veo en tus ojos, ya no pue
leer en tu alma!

DANI. ¡No dudarás de mí, no podrás dudar nunca de m
amor! ¡Su luz llegará hasta el fondo de tu alma, más que la l
del sol llegó a tus ojos! ¡Fué mi amor el que te llamó y tu e
posa te espera, la mujer que yo amé sobre todo! ¡Y será tuya
por mi mano te llevaré a sus brazos, y si no pueden verla tus ojo
más cerca que tus miradas la sentirán los besos de tus labios! ¡
así, como caricias y besos, llegará a ti la hermosura de cuan
existe!... ¡Por su amor, por el mío, serán tantos los goces de
vida, que olvidarás que vieron tus ojos! ¡Para ti todo nuest
amor, para ti toda nuestra vida!

PRÍN. ¡Hermano! ¡Hermano! ¡Su venganza no está sat
fecha; te darán muerte; huye de aquí, te darán muerte!

DANI. ¡No, no! ¡Llegarán las tropas de Silandia, estar
a nuestro lado!

JHANSI. Si puedes defenderte hasta que lleguen. ¡Creyent
del Nirván, la ciudad sagrada no es del rey, es de los diose
¡Muerte a Dani-Sar!

DANI. ¡Muerte a los traidores! *(Se oyen disparos dentro*
¡Ah! ¡Las tropas de Silandia! ¡Nagpur, corre a su encuentr
¡Seguidle, mis leales! *(Salen Nagpur y algunos soldados nirv*
neses.) ¡Hermano! ¡A mi lado!

PRÍN. ¿Dónde estás?... ¡Hermano, hermano!

ESCENA VI

DICHOS, MAMNI y SITA.

MAMNI. El extranjero en la ciudad sagrada. Que no espe
nuestra venganza.

JHANSI. ¡Nuestra venganza está cumplida, Mamni!

MAMNI. ¡Ah, Duraní!... ¡Tu esposo, tu amor! Celebrad iestras bodas, que Silandia os halle unidos.

SITA. ¡Duraní!

PRÍN. ¡Sí, tu amor; la muerte contigo!

TODOS. ¡Su muerte!

SITA. ¡Piedad! ¡Su vida, no!

PRÍN. ¡Maldito seas si no salvas su vida, maldito por siem-re!

JHANSI. Llegan los de Silandia. En la selva aun podemos encerlos. Huyamos dispersados y allí nos juntaremos muy ronto.

TODOS. ¡Muerte al Príncipe Duraní! ¡Muerte a Dani-Sar! Muerte!

MAMNI. Su muerte, no. Que vivan como esclavos. ¡Que Si-andia complete nuestra venganza! *(Salen Mamni, Jhansi y nir-aneses.)*

ESCENA VII

DANI-SAR, PRÍNCIPE DURANÍ, después el CAPITÁN FRANCIS, el CO-RONEL ESTEVENS, el CAPITÁN LAKE, el GENERAL DUQUE DE FORD, NAGPUR y soldados de Silandia.

FRANCIS. ¡Pronto..., aquí! ¡Nadie defiende la entrada!

NAGPUR. ¡Huyeron!

COR. ¡General!... ¡El rey Dani-Sar!

GEN. ¡Que nadie ponga la mano sobre él!

DANI. ¡Dejadme..., dejadme!... ¡Nadie me defiende! ¡Estos son los únicos leales!... ¡Todos me persiguen!... ¡Me persigue el odio..., la muerte!... ¡Os esperaba!... ¿Por qué no vinisteis a salvar a mi hermano? ¡Era el rey del Nirván, era vuestro rey, debisteis salvarle!

GEN. ¡Rey Dani-Sar! ¡En nombre de Silandia, eres nuestro prisionero!

DANI. ¿Rey decís todavía? Yo no soy rey, no lo fuí nunca. Prisionero, sí. Lo fuí siempre.... Antes, de todos; ahora sólo vuestro. *(Cae de rodillas ante el General tocando el suelo con la frente.)*

TELÓN

EPILOGO

Salón de un hotel en la capital de Silandia.

ESCENA I

Un MAITRE d'hôtel y un REPORTER.

MAITRE. No insistáis. Nos está prohibido en absoluto revela[illegible] nadie intimidades de la vida de Su Majestaad el Rey del Nirv[illegible] mientras se halle en nuestro establecimiento. Tened en cuenta q[illegible] es un prisionero de Silandia, aunque, como veis, su prisión es [illegible] modelo de *confort,* y si me atreviera a decirlo, de suntuosidad. S[illegible] duda alguna este pobre Rey no vivió como ahora vive. Nues[illegible] hotel es el mejor hotel de la metrópoli ; cincuenta años de existe[illegible] cia son su mejor garantía ; es el favorito de los grandes soberan[illegible] y de los grandes personajes. ¡ Sólo de los grandes ! De los grand[illegible] artistas y de las grandes *cocottes.* ¡ Sólo de las grandes ! Pod[illegible] hojear el álbum de nuestra casa ; contiene los más preciosos au[illegible] grafos. Todos laudatorios de nuestro magnífico establecimien[illegible] Podéis copiar algunos en vuestro periódico. En cuanto a los de[illegible] lles íntimos que me pedís referentes a Su Majestad el Rey del N[illegible] ván y de Sindra, repito que me es imposible complaceros. Por [illegible] momento, nuestro hotel es un edificio nacional. Sus emplead[illegible] somos dependientes del Gobierno de Silandia. La menor indisc[illegible] ción de nuestra parte podría promover un nuevo conflicto europ[illegible] Comprenderéis lo delicado de nuestra situación.

REP. Es inútil. Mi periódico me envía en un *paquebot* especi[illegible] en trenes especiales, con la misión especialísima de informar[illegible] de cuanto se refiere al Rey Dani-Sar como prisionero de Siland[illegible] y no volveré sin haberme informado de todo, cueste lo que cues[illegible] El Gobierno de Silandia tiene interés en ocultar la verdad, los d[illegible] más Gobiernos europeos tienen interés en desfigurarla. Nosot[illegible] no tenemos más interés que el de informar al mundo entero [illegible] la verdad. Si no llego a saberla, me veré precisado a inventar[illegible] Sería muy desagradable. Confirmaré la opinión de toda Euro[illegible] de que el Rey Dani-Sar es objeto de malos tratamientos, de cru[illegible] les martirios...

MAITRE. ¿Qué decís? ¡ En nuestro hotel !... ¡ Y nuestro ho[illegible] es lo de menos ! El Gobierno de Silandia no le ha tratado nun[illegible] como prisionero, sino como huésped y amigo. Europa nos calu[illegible] nia... ¡ Ni el Gobierno, ni la Sociedad comanditaria de nuestro h[illegible] tel, pueden consentir en que la calumnia se imponga !

REP. Necesito verlo...

MAITRE. El Rey Dani-Sar se halla tan complacido en Silan-, y principalmente en nuestro hotel, que su mayor tristeza será se obligado a volver al Nirván. Sus Majestades le reciben a to- horas con gran cariño, como a cualquier soberano europeo. este momento se halla en Palacio.

REP. Necesito verlo...

MAITRE. Diariamente recibe las mayores pruebas de afecto. d, damas de la corte que le envían flores y dulces, y tarjetas tales para que se digne firmarlas. Los empresarios de todos teatros le ofrecen palcos para sus espectáculos. Los mejores fo-rafos y los más preclaros artistas no le dejan descansar un mo-nto disputándose el honor de retratarle. Y las más ilustres be-as profesionales han pretendido sobornarme para que les pro-cionara un ligera entrevista con Su Majestad. Proposiciones no es preciso deciros si han sido rechazadas por mí con gran ignación, no exenta de la mayor dignidad.

REP. Necesito verlo...

MAITRE. Como favor señaladísimo y por tratarse del más fecto caballero que he conocido, corresponsal del mejor perió-o del mundo, más que del mundo, de América, os permitiré itar las habitaciones destinadas a Su Majestad y a su servidum-, seguro de que no habréis visto nada semejante.

REP. ¿Y el Rey Dani-Sar, permanecerá todavía mucho tiempo Silandia?

MAITRE. Os lo ruego, no me preguntéis nada... El conflicto re mi amabilidad y mi discreción sería terrible.

REP. Perdonad... Una sola pregunta... ¿Es cierto que el Rey ni-Sar se halla muy enfermo por el frío de Silandia?

MAITRE. ¡Calumnias de la Prensa europea! Ved los termó-tros: 36 grados. Es la temperatura constante de sus habitacio-s.

REP. ¿Y es cierto que abusa de las bebidas y de los narcó-os?

MAITRE. ¡Calumnias! ¡Todo calumnias! Os aseguro que Majestad es el sér más dichoso de la tierra, y que Silandia es ra él como el paraíso de su religión, que, como sabéis, es uno los paraísos más agradables. *(Dentro se oyen voces y algún sil-do.)* Esperad... Su Majestad regresa de Palacio.

REP. ¡Qué ovación!

MAITRE. El populacho, como en todas partes. La Policía no ede siempre evitarlo. A Su Majestad se le ha hecho creer que Europa el silbido es una forma de manifestar el entusiasmo. Su Majestad saluda muy agradecido. En este momento entra su rroza en el gran patio. Comprenderéis que ya es imposible que rmanezcáis aquí.

REP. Al contrario. Esperaré a Su Majestad.

MAITRE. Imposible. No queráis comprometerme.
REP. Saludarle nada más. Ver su aspecto de cerca.
MAITRE. Me comprometéis...
REP. Es lo mismo; espero.

ESCENA II

DICHOS, DANI-SAR precedido de algunos soldados de Silandia armas. Detrás NAGPUR y DAULÁ y algunos esclavos nirvanese

DANI. Estoy fatigado; tengo frío.
MAITRE. *(Al Reporter.)* Ya lo veis... No es el mome ¿Vuestra Majestad desea algo?
DANI. Nada..., nada... Dejadme. Esperad..., ahora recue ¿Qué se sabe de aquel pobre criado mío que llevaron ayer enfern
MAITRE. Siento decir a Su Majestad que, a pesar de la a tencia de los doctores más eminentes, ha muerto esta mañana.
DANI. ¡Ha muerto!
DAULÁ. ¡En tierra extranjera! Y todos moriremos como é si no te apiadas de nosotros.
DANI. ¿Queréis volver al Nirván?... Vosotros, sí; pero ¿para qué?
DAULÁ. Nos moriremos de frío y de tristeza.
NAGPUR. Silandia te devuelve tu reino. La paz del mundo tero depende de ti, Dani-Sar; ya lo oíste.
DANI. ¡Oh, glorioso destino el mío! Yo puedo más que dos, soy más grande que todos. El mundo entero no podría da paz a mi corazón, darme una sola hora de alegría, y de mí, cambio, depende la paz del mundo entero... ¿Por qué no me a ran todos como a un dios? ¡Dejadme..., dejadme!
MAITRE. *(Al Reporter.)* Vamos.
REP. Os he dicho que no. No me iré sin hablarle. ¡Rey Nirván!
DANI. ¿Quién es? ¿Qué quiere?
REP. Un ciudadano de la libre América os saluda. Si al día Silandia os devuelve la libertad debéis visitarnos. Yo atrevería a proponeros...
MAITRE. ¿Vais a ofrecerle algún contrato?
REP. ¿Por qué no? Sería un éxito.
MAITRE. Sois un impertinente.
DANI. ¿Qué pretendía? ¿Enseñarme allá como una fiera riosa?
MAITRE. No haga caso Su Majestad; es un negociante.
DANI. Sí; que no disimula sus intenciones. No son co vosotros, ¿verdad? Silandia no me trata como una fiera cazada trampa; no me ha traído aquí para enseñarme a su gente, co enseña en su jardín zoológico a los tigres que trajeron conmi

er fuimos a visitarlos. Como yo, están regiamente enjaulados. ración es sobrada y se dejan acariciar por sus guardianes. Sólo nosotros nos extrañaron. Yo esperaba de ellos más simpatía. n del Nirván como nosotros... Mientras yo los contemplaba, la nte que allí había dejó de contemplarlos a ellos para contemarme a mí con más curiosidad que a las fieras, pero con menos npatía. Eramos tres razas de seres, tan extraños hombres a mbres como los hombres a las fieras. También sois de otra raza. iradme bien; satisfaced vuestra curiosidad. Pero podéis contemarme sin temor y sin odio; nunca hemos combatido y estoy enulado. Ahora dejadme; dejadme con los míos, nos queda poco empo de estar juntos.

MAITRE. ¿Estáis ya satisfecho?

REP. Soy el hombre más feliz de la tierra; no sé cómo pagaros ta entrevista.

MAITRE. Con una descripción detallada de nuestro hotel en iestro periódico.

REP. Descuidad. Una descripción fantástica... Ya veréis qué clamo. *(Salen el Maître d'hôtel y el Reporter.)*

ESCENA III

DANI-SAR, NAGPUR y DAULÁ.

NAGPUR. ¿Por qué dijiste que nos queda poco tiempo de star juntos? ¿No aceptaste las condiciones de paz? ¿No te perdoa Silandia generosa y te devuelve tu reino?

DANI. Soy el prisionero, el esclavo... Y en el palacio del Rey e Silandia el vencedor, el poderoso, rodeado de toda su corte, de os ministros, de los embajadores del mundo entero, me estrechan, ne acosan, me obligan a firmar un tratado que les entrega mi eino para siempre... No es generosidad la suya, es que Europa os amenaza y los llama crueles y traidores, y necesitan la sombra e un rey que les entregue por su mano lo que no se atreven a omar por la suya... ¡Todo lo que ambicionaban, todo es suyo. Pero o es robo, no es despojo; es tributo que paga el Nirván como aliao y amigo de Silandia. Es el precio de mi vida y de la paz de mi eino asegurada. Y todos aceptan lo convenido. Unos por interés, otros por cobardía. Cuanto hizo Silandia con el Nirván y connigo, nada significa si la buena diplomacia de Europa halló buenas palabras para encubrir malas acciones. ¡Y las hallaron las uenas palabras!... ¡Protectorado, indemnización de guerra!... Y otras más altas: ¡civilización, progreso!... Y otras más nobles: clemencia, generosidad! Y Silandia se burla así del mundo entero. Pero yo no volveré al Nirván, donde han muerto todos los que me amaban y todos los que yo amé, y donde sólo viven los que me odian o me desprecian, y son ya tan esclavos que no ha-

brá uno capaz de darme muerte para vengar en mí a los que n
rieron... ¡ Porque fuí traidor, porque fuí cobarde! ¡ Porque s
supe amar y amé al extranjero como a un hermano, y a mi h
mano más que al amor de mi vida! ¡ Y no debió ser, no debió s
Así han destrozado mi corazón y mi reino. No basta amar co
yo amé... Para ser fuerte es preciso odiar, es preciso defender nu
tros amores con nuestros odios, y yo no supe odiar. Todo
amor en mi corazón, y así le hallaron indefenso la traición,
engaño, la ingratitud, toda la maldad de los hombres.

NAGPUR. Debes cumplir lo pactado.

DANI. ¿Para qué quieren que vuelva a ser Rey? Porque
hermano, en quien Silandia confiaba, ya no podía serlo, le ab
donaron sin piedad a los rebeldes, y su cuerpo fué despedazado.
Mamni, Jhansi y sus leales, acosados como fieras en la selva
Sindra, cayeron en su poder y esperan allá, prisioneros, que
vuelva a ejecutar su sentencia de muerte, que Silandia, genero
no se atreve a cumplir. La venganza, el castigo, la esclavitud
los míos, esas serán mis leyes, mis actos de rey al volver a mi
no. De Silandia, la generosidad, la clemencia, todo lo que les mu
tre como pacificadores y humanos. A una palabra mía caerán
cabezas de cuantos hablen de libertad en tierra del Nirván...
una palabra suya, la tierra del Nirván será fecundada... Yo
entregaré las riquezas de mi reino, y ellos dirán que las des
brieron... Y cuando no haya una sola vida que les estorbe y yo p
da entregarles tomarán la mía con una nueva traición, seré o
vez rebelde si así les conviene, comprarán asesinos o sabrán d
me muerte, con tal arte que yo mismo, sintiéndome morir,
sepa de qué muero. ¡ No, no iré al Nirván! Aquí mi vida es p
ciosa para ellos; si muriera prisionero suyo, Europa entera
acusaría de haber sido crueles y asesinos. ¡ Y es lo que ellos
quieren! Vivir aquí es mi seguridad; morir aquí sería mi ve
ganza. ¡ Lo saben, lo saben! Por eso me regalan, por eso me c
dan. Están pendientes de cada pulsación de mis venas, del a
que respiro y del sueño que duermo... Es mi venganza. Ahora
me importa morir. Sé que mi muerte haría estremecer a Sila
dia. ¡ Pues sólo muerto saldré de aquí! ¡ Sólo muerto volveré pa
ser sepultado en la tierra sagrada del Nirván!

NAGPUR. ¡ No, Dani-Sar! Deliras... Es la fiebre que te co
sume la que te hace delirar. Aquí es donde peligra tu vida. El a
de Silandia es mortal para nosotros. Silandia no quiere tu mu
te. Su Rey envía a sus doctores para cuidar tu vida, y todos a
guran que debes volver al Nirván.

DANI. ¡ Ah! ¿Eso dicen? ¿Aquí es la muerte? ¡ La muert
¡ Bien venida sea! ¡ Mi amiga, mi aliada leal! No acudió tan pro
to Silandia a salvar a mi hermano y a salvarme. ¡ Sus planes, s
traiciones, todo destruído con mi muerte! ¡ Oh muerte poderos

erte invencible! Los dos contra Silandia, los dos solos, y Silan- vencida. ¡Conmigo mi hermano, todo el Nirván, el mundo en- contra ella, no pudimos tanto! ¡Vencida Silandia, vencida!

DAULÁ. ¡Dani-Sar!

DANI. ¡Me ahogo!... ¡Qué frío, qué frío!

DAULÁ. ¡Dani-Sar!

DANI. Tu mano abrasa... Sobre mi frente... Así... Como el ca- de nuestro sol, que no brillará nunca para mí. *(Entra un Sol- lo de Silandia.)*

SOLDADO. El general. duque de Ford desea ver a Su Ma- tad.

DANI. ¡No, gente de Silandia, no! ¡Vendrán a llevarme, no lré defenderme! ¡Daulá, mi amigo, jura que no me llevarán vida! ¡Si la muerte no acude, sé leal para mí como la muerte!

NAGPUR. El rey está muy enfermo, haced llegar al general. *ıle el Soldado.)*

ESCENA IV

CHOS, el GENERAL DUQUE DE FORD, el CORONEL ESTEVENS, CA- ÁN FRANCIS, CAPITÁN LAKE, MR. MORIS y el PASTOR EVANGÉLICO.

NAGPUR. ¡General..., señores!... Dani-Sar se niega a volver Nirván y su vida peligra.

GEN. No es posible. ¿Dónde está el rey?

DAULÁ. Nuestro rey se muere.

DANI. No, no es la muerte todavía. Aun hay fuerzas en mí ra defenderme. Ya no creo en vuestros halagos, ya no me en- ñan vuestras traiciones, ya no es mi confianza por vuestra perfi- ı, mi amor por vuestro odio... No; ya sé también odiar. Pero sé mentir. Tarde os conozco, pero con mi último aliento sabré ıldeciros. Tarde os odio, pero ya que no supe exterminaros a los cuando estabais en mi poder, no moriré sin venganza en uno alquiera de vosotros. ¡Uno de Silandia, uno solo por todo mi io! Para el vuestro no bastaron todos los que yo amé. *(Intenta oiarse sobre ellos.)*

NAGPUR. ¡Dani-Sar!

GEN. ¡Sujetadle!

MORIS. Está loco, no nos engañaron.

GEN. Cálmate, Dani-Sar. ¿Por qué te ofende nuestra presen- ı? Somos tus amigos, no es culpa nuestra cuanto sucedió.

DANI. No es culpa vuestra... Cierto, no es culpa vuestra... ıis soldados, obedecéis a vuestra patria; ni habrá uno solo en ıestra patria que tenga la culpa, ni vuestro mismo rey, con ser rey de todos. Para vengar de un solo golpe tanto daño, ¿dónde bría que buscar el corazón culpable, eso que llamáis vuestra pa-

tria y por su nombre os hizo ser injustos, crueles y traidores
el Nirván y conmigo?

GEN. Aceptaste las generosas condiciones de paz con Silan
firmaste el tratado, te obligaste a volver a tu reino, que Silandi
Europa entera desean que vuelva a ser tuyo.

DANI. ¡No iré, no iré, ya lo dije! Que Europa os declare
guerra, que entre todos se repartan mi reino... Prefiero ser a
vuestro prisionero a ser allí vuestro esclavo. Aquí, si queréis,
déis asesinarme; pero el mundo entero sabrá que fuisteis
asesinos. Allí me obligaréis a que yo lo sea... ¡No iré, no iré!...
volverá a verterse en el Nirván una sola gota de sangre en
nombre. ¡No lleves a un rey, lleva allí a tus verdugos, Siland
Sé leal una vez siquiera. ¿Qué quieres del Nirván? ¿Su tierr
sus tesoros y los esclavos que basten a servirte? Pues roba y
termina lealmente. Si eres fuerte, si Europa entera se acoba
ante ti, no necesitas engañarla. Cuando retumbe el estampido
tus cañones en el mar del Nirván, no es preciso que te discul
con notas diplomáticas. ¡Sé fuerte, Silandia! ¡Y cuando destruy
todos dirán que civilizas, y cuando seas más cruel, que eres n
grande!

GEN. Observo con tristeza que influyeron en ti los enemi
de Silandia. Pero cuando nuestra generosidad contigo ha acall
a los más implacables es injusto que seas tú quien nos respo
de ese modo.

NAGPUR. Dani-Sar está enfermo, la fiebre le excita...

GEN. Por eso no tomo en cuenta sus palabras. Procuradle
gún descanso, porque esta misma noche debemos partir. Tamb
yo creía tener derecho al descanso y que Silandia no necesita
de mí en el Nirván; pero el Gobierno de Su Majestad desea
acompañe de nuevo al rey, y me sacrifico gustoso.

NAGPUR. Ved... Su exaltación fué pasajera... No tiene fu
zas para sostenerse.

MORIS. Es preciso apresurar la marcha.

GEN. No hay peligro. Los médicos responden de su vida
sale pronto de Silandia.

DANI. Tengo frío, mucho frío...

GEN. ¡Retiraos a descansar! Acompañadle.

DAULÁ. Vamos, Dani-Sar.

DANI. ¡No iré, no iré!... ¡La muerte en Silandia, prision
suyo! ¡Tú me defiendes, Daulá! ¡Tú y la muerte! *(Sa
Dani-Sar y Daulá.)*

ESCENA V

LOS MISMOS menos DANI-SAR y DAULÁ.

MORIS. Si muriera...

GEN. Sería una complicación. Es preciso que llegue al Nirván
vida, y es preciso partir esta misma noche.
PASTOR. ¿Pero si se resiste a volver como dice...?
MORIS. No podréis llevarlo a la fuerza.
NAGPUR. Vendrá.
GEN. ¿Tú lo aseguras? Confío en ti. Fuiste siempre el mejor
igo de Silandia.
PASTOR. Aunque sacerdote de una religión falsa, hay espíri-
en él. Y el espíritu es la fuerza, la... Es todo. Aunque en nom-
de distintas creencias, podemos trabajar unidos. Me ayudaréis
la nueva versión de los *Salmos* en la lengua nirvanesa, y en la
vuestros libros sagrados a la nuestra, que debo hacer por encar-
de la Sociedad Políglota.
GEN. Tiempo tendréis de preparar vuestros trabajos, mi que-
o Pastor. Lo importante ahora es que Dani-Sar emprenda su
je esta misma noche sin resistencia alguna.
MORIS. Silandia entera, la capital especialmente, se disponen
estejar con iluminaciones y regocijos populares la confirmación
la paz. El Gobierno ha dispuesto una manifestación
simpatía para despedir al rey del Nirván. Sería de un efecto
plorable que se retrasara su marcha o le vieran marchar triste
abatido.
GEN. Habrá algún medio de calmar su excitación, de reani-
rle.
NAGPUR. Hay un medio. Los sacerdotes del Nirván posee-
os el secreto de plantas milagrosas que dan fuerza y vigor so-
ehumanos y nos sostienen en nuestras largas penitencias. Al
incipio producen una excitación de salud y de vida. Todo pare-
alegre y risueño. Después producen un profundo sopor, que
ra un cuerpo débil puede ser peligroso. Si Dani-Sar no estuvie-
enfermo...
GEN. No importa. Nos acompañan en el viaje excelentes doc-
res, que sabrán prevenir cualquier peligro. Que Dani-Sar parez-
reanimado y alegre al salir de Silandia, y después su vida es
enta nuestra.
MORIS. Una vez en el Nirván será más difícil defenderla. Se-
in noticias, los rebeldes que lograron escapar han jurado su
uerte.
PASTOR. Sí. Dani-Sar morirá asesinado por algún fanático.
GEN. Es lo probable, aunque hagamos lo posible por impe-
rlo.
NAGPUR. Entonces, ¿me autorizáis para serviros?
GEN. Siempre nos serviste con lealtad. ¿Nos aseguras que Da-
-Sar consentirá en partir esta misma noche?
NAGPUR. Os lo aseguro. Sin resistencia alguna. Confiad en
í. *(Sale.)*

ESCENA VI

DICHOS menos NAGPUR.

GEN. Coronel, capitán Francis, capitán Lake... Os felicito todo corazón. El Gobierno de Su Majestad ha aprobado mi p puesta de recompensa.

COR. Nuestra mejor recompensa es que nos hayan design nuevamente para acompañaros.

FRANCIS. Es un honor, al que sabremos siempre corresp der.

GEN. El capitán Lake no parece tan satisfecho de volver Nirván.

LAKE. Para mí tiene recuerdos tristes: la muerte del prínc Duraní, a quien profesé verdadero afecto.

GEN. Para mí fué también gran tristeza. Pero no fué cu nuestra.

MORIS. Decid, general: en caso de que Dani-Sar fuera a sinado por alguno de los suyos, como es de temer, ¿sobrevendr nuevas complicaciones?

GEN. Ninguna. Dividiremos el Nirván en provincias y se gobernadas por naturales del país. Gobernadas sólo en cuant ellos se refiere: su administración de justicia, la cobranza de puestos, que nosotros cobraremos directamente de los gober dores.

MORIS. Comprendo. Correrá a su cargo todo lo enojoso de administración.

PASTOR. Silandia debe ser sólo el poder supremo, el que pare y evite injusticias y daños.

MORIS. Los gobernadores nirvaneses esquilmarán el país guramente.

GEN. Y en ese caso castigaremos a los gobernadores.

PASTOR. Confiscando sus bienes.

GEN. Nuestra obra será de civilización y de progreso.

MORIS. La noticia de que nuestra Compañía explotará las nas que el rey Dani-Sar cede a Silandia como indemnización guerra ha producido un alza considerable en nuestras accion

PASTOR. Hay quien ha doblado su capital en veinticua horas.

MORIS. Nuestro triunfo ha sido completo.

GEN. Completo si Dani-Sar vuelve a su reino con vida. otro modo, la sensible Europa nos acusará de haberle asesina

MORIS. ¿Oís?... Empiezan las manifestaciones populares

PASTOR. ¡Qué satisfacción para todos los que hemos con buído en algo a tan grande empresa! Estoy conmovido. Permit general. Un abrazo que nos una a los tres.

MORIS. Los tres grandes poderes para toda obra grande: las
mas...
GEN. El dinero...
PASTOR. Y el espíritu, sobre todo.

ESCENA ÚLTIMA

DICHOS, DANI-SAR, NAGPUR, DAULÁ y Criados nirvaneses.

GEN. ¡Ah! ¡El rey Dani-Sar! ¿Cómo se halla?
NAGPUR. Más tranquilo. Consiente en partir esta misma no-
e, y volverá a su reino, donde sólo le esperan amor y felicidad.
DANI. Sí..., llevadme, llevadme. Ya no temo a la muerte, ya
quiero morir... Me devolvéis mi reino, me devolvéis la liber-
d, la vida...
GEN. El Nirván será grande y poderoso como Silandia.
MORIS. Enriquecido y civilizado como no lo fué región al-
ına.
PASTOR. Desaparecerán la peste y el hambre y todas sus
iserias.
DANI. Y no habrá extranjeros en mi reino, todos serán ami-
os y hermanos. La muerte será generosa como Silandia y me de-
olverá a los míos. ¡Será una fiesta de paz y de amor para todos;
faltará ninguno, ni los muertos!
NAGPUR. ¿Oyes? Silandia te aclama al despedirte.
MORIS. Se ilumina en tu honor.
DANI. Es el Dragón de fuego que brilla para gloria del Nir-
ın en el cielo sin luz de Silandia. Duraní, hermano mío! No son
s extranjeros, son nuestros hermanos. ¡Tuyo el amor de mi vi-
ı; ni el amor de una mujer podrá separarnos! Tu odio, no,
amni; ¿por qué hemos de odiarlos? ¿Porque su color es pálido,
orados sus cabellos y sus ojos azules? Mi corazón sólo sabe ele-
ır a los dioses esta plegaria: «Dios de los dioses, evitad el dolor
cuanto existe.»
GEN. Nagpur, ¿qué es esto? ¿Será pasajero su delirio?
NAGPUR. Os prometí reanimar su cuerpo. ¿No queríais una
ombra de rey animada? Con su vida os basta. Del mismo modo
ıe a su rey, podéis dominar al Nirván. Es lo menos que puede
ejarse a los vencidos: el recuerdo y el sueño... ¡Que recuerde,
ıe sueñe! A vosotros la vida, que es la fuerza, Silandia vence
ora.
DANI. ¿Oís?... ¿Oís?... La canción del Nirván. Llega a mí
uy de lejos, como una caricia de todo cuanto amé.
DAULÁ. No, Dani-Sar. No son nuestras canciones. ¿Quién
be en Silandia las canciones del Nirván?

GEN. ¡Es Silandia la que te aclama! Ven a dar a su p
blo tu saludo de despedida.

DANI. No. Es el Nirván, es su canción que llora. Dejad
oír, dejadme.

NAGPUR. Cree escucharla en su delirio. ¡Dani-Sar!

DANI. Dejadme oír... ¿Es que no oís como yo? ¡Vive el N
ván; vive cuanto amé en él; es su alma esa canción, y su a
vive! ¡No has vencido, Silandia, no has vencido!

TELÓN

JACINTO BENAVENTE

AL NATURAL

COMEDIA EN DOS ACTOS Y EN PROSA

Estrenada en el teatro Lara el 20 de noviembre de 1903.

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
A MARQUESA DE PALMAR...	Sra. Valverde.
UFEMIA	» Rodríguez.
LAR	» Ruiz.
ITA	Srta. Domus.
OÑA OLALLA..........................	» Alba.
ARTINA	» Rodríguez.
ETRA	Sra. Beltrán.
AQUÍN	Sr. Calle.
ON DEMETRIO......................	» Santiago.
ON PACO................................	» Rubio.
L MARQUÉS DE SAN SEVE-RINO..	» Sepúlveda.
ICENTE	» Barraicoa.
ASPARÓN	» Zorrilla.
N CRIADO..............................	» Mani.

l primer acto en Madrid, y el segundo en una finca en el campo. Derecha e izquierda las del actor.

ACTO PRIMERO

Gabinete elegante.

ESCENA I

La Marquesa, sentada al lado del velador o mesita, abriend las hojas de un libro. Después Petra por el foro y después u Criado por el foro.

PETRA. ¿Señora Marquesa?
MARQUESA. ¿Qué?
PETRA. La peinadora.
MARQUESA. Voy en seguida. Que me vaya rizando el pe entre tanto.
PETRA. Está bien. (*Vase por el foro.*)
MARQUESA.—Voy a enterarme, no digan que le dedica a una los libros y no se digna leerlos. Y la dedicatoria es mu galante... (*Leyendo.*) «Para la muy noble Marquesa del Palmar ese triunfante atardecer de un día glorioso, todo belleza en e quisito concento de intelectualidad y emoción.» Lo de atardec no me hace mucha gracia... Pero, en fin, peor sería que hubie dicho noche cerrada... A ver más adelante... (*Leyendo*). «E un atardecer de amatista; en el cielo acuarela, un sol mor bundo se desangraba como gladiador vencido... La princes Melinita—oro, nácar y rosas—reía violeta a sus ensueños grise En el jardín de un verde líquido...» Por si acaso, lo dejo en verde líquido. Esta princesa Melinita me pone en cuidado. Jo quina habrá concluído de rizarme el pelo.
CRIADO. (*Saliendo por el foro derecha.*) La señora viuda Remolinos pregunta si la señora Marquesa puede recibirla.
MARQUESA. ¡Ya sabe que siempre estoy para ella! Que pas ¡Ah! Diga usted a Petra que diga a Joaquina que tardaré u poco..., que me vaya ondulando. (*Vase el Criado por el foro* Esta viene a enterarse... Va a ir bien servida...

ESCENA II

La Marquesa y Eufemia que sale por el foro.

EUFEMIA. ¿Cómo está usted, Marquesa?
MARQUESA. Muy bien, Eufemia. Perdone usted que la r ciba de trapillo a estas horas. Hoy no he salido en todo el dí Espero gente esta noche y quise que el revoque estuviera fresc
EUFEMIA. ¡Siempre de broma! En usted es una coquet ría el *deshabillé*. Está usted admirable de todos modos.
MARQUESA. El atardecer glorioso de un día verde. Dig

o sé. Acabo de leer un libro modernista que me ha trastorna-
o los colores. ¿Y usted, Eufemia, siempre tan divertida? Ya
eo en los periódicos que está usted siempre en todas partes y
ue tiene usted unos jueves brillantes... Yo no salgo de noche...
Tengo siempre gente.

EUFEMIA. No le perdono a usted que no venga un jueves; nos
ace usted mucha falta.

MARQUESA. ¿No tiene usted a don Paco, que es la peor
engua de Madrid?

EUFEMIA. Sí... Pero exagera por hacer gracia, y está tan
esacreditado... El procura imitar a usted, pero le falta ese
unto tan delicado para decir los mayores horrores de la gente
in que parezca que se dice nada... Eso es un don.

MARQUESA. La práctica... Yo llevo hablando mal de tres
eneraciones, y la gente sin enmendarse y yo tampoco.

EUFEMIA. Crea usted que todavía se habla poco para lo
ue se ve.

MARQUESA. Y para lo que no se ve, que es peor.

EUFEMIA. Ya sabrá usted lo de María Antonia... ¡El úl-
mo escándalo!

MARQUESA. ¿Usted cree que ha sido el último?

EUFEMIA. De esta hecha dicen que se separa el matri-
ionio.

MARQUESA. Pues no crea ella que va a tener más libertad.

EUFEMIA. Lo de casa de las de Infiesto ya lo sabrá usted
ımbién... ¡El trueno gordo! ¡Les han embargado todos los
iuebles, cuando todos creíamos que tenían un capital!

MARQUESA. Es que tendrán empeñadas las rentas. Por-
ue el capital ya sabíamos todos cuál era.

EUFEMIA. ¿Y esta noche, espera usted mucha gente? Por-
ue pienso volver después del teatro... Saldré antes de que se
oncluya.

MARQUESA. ¿Esta noche? ¡Tendré mucho gusto! Pero no
va usted a divertir nada. Hoy es recepción diplomática...,
e vistas... A ver si caso a mi sobrino.

EUFEMIA. ¿Joaquinito?

MARQUESA. Sí. Joaquinito, con treinta y seis años. Ya
ıbe usted que detesto a los hombres solteros. En mi familia
o he dejado uno. ¡Y los había durillos de pelar!

EUFEMIA. ¡Pobre Joaquín!

MARQUESA. No le compadezca usted. Le he buscado una
ovia que ni en los cuentos de hadas. Lo mejor que tenía en la
sta... ¡Y ríase usted de ese don Felipe que se anuncia en los
eriódicos!

EUFEMIA. Es que me parece que Joaquinito no ha nacido
ara casado, no sé por qué.

MARQUESA. ¡Pues si usted no lo sabe...!

EUFEMIA. ¡Por Dios, Marquesa! No lo diga usted con in-tención.

MARQUESA. No, hija mía. Lo digo porque él tiene much confianza con usted. ¡Le conoce usted desde chiquitín! (*Aparte* ¡Vuelve por otra!

EUFEMIA. ¡No tan chiquitín, Marquesa! ¿No dice uste que tiene treinta y seis años? ¡Calcule usted!...

MARQUESA (*Aparte.*) ¡Cualquier día!

EUFEMIA. Es que yo sé que hay quien murmura c nuestra amistad. Una buena amistad. Cierto que si yo no dijera a usted que alguna vez he tenido que llamarle al o den... Pero eso le sucede a una con todos los amigos de co fianza. Más tarde o más temprano, todos se creen obligados propasarse.

MARQUESA. Y no es obligación.

EUFEMIA. Y dígame usted, ¿quién es la novia? ¡No se su prima Anita! Porque de ésa sí estuvo muy enamorado, pe se convenció pronto.

MARQUESA. Le convencimos. Anita no le convenía de ni gún modo. No es porque sea mi sobrina, pero está muy m educada. Su padre se quedó viudo muy joven y ya le cono usted demasiado... ¡Tampoco lo digo con intención!

EUFEMIA. En este caso no tiene nada de particular. To el mundo sabe que su cuñado de usted me pretendía para c sarse; pero no iba yo a ser tan loca... ¡Un hombre que se en mora de la primera mujer que encuentra! No le ve usted u vez en la calle que no vaya detrás de alguna. En el tiem que frecuentó mi casa me costó despedir a cuatro doncellas.

MARQUESA. Le costó a usted menos que el moro Mu ¡Pues ya ve usted, con ese juicio lo que se habrá cuidado de educación de su hija! Aun hay que agradecerle que no peor.

EUFEMIA. La verdad es que Anita...

MARQUESA. ¡Calle usted! A mí me asusta.

EUFEMIA. Y el caso es que a los hombres los vuelve loc

MARQUESA. Esa es su defensa. Porque sólo volviéndo locos encontrará un marido.

PETRA. (*Saliendo por el foro.*) Señora Marquesa, la peinad que no puede esperar. Que si tarda mucho la señora Marque volverá luego.

MARQUESA. ¡No, por Dios, que es muy tarde! Voy, corriendo... (*Vase Petra.*) Usted no tiene prisa, ¿verdad? *oye dentro la voz de Joaquín.*) ¡Ay! Oigo la voz de mi sobrin Él le contará a usted... Yo salgo en seguida. (*Vase por la recha.*)

ESCENA III

Eufemia y Joaquín.

JOAQUÍN. (*Saliendo por el foro.*) ¡Querida tía! ¡Ah! ¿Es sted?...

EUFEMIA. Qué sorpresa, ¿verdad? Su tía de usted sale seguida.

JOAQUÍN. Ya sabrá usted que he estado muy constipado.

EUFEMIA. Se le conoce a usted en la voz.

JOAQUÍN. Debe ser que he cogido frío.

EUFEMIA. Sí, de seguro. Un enfriamiento.

JOAQUÍN. ¡Con estos cambios de temperatura! Por el día ene usted calor, por la tarde frío, por la noche...

EUFEMIA. Ni frío ni calor. ¡Los cambios son terribles! esús!

JOAQUÍN. ¿Eh?

EUFEMIA. Creí que había estornudado.

JOAQUÍN. Se burla usted de mí como siempre.

EUFEMIA. ¡Ah! ¿Soy yo quien se burla? Muchas gras. Su tía de usted me daba noticias de su próximo matrionio.

JOAQUÍN. No lo crea usted. Cosas de mi tía.

EUFEMIA. ¡Vaya! ¿Qué tiene de particular? Ya sé que y es la entrevista aquí. Estoy invitada.

JOAQUÍN. ¿Se queda usted esta noche?

EUFEMIA. Quiero conocer a esa pobre víctima.

JOAQUÍN. ¡Pero Eufemia! Si le aseguro a usted que por i parte...

EUFEMIA. ¿Quién es ella, quién es ella?

JOAQUÍN. Si yo no la conozco. Mi tía es quien...

EUFEMIA. ¿Que no la conoce usted? ¿En Madrid, donde conoce a todo el mundo?

JOAQUÍN. Si no es de Madrid.

EUFEMIA. ¿Una provinciana?

JOAQUÍN. Creo que sí. ¡Si no sé nada, ni me importa!...

EUFEMIA. No se haga usted el inocente. ¿No pensaba usted lver por mi casa? Un día se despide usted poco menos como ien va por los papeles, y al otro día ni una carta, ni una visita, la menor atención. ¡Pobre de mí si hubiera creído en usted! acias a que estoy muy escarmentada.

JOAQUÍN. ¿No le digo a usted que he estado muy constipado? eí que era un principio de pulmonía. Yo creo que lo cogí al lir de su casa de usted. ¡Tiene usted aquella *choubesky*!...

EUFEMIA. Para usted como si tuviera una garrafa. Confiese ted que su conducta no tiene nombre. ¿Qué se proponía usted n engañarme? ¡Y pensar que yo...! No se lo digo a usted, rque es usted capaz de creérselo.

JOAQUÍN. ¡Eufemia! ¡Dígamelo usted! Usted...

EUFEMIA. Empezaba a quererle sin darme cuenta. Hoy pen saba escribirle a usted, porque yo no podía sospechar la verda dera causa de su alejamiento. Pero hoy lo supe, por una amig de su tía de usted, y vine para enterarme, y me he enterado. volveré más tarde para enterarme mejor. Ya que se case usted quiero tener la seguridad de que, a lo menos, puede usted se dichoso. Sabiéndolo, moriré tranquila. Pero si me figuro que es mujer no le conviene a usted por ningún estilo, que usted no l quiere ni ella le quiere a usted, que se casa usted sólo por razo nes de familia, entonces, esté usted seguro de que impediré es matrimonio a toda costa. Desde la súplica hasta el escándalo, em plearé todos los medios.

JOAQUÍN. *(Aparte.)* ¡Caracoles!

EUFEMIA. ¿Usted cree que se puede jugar con un corazó como el mío? ¿Despertar ilusiones dormidas? ¿Comprometer m reputación?

JOAQUÍN. *(Aparte.)* En buena me he metido.

EUFEMIA. Usted sabe lo que es la gente, lo que son las v cindades... Los porteros le han visto a usted entrar muchas n ches... Como ya estaba cerrada la puerta cuando usted salía, n le han visto a usted salir. Pueden entregarse a todo género d suposiciones... ¿Con qué cara paso yo por la portería? Tend que mudarme de casa. Ya ve usted qué trastorno. Ahora, q acabo de empapelar dos habitaciones por mi cuenta y el case iba a ponerme piso...

JOAQUÍN. Eufemia, no me hable usted así. Si yo hubie sabido... Pero usted no me daba ninguna esperanza; yo creí q despreciaba usted mi cariño. El último día, ni siquiera me pe mitió usted que me sentara a su lado.

EUFEMIA. ¿Por qué pidió usted permiso?

JOAQUÍN. ¿De modo que he pasado junto a la felicidad?

EUFEMIA. Todos pasamos una vez en la vida.

JOAQUÍN. ¡Eufemia!

EUFEMIA. ¡Soy muy desgraciada! Por supuesto, estas cos le pasan a una por estar sola en el mundo. Cuando pierde una su marido debía morirse también, si no pensaba volver a casar en seguida.

JOAQUÍN. ¡No llore usted! Ese llanto...

EUFEMIA. Deje usted. Si no lloro, me dará el ataque.

JOAQUÍN. Entonces llore usted.

EUFEMIA. No tardaré en reírme.

JOAQUÍN. Menos mal.

EUFEMIA. No se asuste usted. Es risa nerviosa.

JOAQUÍN. ¿Quiere usted agua, azahar? Llamaré...

EUFEMIA. Ya se pasó.

JOAQUÍN. ¡ Vaya !

EUFEMIA. Ahora rompería todo lo que encontrara a mano.

JOAQUÍN. No se contenga usted. Como si estuviera usted en
casa.

EUFEMIA. Por eso me contengo. ¡ Ay, Joaquín ! Pensar que
do esto sólo servirá para que usted se divierta contándolo a los
nigos...

JOAQUÍN. ¡ Señora !

EUFEMIA. ¡ Hay una mujer loca por mí ! Porque usted dirá
ie estoy loca. ¡ Y yo desprecio su cariño ! Porque usted dirá que
e desprecia... Si vuelve usted a mi casa, le aconsejo a usted
ie no vuelva usted a hablarme como hasta aquí.

JOAQUÍN. *(Aparte.)* ¿Qué he de hablar?

EUFEMIA. Aún estamos a tiempo de salvar nuestra buena
nistad de las ruinas de nuestro amor. Seré una hermana para
ted, una hermana menor, a la que más se quiere. La Mar-
iesa ; no tengo que suplicarle a usted que por lo que más quiera
se lo cuente usted a su tía.

JOAQUÍN. Tenga usted la seguridad.

ESCENA IV

DICHOS y la MARQUESA por la derecha.

MARQUESA. ¿He tardado mucho? ¡ Hola, sobrino ! ¡ Qué
ıdrugador ! Así me gusta.

JOAQUÍN. Vengo por un momento nada más.

MARQUESA. ¿Cómo es eso?

JOAQUÍN. No te alarmes. Volveré luego.

MARQUESA. ¡ Cuidado con faltar !

EUFEMIA. Está usted elegantísima.

MARQUESA. ¡ Calle usted ! Si verme de negro me entristece.
no me he vestido de negro, por gusto, mas que cuando he
nido algún luto. Pero hay que resignarse a envejecer. ¿Le ha
cho a usted Joaquín...?

EUFEMIA. Ni una palabra. Dice que ni siquiera conoce a la
via.

MARQUESA. Eso es verdad.

EUFEMIA. ¡ Pero Marquesa ! ¿Sin conocerse?

MARQUESA. Tampoco es ningún compromiso cerrado. Hoy
ven por primera vez... Si quedan bien impresionados, continúan
ndose... y... Dios dirá.

EUFEMIA. Me asustan esas bodas. Yo tuve cinco años rela-
nes con mi marido.

MARQUESA. Así se quedó usted viuda tan pronto. Luego
ntiría usted haber perdido el tiempo... Pues verá usted... La
chacha de mis proyectos es de una excelente familia, algo pa-

rientes de mi pobre marido. Es huérfana de madre. Vive co
su padre y una tía en Moraleda, donde usted sabe que tengo fi
cas. Ellos también son allí propietarios. Una magnífica dehe
suya linda con la mejor que yo tengo. De allí los conozco. L
muchacha es preciosa. Aunque siempre ha vivido en Moraled
y más en el campo, ha viajado bastante, ha estado en Madr
algunas temporadas, en París, creo que en Italia... Sabe francé
inglés, no toca el piano; está muy bien educada.

EUFEMIA. ¿Hija única?

MARQUESA. Sí. El padre tendrá unos diez millones de c
pital.

EUFEMIA. ¡Marquesa! ¡Que usted piense en eso!

MARQUESA. Y la tía tres o cuatro, lo menos, que tambié
heredará su sobrina.

JOAQUÍN. Ya sabe usted que esas fortunas de provincias
siempre se exagera. La mayor parte serán fincas, que si va un
a venderlas o a tomar dinero sobre ellas...

EUFEMIA. ¿Ya piensa usted en eso?

JOAQUÍN. Es que no vaya usted a creer que me ciega
interés.

EUFEMIA. Lo supongo. No hay nada más repugnante. ¿
dice usted que el padre es viudo?

MARQUESA. Luego le verá uste

EUFEMIA. ¿Por qué se figura usted que le he preguntado

MARQUESA. Por darle el pésame.

EUFEMIA. No. La enhorabuena a todos. Con tantas faci
dades y tantos atractivos, ¿quién duda que tendremos boda
Hasta luego, Marquesa... Adiós, Joaquín. Hasta luego... Ya
veo a usted de cacique en la provincia.

JOAQUÍN. A mí la vida de campo me gusta mucho. Ya sa
usted que la caza es mi mayor afición.

EUFEMIA. Entonces ya le veo a usted en la dehesa... ¡Q
suerte, qué suerte! No se moleste usted, Marquesa... *(Vase p
el foro.)*

ESCENA V

La MARQUESA y JOAQUÍN.

MARQUESA. Esta ha venido a enterarse... La conozco. E
confianza, sobrino, ¿a cómo estabas con la viudita?

JOAQUÍN. A no saber por dónde escapar. Pero te juro q
por mí...

MARQUESA. Sí; te creo. Pero ¿a qué edad aguardarán a
gunas mujeres para jubilarse? Aunque no sea mas que por ver
libre de estas lagartonas... Porque, además, tendría la pretensi

e que te casaras con ella... Claro que luego se hubiera puesto n lo justo... ¡ Ay, sobrino ! Agradece a tu tía que ha sabido desubrir para ti una perla, una verdadera perla. Ya ves en Madrid ómo están las muchachas. Cada día más locas. En mis tiempos ›s señores antiguos ya murmuraban de nosotras. ¡ Figúrate si onocieran a éstas ! A tu primita Anita, por ejemplo.

JOAQUÍN. ¡ Ay, tía ! No me hables de Anita.

MARQUESA. ¿No estás curado todavía?

JOAQUÍN. No, tía, no. No puedo olvidarla. Estoy desesperado. Luego, por más que evito encontrarla, no verme con ella n ninguna parte...

MARQUESA. ¿Te la encuentras a todas horas?

JOAQUÍN. Sí. Parece que lo hace el demonio.

MARQUESA. O ella, que es lo mismo. Conoce que la quieres odavía, y se divierte en atormentarte. Ya sabes que ahora está n relaciones con tu amigo Vicente Trujillo.

JOAQUÍN. Sí. Los veo siempre juntos. ¡ Ese imbécil ! Sirviéndole de juguete, poniéndose siempre en ridículo.

MARQUESA. Es lo que decía de ti todo el mundo cuando acías lo mismo.

JOAQUÍN. ¿Yo? Todo el mnudo sabe que estando muy namorado rompí mis relaciones en cuanto me enteré de que se urlaba de mí.

MARQUESA. Pero tardaste mucho en enterarte.

JOAQUÍN. Y cada día está más bonita.

MARQUESA. ¿Pero de veras la encuentras tan bonita?

JOAQUÍN. O graciosa, diabólica... Como quieras. Pero yo é que no querré a ninguna mujer como la he querido.

MARQUESA. ¡ Ay, ay, ay ! Si todavía estás en ese estado, nira, no vayas a comprometerte con esa muchacha por el gusto e que la otra sepa que tienes novia. Y a lo mejor se le ocurre la niña, con sus travesuras, volver a reírse de ti y me dejes nal con unas personas que merecen toda mi consideración. Piénalo bien.

JOAQUÍN. Naturalmente.

MARQUESA. Yo estoy segura de que la muchacha ha de ustarte. ¡ Qué diferencia con Anita ! ¡ Tan juiciosa, tan sentada !

JOAQUÍN. Bueno, tía. Te dejo ; tengo que ver a unos amiros. He venido antes por si tenías que hacerme alguna adverencia.

MARQUESA. Ninguna. Que veas y juzgues sin pasión. No ardes.

JOAQUÍN. Vuelvo en seguida. *(Vase por el foro.)*

ESCENA VI

LA MARQUESA.

Es un buen muchacho. Por eso le engaña cualquiera. Nece sita un ángel protector. Y la viuda y Anita, cada una por s estilo, las dos son de cuidado. Estoy segura de que harán cuan puedan para estorbar mis planes. En fin, lo principal es que primera impresión sea agradable. Y yo creo que lo será. La m chacha es angelical, el padre es un santo varón y la tía ot santa. Un poco habladora, pero yo estaré al quite; no la deja meter baza. Estoy emocionada, como debe estarlo un gener antes de una batalla. ¡Y eso que en esta clase de batallas me r yo de Napoleón! Llevo arregladas lo menos una..., dos..., cu tro..., ¿qué más? Mi primo Carlos con mi cuñada Emilia..., l dos doncellas, la una con el cochero y otra con el ordenanza mi cuñado el general..., las dos chicas de Cabanillas con los d pasantes de Espinosa; total, doce. ¡Jesús! ¡Ésta hace la trec Yo no creo en estas cosas, pero de tanto oírlas entra una aprensión. ¡Ya estoy preocupada! No; yo caso antes a cualqu ra, para que sea la catorce. ¿A quién caso yo, si no me que nadie? *(Toca el timbre.)* ¡A ver!...

ESCENA VII

LA MARQUESA y PETRA, que sale por el foro.

PETRA. Señora Marquesa...

MARQUESA. *(Aparte.)* ¿Cómo la digo yo...? *(Alto.)* Oi usted, Petra, una curiosidad... ¿Tiene usted novio?

PETRA. ¿Yo? No, señora Marquesa. ¿Por qué lo dice señora Marquesa? ¿Le han contado algún chisme a la señ Marquesa? Yo le aseguro a la señora Marquesa que no es v dad. Ya ve la señora Marquesa que nunca tengo interés por s a la calle. Y cuando voy a algún recado no tardo nunca m que lo preciso. No sé quién puede haber dicho otra cosa a señora Marquesa. Nadie puede haberme visto hablando con n gún hombre. Yo quisiera que me dijera la señora Marque quién ha sido...

MARQUESA. ¡Basta, basta! Si nadie me ha dicho, si no que me importe. Al contrario. A su edad sería muy natural tuviera usted novio. Siendo una persona decente y en relacio formales, para casarse muy pronto... Porque lo que yo no qui es que se gaste el tiempo. Pero si usted dice que no...

PETRA. No, señora Marquesa; se lo aseguro.

MARQUESA. Está bien.

PETRA. Me parece que la señora Marquesa no lo cr ¿Cómo convencería yo a la señora Marquesa?

MARQUESA. De ningún modo. Retírese. *(Se oye hablar den-
› al Marqués y Anita.)* Espere usted... ¿Quién habla en la ante-
la? Ya sabe usted que no estoy mas que para las personas que
pero.

PETRA. Es el señor Marqués y la señorita Anita. *(Mirando
›r la puerta del foro.)*

MARQUESA. ¿Anita? Pues, señor, ésta también se ha ente-
do. ¡Y ésta nos da la noche! *(Vase Petra por el foro.)*

ESCENA VIII

MARQUESA, el MARQUÉS DE SAN SEVERINO y ANITA por el foro. Después el CRIADO y PETRA.

ANITA. ¡Tiíta de mi alma!

MARQUESA. ¿Cómo estáis?

ANITA. ¡Qué guapa! ¡Qué elegante!

MARQUÉS. *(Aparte.)* ¡Doncellita nueva!...

MARQUESA. ¿Tú por aquí? ¡Y con tu padre! Doble sor-
esa...

MARQUÉS. Estamos sin señora de compañía. Tengo que sa-
ficarme.

ANITA. Renegando.

MARQUÉS. ¡Es que llevo unos días...!

ANITA. Mañana descansas. Ha quedado en venir la señora
eva.

MARQUÉS. ¿Tienes buenos informes? No vaya a sucedernos
no con las otras.

ANITA. Excelentes. Ha estado tres años en casa de las de
rres. Para aguantar tres años a las de Torres debe de tener
uelto el expediente de canonización.

MAR[illegible]. ¿Y a qué debo esta agradable sorpresa? ¡Y en
es! [illegible] día de abono en el Español?

ANI[illegible] venimos de allí! Por cierto que he saludado a
femia, [illegible]ntraba ahora mismo. Tiene las butacas al lado
las nuestr[illegible].

MARQUESA. *(Aparte.)* Lo comprendo todo.

ANITA. [illegible]acían una obra clásica. A mí me aburre todo lo
sico... Yo [illegible]o soy muy modernista. Además, el majadero de Vi-
te... ¿Sabes quién es?

MARQUESA. Tu novio.

ANITA. Mi ex. Mañana le mando el cese. ¡Figúrate que no
había dignado presentarse en el teatro todavía! Siempre le
ede lo mismo. Llega a todas partes después que yo. ¡Es una
cia! Parece que soy yo el novio. Y es que en plancharse
ella cabeza y en hacerse el lazo de la corbata y en estudiar
espejo cuatro posturas matadoras se le va el tiempo. Así es

que por darle una lección y porque estaba muy aburrida; para colmo de entretenimiento, en el palco de al lado las vecinitas contando a voces su veraneo... Trouville, Ostende, Brigton... Cosas que ellas no han visto mas que en las cajas de cerillas y en los cinematógrafos... No pude más y le dije a papá: Vamos a casa de tía Lola...; hace muchos días que no la veo; se alegrará tanto... Y allí siempre hay gente agradable y se pasa muy bien.

MARQUESA. ¡Vaya si me alegro!

MARQUÉS. ¿Puedes llamar a la doncella para que haga e[l] favor de traerme un vaso de agua? ¡Tengo una sed!...

MARQUESA. *(Toca el timbre y sale un Criado por el foro.)* Una copa de agua. ¿La quieres sola?

MARQUÉS. Sí, sola. *(Aparte mirando al Criado.)* ¡Tan sola

MARQUESA. ¡Ah! Diga usted a Petra que me traiga u[n] abanico cualquiera. *(Vase el Criado por el foro. Bajo al Marqués.)* Así la ves y se disimula mejor, siquiera por tu hija.

MARQUÉS. ¿Eh?

MARQUESA. ¡A la doncella, hombre! ¡Si sabré yo por qu[é] pides agua!

PETRA. *(Saliendo por el foro con un abanico.)* ¿Quiere ést[e] la señora Marquesa?

MARQUESA. Sí; está bien. *(Deja Petra el abanico encim[a] de la mesa y se va por el foro.)*

MARQUÉS. *(Bajo a la Marquesa.)* Cuando vivía tu marid[o] no las tenías tan jóvenes y tan guapas...

MARQUESA. ¡Jacobo! Respeta su memoria. No te compa[-] res. Tú siempre has sido el mismo, y el pobre sólo en sus últ[i-] mos años..., porque era un síntoma de su enfermedad.

ANITA. ¿Y esperas mucha gente esta noche? *(Sale el Criad[o] por el foro con una copa de agua en una bandeja. El Marqués n[o] hace mas que probarla, sin mirar al Criado el cu[illegible] va en s[e-] guida por el foro.)*

MARQUESA. No; he reducido mucho mi te[illegible] ¡Vas aburrirte!

ANITA. ¡Con tal de hacer rabiar a Vicente...! C[u]ando llegu[e] al teatro y no me vea y le digan sus amigos que me he ma[r-] chado... Esta noche corre medio Madrid. Y mañana recibe u[na] carta llena de insultos.

MARQUESA. ¡En una señorita!

ANITA. Si hay que tratarlos así... ¿Tú ves Joaquín? Por a[n-] darme con contemplaciones se portó conmigo de tan mala maner[a]

MARQUESA. Te advierto que ha quedado en venir esta noch[e]

ANITA. ¿Y a mí qué me importa? Para mí como si no ex[is-] tiera. ¡Él sí que se descompone en cuanto me ve! Y para hace[r-] me creer que está muy satisfecho, empieza a hablar con sus am[i-] gotes, a preguntar por la Fulana y la Mengana y a reírse sin t

ni son con unas carcajadas tan estúpidas... ¡Pero tan estúpidas! ¿Qué te dice de mí?... ¿Me pondrá de vuelta y media?

MARQUESA. Dice que tienes muy poco juicio.

ANITA. ¡Claro está! Él te habrá contado lo sucedido a gusto suyo. Te habrá dicho que yo le engañaba con otro... ¡Para que veas si es tonto! Precisamente fué a fijarse en el que menos me importaba. ¡Todo por una broma sin importancia! ¡Porque el muchacho y yo nos entreteníamos en enviarnos tarjetas postales todos los días, diciéndonos tonterías! ¿A quién se le ocurre que si hubiéramos tenido que guardar un secreto íbamos a escribirnos en tarjetas postales?... Lo que le molestó a Joaquín fué que yo, en una que figuraba un par de gansos en traje de boda, pusiera debajo: «Participamos a usted nuestro efectuado enlace.» Y creyó que era por burlarme de él y por molestarle. Ya ves qué puede esperarse de un hombre que de novio se incomoda por semejante tontería. Si después de casados hubiera visto algo más grave, habría que oírle.

MARQUESA. Mira, Anita. Ya sé que es tu carácter y no lo puedes remediar, pero no todo puede tomarse a broma en la vida. Si aspiras a casarte con un hombre formal que pueda hacerte feliz es preciso que seas más juiciosa. Porque de ese modo sólo conseguirás atrapar a un tonto o a un pillo que busque tu dinero. Ya ves qué porvenir.

MARQUÉS. ¿Oyes lo que te dice tu tía? Tiene mucha razón. Lo mismo te diría yo muchas veces si no me oyeras como quien oye llover. Estás dando lugar, con tus extravagancias, a que hablen ya de ti hasta los periódicos.

ANITA. Sí. Dentro de poco venderán la colección de mis chistes en la Puerta del Sol. ¡Corriente! Como hasta ahora no me han pretendido mas que tontos o pillos, como tú dices..., lo que puedo decir es que si yo me he reído de todos, ninguno ha podido reírse de mí. Hay muchas que no pueden decir lo mismo. ¡Y de esas que le citan a una como ejemplo! Y es que se reservan para después de casadas... Luego es aquello de: «¡Quién había de figurárselo!» «¡Quién lo diría!...» Pues de mí podrán decir lo mismo, pero por lo contrario. El día en que encuentre a un hombre de talento, a un verdadero hombre, se acabaron las bromas.

MARQUESA. ¡Como de primera intención no has de conocerle...! Si le asustas antes...

ANITA. Si tiene talento él sabrá conocerme, y comprenderá que, en el fondo de toda esta locura mía aparente, guardo mis ahorros de seriedad. El encontrar necios y tontos por el mundo no es cosa de echarse a llorar.

MARQUÉS. Joaquín es un excelente muchacho, de lo poquito que hay en Madrid. De muy buenas costumbres...

ANITA. Demasiado buenas. Un muchacho soltero, que desd los veinte años es dueño de un capital, ahorra de sus rentas compra papel del Estado. Habiendo mujeres tan guapas y ta mal vestidas las pobrecitas... ¡A un muchacho le sienta muy ma tanta administración! Las deudas son el perfume de la juventud Este pensamiento es mío.

MARQUÉS. Joaquín es muy buen muchacho. A mí me hu biera agradado mucho que te hubieras decidido por él. Ahora que yo no quiero contrariarte. Si eres desgraciada, no quiero qu digas nunca que tu padre tuvo la culpa. Ya ves que te dejo e libertad. Este de ahora ni siquiera sé de qué familia es.

ANITA. No te preocupes. Ni en esos momentos en que se l ocurre a una cualquier disparate se me ha ocurrido casarm con él.

MARQUESA. Entonces, ¿por qué gastas el tiempo? ¿No com prendes que te desacreditas? Cada novio plantado, es un enemig que va diciendo por ahí lo que se le antoja.

ANITA. ¡Mejor! Así el que llega después llega más curado d espanto. Antes se me asustaban todos a la primera locura. Aho ra ya me dicen: «No me habían engañado; es usted muy loca Acabarán por decirme: «Me habían engañado; no es usted ta loca.» Ya ves si adelanto.

MARQUÉS. Hay que dejarla... Bueno, chiquita, aquí no t hago falta. Voy un rato al Casino. Volveré a recogerte.

ANITA. ¿Al Casino? Si mañana, a la hora de almorzar, n empiezas a tararear algún *couplet* nuevo... ¡Díme lo que canta te diré dónde has ido! «¿Dónde estuviste anoche, papá?», pregunto. «Anoche..., como siempre, en el Casino, o en casa d tu tío el general. ¿Dónde quieres que vaya?» Y luego se distra y empieza: *(Tararea un «couplet».)* Y yo le digo: «¿No sabes l letra, papá? Pues yo sí.»

MARQUÉS. ¡Qué chiquilla!

MARQUESA. ¡Límpiate la baba!

MARQUÉS. Graciosa sí es; ¡no digas!...

MARQUESA. ¡Muy graciosa!...

MARQUÉS. Vaya, hasta luego. Y ten formalidad. Sobre tod si viene Joaquín.

ANITA. Adiós, papá. Abrígate bien al salir del Casino, qu esos salones están muy caldeados. *(Vuelve a tararear el «cou plet».)*

MARQUÉS. ¡Qué chiquilla ésta, qué chiquilla! *(Vase p el foro.)*

ESCENA IX

LA MARQUESA y ANITA.

MARQUESA. ¡Con qué poco respeto tratas a tu padre!

ANITA. Pero le quiero mucho. Y él a mí. Como no me querrá nadie. No me niega ningún capricho, no me contraría nunca.

MARQUESA. ¡Si eso es cariño!...

ANITA. Pues ¿qué es entonces? Yo no lo comprendo de otra manera... Una alegría más de la vida, un juego más interesante, un motivo para reírse de todo, para reír siempre.

MARQUESA. No conoces la tristeza de querer, criatura. No conoces la alegría de llorar.

ANITA. Eso parece una *Dolora*, tiíta. ¡Cosas de la edad!; me la sé de memoria:

¡Pero, señor, si es tan niña!
¡Pero, señor, si es tan vieja!

No te apures. Ya lo sabré todo. Puede que quiera, puede que llore... Pero, entretanto, me río y soy dichosa. ¿Hago mal a nadie?

ESCENA X

DICHAS, un CRIADO y después PILAR, OLALLA y D. DEMETRIO por el foro.

CRIADO. (*Saliendo.*) El señor Bermejo.

ANITA. (*Aparte.*) ¡Aquí están! (*Alto.*) ¿Quién es? No me suena.

MARQUESA. ¡Calla! ¡Señores!... Pilar, ¿cómo estás? ¿Y usted, Olalla? ¿Y usted, Bermejo?

D. DEMETRIO. ¡Señora Marquesa!...

MARQUESA. Voy a presentarles a ustedes... Mi sobrina Anita... El señor Bermejo..., su hermana y su hija Pilar.

OLALLA. Servidora.

ANITA. ¡Tanto gusto!

MARQUESA. Siéntense ustedes. ¿Vienen ustedes de algún teatro?

D. DEMETRIO. No. ¡Los teatros concluyen tan tarde! Hemos estado haciendo tiempo en el hotel... Aburridos... Esta se dormía...

OLALLA. ¡Demetrio!

D. DEMETRIO. La falta de costumbre. Como ahora venimos del campo y allí se acuesta uno con las gallinas... Nos gusta trajinar desde muy temprano. En Moraleda es otra cosa. Allí nos recogemos algo más tarde, pero nunca esta perdición de Ma-

drid... La otra noche fuimos a un teatro de esos por horas, no dió la mala idea de sacar billetes para toda la noche, y por aprovechar nos quedamos hasta la última... Y crea usted que hicimos el buey; porque nos caímos de sueño y estuvimos dando cabezadas.

OLALLA. ¡Demetrio!...

ANITA. (*Aparte.*) ¿De dónde habrá sacado mi tía esta familia? (*Alto.*) ¿Y es la primera vez que viene usted a Madrid

PILAR. No, señorita. He venido muchas veces, pero po poco tiempo.

ANITA. ¿Y le gusta a usted?

PILAR. ¡Es muy hermoso! Para ustedes debe ser muy alegre...

ANITA. ¿Usted no se divierte?

PILAR. Sí, mucho... Yo con ver las tiendas ya estoy divertida. Es lo que más me gusta. En París me sucedía lo mismo

ANITA. ¿Conoce usted París?

D. DEMETRIO. Fuimos para la exposición. Hicimos es sacrificio. Pero vale la pena; es digno de verse. Muy bueno edificios. Si no fuera por la pícara lengua... Ésta si se entendía muy bien. ¡Y los alimentos!... Para el que no está acostumbrado son muy dañinos. ¡Mucho picante! A los tres día tiene usted el estómago como si le hubieran puesto a usted u sinapismo.

MARQUESA. (*Aparte.*) ¡Este señor que hablaba tan poco!. Hoy está en vena. Y ese diablo no puede contener la risa.

ANITA. ¿París sí le gusta a usted?

PILAR. Mucho. Ya le digo a usted... Las tiendas sobre todo

D. DEMETRIO. ¡Aquellos almacenes! ¿Cómo los dice allí? Magacins, el Louvre, y el otro..., ¿cómo le dicen al otro?. El Bon Marché... ¿No es así? ¡Cosa buena! Allí tiene uste de todo. Puede usted entrar desnudo y sale usted vestido d pies a cabeza... La casa de las fieras también es mejor que de aquí... Por dos reales, que allí son cincuenta céntimos, mismo que aquí, se monta usted en el elefante y da usted un vuelta... Éstas no se atrevieron. Yo sí; porque cuando viaj me gusta probar de todo. ¡Parece mentira! Un animal ta grande y cómo se deja manejar.

ANITA. ¡También tuvo usted valor! ¡Montarse en un el fante!

PILAR. ¿Verdad que sí?

MARQUESA. (*Aparte.*) Ya empieza. Y el buen señor n calla... En cambio, la señora, que hablaba tanto, se ha vuel muda. (*Alto.*) ¿Y usted, Olalla, cómo lo pasa usted en Madrid

OLALLA. ¡Psch!

MARQUESA. Usted es como yo; se encuentra bien en todas artes.

OLALLA. Eso.

D. DEMETRIO. Y yo también. En ninguna parte tiene uno as comodidades de su casa, ésa es la verdad; pero de cuando en uando hay que asomarse por el mundo, aunque no sea mas ue para coger más a gusto nuestro rincón cuando se vuelve. Qué a gusto se coge la cama de uno!, ¿verdad? Es lo que nás echo de menos, la cama y el cocido.

OLALLA. ¡Demetrio!...

D. DEMETRIO. ¿Tienes sueño, hija? ¿Lo ve usted?... Es que nos pasa...

OLALLA. Si la niña no bostezaba... ¡Qué cosas tienes!

PILAR. No, papá.

MARQUESA. (*Aparte.*) ¡Pobrecilla! Se ha sofocado. Yo esoy en vilo por esa pícara. (*Alto.*) Anita, ¿por qué no tocas un oco el piano?

ANITA. Voy. ¿Y usted, señorita?

PILAR. Yo no sé. Sé muy poco.

D. DEMETRIO. No será porque no la pusimos profesor y a compramos un piano. ¡Cosa buena! De esos de cola. Lo más aro. Pero no le tenía afición, y para qué iba a calentarse la abeza... Ya ve usted. Ahora poco hemos comprado un aparato ue se pone delante del piano y toca sólo por la electricidad. Cosa curiosa!

ANITA. ¿De veras? ¡Qué adelanto!

D. DEMETRIO. Es lo que yo digo. Dentro de poco habrá náquinas para todo. ¡Esto de la electricidad ha traído una revolución muy grande! ¡Y lo que tiene que traer!

MARQUESA. Toca, Anita; toca.

ANITA. ¿Qué música prefiere usted?

PILAR. Toda me gusta.

ANITA. (*Tocando un vals.*) ¿Conoce usted este vals?

D. DEMETRIO. ¡Lo tenemos, lo tenemos! Está en un papel or muchos agujeritos. Lo pone usted en el aparato y va corriendo, corriendo... y toca que toca, toca que toca... Mejor que aquí. Cosa bonita!

MARQUESA. (*Aparte.*) ¡Pero este señor no era así!

OLALLA. (*Bajo a don Demetrio.*) ¡No hables tanto! Ya abes que los de Madrid se burlan de todo. ¿No ves yo qué caada me estoy?

D. DEMETRIO. No te conozco.

MARQUESA. ¿Ustedes tomarán una taza de té?

D. DEMETRIO. No. ¡Por nosotros...!

MARQUESA. ¿O prefieren ustedes tomar chocolate más arde?

D. DEMETRIO. Sí, más tarde. Yo todavía tengo aquí la comida. ¡ Esas comidas de fonda... ! *(La Marquesa toca el timbre y aparece un Criado por el foro, a quien da un recado y se vuelve a ir.)*

OLALLA. ¡ Demetrio !...

D. DEMETRIO. ¡ Déjame ! Si no tengo confianza con la señora Marquesa...

OLALLA. La Marquesa. Señora Marquesa sólo lo dicen los criados.

D. DEMETRIO. Pues a mí, decir la Marquesa ya me parece mucha confianza.

ESCENA XI

DICHOS, EUFEMIA y D. PACO por el foro.

D. PACO. ¡ Marquesa !

MARQUESA. ¡ Tanto bueno !

ANITA. ¡ Eufemia !

EUFEMIA. Sigan ustedes, sigan ustedes... Mire usted a quién le traigo. Es un triunfo, porque se vende carísimo.

MARQUESA. Les presento a ustedes... el señor Bermejo, su hermana, su hija... La señora viuda de Remolinos..., el señor Tavira...

D. PACO. ¡ Encantado, encantado !

ANITA. ¿ Aun no se habrá concluído el teatro?

EUFEMIA. No ; falta un acto. A poco de irte llegó Vicente. No quitaba los gemelos de tus butacas, esperándote, sin duda. Sacaba el reloj cada dos minutos.

ANITA. ¡ El reloj ! Podía colgarle del espejo cuando empieza la *toilette*.

EUFEMIA. En el primer entreacto se conoce que sus amigos le dijeron que te habías marchado, y salió como un loco.

ANITA. ¿ No llueve, ni nieva, ni hace frío?

EUFEMIA. No ; está la noche muy hermosa.

ANITA. Lo siento. Porque irá de teatro en teatro y de casa en casa. ¡ Si cogiera siquiera un buen catarro !

EUFEMIA. Oye, ¿ ésta es la familia?

ANITA. ¡ Graciosísima ! Ya verás. La familia del tío Maroma.

EUFEMIA. ¿ De dónde habrá sacado tu tía que la muchacha era preciosa?

ANITA. ¡ El padre, el padre es lo que no se paga con dinero ! Nos vamos a reír.

D. PACO. ¿ Conque de Moraleda? Hermosa ciudad.

D. DEMETRIO. ¿ Ha estado usted allí?

D. PACO. No. Pero no pienso morirme sin verla. ¡ Ciudad his

a, monumental! A mí me encantan las ciudades históricas onumentales. ¡Armonizan tan bien con mi carácter!

D. DEMERIO. Sí, señor. Hay cosas buenas, aunque algo ›peadas. A los extranjeros les gustan mucho.

EUFEMIA. Marquesa, ¿cuál es la novia?

MARQUESA. No se burlen ustedes. ¿No les parece bien?

EUFEMIA. Los colores son muy sanos.

ANITA. Y está muy bien vestidita.

MARQUESA. No digan ustedes... *(Aparte.)* La verdad es que han estado muy felices en el atavío.

ANITA. Pero no pierdas de oído al padre. Te lo recomiendo. a darle cuerda.

MARQUESA. ¡Por Dios! Que esta gente de provincias es escamona.

ANITA. ¡Aquí tiene usted, don Paco! Usted que se las da tan atrevido... Este caballero ha tenido valor de montar en elefante.

D. PACO. ¿Ha estado usted en la India?

D. DEMERIO. No, señor. En París. Pues le aseguro a us- que no pasé mucho miedo. Me he convencido. Los animales, nto más grandes, más nobleza.

MARQUESA. *(Aparte.)* Voy al quite. *(Alto.)* Don Paco, se- os quién nos le roba a usted...

EUFEMIA. ¿No lo sabe usted? ¡Las de Inestrilla! Le han ado de secretario y aposentador desde que han heredado.

MARQUESA. ¡No sabía nada!

EUFEMIA. Sí; su padre no les dejó nada. Pero ahora se ha rto un amigo antiguo de la familia y se lo ha dejado todo.

D. PACO. ¡No sea usted reticente!

EUFEMIA. No he subrayado nada. No sabe usted en qué pie n poniendo la casa; y como don Paco tiene fama de ser hom- de gusto, él lo dirige todo. ¡Y dicen que se está usted luciendo! no lo dudo. Porque una vez estaba yo haciéndome un som- o sin saber por dónde me andaba, cuando llegó don Paco, vió muy apurada, y en un momento, de aquí quito una flor, í pongo un lazo, hija mía, una preciosidad. Llamó la atención.

D. PACO. Usted que es muy amable. Porque en sombreros, erdad, no estoy muy fuerte. En cuestión de mobiliario, ya es cosa. Me pongo con el más pintado.

ANITA. No encontrará usted competidor.

D. PACO. Ya verá usted la casa de las de Inestrilla. *C'est lque chose de chic...* Todo arte moderno.

MARQUESA. ¿Qué me dice usted de esos mueblecitos en que sabe una cómo sentarse?

D. PACO. Lo pide el estilo. En la vida moderna no hay npo para sentarse, no se vive en ninguna parte, se pasa... Todo

es frágil, tenue... El arte se inspira en las formas más liger
ramas flexibles, flores esbeltas y nada de colores... *La nuan*
la nuance partout... El matiz, la irisación.

D. DEMETRIO. *(Bajo a Olalla.)* ¡Luego dices que yo ha
mucho!

OLALLA. ¿Y tú crees que no se burlan? ¡Tú no conoce
esta gente de Madrid!

EUFEMIA. ¿Y a esas señoras les ha puesto usted así la ca

D. PACO. Hay un *boudoir* de tonos indecisos, en tema
leta, y un gabinete en rosa regencia, sobre tono de fantasí

ANITA. ¡Hay que hacerse presentar a esas señoras para
esas maravillas! ¿Qué gente es?

EUFEMIA. No le preguntes. Está desconocido. Ahora le
dado por hablar bien de todo el mundo.

ANITA. ¿De veras? Antes no era usted mas que maldicie
y ahora calumniador.

D. PACO. A mí me cautiva el estilo moderno en todas sus
nifestaciones. Sin ir más lejos, las mujeres, ¿cuándo se
vestido ustedes mejor? Tules, gasas, encajes... Pasan uste
envueltas en nubes de ensueño. Pasan ustedes por el mu
como por nuestro corazón: algo que flota, que se desvanece
frou, frou..., todo *frou, frou.*

OLALLA. ¡Niña, no te duermas!

PILAR. Me estoy cayendo de sueño.

OLALLA. A mí se me está clavando una ballena del co
¡Estoy mechada!

EUFEMIA. ¡Pero ustedes estaban tocando el piano!

MARQUESA. *(Aparte.)* ¡Y mi sobrino sin venir! *(Alto.)* ¿Q
les parece a ustedes este señor? Es célebre en Madrid.

D. DEMETRIO. ¿Y cómo dice usted que se llama?

MARQUESA. Don Paco. Nadie le llama mas que don Pa

D. DEMETRIO. ¿Y dice usted que hace mucho papel
Madrid?

MARQUESA. El que ustedes ven.

EUFEMIA. Sí. Anita. Canta unos *couplets.* Don Paco
acompañará.

D. PACO. Si son de repertorio, con mucho gusto.

ANITA. ¿Sabe usted *L'histoire d'un petit vieux?*

D. PACO. ¡Ah! No los conozco.

EUFEMIA. Yo te los acompañaré.

ANITA. Vamos allá.

PILAR. ¿Van ustedes a cantar?

OLALLA. Sí, en francés.

D. DEMETRIO. ¿Tú lo entenderás?

MARQUESA. *(Aparte.)* Dios quiera que no lo entien
(Anita canta y Eufemia la acompaña al piano. El Marqué

quín aparecen en la puerta del foro, y todos les hacen señas que no interrumpan hasta que acabe de cantar Anita.)

ESCENA XII

DICHOS, JOAQUÍN y el MARQUÉS por el foro.

TODOS. *(Al terminar de cantar Anita, menos Joaquín.)* ¡Bra- ¡Muy bien!

EUFEMIA. ¡Hija, qué gracia tienes! Es estar en París.

JOAQUÍN. ¡Señores!

MARQUESA. Ven acá, Joaquín. ¿Cómo has tardado tanto?

MARQUÉS. ¿Tú sabes lo que has cantado, hija mía?

ANITA. Si es que ahora quiero consagrarme al arte.

MARQUÉS. ¡Otra locura!

ANITA. Sí. Para olvidar un amor desgraciado.

D. DEMETRIO. Mucho gusto, mucho gusto. Basta que sea ·d sobrino de su tía... La señora Marquesa sabe cuánto la ·ecio.

ANITA. ¿Y dónde te has encontrado a Joaquín, que veníais tan ·titos? ¿En el Casino?

MARQUÉS. No... Cuando llegaba, en el portal.

ANITA. Sí, de Belén.

EUFEMIA. ¡Mira, mira! El momento psicológico.

ANITA. A la niña se le sube el pavo.

D. PACO. ¿Y estos otros *couplets*, los conoce usted? *(Tara- .)* La letra es... Deje usted que recuerde...

J'perdu ma jarretière...

ANITA. De lo que no es usted capaz es de bailar un *cake walk.*

D. PACO. No se atreverá usted como yo.

ANITA. Eufemia, ¿tocas el *cake walk?*

EUFEMIA. A tropezones... Probaré.

ANITA. Vamos, don Paco. Pero láncese usted... lo más ne- posible.

D. PACO. En eso está la gracia. Verá usted. *(Bailan el ·ke walk» Anita y don Paco, y Eufemia les acompaña al ·no.)*

MARQUESA. *(Aparte.)* ¿Pero qué hace esa loca?

MARQUÉS. *(Riéndose a carcajadas.)* ¡Qué buen humor, qué ·n humor! Pero, ¿dónde aprenderá estas cosas este diablo de ·ca?

JOAQUÍN. *(Aparte.)* Está desatinada. Todo por hacerme ra- ·r. *(Alto a Pilar.)* ¿Qué le parece a usted?

PILAR. Un baile muy gracioso. Ahora está de moda, ¿ver- ·l? Yo creo que no lo aprendería nunca.

JOAQUÍN. Nadie baila esos bailes en sociedad. Mi pri
por hacer gracia.

PILAR. Sí que es muy graciosa. Yo le envidio esa resoluc

JOAQUÍN. No la envidie usted. Yo estoy seguro de que u
no bailaría así delante de gente.

PILAR. Me daría mucha vergüenza.

D. PACO. Me he cansado un poquillo. *(Terminado el baile
sientan Anita y don Paco.)*

ANITA. ¡Muy bien, don Paco!

EUFEMIA. Este don Paco es un estuche.

MARQUÉS. ¡Qué buen humor, qué buen humor! Les e
dio a ustedes.

D. DEMETRIO. *(A Olalla.)* ¡Ya ves si es gente de broma

OLALLA. Demasiado.

EUFEMIA. *(A Anita.)* Tu primo se entusiasma.

ANITA. Porque estoy yo aquí. ¡Y pensará el muy tonto
estoy muerta de celos!

JOAQUÍN. *(A Pilar.)* ¿Y no preferiría usted vivir en Mad

PILAR. No sé qué le diga a usted. Gustarme, me gusta;
no me acostumbro.

JOAQUÍN. ¿Le gusta a usted más la vida del campo?

PILAR. Si le digo a usted que sí, va usted a reírse de mí.

JOAQUÍN. No. ¿Por qué? A mí me gusta mucho.

PILAR. Lo dice usted por decir, por cumplido.

JOAQUÍN. ¡De verdad!

PILAR. ¡Puede! Me lo hará usted creer.

JOAQUÍN. *(Aparte.)* ¡Esta chica es boba! Y mi tía que...

D. DEMETRIO. *(A Olalla.)* ¿Te parece que nos despidan

OLALLA. Los primeros, no. Es muy violento.

D. DEMETRIO. Es que tengo sueño.

OLALLA. Yo también. Y se me ha dormido una pierna.

MARQUESA. Vaya. Pasen ustedes por aquí... Nos serv
el chocolate.

OLALLA. *(Bajo a don Demetrio.)* Ofrece el brazo a la M
quesa.

MARQUESA. Vengan ustedes.

D. DEMETRIO. El brazo, Marquesa. *(Aparte.)* Ya iba a
cir señora.

MARQUESA. ¿Viene usted, Eufemia?

D. DEMETRIO. *(Ofreciendo el otro brazo a Eufemia.)*
go otro...

EUFEMIA. Es usted muy amable. *(Al pasar por la puert
la izquierda tropiezan.)*

D. DEMETRIO. Los tres no cogemos. Suéltense uste
Ahora sí. *(Pasan delante la Marquesa y Eufemia, y don Dem
detrás. Vanse por la izquierda.)*

JOAQUÍN. *(A Pilar.)* ¿Viene usted?
PILAR. Sí, voy con mi tía. Tía, ¿viene usted? ¿Se ha dor-o usted?
OLALLA. No, hija; yo no, es la pierna. ¡Ay! Voy, voy. *(Se por la izquierda Pilar, Olalla y detrás don Paco.)*
MARQUÉS. *(Aparte.)* ¡No está mal la provincianita! ¡Hay cura! *(Vase por la izquierda.)*

ESCENA XIII

ANITA y JOAQUÍN.

ANITA. ¡Mi enhorabuena!
JOAQUÍN. ¡Déjame!
ANITA. ¡Ni saludarme! Porque hayamos dejado de ser novios hemos dejado de ser primos.
JOAQUÍN. ¿Aun no te has reído bastante de mí?
ANITA. Nunca se ríe uno bastante. ¡Lloraremos tanto!...
JOAQUÍN. ¿Tú? ¡Si no tienes corazón! Búrlate, ríe, diviér-... ¿Crees que me importa?
ANITA. ¡Qué afición al drama! No podíamos congeniar.
JOAQUÍN. No; para ti la vida es un intermedio cómico. amar la atención con gracias del peor gusto, cantando, bai-lo delante de gente extraña!
ANITA. ¿Cómo extraña? ¡Mi futura familia! Pues hoy no he lucido mucho.
JOAQUÍN. ¡Qué modo de ponerte en evidencia!
ANITA. El que se pone en evidencia eras tú demostrando todavía te importa lo que yo hago. *(Con acento dramático.)* eso que amas a otra! ¡A otra, perjuro! Ese será tu castigo. *hándose a reír.)* ¿Ves qué fácil es dramatizar?

ESCENA XIV

DICHOS y la MARQUESA por la izquierda.

MARQUESA. Pero, Joaquín, ¿no vienes? ¡Anita, por todos santos!
ANITA. Si por mí... Si yo no le detengo.
JOAQUIN. ¡Déjame, tía; déjame! No quiero ver a nadie. sé en qué has estado pensando!
MARQUESA. ¿Qué dices? ¿No te ha gustado la muchacha?
ANITA. ¡Parece mentira!
JOAQUIN. ¡Qué me ha de gustar! Toda la familia es ridí-a. La muchacha es una lugareña tonta de capirote. El padre un bárbaro, y tú se conoce que has querido divertirte a mi ta.
MARQUESA. ¡Qué cosas dices! ¡Naturalmente! Una mu-

chacha sencilla y modosa... ¡Si la comparas con algún v
suei'o!...

ANITA. Mira, tía... A mí no me tomes de cañamazo
bordar al realce los encantos de esa flor silvestre. Si a Joa
no le ha parecido bien, yo no tengo la culpa. Yo he hecho tod
posible por parecerle peor que nunca. Si a pesar de eso no p
arrancarme de su corazón, será..., ya lo ves, porque no es tar
cil olvidarme.

ESCENA XV

DICHOS y VICENTE, que sale por el foro muy sofocado.

VICENTE. Muy buenas noches... A los pies de usted, Mar
sa. Usted perdone. Vengo... ¡Ah!..., por fin... Aquí.

ANITA. Sólo faltabas tú.

MARQUESA. ¡Caballero! *(Anita se ríe.)*

VICENTE. ¡Ríete! He recorrido todos los teatros: la
media, Lara, Apolo, la Zarzuela...

ANITA. ¡Bueno, sí, hombre, todos!

MARQUESA. *(A Joaquín.)* ¡Que imprudencia! ¡Entr
así!...

JOAQUIN. ¡Qué majadero!

VICENTE. Perdona, Joaquín; no te había visto. *(A la M
quesa.)* ¿Así es como me quieres? ¡Ay! Usted perdone.

MARQUESA. ¡Está loco!

JOAQUIN. ¡Qué imbécil!

VICENTE. *(A Anita.)* ¡Así es como me quieres! ¡Ingra

ANITA. Vienes sin aliento... Respira, hombre; respira...

VICENTE. Después de los teatros he recorrido todas las
sas en que me figuré que podías estar. Primero a casa de
tío el general. Como no conocía, pregunté si era allí donde
bían encargado un pianista para una reunión. El asistente
dijo que no había reunión. Pregunté si había visitas; me
que no había nadie, que los señores estaban acostados. Ins
El general se asomó a una puerta envuelto en una bata y
guntó muy destemplado: «¿Quién demonio llama a estas hora
Yo no esperé más y eché escalera abajo. Después, fuí a casa
las de Torres. Allí caí como una bomba. Una de ellas acab
de dar a luz.

ANITA. ¿Cómo una de ellas? ¡La casada!

VICENTE. No pregunté. A casa de la de Bermúdez no
atreví a subir. No se me ocurría un pretexto.

ANITA. Haber preguntado si necesitaban niñera...

VICENTE. Sí, búrlate, búrlate. ¡Vaya una nochecita!

ANITA. ¿Te has mirado al espejo? El lazo torcido, la
chera arrugada, el cabello en desorden y los zapatitos llenos
barro.

ICENTE. ¡Lo que yo he corrido!...
NITA. Pero ¿no has tomado un coche?
ICENTE. Lo menos cinco. Pero ninguno me llevaba bas-
 de prisa. Pasaba el tiempo... Y yo sin verte... ¡Y estabas
!... Debí figurármelo. Aquí con tu primo... Me engañas...
 ves cómo me engañas?
IARQUESA. Pero a este caballerito ¿quién le manda pre-
arse sin estar invitado?
NITA. ¡Qué quieres! El amor no tiene educación.
ICENTE. ¡Y tú, mal amigo, que el otro día me das tu pa-
a de honor de que todo había concluído entre Anita y tú, y
 continúa. Eso no se hace con un amigo de la infancia. Me
s una satisfacción.
OAQUIN. O un puntapié si no te largas ahora mismo.
es estoy yo de humor esta noche!
ICENTE. ¡Ah! ¿Me contestas en ese tono cuando soy yo
fendido? Está bien. Nos veremos las caras.
OAQUIN. Lárgate, si no quieres...
IARQUESA. ¡Sobrino!... ¡Caballero!... ¿Qué es esto?...
 mi casa!... *(A Anita.)* ¿Lo ves?, por ti... A esto has dado
r.
NITA. ¿Yo?
ICENTE. Le ponen a uno en el caso de faltar a la educa-
. Usted perdone, Marquesa. *(A Anita.)* ¡Nos mataremos por
ausa! *(A Joaquín.)* Mañana recibirás la visita de dos amigos.
OAQUIN. Corriente.
ICENTE. ¡Burlarse de mí! ¡De un amigo de la infancia!
rquesa, no sé cómo deshacerme en excusas... Comprenda us-
 que hay ocasiones... *(A Joaquín.)* ¡Uno de los dos! *(A la
rquesa.)* Hemos concluído. ¡Ay! Usted perdone. *(A Anita.)*
mos concluído. Perdone usted, Marquesa; perdone usted.
ase precipitadamente por el foro.)

ESCENA XVI

DICHOS menos VICENTE.

MARQUESA. ¡Pero ese muchacho ha perdido el juicio!
JOAQUIN. Ya estarás satisfecha. Nos has puesto en ridículo.
ANITA. ¿A mí qué me cuentas?
MARQUESA. ¡Supongo que no habrá tal lance! ¡No falta-
 otra cosa!
JOAQUIN. Tenía ganas de romperle algo. Se saldrá con la
a.
MARQUESA. ¡Qué disparate!
ANITA. No te apures. No se matarán. Los dos son valientes.

Joaquín, un día que tuvo que empastarse una muela faltó p para que se desmayara... Y el otro, cuando tiran tiros en teatro cierra los ojos y se sobresalta... No tengas miedo.

ESCENA XVII

Dichos y Eufemia por la izquierda.

EUFEMIA. Pero ¿qué pasa? Dejan ustedes a esos señore Yo no sé de qué hablarles... ¡Y miren ustedes, el buen se por obsequiarme me ha echado encima una jícara de chocola ¡Traje perdido!

MARQUESA. ¡Dichosa noche!

EUFEMIA. ¿Qué le pasa a Joaquín?

ANITA. ¡Calla, no sabes!... Ha venido Vicente... Una es na graciosísima. Se han desafiado.

EUFEMIA. ¡Muchacha!

MARQUESA. ¡Calle usted, calle usted! ¡Qué disgusto! V voy, que no diga esa gente...

EUFEMIA. ¡Pero no es posible! ¿Qué ha sucedido, Marq sa? Dígame usted.

ANITA. Vamos, Joaquín... Un duelo por una dama es lo n poético del mundo. Si sales vencedor, ésta es mi mano.

ESCENA XVIII

Dichos, el Marqués y D. Paco por la izquierda.

MARQUÉS. Son ustedes unos traidores.

EUFEMIA. ¡Qué desbandada!

D. PACO. Yo no puedo más. Este señor quiere que yo interese por sus cosechas y por el precio de los jornales. Yo c nunca he querido saber nada de las materialidades de la vida

MARQUÉS. Y la niña, porque me he permitido decirle u galantería, me ha contestado con muy mal modo.

EUFEMIA. ¡Se ha lucido usted, Marquesa, con su can datura!

MARQUESA. ¡Ya lo creo! No sé cómo despedirlos...

EUFEMIA. *(A Anita.)* ¿Y qué dice Joaquín?

ANITA. Fracaso completo. Desengáñate, Joaquín no se ca mas que conmigo.

EUFEMIA. *(Aparte.)* ¡Lo veremos! *(A Joaquín.)* ¿De ve va usted a matarse con Vicente? ¿Y por Anita? Si el lance tan serio, ¿no vendrá usted a darme el último adiós? Le es ro a usted mañana.

JOAQUÍN. ¿Mañana?

EUFEMIA. Estaré toda la tarde. ¿Se acordará usted de mañana?

MARQUESA. ¡Por Dios! ¡Que están solos! ¿Qué dirán? *ira por la puerta de la izquierda.)* ¡Calle! ¡Se han dormido!

ANITA. ¡Qué gracia! Espera... Callen ustedes... *(Se va por izquierda figurando que apaga las luces de la habitación, sale seguida y apaga las de la escena.)*

MARQUESA. ¡Anita, no seas loca!...

MARQUÉS. ¡Anita!

ANITA. Voy a darles un susto.

MARQUESA. No, esas bromas no.

ANITA. Déjenme ustedes, déjenme ustedes. *(Toca el piano y fuerte. Se oye dentro ruido de cacharros rotos.)*

ESCENA ÚLTIMA

HOS, PILAR, OLALLA y DEMETRIO, que salen por la izquierda despavoridos. Después el CRIADO y PETRA por el foro.

OLALLA. ¡Ay! ¿Qué sucede?

PILAR. ¡Qué susto!

D. DEMETRIO. ¿Dónde están ustedes?

ANITA. ¡Ja, ja, ja!...

MARQUESA. *(Dando luz.)* Perdonen ustedes; se apagó la ... Faltaría corriente... Sucede algunas veces... *(Aparte.)* ¡Yo oy volada!

D. DEMETRIO. ¡Qué sé yo! Al pronto..., crea usted que hemos llevado un buen susto.

OLALLA. ¡Un susto grandísimo!

PILAR. ¡Ya lo creo!

MARQUÉS. *(A Anita.)* ¿Lo ves? ¡Si un día tendré que po-me serio!

D. DEMETRIO. Lo peor es que hemos hecho un estropicio.

EUFEMIA. Sí, ya hemos oído...

D. DEMETRIO. La bandeja con todas las tazas. No puedo er mas que mandarle a usted otras, aunque no tan buenas; lo mejor que encuentre.

MARQUESA. ¡Por Dios, no me avergüence usted!

D. DEMETRIO. ¡Calle usted! Si es que yo no sé lo que pasó al vernos a obscuras.

OLALLA. Yo, ni me di cuenta de dónde estaba.

PILAR. Yo pensé si habría fuego o ladrones.

EUFEMIA. *(A don Paco.)* La señora está escamada.

D. PACO. Ya lo veo.

OLALLA. *(Bajo a don Demetrio.)* Esto ha sido una burla, sengáñate.

D. DEMETRIO. ¡Mujer!...

OLALLA. ¡Te digo que ha sido una burla! *(Alto.)* La niña ha puesto muy nerviosa.

PILAR. Sí, me ha entrado un temblor...

MARQUESA. Yo deploro... ¡Qué diablura de luz!

MARQUÉS. ¡Sí, ha sido una diablura!

OLALLA. Nosotros ya nos despedimos.

MARQUESA. ¿Tan pronto?

D. DEMETRIO. Sí. Ya sabe usted que no acostumbramo trasnochar.

MARQUESA. Como ustedes quieran... Supongo que no s la última vez que tenga el gusto de verlos...

EUFEMIA. *(A Anita.)* Me parece que sí...

D. DEMETRIO. *(Saludando.)* Hemos tenido tanto gust Caballero..., señoras..., señorita... A usted no le digo nada. E ta que sea usted sobrino de su tía...

JOAQUÍN. Agradezco..., señora..., señorita... *(Se van po foro Pilar, Olalla y Demetrio.)*

MARQUÉS. *(Mirando por la izquierda.)* ¡No han dejado taza!

EUFEMIA. *(Idem.)* Y la alfombra perdida.

ANITA. *(Idem.)* Una isla de cacharros en un mar de c colate.

MARQUESA. ¡Ay, gracias a Dios! ¡No te perdono el focón!

JOAQUÍN. Ha sido el mejor modo de despedirlos.

ANITA. ¡Tú me comprendes!

MARQUESA. ¿Qué irán diciendo? ¡Porque ellos han v claro lo que ha sido! Yo estoy avergonzada...

EUFEMIA. No le dé usted importancia. Dejo a usted.

D. PACO. Y yo.

MARQUÉS. Todos. Es muy tarde.

MARQUESA. *(Toca el timbre y aparece el Criado en el ro.)* Los abrigos de estos señores. *(Vase el Criado.)*

MARQUÉS. ¡Vamos, Anita..., ya te has divertido basta

ANITA. Adiós, tía; perdona el disgusto. No te enfades no puedes conmigo... Sólo con verme Joaquín sabía yo fracasarían tus planes. ¡Nada, nada! Nos casaremos, y tú s la madrina.

MARQUESA. ¿Yo? Cualquier día vuelvo a pensar en das... Esto ha sido mi Waterloo.

TELÓN

ACTO SEGUNDO

La escena representa una hermosa huerta. Un banco y cuatro sillas de jardín.

ESCENA I

OLALLA, después MARTINA.

OLALLA. ¡Martina! ¡Martina!
MARTINA. *(Dentro.)* Ya voy, señora.
OLALLA. ¡Martina! ¡Martina!
MARTINA. ¡Ya voy! ¡Ya voy!...
OLALLA. Ya voy, ya voy, pero no vienes.
MARTINA. *(Saliendo por la izquierda.)* Cuando no vengo porque no puedo venir. Estaba recogiendo las gallinas, que aban todas por la huerta.
OLALLA. ¿Otra vez? ¡Qué descuido! ¡Habrán hecho un rozo! ¡Si tiene una que estar en todo! ¿Quién ha dejado rto el gallinero?
MARTINA. ¡Vaya usted a saber!
OLALLA. Siempre lo mismo. ¡Vaya usted a saber! El otro las vacas, y el otro...
MARTINA. ¿Pero va usté a tomarse una incomodidad cada ...
OLALLA. ¡Claro! Como a vosotros se os pasea el alma por uerpo...
MARTINA. Pero ¿qué va usté a hacer con los animales? s no lo hacen a mal hacer. La culpa no es de los animales, ulpa es de las personas. Y yo no tengo la culpa. Habrá sido parón al salir. ¡Como está para casarse, no piensa en otra ! Y anda tan atontolinao, que no está en lo que hace.
OLALLA. Y como a ti te trae a mal traer la dichosa boda, s más atontolinada que él.
MARTINA. ¿Yo? Que se case y que reviente me es lo mismo. va bien servido! ¡Mire usté que ande ha ido a poner los ! No está bien que una se sobreponga a naide, pero ni comarme quiero; ¿usté ha reparao?
OLALLA. ¿A mí qué me importa?
MARTINA. Pues repare usté. ¿Usté conoce a la Pastora, la a del tío Lagarto?
OLALLA. ¿Pero es ésa la novia? Yo creí...
MARTINA. No, señora. Es más fea entoavía. Pues ahí le

tiene usted tonto perdido por ella, que pa San Roque se cas
Quisiera yo saber, qué le habrá encontrao.

OLALLA. No te metas en averiguaciones.

ESCENA II

Dichos y Demetrio por la izquierda.

D. DEMETRIO. ¡Bueno entra mayo! ¡Qué día!, ¿eh?
rece de verano.

OLALLA. Pero no para que andes así. El tiempo no está
davía sentado... A lo mejor da una rebotada. Apostaré a
ya te has quitado la elástica de franela.

D. DEMETRIO. Pero llevo la de lana y el chaleco de
muza.

OLALLA. ¡Qué imprudencia! Ándate jugando.

MARTINA. ¿Me manda algo la señora?

OLALLA. Sí. Que llenes una cesta de albaricoques, que
go vendrá por ella el demandadero de Santa Clara. Ya
bes, de los más verdes. Son para compota. Cuando venga
dejes de preguntarle cómo sigue la madre Adoración, y si
fué de provecho la medicina que le mandé. Que estoy espera
a saber cómo le ha sentado para tomarla yo.

MARTINA. Está bien. *(Vase por la izquierda.)*

D. DEMETRIO. Pues, señor, si después de estos días
sol lloviera siquiera una semanita... y luego apretara el c
y después volviera a llover unos días, todavía podía arreglars
cosecha...

OLALLA. ¿Cómo está el campo?

D. DEMETRIO. No pinta mal, no pinta mal. Nunca lo v
mos peor.

OLALLA. De la huerta no podemos quejarnos. ¿Has vi
cómo vienen las cerezas?

D. DEMETRIO. Pero los almendros, en cambio, están p
diditos.

OLALLA. Y la fresa es una hermosura.

D. DEMETRIO. Pero ya verás los pimientos, no valen na
Se plantaron tarde, lo dije. Mañana hay que empezar con las
tatas y con las lechugas. Hay que aprovechar estos días para
cojan las primeras lluvias.

OLALLA. ¿Y de los rosales, qué me dices?

D. DEMETRIO. Mira, los rosales, con una docenita que
vierais en unos tiestecitos... Lo que hacen es apurar la tie
No sé para qué queréis tanta flor.

OLALLA. Para el altar. ¿No le has visto? Hoy empezar
las Flores. Está precioso. Y todos los días estará lo mismo.

). DEMETRIO. Aquí hay caracoles, no me cabe duda. Esta
e habrá cacería. Tengo guerra declarada a los caracoles.
)LALLA. Pues anoche estuvimos buscando y no dimos con

). DEMETRIO. Pues aquí hay caracoles. En dos días limpio
sta huerta, que no me queda aquí un bichito malo. Si uno
) ve todo y no está en todo y no cuida de todo...
)LALLA. Eso sí, no puede uno fiarse de nadie.
). DEMETRIO. ¿Y Pilar, por dónde anda?
)LALLA. En la cocina preparando una lengua a la escarlata.
todo el mundo hace algo. Yo soy la que parece que hace
os, y es porque estoy en todo.
). DEMETRIO. El capitán general en su tienda: ordenas y
das. Yo voy a coger la escopeta y a tirar a los mirlos. Tengo
ra declarada a los mirlos.
)LALLA. Y a todo bicho viviente.
). DEMETRIO. ¡Ah! Se me olvidaba decirte...
)LALLA. ¿Qué?
). DEMETRIO. Tenemos aquí a la señora Marquesa. Viene
sar una temporada.
)LALLA. ¡Jesús, qué rareza! Ella que no puede ver el campo.
ndo la traía su marido estaba siempre disgustada.
). DEMETRIO. ¡Vaya usted a saber si era por el campo o
el marido! Ahora viene con una sobrina que está delicaducha
han mandado los médicos vida de campo. Yo no la he visto;
lo ha dicho el montaraz. También han venido con ella unos
gos. ¡Esa gente no puede estar en ninguna parte sin su ter-
! Nosotros, ya sabes, el trato preciso y nada más.
)LALLA. Por supuesto. Cada uno en su casa y Dios en la
odos. Esa gente es muy desigual. Ya ves lo que nos sucedió
ltima vez que estuvimos en Madrid. Los primeros días todo
obsequiarnos, invitarnos a su casa, hablarnos de su sobrino
ciertos proyectos... Y de la noche a la mañana...
). DEMETRIO. Esta sobrina puede que sea aquella que cantó
iló con tanto desparpajo...
)LALLA. ¡Aquella de la bromita! Muy antipática, por cierto.
). DEMETRIO. Voy por la escopeta. Esos mirlos necesitan
scarmiento. ¡Calla! ¡Si antes hablamos...! *(Mirando hacia
erecha.)* ¡La invasión!... Esos señores que se entran como
o por su casa... Pronto empezamos... Verás..., verás... Re-
os tú.
)LALLA. ¡Pero, hombre, no me dejes! ¡No te presentes con
facha, pero vuelve pronto!
). DEMETRIO. ¿Con esta facha? Que no vengan si no quie-
verme. ¡Ya verás..., ya verás! *(Vase por la izquierda.)*
)LALLA. ¡Pero Demetrio!

ESCENA III

Olalla, la Marquesa, Anita, Eufemia, el Marqués y D. Pa
Todos por la derecha.

OLALLA. *(Yendo a recibirlos.)* ¡Marquesa..., señores!
MARQUESA. ¡Querida Olalla!
OLALLA. ¡Qué sorpresa! ¿Usted por aquí?
MARQUESA. Llegamos anoche.
OLALLA. Nosotros también hace dos días nada más que
nimos de Moraleda.
MARQUESA. Ya creo que conoce usted a mi sobrina.
OLALLA. Sí, sí. Ya recuerdo... Y a estos señores. El p
de esta señorita...
MARQUÉS. No, perdone usted. El papá soy yo.
OLALLA. ¡Ay, sí! ¡Qué cabeza!
EUFEMIA. Para que presuma usted, don Paco. Ya le a
dican a usted hijas casaderas.
D. PACO. ¡Qué disparate! ¿Usted sabe mi edad? Cinco a
más que usted.
EUFEMIA. ¿Más que yo, don Paco? ¡Qué valiente es us
D. PACO. Así le hago a usted cómplice. Usted me qui
los que le convenga.
OLALLA. Pero siéntense ustedes, siéntense ustedes.
MARQUESA. ¿Y su hermano de usted? ¿Y su sobrinita
OLALLA. Tan buenos. Ganándose la vida, como yo d
Mientras estamos en el campo, cada uno en lo suyo. Dem
dirige todas las labores y no deja parar a nadie. Cuando no
qué hacer, él inventa algo. Pilar, dos cuartos de lo mismo. Al
está en la cocina. Cuando no, en el gallinero; cuando no,
en la huerta. Usted no sabe la vida que llevamos. Eso sí,
a gusto, porque no tenemos tiempo de aburrirnos. Desde las
de la mañana, señora, y algunos días desde las cinco, y mu
desde las cuatro, no querrá usted creerlo, ya estamos todos
faena, y a ninguno le falta. Yo soy la que materialmente pa
que no hace nada, y estoy en todo, señora, y sin moverme,
con hablar, hago más que todos.
D. PACO. Lo creo.
MARQUESA. *(Aparte.)* Esta es mi doña Olalla.
OLALLA. ¿Y esta señorita es la que está delicada, segú
oído? ¡No será cosa de cuidado! Y aunque lo fuera, verá u
cómo aquí se repone. Con aquella vida de Madrid no es po
tener salud. Yo, si viviera allí mucho tiempo, enfermaba de a
estoy segura. ¡Aquel aire que se respira, si puede llamarse a
¡Aquellas casas tan ahogadas, que no pueden llamarse casas!
alimentos adulterados, que nunca sabe usted lo que come!
aquel ajetreo de día, y aquel trasnochar de noche! Y vístase u

todo, y esté usted siempre con el corsé apretado... Yo no sé o no se mueren ustedes todos en Madrid. Pero aquella vida s para llegar a viejo.

D. PACO. ¡No, no es posible llegar a viejo!

OLALLA. ¿Y qué tiene la niña, qué tiene? Tan buena y tan re como la vimos en su casa de usted... Aquella noche del sus-, cuando nos quedamos a obscuras...

EUFEMIA. *(Aparte.)* No se les ha olvidado todavía.

OLALLA. A propósito. ¿Les ha vuelto a suceder a ustedes?

MARQUESA. No, señora. Hice cambiar la instalación.

OLALLA. Pues aquella noche, me acuerdo que esta señorita vo tan animada..., ¡cantando y bailando!

MARQUÉS. ¿Se acuerda usted? Pues ahora es todo lo con-io. Los médicos dicen que es neurastenia. Yo no sé... Lo cier-s que parece otra. Está siempre triste, sólo tiene ganas de llo- de encerrarse sola en un cuarto obscuro...

EUFEMIA. ¡En un cuarto obscuro y sola! ¡Qué rareza de rmedades!

MARQUÉS. Lo cierto es que me tiene aburrido.

ANITA. ¡Eso es, aburrido! ¡Como si yo tuviera la culpa! Por quisiera morirme pronto, para no aburrir a nadie.

MARQUÉS. ¿Pero ve usted? ¡No se le puede decir nada!

ANITA. ¿Qué falta hago yo a nadie en el mundo? Ya te he o que me dejes entrar en un convento, en donde haya más mor-aciones y más penitencias.

MARQUÉS. ¡Pues hay pocas en casa, para mí al menos! s meses, señora, que no salgo una sola noche! No hay señora compañía ni doncella que pueda aguantarla. ¡Unas cuarenta habrán despedido!

EUFEMIA. Pues eso no le habrá a usted contrariado.

MARQUÉS. Le digo a usted que nadie sabe lo que estoy pa-do. Nunca he echado tanto de menos a su pobre madre. ¡Si viviera no estaría yo ahora sacrificado!

EUFEMIA. *(Bajo a don Paco.)* ¡Qué ternura en el recuerdo!

MARQUÉS. Por eso he decidido que pase una temporada con ía, porque estoy viendo que enfermo yo también... Y me mue-l mejor día... ¿Y cómo dejo yo a esta criatura? Nunca he sen- tanto no haberla ya casado.

EUFEMIA. *(Bajo a don Paco.)* El Marqués no sabe a quién osar la ganga.

ANITA. ¿Casarme? ¡No me hables de casarme! ¡Un conven-un convento, ésa es mi vocación! Lo ha sido siempre, aunque o parecía, y papá no lo cree. Pregúntaselo a Joaquín, a Vicen-a Leopoldo..., a todos los novios que he tenido. A ver si no licen que siempre he pensado lo mismo. ¿Hay algún convento í cerca?

OLALLA. ¡Ya lo creo! Las hermanitas de Santa Eduvigi

ANITA. ¿Cómo es el hábito?

OLALLA. Color de ceniza.

ANITA. No me gusta. En Francia vi unas monjitas co hábito azul y blanco y una toca rizada... ¿No te acuerdas d papá?

MARQUÉS. En alguna opereta. En *Los mosqueteros g* ¡Les digo a ustedes que no hay paciencia! *(Suena dentro un t*

ANITA. ¡Ay, ay! ¡Un tiro, un tiro!

MARQUESA. ¡Pero, niña!

OLALLA. No se asuste usted, ¡por Dios, señorita! ¡Si e hermano que ha salido a mirlos!

ANITA. ¡Ay, qué susto! ¡Ha sido a nosotros!

MARQUÉS. ¡Dichosos nervios!

MARQUESA. ¡Pero, Anita, tú que has sido siempre ta liente!...

ANITA. ¡Ay, ay!

D. PACO. ¡Vaya! ¡Que nos da el espectáculo!

EUFEMIA. ¡Pero, Anita!

MARQUESA. ¡Pero, niña!

OLALLA. ¿Quiere usted tila, azahar?

EUFEMIA. ¡Ay, don Paco! ¿Quién nos ha mandado v

D. PACO. ¿A mí? Usted.

EUFEMIA. Por no aburrirme tanto. ¡Pero a mí, que quiera me han invitado, que he venido porque sí! ¿Quiere decirme por qué he venido?

D. PACO. Eso digo yo. ¿Por qué ha venido usted?

ESCENA IV

Dichos y Demetrio por la izquierda, con una escopeta

D. DEMETRIO. Señores... ¡Tanto bueno!

OLALLA. Llegas a tiempo.

D. DEMETRIO. ¿Qué sucede? ¿Qué le pasa a esta seño

OLALLA. ¿Qué le ha de pasar? El tiro...

D. DEMETRIO. ¿Eh? ¿Le ha dado? ¿Cómo es posibl

MARQUÉS. ¡No, señor! ¡El susto, la detonación! ¡Est nerviosa!

D. DEMETRIO. ¡Ya! Creía que... Yo sí que me he asus caramba.

EUFEMIA. ¿Pero no sabe usted a dónde apunta?

D. DEMETRIO. Es que justamente había apuntado aquí.

EUFEMIA. ¡Qué atrocidad!

D. DEMETRIO. ¡Pero han caído dos mirlos! Y dos y uno de ustedes, hubiera sido un tiro muy aprovechado.

D. PACO. ¡Y tanto! *(A Eufemia.)* ¡Qué bruto!
D. DEMETRIO. ¿Conque la niña tan nerviosa? Esas son
terías. Verá usted cómo se le pasa. A mi niña y a ésta tam-
ı les asustaban mucho los tiros, y un mes entero me dediqué
irotearlas cuando más distraídas estaban. Hasta que se acos-
ıbraron. Verá usted. Voy a disparar cuatro o cinco tiros...
TODOS. ¡No, no! ¡Por Dios!
D. DEMETRIO. Usted, señora Marquesa, tan buena y de
buen ver. Y la señora y su esposo.
EUFEMIA. ¡No es mi esposo!
D. PACO. No tengo ese honor.
D. DEMETRIO. Usted perdone. ¡Qué torpeza! Ya me acuer-
. ¡Su papá!
D. PACO. ¡Canastos!
EUFEMIA. Ya va usted ascendiendo. ¡Y es que esta luz
la no le favorece a usted nada!
D. PACO. Ya lo veo.
EUFEMIA. Y eso que no tiene usted ni una cana. ¿Cómo se
arregla usted?
D. PACO. No es arreglo, señora. ¿Cree usted que me pinto?
me doy mas que un agua. Un agua nada más, que las su-
ıe.
EUFEMIA. ¡Ay, sí! Pues dígame usted qué agua es ésa.
que yo me doy tinte, lo que se llama tinte, y no me da tan
ı resultado.
D. DEMETRIO. ¡Nada, nada! Tonterías. Esas cosas ner-
as no son mas que tonterías... ¡Algún disgustillo que habrá
do con el novio! ¿Pero ustedes querrán tomar algo? Un va-
de leche..., fresa... o las dos cosas... No hay más remedio.
OLALLA. ¡Ya lo creo! Voy a decir a Martina que lo prepare
en el cenador. Con su permiso... *(Vase por la izquierda.)*

ESCENA V

DICHOS menos OLALLA.

D. DEMETRIO. Verán ustedes... Tengo unas vacas holan-
s y unas cabras de Angora... ¡Cosa buena, cosa buena!
MARQUESA. Usted siempre mejorando en todo su finca.
D. DEMETRIO. Sí, señora. No tengo otra ilusión.
MARQUÉS. Ya he podido apreciar, cuando veníamos, que
es usted un agricultor ordinario. Al pasar he visto máquinas
yo desconocía.
D. DEMETRIO. ¿Han entrado ustedes a verlas? Porque
a están encerradas.
MARQUESA. ¡Si no hemos visto mas que una bomba de sa-

car agua y unos arados que estaban componiendo en la herrería. Es que a mi cuñado esto del campo le coge de nuevas.

MARQUÉS. ¡Perdona, perdona! Yo sé lo que me digo. E señor tiene máquinas; él mismo lo ha dicho.

EUFEMIA *(A don Paco.)* Por eso lo sabe.

D. DEMETRIO. Sí, señor. Y procuro aplicar aquí todo l que se inventa: lo más nuevo y lo más caro. No me duelen pren das. A mí no me ha dado por figurar en política, no me ha dad por lujos y grandezas, vivo tranquilo, vivo feliz; procuro qu vivan lo mismo cuantos me rodean; predico con el ejemplo. como en mí no ven interés particular ni ambiciones, todos m respetan y todos me quieren. ¡Créalo usted! Si en vez de tant como son a pretender hacer en un día la felicidad del país enter cada uno tomara a su cargo la parte que le corresponde, ot cosa sería. Yo, aquí nací, de esto entiendo, esto me correspond y ¡ojalá pudieran dar razón los que gobiernan mucha tierra haber cumplido con su deber, como yo puedo darla de haber cum plido con el mío en este pedazo!

MARQUÉS. ¡Admirable! ¡Me ha conmovido usted! Si tod pensaran como usted... De hombres así estamos necesitad ¡Hombres así, de ambiciones modestas, pero perseverantes, s los que...!

D. PACO. *(A Eufemia.)* Nos coloca un sobrante del Senad

EUFEMIA. Y hay que confesar que el otro buen señor explica muy bien. ¡Tanto como nos burlábamos de él!

MARQUESA. ¡Siempre dije que mi amigo Bermejo era sabio!

D. DEMETRIO. El villano en su rincón, señora Marque Usted lo sabe, que me conoce de antiguo.

MARQUÉS. ¿Cómo estás, hija? ¿Se te ha pasado el sus Pero ¿qué tienes? Ven aquí...

ANITA. ¡Déjame! Estoy oyendo cómo se arrullan los pa mos, y me da una tristeza...

MARQUÉS. ¡Bueno, bueno! Hártate de llorar. Pues, sí, a go Bermejo, usted es mi hombre. A primera vista se advierte su finca está cultivada con esmero. Esos trigos que tiene us a la entrada no presentan el aspecto de los demás trigos.

D. DEMETRIO. ¿Esos?...

MARQUESA. ¡Si no son trigos, hombre! Es alfalfa.

MARQUÉS. Eso quise decir. ¡Alfalfa! ¿Cómo iba yo a c fundir el trigo con la alfalfa, dos cosas tan distintas?

D. PACO. No le dé usted vueltas, Marqués. Como agricu res no nos lucimos.

MARQUÉS. No haga usted caso. Toda mi vida he co grado interés preferente a las cuestiones agrícolas. La agri

es la verdadera fuente de riqueza de un país. La riqueza ral y positiva...

). PACO. No nos escapamos.

IARQUÉS. La única vez que he consentido que sonara mi bre en combinaciones ministeriales, se me indicaba para la ra de Agricultura.

). PACO. ¡Menos mal! Podía haber sido para la de Instruc- pública.

IARQUÉS. Como a usted no le preocupa ni le interesa nada iterés general...

). PACO. Muy pocas cosas. Y el campo, perdóneme el amigo iejo, no me dice nada. La contemplación de la naturaleza deja frío. En cambio, todo lo que sea arte, ¡oh, el arte! de están los «Murmullos de la selva», de Wagner, que se en todas las selvas y todos los murmullos. Donde está un ro de un gran artista...

UFEMIA. Sí. Usted, entre lo vivo y lo pintado, prefiere pre lo pintado.

ESCENA VI

IOS, OLALLA y MARTINA por la izquierda. Martina con una cestita.

)LALLA. Van ustedes a tomar la leche acabadita de ordeñar. Madrid no la toman ustedes así. ¡Martina! ¡Ve cogiendo y tráela en seguida! ¡Verán ustedes qué fresa! ¡En Ma- no la comen ustedes así!

). PACO. ¿Pero qué pensará esta señora que come uno en rid?

UFEMIA. ¡No diga usted! En Madrid hay de todo lo mejor.

)LALLA. No lo discuto. Pero yo, siempre que he estado allí, ie comido mas que porquerías.

). PACO. ¡Sí, en los hoteles!

IARQUESA. *(Bajo a don Paco.)* Le advierto a usted que co- on dos veces en mi casa.

IARQUÉS. *(Aparte.)* ¡No está mal la zagala! ¡Hay fres- ! *(Alto.)* ¿Y tienen ustedes fresa? Yo creí que la fresa no riaba mas que en Aranjuez.

). PACO. Allí se cría la natural. Esta es imitación · pero muy bien hecha.

). DEMETRIO. ¿Qué dice usted?

). PACO. ¡Si se lo cree!

IARQUÉS. ¡Es curioso! ¡Es curioso cómo se cría! ¡Por el ! *(Arrimándose a Martina, que está cogiendo fresa.)*

UFEMIA. Déjelo usted. Si ahora no está en la fresa

). PACO. Ya lo veo.

MARTINA. ¡El demonio del viejo, cómo se arrima!

D. DEMETRIO. Vamos, señores.

MARQUESA. Tiene usted que enseñar a estos señores vaquería, el gallinero... ¡Verán ustedes qué bien dispuesto tod ¡Es un modelo!

D. DEMETRIO. En gallinas tengo ejemplares magnífic De Padua, de Prat, de Faverolles... ¡Qué modo de poner! ¡U tedes no saben lo que ponen!

D. PACO. Nosotros, sí. ¡El Marqués puede que no lo sep

MARQUÉS. ¡Es muy interesante, muy interesante!... (*van por la izquierda don Demetrio, la Marquesa, don Paco y Marqués.*)

OLALLA. ¿No vienen ustedes? Pilar sale en seguida. Ha tado en la cocina toda la mañana y está arreglándose un poco.

ANITA. Yo no quiero tomar nada. Y sólo ver algo de com me ataca a los nervios.

OLALLA. ¡Como usted quiera!

EUFEMIA. Yo te acompaño. Tampoco tengo gana. No se tenga usted por nosotras.

OLALLA. ¡Con su permiso! No tardes, Martina; ¿has vado todo lo que te dije?

MARTINA. Sí, señora. ¡Ni que fuera una tonta!... Los vas nuevos, las servilletas buenas y la bandeja de plata. Todo lo q se saca cuando hay convidados.

OLALLA. ¡Bueno, bueno! ¡Qué habladora! (*Vase por la quierda, y a poco, detrás de ella, Martina.*)

ESCENA VII

EUFEMIA y ANITA.

ANITA. ¡Qué aburrido es el campo! Llegamos anoche, y no puedo más.

EUFEMIA. Pues te conviene mucho. Verás qué bien te sien

ANITA. Pero ¿tú has creído que yo estoy mala?

EUFEMIA. ¡Claro que no! He tenido tantas veces tu enf medad... Pero yo no exageraba tanto.

ANITA. Lo que yo quería era venir aquí con cualquier p texto. ¿Sabes por qué?

EUFEMIA. ¡Si tú no me lo dices!...

ANITA. Porque las mujeres estamos locas.

EUFEMIA. Ese es un motivo para ir a todas partes, p no para venir aquí precisamente.

ANITA. ¡Es que estoy muy enamorada de mi primo Joaqu

EUFEMIA. ¿Ahora te enteras, después de haberle desp ciado?

ANITA. Es que ahora es él quien me desprecia, y eso es lo no puedo sufrir.

EUFEMIA. ¿Pero no estás en relaciones con Vicente?

ANITA. Con Vicente ya he concluído. Ahora es con Leopoldo. o todavía me importa menos que Vicente. Ya no quiero mas a Joaquín, y me casaré con él, porque le tengo una rabia...

EUFEMIA. ¿Por qué? Cualquiera te entiende.

ANITA. ¿Te acuerdas de la noche cuando mi tía le presentó niña de esta casa con la idea de arreglar la boda, y sólo con sentarme desbaraté la combinación?

EUFEMIA. *(Aparte.)* ¡Eso crees tú! *(Alto.)* Sí, me acuerdo. niña no era para enamorar a nadie, a pesar de sus millones.

ANITA. Aquella noche, entre bromas y veras, medio hicimos paces, y cuando al día siguiente yo esperaba una carta suya ue viniera a verme como de costumbre, el caballero no pareció, al otro, ni nunca. Al contrario. Antes procuraba que le viera todas partes para darme en cara, y ya ni eso. ¿Qué te pa-? ¿No era incomprensible? Era indudable que había una mu-por medio. Me propuse averiguarlo, y lo averigüé. Cosa que me propongo...

EUFEMIA. ¿Y qué averiguaste?

ANITA. Verás. Como no era posible echarle la vista encima, ía del santo de mi tía me planté en su casa desde las ocho de mañana, decidida a almorzar, a comer, a dormir allí si era iso. ¡Aquí le cojo!, pensé. Vendrá sin falta a felicitar a la y nos veremos. En efecto, cuando más gente había, a las ro de la tarde, aparece muy puesto de punta en blanco. Yo, dole vueltas en la cabeza a mi plan de averiguaciones, le zco una taza de té, y con el mayor disimulo tropiezo y se la o encima de la levita. Debí escaldarle. Le puse perdido. En uida, lamentando el percance, le obligo a quedarse en mangas camisa, me ofrezco a plancharle yo misma la levita en un mo-to, para que se secara y quedara presentable. Me retiro a una tación interior con la prenda, registro los bolsillos y, como sé que la cartera de los hombres es un almacén de secretos... í no se me ha ido ningún novio sin registrarle de cuando en ndo la cartera.

EUFEMIA. ¡Qué imprudencia!

ANITA. Entre billetes de Banco y papeles sin importancia, di una cartita, ésta, que él ni siquiera habrá echado de menos.

EUFEMIA. ¿A ver? *(Aparte.)* La mía.

ANITA. La explicación del misterio. Una mujer. Pero no es niña inocente. ¡Una carta sin firma y que dice lo que dice ser de una lagartona!

EUFEMIA. ¿No conoces la letra?

ANITA. No. Esas mujeres ni siquiera escriben por no co prometerse. ¡Tienen alguna amiga complaciente o la cocinera
EUFEMIA. *(Aparte.)* Parece que se lo han dicho.
ANITA. ¡Lee, lee!
EUFEMIA. *(Leyendo.)* «Va usted demasiado de prisa. pide usted demasiado.»
ANITA. ¡Figúrate!
EUFEMIA. «Si usted sólo necesita una prueba de mi car las mujeres, en cambio, necesitamos muchas pruebas. Espere ted sin desesperar.»
ANITA. Eso es de alguna novela cursi.
EUFEMIA. «Yo sé que piensa usted pasar una temporada el campo, con su tía. ¿Quién le dice a usted que allí no nos contraremos? Mayo es el mes de los amores, cuando todo flo y se renueva. Para mi corazón siempre es invierno; ¿pero q dice que no tendrá también su primavera?»
ANITA. El estilo es de jamona.
EUFEMIA. «Vaya usted al campo, y espere usted, espere ted siempre. Su triste amiga.» Y por firma, un arabesco. ¿Y sabes...?
ANITA. Sé que mi primo, hace ocho días, anda de caza aquí cerca. Estoy segura de que no tardará en venir. Él no s que estoy aquí. Como mi tía ha invitado a mucha gente a p unos días en su finca, ya irán llegando y veremos quién llega
EUFEMIA. ¿Tú no sospechas?
ANITA. ¡De tantas! Ya parecerá. ¡Para que a mí se escape! Cuento contigo para el relevo en la vigilancia.
EUFEMIA. ¡Descuida!
ANITA. ¡Dejarme por otra! Yo le aseguro que ha de vo a mí, y cuando esté más enamorado me caso con el primero se presente, para que vea que conmigo no se juega. ¡Nos va a reír! ¿Pero quién será ella? ¿Quién será ella? ¿A ti n te ocurre?
EUFEMIA. Indudablemente, una mujer que sabe mucho. de «va usted demasiado de prisa, pide usted demasiado», e una mujer que conoce a los hombres.
ANITA. ¡Lo que yo te digo! ¡Una lagartona! Pero mad ya muy madura.

ESCENA VIII

Dichos y D. Paco por la izquierda.

D. PACO. ¡Ampárenme ustedes! Esos señores se dispon visitar la finca, y, la verdad, no me siento con fuerzas. Su de usted se ha propuesto enterarse de todo, y don Demetrio...
ANITA. Estará graciosísimo.

D. PACO. No lo crea usted; ni eso. Como aquí está en su
rreno y habla de lo que entiende, ya no es aquel de Madrid;
ro ya no divierte. ¡La verdad es que el campo es muy abu-
do!

ANITA. ¡Horrible!

EUFEMIA. Y si esto es de día, ¡qué será de noche! Hay
e inventar algo para pasar la noche. que no sea lo de siempre.

D. PACO. ¿A qué llama usted lo de siempre?

EUFEMIA. ¿A qué ha de ser, hombre de Dios? Al tresillo,
la lotería, a los juegos de prendas..., los únicos recursos. In-
nte usted algo.

D. PACO. Si tuviéramos un fonógrafo...

EUFEMIA. O una linterna mágica... Si no se le ocurre a
ted otra cosa...

D. PACO. Jugaremos a los académicos.

EUFEMIA. ¿Qué juego es ése?

D. PACO. Hablar mal de toda la gente conocida por orden
fabético. Cada noche apuramos una letra, tenemos para vein-
cuatro noches...

EUFEMIA. A mí no me gusta murmurar. ¿No le sería a us-
d lo mismo que habláramos bien?

D. PACO. Entonces no tenemos mas que para una noche.
Se oyen dentro ladridos y un disparo.)

EUFEMIA. ¿Qué es eso?

D. PACO. ¡Por Dios, no se asuste usted!

ANITA. Ahora no. ¡No está papá! Serán cazadores. ¡Calla!
Será...?

EUFEMIA. ¿Tu primo Joaquín? ¿Crees...?

ANITA. Es posible.

EUFEMIA. El disparo ha sonado cerca. ¿Vamos a ver? Don
aco, acompáñenos usted. Iremos dando un paseo.

D. PACO. Ya les ha entrado a ustedes curiosidad. ¡A ver
nos sueltan un tiro!

EUFEMIA. Por si acaso, vaya usted delante. Que le vean a
sted bien. Usted va de blanco.

D. PACO. Agradezcan ustedes que no haga el chistecito. Pero
omo voy de blanco..., tiro seguro. *(Se van los tres riéndose
or la derecha, don Paco delante.)*

ESCENA IX

PILAR por la izquierda.

¡Ya se fueron! Me disculparé con la tía. No tengo ganas
e ver a esos señores ni de acompañarlos. No puedo olvidar
mo se burlaron de nosotros en Madrid. Yo, que por primera
z vez en mi vida estaba algo ilusionada... ¡Mi padre y mi tía

me hablaban tanto del sobrino de la Marquesa!... ¡Que era ta buen muchacho, que tenían de él las mejores referencias, q tenía tan buena figura!... ¡Y eso era verdad, muy buena figura Pero, ¡claro!, no nos gustamos nada. ¿Qué iba yo a parecer entre aquellas señoritas tan elegantes, tan desenvueltas, que ti nen conversación para todo? ¡Y yo nunca me he sentido tan co tada, tan tonta! ¡La tía, a fuerza de aconsejarme...! ¡Cuida con lo que hablas, que no te rías de todo como acostumbra que los madrileños todo lo dicen con intención, piensa mucho a tes de contestar! Debí parecerle una chica de pueblo. ¡Cómo burlaría luego de mí, cuando ni papá ni la tía han vuelto a d cirme una palabra!... Creo que se casa con su prima... Es n tural... ¡Cómo voy a compararme!...

ESCENA X

PILAR, JOAQUÍN y GASPARÓN por la derecha.

PILAR. ¡Ay! ¿Quién es?

JOAQUÍN. ¡Señorita!

PILAR. ¿Quién es? ¡Ah!... *(Aparte.)* ¡Sí, es él! ¡Pero q facha!...

JOAQUÍN. Usted perdone... *(A Gasparón.)* ¿No decías q no había nadie?

GASPARÓN. No se asuste usted, señorita, que, aunque ve usté así, es un señorito. Es que he tenido que ponerle n ropa. Se ha dado un chapuzón en la charca grande... ¡Si no por mí se ahoga!

JOAQUÍN. ¡Es verdad!

PILAR. ¿Cómo ha sido? ¡Está usted todo arañado! ¿Q le ha ocurrido a usted?

JOAQUÍN. Nada. El remojón y arañazos al cogerme a l juncos de la orilla para salir.

PILAR. *(Aparte.)* ¡No me ha conocido!... ¡Si se fijaría mí!...

JOAQUÍN. Lo peor ha sido el pobre *Tom*. ¡He tenido u disgusto!...

PILAR. ¿Un disgusto?

GASPARÓN. Es que verá usté. El señorito es sobrino la señora Marquesa. Andaba de caza en el soto de la Hondon da, y venía desde allí dando un paseo a ver a su tía. Un per mu majo que traía, ¡mire usté que aquí los tenemos majos pues más majo entoavía, le dió de pronto un mal y empezó revolcarse... Y de pronto, alocao el animal, se tira a la charc El señorito quiere sacarle, se coge a las espadañas, y ¡cataplu se zampa en el agua vestido y calzado. Yo andaba cerca y s saqué al señorito, pero la lástima es que no pude sacar al perr

or no verle penar ahogándose, el señorito le disparó un tiro y llí se ha quedao.

PILAR. ¡Pobre animal! ¡Sí lo habrá usted sentido! ¡Se les oma tanto cariño!... Y tener que matarlo usted mismo... ¡Pero ambién ha podido costarle a usted la vida! La charca es muy onda, y aunque sepa usted nadar, allí no es posible...

GASPARÓN. ¡Y con el traje de caza y las botas! Si no s por mí, ya puede decir que no lo cuenta.

JOAQUÍN. No he querido presentarme en casa de mi tía on esta facha, ni quiero que sepa... Este joven me dijo que o había nadie, que podía esperar aquí a que se secara mi ropa. Usted perdone.

PILAR. No hay por qué... Lo importante es que no haya do mas que el susto y la pena de haber visto morir así a un nimal. ¿Querrá usted creer que me ha impresionado?

JOAQUÍN. ¡Y a mí también!... ¡Pobre *Tom!*

GASPARÓN. Si le pasa a la señorita con un perro de asa, le da un accidente. ¡Cualquier animal que se desgracia es n disgusto!

JOAQUÍN. Era un *pointer* magnífico.

PILAR. Dos tenemos nosotros. Y un *setter* español de pura aza. Ya los verá usted..., mi padre es muy cazador... Yo le compaño algunas veces... ¡Eso sí, tirar nunca tiro! No teno valor para matar a un animalito.

GASPARÓN. Se los come después de mataos. ¡Como toos! ¡Pero lo que hace la ropa al hombre!... ¡Cualquiera dice ue es un señorito!...

PILAR. No seas bruto.

JOAQUÍN. Déjelo usted.

PILAR. ¿Se encuentra usted bien? ¿No siente usted nada?

JOAQUÍN. No... Muchas gracias.

GASPARÓN. ¿No ve usted que en seguida lo llevé a mi asa, se desnudó de todo y desnudo como las ánimas benditas...?

JOAQUÍN. ¡Pero, hombre!

PILAR. No seas bruto, Gasparón.

GASPARÓN. Empecé a secarle con una bayeta áspera, y ego se vistió con lo mejor que tengo..., que, eso sí, limpio tá too, gracias a Dios y a la Miguela, que aunque entoavía es mi mujer, ya me cuida la ropa, como es su obligación. Ya ve usted, el señorito me ha estrenao el juego de novio!

PILAR. Bueno. No des más explicaciones. Entra dentro y le a Martina que prepare un té bien caliente y que traiga... Qué prefiere usted, ron o cognac?

JOAQUÍN. Nada, ¡por Dios! ¿Va usted a molestarse por í?

PILAR. Le conviene a usted para reaccionar. Un remojón nunca es de provecho. Haz lo que te he dicho.

GASPARÓN. Misté, señorita, si le es a usted lo mism llamar a Martina y decírselo de palabra... Porque basta qu se lo diga yo para que no me haga caso. La tiene tomad conmigo desde que sabe que me caso con la Miguela.

PILAR. ¿Nos vas a contar la historia? ¡Bastante le im portará a este caballero!

JOAQUÍN. Deje usted... Ya me hago cargo...

PILAR. ¡Vaya, no tardes! Díle a Martina que lo he dich yo. Y no empecéis a disputar como de costumbre, si no que réis que se entere papá y os cueste más caro.

GASPARÓN. Bueno. Ya sabe usted que por mí no ha cuestión. Es ella la que empieza y no acaba. Y ya me ha se ñalao dos veces esta semana. Aquí y en otro sitio. Y a mí una mujer que no es mi mujer no me gusta ponerle la man encima. Pero un día no reparo... y en un pronto... el hombre e hombre, y...

PILAR. ¡Qué paciencia!

GASPARÓN. Voy, voy... Pero ella es la que tié que m rarse... *(Vase por la izquierda.)*

ESCENA XI

PILAR y JOAQUÍN. Después GASPARÓN.

PILAR. ¡Perdone usted!... Estos criados de pueblo...

JOAQUÍN. Me divierten. Estoy acostumbrado a oírlos. Sc muy aficionado a la caza y paso largas temporadas en el car po. A la finca de mi tía no he venido nunca. ¡Como ella nun viene, y no hay caza y está todo tan abandonado! Esta fin de ustedes sí parece muy hermosa y muy bien cuidada. ¿Vive ustedes aquí?

PILAR. Casi todo el año. Mi padre se mira en ella; es to su orgullo.

JOAQUÍN. ¿Todo su orgullo? ¿Teniendo una hija como u ted?

PILAR. Muchas gracias. *(Aparte.)* ¡Qué fino está el tiemp

JOAQUÍN. Estoy avergonzado con este traje... ¿Qué de parecer?

PILAR. Sí es gracioso. Pero no se preocupe usted. Aquí está usted en ningún salón de Madrid. Ya ve usted. Tampo yo estoy para pasear en coche por el Retiro.

JOAQUÍN. De cualquier modo llamaría usted la atenció

PILAR. ¿Está usted seguro? Si nos presentáramos los d así... Ya lo creo que llamaríamos la atención. *(Aparte.)* ¡Na no se acuerda! Pues yo no lo digo.

JOAQUÍN. Sé que mi tía llegó anoche.

PILAR. Yo no la he visto todavía. Pero sé que llegó anoche con una sobrina suya. ¿Es hermana de usted por casualidad?

JOAQUÍN. No. Yo no tengo ninguna hermana, por desgracia. Me hubiera gustado mucho tener una hermana. ¿Pero dice usted que con una sobrina? ¿Anita?

PILAR. Sí. Anita creo que se llama. ¿No lo sabía usted?

JOAQUÍN. No. Y lo siento. Si lo sé no vengo.

PILAR. ¿No se lleva usted bien con su prima? Pues a falta de hermanas...

JOAQUÍN. ¡No me hable usted! Mi prima es muy especial... Y hemos sido novios.

PILAR. Entonces...

JOAQUÍN. Pero usted perdone que le hable a usted de cosas que no le importan. Es que... ¡Debe ser el traje, me parece que estoy en confianza!

PILAR. En el campo. Aquí parece que se conoce a la gente más pronto. Se respira la confianza. Estoy segura de que en un día entero en Madrid no hubiéramos hablado tanto.

GASPARÓN. *(Que sale por la izquierda con un velador y el servicio de té.)* Aquí está todo. Por poco no me lo tira a la cabeza. Éste es el té, ésta la azúcar..., los vinos... Y que la señora se ha llevao las llaves y no pué sacar las tenazas de plata.

PILAR. ¿Y qué más? Ya ve usted... ¡Para guardar aquí un secreto! ¡Vete, hombre, vete!

GASPARÓN. A ver si se ha secao la ropa. Luego de seca, la limpiaré muy bien y luego vendré a avisarle.

JOAQUÍN. No corre prisa... Digo, sí, date prisa, porque no quiero molestar a esta señorita. *(Vase Gasparón por la derecha.)*

PILAR. ¡No, a mí no! Voy a preparar el té. *(Se dispone a hacerlo y se fija en que Joaquín busca algo en los bolsillos.)* ¿Qué busca usted?

JOAQUÍN. No me acordaba de la transformación. Cigarrillos...

PILAR. Yo le traeré a usted. Papá tiene en su cuarto.

JOAQUÍN. No puedo permitir...

PILAR. ¡Qué tontería! Va usted a privarse... Vuelvo en seguida. *(Vase por la izquierda.)*

JOAQUÍN. *(Solo.)* ¡Es encantadora! ¿Conque mi primita aquí? Estoy por marcharme sin saludar a mi tía. ¡Yo que venía decidido a terminar de una vez esa aventurilla con la viudita! Y aquí hubiera terminado... Pero con Anita por medio hay que ser prudente. Haría alguna diablura de las suyas, y se

descubriría todo. Y, la verdad, mucho ruido para nada, no me conviene.

PILAR. *(Saliendo con una bandeja y en ella cigarrillos de papel, puros y caja de cerillas.)* Aquí tiene usted. Cigarrillos y cigarros... Lo que usted prefiera. Yo no entiendo. Creo que son buenos... Papá es buen fumador.

JOAQUÍN. ¡Ya lo creo! ¡Magníficos! *(Encendiendo un cigarrillo de papel.)* Muchísimas gracias, señorita.

PILAR. ¿Cómo le gusta a usted el té? ¿A la inglesa?

JOAQUÍN. Como esté.

PILAR. ¿Ron o cognac?

JOAQUÍN. Lo que usted quiera.

PILAR. Y diga usted, ya que empezó usted a contarme, y hemos quedado en que el campo da confianza, ¿regañó usted con su prima?

JOAQUÍN. ¿Usted no la conoce?

PILAR. De oídas.

JOAQUÍN. Entonces ya sabrá usted. ¡Ha conseguido hacerse célebre!

PILAR. He oído que tiene un carácter muy alegre, que se burla de todo...

JOAQUÍN. Yo confieso que estuve muy enamorado de ella.

PILAR. Y volverá usted a estarlo. ¡Cuando se ha querido mucho a una persona...!

JOAQUÍN. ¡No, le aseguro a usted que no! Me he convencido de que sería muy desgraciado con ella. Es de esas mujeres que le trastornan a uno la vida, que le desconciertan. Basta que le vea a uno alegre para que ella esté triste, y al contrario. No tolera que uno se preocupe por nada serio ni que atienda a otra cosa mas que a sus caprichos. Yo soy un hombre formal, por formal me tengo. Cuido de mis asuntos, soy muy ordenado, tengo buenos amigos, cultivo su amistad... Pues a ella todo le molesta, todo le enfada. ¡Le digo a usted que es imposible! Es la educación. En Madrid, por desgracia, hay muchas niñas como ella. ¡No piensan en nada serio! La caza del marido es la única preocupación de su vida. Con trampa o con lazo, como sea. La cuestión es casarse. Así es que, para el hombre que tenga aspiraciones serias, le digo a usted que es muy difícil encontrar mujer en Madrid.

PILAR. Pues en las provincias no se conoce. ¿A que usted no ha pensado nunca en una provinciana?

JOAQUÍN. Yo, no..., la verdad.

PILAR. Pues me habían dicho... *(Aparte.)* Me atrevo. ¡Si no recuerda ahora...!

JOAQUÍN. ¡Ah, sí!... Pensaron por mí; mi tía, que tiene el afán de arreglar bodas. Con una señorita de Moraleda.

PILAR. ¿De aquí? *(Aparte.)* ¡Qué sofoco! Ahora se acuer-
a, no hay remedio.

JOAQUÍN. Pero, nada. Entonces estaba yo en el máximum
e chifladura por mi prima... Ni me fijé siquiera...

PILAR. *(Aparte.)* ¡Ya se conoce! *(Alto.)* Pero su tía de us-
d no pensaría en cualquiera...

JOAQUÍN. Qué sé yo en qué estaría pensando. La mucha-
ha era una pobre muchacha. Más que provinciana parecía de
ueblo. ¡Eso sí, los colores muy sanos!

PILAR. Por aquí abundan. Son los aires... Como yo, que
arezco una muñeca de esas ordinarias, una pepona.

JOAQUÍN. ¡No compare usted! ¡Luego, vestida, no quiero a
sted decirle!

PILAR. *(Aparte.)* Ya le dije yo a la tía que aquel trajecito
taba muy tirano.

JOAQUÍN. En fin, nada. Me ha sentado muy bien el té.
uchas gracias, señorita. No sé cómo agradecer tanta ama-
lidad y una compañía tan agradable! ¿Aquí pasarán ustedes
vida algo aburridos?...

PILAR. No lo crea usted. Yo, por mi parte, no tengo tiempo
aburrirme, y no me aburro nunca.

JOAQUÍN. Si están ustedes al cuidado de todo...

PILAR. ¡Ya lo creo! Y aunque soy mujer e hija única, le
eguro a usted que si por desgracia faltara mi padre no me
ría apurada para que todo siguiera lo mismo. Verdad es que
ha puesto todo su empeño en que así sea.

JOAQUÍN. ¡Muy bien pensado! *(Aparte.)* ¡Es encantadora!

PILAR. *(Aparte.)* Ahora se fija. ¿Se habrá enterado?

JOAQUÍN. ¿Y en Madrid no ha estado usted nunca?

PILAR. *(Aparte.)* ¡Pues no se entera! Estoy por decirle...
lto.) Sí, algunas veces. Y hasta creo haberle visto.

JOAQUÍN. ¿A mí? Hará mucho tiempo.

PILAR. Sí debe hacer.

JOAQUÍN. Sí, porque yo no recuerdo... Y no es posible que
la hubiera visto a usted una sola vez me hubiera olvidado...
habiendo hablado con usted, mucho menos. Porque rara vez
oye hablar con tanta discreción a una mujer bonita...

PILAR. Muchas gracias. *(Aparte.)* Ahora sí que debo estar
lorada. ¡Si ahora no me recuerda...!

JOAQUÍN. *(Aparte.)* ¡Vaya si es bonita!

PILAR. Tarda mucho Gasparón.

JOAQUÍN. Y abuso de su amabilidad.

PILAR. No, por mí... Usted es quien...

JOAQUÍN. Por mí, no. Es que la ropa tarda mucho en se-
rse.

PILAR. No. Con este sol... *(Aparte.)* ¿A que empiezo a decir

tonterías como en Madrid? *(Alto.)* ¿Quiere usted otra taza de té?...

JOAQUÍN. Aunque sean cincuenta. ¡Qué atrocidad!

PILAR. *(Aparte.)* No soy yo sola quien dice tonterías. *(Pausa.)*

JOAQUÍN. ¿Decía usted?...

PILAR. Yo, nada. *(Pausa.)* Se nos acabó la conversación. ¿Le parece a usted que hemos hablado poco? Casi nos hemos contado nuestra historia... Digo, yo por mi parte. Porque toda mi historia es esto que usted ve: este campo, esta huerta, esta casa... Aquí están todos mis recuerdos... Porque de mis viajes a Madrid no tengo ninguno. ¡Los mismos que he dejado seguramente!

MARQUESA. *(Dentro.)* ¡Joaquín! ¡Joaquín!

PILAR. Su tía de usted... y mi padre... y esos señores...

JOAQUÍN. ¡Que no me vean así! Huyo...

MARQUESA. *(Dentro.)* ¡Joaquín! ¡Joaquín!

PILAR. Ya le han visto. Espere usted. *(Aparte.)* Ahora es cuando se entera. Yo sí que no sé dónde me escondería.

ESCENA ÚLTIMA

DICHOS, la MARQUESA, OLALLA, el MARQUÉS y DON DEMETRIO por la izquierda. Después ANITA, EUFEMIA y DON PACO por la derecha.

MARQUESA. ¿Pero qué te ha pasado?... Ya nos han dicho...

D. DEMETRIO. ¿Conque ha podido usted ahogarse?

OLALLA. ¡Vaya por Dios!

JOAQUÍN. No ha sido nada. Tranquilícense ustedes, tranquilízate, querida tía. No deploro el accidente que me ha proporcionado el placer de conocer a una señorita encantadora.

PILAR. *(Aparte.)* Habla de mí.

MARQUESA. ¿Hoy te ha parecido encantadora?

JOAQUÍN. ¿Cómo hoy?

MARQUESA. ¿Pero no conoces a estos señores? ¿No recuerdas?...

JOAQUÍN. ¿A estos señores?... Sí... Ahora sí... ¿Y esa señorita...? Entonces he sido un grosero..., un... No sabes, tía...

MARQUESA. ¿Qué?

JOAQUÍN. ¿Por qué no me presentaste aquí en vez de presentarnos en Madrid?...

MARQUESA. No hay nada perdido.

JOAQUÍN. Después de lo que he dicho...

PILAR. *(Aparte.)* Ya se ha enterado... Y ahora no sabe lo que hacer... Después de todo, no es culpa suya. *(Alto.)* ¿Recuerda usted ahora cómo nos habíamos visto en Madrid?

D. DEMETRIO. ¿Pero no se acordaba?...

JOAQUÍN. Sí, señorita... ¡Cómo pedir a usted que me per-
ne!
PILAR. No es extraño.
JOAQUÍN. ¡Cómo decir a usted que he rectificado por com-
to mi ligereza y mi injusticia!...
MARQUESA. Es que allí conociste a otra... Aquí has cono-
o a la que yo estimaba digna de ti. La culpa fué mía; Pilar
rá perdonarla.
EUFEMIA. *(Saliendo con Anita y don Paco.)* ¿Pero dónde
á Joaquín, dónde está?
MARQUÉS. Aquí le tienen ustedes.
EUFEMIA y ANITA. ¡Usted! ¿Tú?
ANITA. ¡Ja, ja, ja! ¡Qué facha más ridícula!
D. PACO. Pero ¿qué disfraz es ése? ¡Un pollo tan elegante!
JOAQUÍN. Ya ven ustedes. ¿Te hace gracia? ¿Verdad? Pues
te mucho, porque será la última vez que te rías de mí.
ANITA. No lo creas... Si ya sé que no has venido por mí.
ayo es el mes de los amores... Para mi corazón siempre es
ierno; pero ¿quién dice que no tendrá también su prima-
a?...
JOAQUÍN. ¡Ah! ¿Te lo ha dicho ella?
ANITA. Ella..., sí, ella...
JOAQUÍN. Estáis de acuerdo; pues díle también de mi parte
e también ha concluído de reírse de mí. Eufemia, Anita quie-
hablar a usted.
ANITA. ¡Ah! Era ella.
EUFEMIA. ¿Qué quieres?
ANITA. Nada..., que ya he averiguado.
EUFEMIA. ¿Sí?
ANITA. No es una jamona..., es descaradamente una vieja.
EUFEMIA. ¿Qué quieres decir?
ANITA. Ya te lo diré todo. Papá, mañana mismo volvemos a
adrid... y me casaré con Vicente o con Leopoldo; con el que
quieras.
MARQUES. Con el que se deje... Con tal de quedarme tran-
ilo.
MARQUESA. Nada, nada. Yo despediré a esta gente con di-
omacia, y nos quedaremos solos para que acabéis de conoceros
ejor. Estoy segura de que no tendréis que rectificar. Y en ade-
nte, cuando proyecte alguna boda, me dejaré de combinacio-
s.
OLALLA. Sí; esas cosas hay que dejarlas en manos de Dios.
MARQUESA. Y al natural..., que es como se conoce bien a
gente.

TELÓN



EDITORIAL SIGLO XX



Rodríguez San Pedro, 67.
Apartado 8.036
MADRID



OBRAS PUBLICADAS

	Pesetas
Pedro Mata: Una ligereza	5,00
Eduardo Zamacois: Los dos	2,50
Alberto Insúa: Mi tía Manolita	5,00
Antonio de Hoyos y Vinent: El sortilegio de la carne joven	5,00
Paul Morand: La Europa galante	5,00
Alberto Insúa: Una historia francamente inmoral	2,50
Antonio de Hoyos y Vinent: Los ladrones y el amor	2,50
Emilio Carrere: El más espantoso amor	2,50
José Francés: Su Majestad	2,50
Alvaro Retana: El paraíso del diablo	5,00

Pedidos directamente a la

EDITORIAL SIGLO XX

Grandes descuentos a corresponsales y libreros


EDITORIAL
SIGLO XX
MADRID